

Este libro se ha realizado en el marco del Proyecto de investigación “Las inéditas” financiado por el Vicerrectorado de Investigación y Transferencia de la Universidad de Salamanca.

© Los relatos de Maria Messina

© Milagro Martín Clavijo

(Este libro reproduce fielmente el archivo proporcionado por el autor)

© 2017, ArCiBel Editores, S. L.

www.arcibel.es

Fotografía de la portada: Zosi Zografidou “En frente de la ventana luminosa”, Torino 2014

Imprime: Quares

Printed in Spain

I.S.B.N.:

Depósito Legal: SE -2018

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Los relatos de Maria Messina

Milagro Martín Clavijo

ArCiBel Editores

I. Introducción. La construcción de la identidad femenina en los relatos de Maria Messina.....	7
1. El contexto cultural de Maria Messina.....	7
2. La vida de Maria Messina.....	13
3. Una escritora entre Verga, Pirandello, Checov y Mansfield.....	16
4. La correspondencia de Maria Messina.....	21
5. Razones para la visibilización de una escritora relegada al olvido.....	25
6. La ambigüedad impuesta a una escritora: Maria Messina y el Feminismo.....	27
7. Las producción narrativa de Maria Messina.....	30
8. La construcción de la identidad femenina.....	34
8.1. Representación de la condición femenina.....	34
8.2. Cuerpo femenino y construcción de identidad.....	41
8.3. La mujer y la familia.....	47
8.3.1. Las jóvenes solteras.....	49
8.3.2. Las solteronas.....	51
8.3.3. Las madres.....	52
8.4. Mujeres incapaces de rebelión.....	53
8.5. Mujeres nuevas. El comienzo de una conciencia.....	56
8.5.1. La educación.....	56
8.5.2. El trabajo.....	60
8.5.3. La búsqueda desesperada de amor.....	65
8.5.4. Mujeres contra la coacción familiar.....	67
8.6. Mujeres en el “umbral de la conciencia”.....	69
9. Bibliografía.....	73
9.1. Obras de Maria Messina.....	73
9.2. Traducciones.....	75

9.3.	Estudios sobre Maria Messina.....	76
9.4.	Estudios sobre el contexto de Maria Messina.....	83

II Nota del traductor.....	88
-----------------------------------	-----------

III Los relatos de Maria Messina

I - Peines-finos (<i>Pettini-fini</i>).....	93
II - Gracia (<i>Pettini-fini</i>).....	97
III - El recuerdo (<i>Piccoli gorgi</i>).....	105
IV - América (<i>Piccoli gorgi</i>).....	115
V - El chal (<i>Le briciole del destino</i>).....	129
VI - La puerta cerrada (<i>Le briciole del destino</i>).....	139
VII - Campanilla (<i>Le briciole del destino</i>).....	149
VIII - Demetrio Càrmine (<i>Le briciole del destino</i>).....	165
IX - Rosas rojas (<i>Ragazze siciliane</i>).....	185
X - Camila (<i>Ragazze siciliane</i>).....	193
XI - Almendras (<i>Ragazze siciliane</i>).....	199
XII - El telar de Catalina (<i>Ragazze siciliane</i>).....	205
XIII - La aventura (<i>Il guinzaglio</i>).....	223
XIV - América (<i>Il guinzaglio</i>).....	231
XV - Veraneantes (<i>Dopo l'inverno</i>).....	239

I. Introducción. La construcción de la identidad femenina en los relatos de Maria Messina

1. El contexto cultural de Maria Messina

La carrera de Maria Messina como literata se desarrolla fundamentalmente a lo largo de dos décadas, desde 1909 a 1928. Son años de grandes cambios para Italia: la *Belle époque*, la Primera Guerra Mundial, la depresión de la posguerra, el ascenso del Fascismo. Como no podría ser de otra manera, todos estos sucesos influyen en la obra de Messina, la orientan hacia una temática u otra, hacia un tipo u otro de personajes, hacia una actitud más o menos polémica con la sociedad. Esa situación política, social, económica y cultural marcará, a la vez que las propias vicisitudes personales de la autora, muchas de sus decisiones en materia literaria. Messina se introduce en un contexto literario que evoluciona a lo largo de esos veinte años de actividad: al principio, fuertemente influenciado por el Verismo, para ir dejando paso a elementos propios de las obras de D'Annunzio y Pascoli, y a escritores como Svevo, Pirandello, Gozzano o Bontempelli que irán trazando las nuevas coordenadas de una literatura italiana en la que se van situando también escritoras como Grazia Deledda, Ada Negri, Amalia Guglielminetti o Sibilla Aleramo, entre otras.

De este panorama denso de autores y corrientes ¿cuáles dejan una huella imborrable en la producción de Maria Messina? Gochin (1997: 16) ha estudiado sus influencias y ha concluido que sus obras hunden sus raíces en distintos autores de corrientes, nacionalidades y épocas distintas – Manzoni, Capuana, Verga, De Roberto, D'Annunzio, Neera, Turgheniev, Fogazzaro, Pascoli, Ibsen –, lo que indica que la autora siciliana se muestra abierta a las nuevas tendencias literarias, que no se trata de una autora estancada

o retrasada, como se la ha presentado tantas veces en el pasado. Sin embargo, no se la podría encuadrar de lleno en ninguna de esas corrientes de las que se va nutriendo.

Será fundamentalmente después de la Primera Guerra Mundial cuando Messina publique gran parte de su obra. ¿Qué nos encontramos en esos años en la literatura italiana? Es la época de la vuelta al orden tras la fuerte experimentación de las vanguardias antes de la guerra, una especie de reacción ante el caos, una estabilización de la cultura burguesa. Ese contexto general está ya muy estudiado, sin embargo, ¿cómo se introducen las escritoras en el sistema literario? ¿Cómo es su acceso a la esfera pública a través de la escritura? ¿Qué dificultades encuentra la escritora profesional para asentarse en un campo dominado, como tantos otros, por los hombres? ¿Cómo se introduce Maria Messina en el contexto de la literatura escrita por mujeres en los primeros decenios del siglo XX?

Ya desde los últimos treinta años del siglo XIX se observa una clara presencia femenina en el campo literario. Se trata, como señala Zambon (2017), de escritoras profesionales que participan en los grupos intelectuales de la época y que tienen relación con el mundo editorial y las revistas y periódicos. Se observa también una estrecha relación y colaboración entre estas escritoras.

Aunque prácticamente todas estas autoras gozaron de éxito y fueron alabadas por otros intelectuales a ellas contemporáneos, habrá que esperar casi al siglo XXI para que, por un lado, sus obras se empiecen a reeditar y se hagan accesibles al público general y, por otro, para que se estudie su producción, se las contextualice con detalle y se constaten las influencias recibidas, así como los puntos en común con otros escritores y, en especial, con las otras autoras de su época.

Lo primero que ha salido a la luz es que estas autoras no son una excepción en el panorama literario, sino que son fruto de una larga tradición en la que figuran otras muchas escritoras. Por otro lado, como precisa Zambon (2017: 201),

en el período comprendido entre el siglo XIX y el siglo XX, la literatura femenina, incluso por razones históricas, sociales y culturales claramente identificables, se ha configurado con algunas características peculiares con respecto a la literatura de autor contemporánea, de tal manera que no prescinde ni de las formas ni de las líneas estéticas del período, sino que llevan a cabo [...] usos inéditos, a menudo realmente interesantes, con originalidad de los temas, dado que la experiencia que sustenta la literatura es profundamente diferente, y la profunda originalidad de la mirada¹.

A muchas de estas escritoras, como ha pasado también con Maria Messina, la crítica las ha dejado de lado por considerarlas epígonas de una corriente, en este caso del Verismo. De esta manera, se señala la completa ausencia de innovación en sus obras, como si ellas sólo pudieran escribir siguiendo los esquemas, ya anquilosados, que habían sido trazados previamente y llevados a su culmen por hombres escritores. Zambon afronta con lucidez este problema, redefiniendo los términos: hay que hablar de realismo apartado, no retrasado, un realismo que hunde sus raíces fundamentalmente en la tradición realista de la escritura de autora que se configura con características propias:

Formación autodidacta común para todas, con el reducido espesor de la tradición literaria italiana, con la nitidez de la mirada que se convierte en fuerte observación e introspección, con la consonancia con el objeto que se narra y que se identifica por la misma clausura y los mismos silencios, hasta llegar, no paradójicamente, a resultados temáticos y expresivos que no son ajenos al momento cultural específico: el sentido de la fractura entre la forma y el significado, el tema de inadecuación y de los límites, el tema de la vida no vivida y no cumplida, el tema de la vida ofendida (Zambon, 2017: 202).

1 La traducción al español de todas las citas que aparecen en esta introducción es mía.

Este es el terreno fértil en el que se han movido escritoras como la Marchesa Colombi, Neera, Serao, Negri, Deledda, Prosperi, Térésah y también Maria Messina y del que se nutren para narrar “vidas sin historia, cotidianas, oscuras, también sofocadas, a veces violentamente y a escondidas, y obviamente, heridas, en las que se identifica la experiencia literaria femenina; vidas no satisfechas, marchitas e inadecuadas” (Zambon, 2017: 202).

Otro aspecto importante del contexto cultural en el que inscribe Maria Messina es el que hace referencia al público femenino que crece a marchas forzadas sobre todo a partir de la Unidad de Italia. Hay un entendimiento implícito entre las escritoras y lectoras porque

cualquier tema tratado se refería a sus emociones, a su visión del mundo, a sus deseos; en realidad trataban temas que concernían a las mujeres, incluso de diferentes condiciones, es decir, recurrían a experiencias profundas, enraizadas en una comunidad determinada que las hacía populares, no “populistas” y no abstractamente ideológicas (Santoro, 1997: 36).

Arslan (1998: 19) hace referencia a nuevos modelos sociales que hacen posible que la mujer en estos años adquiriera una cierta cultura, aunque sea en los límites del ámbito doméstico. El público femenino se abre a una producción amplia, fundamentalmente constituida por novelas de amor, obras escritas por mujeres, leídas por mujeres, que tratan temas de interés femenino y que, de alguna manera, amplían los estrechos límites en los que se mueven las mujeres de la pequeña y mediana burguesía. Se trata de obras centradas en el análisis de la familia, de la mujer y, aunque gran parte de este filón narrativo no entra en polémicas sociales ni se centra en aspectos cruciales para el feminismo de estos años, lo que sí es cierto es que estas obras poco a poco van inculcando en las lectoras una conciencia del papel de la mujer en la sociedad y una autoconciencia crítica. Las escritoras son conscientes de la dificultad, e incluso imposibilidad, de que, a principios de siglo, sus

lectoras puedan seguir los modelos de independencia femenina que ya empiezan a aparecer², pero sí están preparadas para acercarse de forma pasiva a un modelo nuevo. Estas obras permiten a estas lectoras evadirse de la dureza de la vida cotidiana y la necesidad de una compensación, de una justicia para la mujer.

Autoras como Neera, la Marchesa Colombi, Matilde Serao, la Contessa Lara o Annie Vivanti empiezan a tratar figuras de la mujer casada, de la joven casadera y de la solterona en obras de aguda introspección social y psicológica. Por tanto, asistimos entre las mujeres literatas y periodistas de estos años a una clara difusión de ideas nuevas, aunque a menudo tratadas de forma ambigua.

Verdirame (1990) hace hincapié precisamente en el hecho de que el público femenino vivía en el campo de la ambigüedad, empujadas por dos fuerzas: el imaginario creado por la cultura masculina y la realidad de la vida cotidiana. No se puede evitar que las figuras femeninas literarias sean una referencia obligada para las escritoras. Pero a estos modelos tampoco pueden no contraponer su propia experiencia. Se trata de la confrontación de la mujer con un “doble”:

por un lado, lo que se decía del mundo (la visión, el punto de vista, los temas, la escala de valores) y que afectaba a sus propios sentimientos, y por el otro, lo que cada una de ellas vivía en su vida, en su propia experiencia sentimental, artística, intelectual, política. Era la visión del mundo, la objetividad de las cosas y de la mirada crítica, incluso antes de la objetividad literaria que de esta manera se cuestionaba (D’Agostino, 2009: 127).

Ante la entrada numerosa de mujeres en el mundo literario, los escritores empiezan a posicionarse a favor o en contra. De

2 Son ilustrativas, en este sentido, las novelas *Una donna* de Sibilla Aleramo y *Avanti il divorzio!* de Anna Franchi.

esta confrontación con lo nuevo se hace eco Luigi Capuana que, en 1907, publica en la revista *Nuova Antologia* un polémico artículo con el título “Letteratura Femminile”:

¿Nos tenemos que preocupar, como lo hacen algunos, de la intrusiva competencia de las mujeres en la narrativa? No lo creo. Ni me parece que sean justos e imparciales los que hablan con desdeñoso desprecio de la producción literaria femenina (Citado en Silva, 2016: 54-55).

De esta manera, Capuana se sitúa frente a escritores, como Camillo De Meis, que, en aquellos años, arremetían contra las mujeres escritoras, argumentando con desprecio que estas siempre dejaban filtrar en sus escritos “un elemento propio, la feminidad [...] como el aroma sutil que emana del cáliz de la flor [...] no creará nada nuevo: será una repetición eterna” (Citado en Silva, 2016: 55).

Esta misma revista *Nuova Antologia* publica en 1911 un estudio titulado “Inchiesta sul femminismo”³ en el que se discutía el papel que la mujer ejercía en la literatura, así como su función en la sociedad. Las distintas opiniones publicadas indican con claridad la neta división de opiniones: los más conservadores – como Benedetto Croce que cree que el movimiento feminista estaba condenado o Salvatore di Giacomo para el que el hombre ha nacido para trabajar, producir y luchar, mientras que la mujer lo ha hecho para amar – y los que creen en la emancipación femina, como Salvatore Farina quien considera que las mujeres tienen los mismos derechos que el hombre o Guido Mazzoni que afirma que el hecho más importante del siglo XIX ha sido que la mujer haya demostrado, también cuantitativamente, que quiere y sabe estudiar. Las distintas opiniones publicadas nos hacen ver lo difícil que para una mujer era que la aceptasen como una escritora profesional⁴ (Silva, 2016: 65).

3 *Inchiesta sul femminismo* (1911).

4 De los serios problemas que había tenido que afrontar en su carrera ya había dejado constancia Maria Messina en sus cartas a Verga.

2. La vida de Maria Messina

Sobre la vida de Maria Messina tenemos muy pocas noticias. Durante la Segunda Guerra Mundial y, en concreto, durante el bombardeo de Pistoia en 1944, donde residía la escritora siciliana antes de morir, quedó destruído todo su archivo, junto a sus libros, sus papeles y su correspondencia.

A pesar de esta falta de información inicial, algunos estudiosos⁵ han conseguido reconstruir en parte su biografía y presentarnos algunos datos que, aunque insuficientes, nos pueden ayudar a entender mejor su vida y su producción literaria. De esta manera, las fuentes más fiables de las que podemos servirnos para reconstruir su perfil son fundamentalmente tres. En primer lugar, podemos acceder a sus palabras, sus proyectos y sus sentimientos a través de las cartas que de ella se han conservado: con Giovanni Verga (1909-1919), con el editor de Bemporad y con Di Giovanni, todavía inéditas. Por otro lado, las dos sobrinas de Maria Messina, Nora y Annie, han aportado distinto material y recuerdos importantes para la reconstrucción de su perfil. Finalmente, y no menos importante, algunos aspectos autobiográficos nos los presenta la propia autora en su producción narrativa.

Maria Messina nace en Palermo – o en Alimena, provincia de Palermo, dependiendo de las fuentes – en 1887 y muere en 1944 en Masiano, cerca de Pistoia. Es hija de Gaetana Trajna, de familia noble pero en la ruina, y de Gaetano Messina, maestro y más tarde inspector académico. El trabajo de su padre obliga a la familia a mudarse continuamente de ciudad, tanto en Sicilia como en el continente.

Los años de su infancia y adolescencia no debieron ser muy felices debido a problemas económicos, a la falta de entendimiento entre sus padres y, muy probablemente, al aislamiento en el que

⁵ Para más información sobre su vida cfr. Schoell-Dombrowsky (1998), Gochin (1997), Toby (1996) e Pausini (1997). Estas son también las fuentes que seguimos en nuestra exposición. Destacamos la labor de documentación de Gochin (1997) para la reconstrucción de la vida de Messina.

vivía, sobre todo porque su educación no la recibió en la escuela, sino en su casa, de la mano de su madre y de su hermano.

Algunos aspectos sobre su físico y su carácter nos los desvela su sobrina Annie:

[María era] una mujer menuda con con ojos grandes y luminosos en una cara pálida, enmarcada por una masa de fino cabello castaño. Su fragilidad ocultaba una fuerza poco común, la fuerza necesaria para denunciar, ella que era una joven de buena familia y que habría tenido que ignorar ciertas vergüenzas, lo que estaba escondido tras la fachada de las casas respetables en las que a la mujer se la mantenía en un estado de sometimiento cercano a la esclavitud (Citado en Lo Iacono, 2010).

En el periodo en el que empieza a escribir Maria Messina se encuentra todavía en Sicilia⁶, pero el trabajo de su padre les obliga a mudarse de casa continuamente, primero en la isla natal y, a partir de los 22 años, en la península.

En su correspondencia Maria Messina habla repetidamente de la condición de aislamiento que la ha siempre caracterizado. En la carta del 13 de julio de 1914 a Verga afirma que se siente como un “pájaro sin nido” (Messina, 2015: 33) y en la del 12 de diciembre de 1913 insiste: “Estoy sola. A veces me ha parecido que ya no podía esperar en liberarme de las hostilidades que me han cerrado el camino en todo momento” (Messina, 2015: 26). La narradora siciliana insiste sobre el tema de la soledad en la que ha vivido siempre en la carta que escribe a Verga el 6 de noviembre de 1909:

Siempre he vivido sola en mi pequeña familia; ni siquiera he ido a la escuela. Mis maestros han sido mi madre, cuando era niña, y mi único y querido hermano que me ha inculcado un ideal. Por tanto, he vivido sola, aunque no he sentido la necesidad de nadie, y he permanecido un poco salvaje, un

6 Sobre el influjo de los años transcurridos en Mistretta, Sicilia, cfr. Lo Iacono (2010).

poco ajena a la vida, a pesar de observar la vida (Messina, 2015: 6).

Messina, a pesar de que no volverá nunca a Sicilia, mantendrá siempre unos unos lazos muy fuertes con su isla natal y considerará su sicilianidad como referente importante de su obra. Así la analiza en la carta a Verga del 13 de julio de 1924: “Mi sicilianidad se ha nutrido en las raíces más profundas de mi alma, sicilianidad de raza, de nacimiento y de sentimientos de los que estoy orgullosa” (Messina, 2015: 33). En esa misma carta se pregunta: “¿Volveré alguna vez a los pueblos de mi Sicilia?” (Messina, 2015: 34).

Maria Messina se siente siciliana, pero es consciente, como señala convenientemente Muscariello (2000: 83-84), de lo que esa sicilianidad significa en términos culturales: “marginación, separación, distancia geográfica y cultural de los espacios en los que se producía y se consumía la literatura”.

Mientras que otros autores sicilianos, como Verga o Pirandello, habían viajado a los grandes centros culturales de Italia y de Europa, Messina, a pesar de su continuo peregrinar por Italia, no se establece en grandes capitales que le pudieran ofrecer un bagaje cultural y una amplia red de contactos con otros intelectuales, sino que vivirá fundamentalmente en pequeñas ciudades de provincia.

En 1909 Maria publica su primera obra, *Pettini-fini*, un volumen de relatos por el que recibirá la medalla de oro de la revista *La Donna* en 1910. A partir de ese momento y hasta 1928 Messina va a publicar con una cierta regularidad tanto relatos en revistas varias como novelas y volúmenes de relatos⁷. Solo la Primera Guerra Mundial frenará su producción literaria.

7 Veneberg (2015) lleva a cabo un recorrido detallado por las principales revistas y periódicos con los que ha colaborado Messina a lo largo de su carrera profesional. Fundamentalmente son tres: el *Corriere dei piccoli*, donde publica diez relatos, *Nuova Antologia* con la que colabora desde 1913/14 a 1927 con cuarenta relatos y dos novelas por entregas – *La casa nel vicolo* y *Le pause della vita* – y *La Donna* con al menos ocho relatos. La mayoría de estos relatos se publicarán más tarde en forma de volumen. Se sabe también de algunos escritos de los que conocemos el título, la fecha y algún dato más, pero que, hasta el momento, no se han encontrado.

En los años transcurridos en Nápoles colaborará con el *Corriere dei Piccoli* y aparecerán relatos y novelas por entregas.

Como hemos visto, su carrera como escritora empieza muy pronto y su interés por dedicarse de manera profesional es evidente: María lucha por tener una profesión que también le permitiera una autonomía económica.

A su estancia en Nápoles seguirán otros muchos destinos, como señala Gochin (1997): Arezzo, Tavarnuzze, Florencia, Capostrada y Pistoia. Es muy probable que tras la muerte del padre en 1921 esas mudanzas continuas se justifiquen por motivos económicos y/o de salud. Su sobrina Annie recuerda el calvario que sufrió su tía desde que se le diagnosticara esclerosis múltiple entre 1914 y 1917: “La alternancia de esperanzas y desesperación, la peregrinación de un médico ilustre a otro, las incertidumbres de los diagnósticos equivocados, hasta el definitivo y terrible” (Lo Iacono, 2010).

Unos años más tarde, en 1924, la enfermedad le dificultará mucho la movilidad, como ella misma relata en una carta a Bemporad en ese año: “Mis pobres piernas se han debilitado todavía más. Usted recordará lo duro que para mí había sido caminar el año pasado. Pero trabajo mucho, espero mejorar y creo que he concluido algo bueno” (Pausini, citado en Lo Iacono, 2010).

Poco a poco irá perdiendo el uso de todos los músculos del cuerpo y tendrá que interrumpir su actividad literaria. Han pasado veinte años desde su debut literario. *L'amore negato*, 1928, será la última obra que publicará.

Maria Messina muere en 1944 tras el bombardeo de Pistoia, asistida por su enfermera. No será hasta el 2009 que sus restos, junto a los de su madre, se trasladarán a Mistretta.

3. Una escritora entre Verga, Pirandello, Checov y Mansfield

Algunos estudiosos, como Borgese, Sciascia o Greco Lanza, señalan el nexo que une a Messina con el Verismo y lo ilustran con la desmesurada admiración de la autora por Verga, de la que somos testimonio en sus cartas.

Giuseppe Antonio Borgese, a raíz de la publicación de Messina de *Piccoli gorghi*, en el título de su artículo define a Maria Messina como “una discípula de Verga” (Borgese, 1928) en relación a los relatos “rusticanos” de sus dos primeros volúmenes: “La vida siciliana, tal como la expone, no tiene ni pompa de paisaje ni drama sangriento. Todo está en un tono menor. Son pequeños remolinos en un agua casi pantanosa donde las vidas se desvanecen silenciosamente y pierden incluso la fuerza para gemir” (Borgese, 1928: 166).

Ella considera exponente importante de la literatura femenina y resalta cómo, en unos años en los que Verga ya no está de moda, Messina dedica su libro precisamente a él, ignorando otros modelos más recientes y en voga⁸ (Borgese, 1928: 165-166).

Bonfiglio (2011) ha estudiado la relación que une a Messina con el Verismo y en concreto con las *Novelle rusticane* de Verga: “por la representación del mundo rural, por la candidez de los personajes, por su pasión primordial, por su papel de humildes que no conocerán la redención”.

En los dos primeros volúmenes de relatos es donde mejor se pueden ver las enseñanzas del Verismo⁹ y de Verga en primer lugar. Estos autores “le ofrecieron el instrumento para expresar piedad por una serie de personajes arrastrados y sumergidos en los ‘pequeños remolinos’ de las humillaciones sufridas y para testimoniar una realidad conocida desde la infancia” (Lo Iacono).

Años más tarde, en 1919, la propia escritora hablará de estos primeros volúmenes en *Confidenze degli autori in Italia che scrive*:

Pettini fini y Piccoli gorghi son los compañeros inseparables de mis primeros pasos; me complace recordar, después

8 Lo Iacono (2010) señala que, pese a todo, Messina se siente profundamente unida al escritor verista por su Sicilia natal, por los sentimientos y la fidelidad a un mundo que ambos conocen bien, al igual que por distintos aspectos de su técnica y estilo.

9 Pero Messina no tenía sólo grandes autores veristas a los que mirar con admiración. Greco Lanza (1979) establece conexiones también entre la narradora siciliana y otras autoras activas en esos años y en conexión con el Verismo: Grazia Deledda y Matilde Serao.

de tantos años, estos relatos rápidos y secos, pensados en Mistretta. Páginas concisas y sin adjetivos: como las palabras de los que viven profundamente una vida interior, como mi juventud temprana que fue templada en la soledad (Citado en Lo Iacono, 2010).

En estos relatos nos encontramos con imágenes de vida cotidiana protagonizadas por personajes humildes y “vencidos” como los de Verga. En sus relatos se nos presenta claramente una escritora llena de compasión por sus personajes, pero que también denuncia, en especial en lo referente a las figuras femeninas y su condición en la sociedad de su tiempo. Una autora que afronta temáticas distintas que van desde el tema del adulterio (*Pettini-fini*), los celos (*Janni lo storpio*), el maltrato (*Munnino*) o el abuso sexual (*Il ricordo*). El tema de la “roba”, típicamente verghiano se puede observar en más de un relato (*Coglitora di olive*, *Il compagno*, *Le serenate*)¹⁰.

Leotta (1984: 193-194) lleva a cabo un estudio sobre los temas y módulos estilísticos veristas que asimila Messina en esos primeros años de su carrera literaria: una opaca existencia dominada por el tema económico que hace que todo sentimiento pase a segundo plano; la melancolía por una vida gris y anónima de la que no se puede salir ni siquiera gracias al trabajo; la denuncia de la subalternidad de la mujer; el motivo de la vuelta imposible al hogar; la condena de la ciudad; la soledad y la incomunicación entre los miembros de la misma familia; la resignación al destino y a sus leyes incomprensibles; el profundo vínculo entre la naturaleza y la tragedia del hombre.

No es Messina la única escritora que se introducirá en la literatura con la técnica realista, como estudia con atención Caracoglia (2015: 15): la “poética de la imparcialidad” es el instrumento del que disponen para poder hablar de los problemas existenciales que les interesa, para sacar a la luz su mundo; de hecho, “partir de lo ‘verdadero’ es descubrir abusos, atropellos, revelar la hipocresía de

10 Lo Iacono (2010.)

la que, incluso hoy en día, a veces está imbuida la vida femenina vivida dentro de los muros domésticos, ‘sepulcros blanqueados’ de dolor y de no vida”.

Es interesante, y ciertamente esperanzador, ver cómo en tiempos recientes los estudiosos de Maria Messina han ido ampliando cada vez más el área de influencia de la escritora siciliana. Se ha pasado así de considerarla tan sólo un epígono de Verga a establecer relaciones entre esta y autores contemporáneos de importancia dentro y fuera de las fronteras de Italia¹¹.

Messina se lanza por otros caminos para escribir relatos en los que sea más importante el eco que los hechos dejan en la psicología, sobre todo femenina, que los hechos en sí. Ahora la escritora siciliana se centra fundamentalmente en la vida interior de la pequeña burguesía y su obsesión evidente por las apariencias y el decoro. La mujer está en el centro de su representación y de ella destaca la soledad, la opresión, el vivir al margen de todo y todos. Son mujeres que se resignan a ese duro destino que le ha deparado la vida y que aceptan con melancolía esa subordinación en la sociedad en la que viven y el sufrimiento que les depara. Las necesidades económicas empeorará más las cosas: no hay posibilidad de huida, de refugio, de búsqueda de identidad.

Prácticamente Messina dejará de lado la vida en el campo, central en sus primeras obras, dará importancia a la investigación psicológica femenina, a la soledad del individuo representada en la naturaleza y lo hará con una escritura sobria, con un tono humilde. Pero sobre todo Messina se sitúa a las antípodas del canon verista por lo que respecta a la objetividad del autor: no se distancia de lo

11 “El drama, si se puede decir así, de la obra de María Messina, está aquí: encontrarse en medio de dos monstruos sagrados de nuestra literatura: por un lado, Giovanni Verga, a quien la escritora de Palermo mira con admiración, casi con devoción; por el otro, Luigi Pirandello. Por lo que respecta al primero, no tenía la capacidad de adaptar a la forma de ver las cosas un lenguaje nuevo y revolucionario; con respecto al segundo, se ha perdido todo lo que podríamos llamar el sentimiento de lo contrario. Y, sobre todo, la conciencia de que ahora, en el cielo de papel, se ha abierto una herida vertiginosa desde la cual asomarse para mirar la tragedia de la vida cotidiana” (Ferlitta, 2006).

que cuenta, no se limita solo a fotografiar lo que ve, sino que no puede por menos que inmedesimarse con sus personajes, vivir con ellos y, fundamentalmente, con ellas, con su inquietud, su dolor, su soledad, su sufrimiento. La narradora expresa solidaridad siempre con sus personajes y con su destino en el que está ausente siempre la felicidad.

En esta dirección se expresa Ada Negri en la introducción a *Le briciole del destino*, 1918:

Mi pequeña hermana Maria, sí; las migajas de destino: avaras y escasas, despectivas y anónimas, que la vida lanza con distraída piedad a los Humildes que no poseen la fuerza de ofender ni de defenderse bien y no pueden hacer gala de la belleza trágica de las grandes desgracias. Las migajas del destino ... Tú has querido estudiar estos rincones de humanidad que huelen a polvo viejo, a trapos viejos abandonados, a telarañas viejas, a viejas lágrimas rancias. Tú lo has conseguido, pequeña hermana Maria. ¿Cómo? ... No lo sé. Tu alma fresca se complace extrañamente con oscuros recodos donde pulula gente pobre y sin recursos, sin suerte, y, también, sí – sin apoyos. Y la intuición, que ayuda al escritor mucho más que la experiencia, a veces te lleva a profundidades misteriosas. Profundidades misteriosas que yo leo también en tus ojos que me miran desde el retrato, hermana pequeña y lejana que nunca he visto y de la que quizás nunca oiga su voz corporal – y que, sin embargo, me dices todo acerca de ti en las humildes páginas donde el alma insatisfecha y turbia a menudo adquiere la densidad vercosa de los ríos insondables (Ada Negri, citada en Lo Iacono, 2010).

Leonardo Sciascia también va a presentar ante el público a Maria Messina bajo una nueva luz. Al tener en cuenta otras obras de la autora siciliana, Sciascia la acerca a Pirandello y sus *Novelle per un anno* o a novelas como *L'esclusa*: “la pequeña y vil burguesía siciliana y, dentro de la angustia y la mediocridad

apagada de esa clase, la condición asfixiante y angustiosa de las mujeres” (Muscariello, 2002a: 3-4). Pero va más allá, para establecer paralelismos entre la escritora y Checov, incluso con Katherine Mansfield. Poco importa si ella realmente leyó sus libros, importa que son todos hijos de una misma época, de una misma inquietud que se refleja con muchos puntos en común en su obra. Messina comparte con Checov y Mansfield un lenguaje esencial, la búsqueda de un léxico y una sintaxis pobre y seca. Para Sciascia, Messina, como Mansfield, ha sido autodidacta, escribe relatos realistas, le interesa el mundo cotidiano y la condición y el estado de ánimo de la mujer que vive en espacios muy limitados de la casa y su entorno y que sufre siempre.

Leotta (1984: 194) señala otras influencias decisivas en la producción literaria de Messina: la poesía crepuscular y el relato intimista-decadente. La temática común con los crepusculares es evidente: antiheroica y antidannunziana, centrada en la vida en la provincia y en la pequeña y mediana burguesía, en personajes humildes, envueltos en la miseria y la cotidianidad. Su estilo está también basado casi en la confesión íntima o la conversación familiar, privado de retórica y en el que predominan tonalidades menos fuertes, pardas, difuminadas. La narradora siciliana también va a mostrarnos paralelismos con el relato íntimo-decadente, para el que lo importante no son los hechos, sino el eco que estos tienen en el alma de los personajes. La apuesta de Messina por el análisis psicológico de sus protagonistas, como ya hemos señalado, es evidente.

4. La correspondencia de Maria Messina

En 1909 comienza la relación epistolar de Maria Messina con Giovanni Verga, incentivada directamente por su hermano. Se conservan 23 cartas y una postal dirigidas a un Verga ya anciano. El epistolario comienza poco después de la publicación de su primera obra, *Pettini-fini*, y se extiende durante diez años, hasta 1919. La narradora siciliana envía una copia de su obra al que ella considera

un maestro de vida y de arte; la respuesta de Verga es muy positiva y cargada de esperanza para el futuro. Incluso la introduce en algunas revistas¹² y a algunos editores, ayudándola a que despegara su carrera literaria.

Desde la primera carta Messina le agradece su protección, su guía y el calor humano que recibe de él. Por eso, no es de extrañar que en su correspondencia le abra su corazón, le haga partícipe de sus deseos y esperanzas, así como de sus miedos y ansiedades. De hecho, su sobrina Annie afirma que “en las cartas al ilustre maestro se siente palpitar un sentimiento, que tal vez fue lo más parecido al amor que ella conoció” (Citado en Lo Iacono, 2010).

Con la publicación en 1911 de *Piccoli gorghi*, Maria expresa su deseo de conocer a Verga en persona y, al hablar de sus personajes, no puede no hacer referencia a su persona: “Por supuesto que los he amado como una madre ama a sus criaturas. No he sufrido sus dolores, pero he sufrido. La mía es una de esas historias demasiado simples, pero ¡es tan triste como las historias que no se cuentan!” (Messina, 2015: 13-14).

Verga, con su larga y fructífera experiencia como escritor y buen conocedor de la actividad literaria, le revela la dificultad de ser mujer en este ámbito. Pese a todo, como insiste Messina en sus cartas, las palabras del maestro son siempre benévolas: “Las buenas palabras que me ha dirigido están talladas en mi corazón: la lectura de algunas de sus páginas admirables e inmortales me ha vuelto a dar la visión brillante y clara del verdadero arte” (Messina, 2015: 26).

Verga y Messina se intercambian sus retratos y para Maria esta correspondencia seguirá siendo vital: “Las buenas palabras que me ha dicho me han ayudado durante las horas más amargas. Su retrato ha sido mi consuelo” (Messina, 2015: 42).

Sin embargo, con el tiempo la correspondencia se va a hacer cada vez más escasa: Verga está muy mayor y cansado y Messina

12 Fruto de esta relación será la colaboración de la narradora con la revista romana *Nuova Antologia* desde 1914 a 1927. En esta revista y en estos años publica también Piandello, De Sanctis, Verga, Fogazzaro,... Sobre esta colaboración cfr. Silva (2016).

se enfrenta a los primeros síntomas de su enfermedad. La narradora siciliana siente este silencio como una piedra pesada en la última carta presentada en *Idillio letterario inedito verghiano* (2 de mayo de 1918): “He esperado siempre que me respondiera y la pena que siento, la insatisfacción que no se apacigua, provienen de su insólito silencio. Pero lo que más me entristece es que siento que me ha abandonado precisamente usted que me quería, que tenía fe en mí” (Messina, 2015: 44).

Roswitha Schoell-Dombrowsky (1998) señala que Maria Messina mantuvo también correspondencia con Ada Negri¹³ y con Guido Gozzano durante la segunda década del siglo, pero lo cierto es que todavía no se han encontrado esas cartas. Estas relaciones serían interesantes porque nos situarían a la escritora siciliana en un contexto literario más allá del verismo, en busca de nuevos modelos.

Maria Messina mantiene correspondencia también con Alessio Di Giovanni, escritor siciliano activo en el ambiente cultural del momento. El epistolario cubre un amplio periodo de tiempo, de 1910 a 1940, pero con mayor regularidad a partir de los años veinte, años en los que ya había cesado la correspondencia de Messina con Verga. Se nos presenta así a una autora más madura y con mayor experiencia literaria.

De las cartas con Di Giovanni hay que destacar su interés por los libros, sus discusiones sobre literatura y su admiración por algunos escritores, como Ada Negri, Pirandello, Verga y Caterina Percotto, entre otros y, como destaca Gochin (2009a), el amor por el dialecto y su uso literario.

Gochin Raffaelli es la estudiosa que ha traído a la luz este epistolario compuesto por doce cartas, trece postales y dos notas. Esta correspondencia es importante para evidenciar otra faceta de la escritora siciliana, las reseñas que se hicieron sobre su producción literaria en esos años y que ella misma escribió sobre obras de otros autores, entre ellos el mismo Di Giovanni.

13 A Ada Negri le dedicará su volumen *Le briciole del destino* y la autora lombarda le escribirá la prefación.

En la carta número 22 del 27 de diciembre de 1922 a Di Giovanni Maria menciona a una de sus amigas a principios de los años veinte, Gina Lombroso Ferrero, probablemente conocida cuando la escritora siciliana vivía en Florencia. Esta relación, como bien señala Gochin (2009a: 347), ayuda a establecer el contexto cultural y la formación literaria de Messina en los años de ascenso del Fascismo y la sitúa en los círculos intelectuales y antifascistas.

La relación entre Messina y Gina Lombroso Ferrero es significativa, no sólo en términos de la influencia feminista (o quizás antifeminista), sino también por el contacto con la cultura antifascista al conocer a Leo y a Guglielmo. Este contacto tuvo una influencia innegable en la producción messiniana.

De 1917 a 1926 Messina mantiene correspondencia con el editor Enrico Bemporad¹⁴ en la que discuten sobre temas relacionados con la publicación de las obras de la escritora siciliana. En estas cartas se aprecia la profesionalidad de Messina y su directa gestión de todo lo relacionado con su producción literaria: contratos, precios, plazos, fechas más eficaces para lanzar una obra,... También en estas cartas se pone en evidencia las dificultades económicas en las que se encuentra la autora tras la muerte del padre y con el avance de su enfermedad. Desde principios de los años veinte hasta su muerte es muy probable que el hermano contribuya económicamente a su sustento.

Se trata, como vemos, solamente de indicios, pero nos permiten intuir que la vida de Maria Messina estaba más llena de conocidos y amigos de lo que, en un principio, podía parecer y que se dedicaba profesionalmente a la escritura, no se trataba de un pasatiempo.

14 Sobre la correspondencia de Maria Messina con Bemporad y Di Giovanni cfr. Gochin Raffaelli (2009a).

5. Razones para la visibilización de una escritora relegada al olvido

Hemos visto cómo Maria Messina tiene una considerable producción literaria y cómo en su tiempo había sido reconocida por distintos literatos que han alabado su estilo y su temática – Borgese, Negri, Verga,... – y ha publicado en editoriales importantes en esos años, como Sandron, Treves, Bemporad, Le Monnier, Vallardi, Giannini, Ceschina y con revistas de importante difusión como *La Nuova Antologia*, *La Donna* o *Il Corriere dei Piccoli*. Entonces ¿por qué se la ha mantenido en el olvido tanto tiempo? Ferlitta (2016) contesta en parte a esta cuestión:

En este punto, se podría pensar que Maria Messina, a fuerza de poner en escena mujeres segregadas, personajes femeninos condenados a la inmovilidad y al sometimiento perenne, no ha hecho más que ilustrar su condición de escritora segregada y marginal, casi anticipando su desgracia crítica, su “fuga imposible” del cono de sombra que aún la rodea.

Ciertamente la enfermedad que sufría y que avanzaba a marchas forzadas es una causa importante para que ella misma se fuera apartando de la escritura y de los círculos intelectuales de la época y que, al final de su vida, ya apenas se hablara de ella.

Leotta (1984) señala además otros motivos del silencio de la crítica sobre Messina durante tantas décadas. En primer lugar, frente a la escritora y su manera de escribir se encuentra el Futurismo que con tanta fuerza irrumpe en la sociedad sobre todo en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Ya en el *Manifiesto del Futurismo* de 1909 se declara el profundo desprecio al tipo de mujer que puebla las obras de Messina: la mujer subordinada en la sociedad patriarcal, todavía más marcada en la Sicilia natal de la autora. En segundo lugar, el estudioso señala también la fuerza de D’Annunzio en ese periodo. De nuevo, Messina se sitúa en las antípodas: ella nos habla de los aspectos más humildes y

cotidianos, de personajes que no hacen historia, que no son excepcionales bajo ningún aspecto y por los que la autora siente una melancólica simpatía. Sus mujeres nada tienen que ver con las refinadas aristócratas, corruptas y amorales de D'Annunzio. Su vida en pueblos y pequeñas ciudades de provincias poco tiene en común con la de estas mujeres dannunzianas. Pero D'Annunzio y sus seguidores están de moda en esos años.

Por otro lado, como apunta Concetta Greco Lanza (1979), durante el Fascismo interesaba otro tipo de literatura a la que escribía Messina. Son los años del mito de la raza superior, de la afirmación de individualidades fuertes muy lejanas a los personajes débiles y marginales, “vencidos”, de Maria Messina. Su temática centrada en el Sur poco interesaba al Fascismo, y la resonancia del Verismo en algunos de sus relatos se consideraba propia del pasado, sin vínculos con el presente.

Tampoco interesará la producción literaria de Maria Messina en el periodo de la posguerra, años en los que Italia estaba concentrada en una rápida reconstrucción a todos los niveles y en reestablecer de nuevo un equilibrio. El interés renovado por la realidad evidente en estos años se concentraba en el pasado más reciente, lo demás, no interesaba (Gochin, 1997: 25).

Habrà que esperar a 1979 para que Garra Agosta saque a luz su correspondencia con Verga y hasta 1981 para que Leonardo Sciascia (1980) publique algunos de sus relatos – *Nonna Lidda* y *La Mèrica* – en un volumen colectivo *Partono i bastimenti* y presente una nota crítica para *Casa Paterna*¹⁵. Es en esta nota donde Sciascia muestra su estupor ante una autora todavía por descubrir:

Nos sorprende que en la urgencia actual de las reivindicaciones femeninas y feministas, en la atención a las escritoras del pasado y en el intento de construir principalmente a través de su producción una representación de la condición femenina

15 Sciascia (1981: 59-63). El volumen de *Casa paterna* incluye el relato homónimo, *Gli ospiti* y *L'ora che passa*.

en el mundo, en Italia y particularmente en el Sur, muchos de sus libros y su propio nombre han sido completamente ignorados. El descuido o, si se quiere, más poéticamente el olvido, a menudo se insinúa y se extiende como la hiedra trepadora para cubrir ciertas áreas y ciertos nombres de nuestra historia civil y literaria (Sciascia, 1981: 59).

En 2003 se funda el Premio Letterario Maria Messina y en 2009 Mistretta considerará a la escritora ciudadana de honor. Ahora prácticamente toda su producción – a excepción de gran parte de la literatura para la infancia – la ha publicado la editorial siciliana Sellerio¹⁶. Algunas de sus obras, y en especial, *La casa del callejón*, se han traducido a distintas lenguas y las están analizando en artículos y monografías. Ha aumentado también mucho el número de reseñas sobre sus obras en periódicos y revistas, sobre todo en Italia. Hay que destacar también en los últimos años el creciente interés de Maria Messina en la Universidad como protagonista de tesis doctorales, TFG y TFM¹⁷.

6. La ambigüedad impuesta a una escritora: Maria Messina y el Feminismo

Sabemos que tras la Primera Guerra Mundial existe una fuerte reacción contra el movimiento a favor de la emancipación de la mujer en todos los campos, a pesar del fuerte impulso que había tenido en los años anteriores. De ahí que muchas escritoras eviten en sus obras entrar en abierta discusión sobre los aspectos más emblemáticos de la cuestión feminista que habían llevado al escándalo, antes de la guerra, a autoras como Anna Franchi y Sibilla Aleramo, y opten por una ambigüedad, en algunos casos sólo aparente, del papel de

16 En 1981 la editorial Sellerio comienza con la reedición de las obras de Maria Messina con el volumen *Casa paterna*.

17 Para un estudio detallado sobre los estudios sobre Maria Messina fuera de Italia y para las reseñas sobre ella véase Gochin (1997).

la mujer en la sociedad. Tal ambigüedad, en un claro contexto de contrastes sociales y culturales, se hace patente tanto en los temas como en el mensaje, de tal manera que, como señala, Gochin (1997: 13) es difícil señalar de forma inequívoca si Messina estaba a favor o en contra del feminismo o de la maternidad.

¿Es Maria Messina una feminista? Ella en ningún escrito se considera una feminista, pero en sus obras se evidencia su conciencia de la situación de subordinación de la mujer en la sociedad de su época. Es por ello que algunas autoras la consideran “precursora del feminismo” (Magistro, 1996) o punto de partida de una parte de la narrativa moderna femenina (Bonfiglio, 2007):

En sus páginas encontramos sentimientos de fuerte compasión, estados emocionales a partir de los cuales no sólo se desarrolla la situación psicológica de los personajes, sino toda una realidad vivida entre restricciones y obligaciones, una realidad sofocante a la que es difícil, si no imposible, oponerse. Desde esta posición de inmovilidad evoluciona esa parte de la literatura que se refiere a la condición de la mujer que se mueve en una sociedad que no está dispuesta a aceptar las exigencias.

La estudiosa es consciente que los personajes femeninos de la narradora siciliana no se parecen mucho a los de Sibilla Aleramo, por ejemplo: las mujeres de Maria Messina vienen de la pequeña burguesía de provincias, son mujeres sin grande cultura o incluso analfabetas, ajenas a cualquier otra realidad que no sea su cotidianidad gris, “mujeres para quienes el proceso de evolución personal se ve frenado por las dificultades ambientales” (Bonfiglio, 2007). Sabemos que Messina fue amiga de Gina Lombroso Ferrero¹⁸,

18 Gina Lombroso Ferrero, divulgadora de la ciencia, médico y escritora, fue muy conocida en el ambiente intelectual no sólo italiano a principios del siglo XX por su militancia activa en la vida política y en los estudios sobre la condición femenina. En su obra se hace patente una revisión de la concepción positivista de la mujer, a partir de las teorías de su padre, Cesare Lombroso, representante del positivismo criminológico, sobre

que esta había publicado varias obras de carácter antifeminista¹⁹ y que Maria había escrito reseñas sobre sus textos en los que aprobaba sus planteamientos. No conviene olvidar tampoco que algunas de las ideas expresadas por Lombroso sobre la familia serán motivos básicos de la ideología fascista en relación con la mujer, empezando por la inferioridad de esta, tanto física como intelectual, su subalternidad ante el hombre, su alejamiento de la esfera pública y su función social exclusivamente en cuanto esposa y madre²⁰.

Como veremos, en la producción de Maria Messina hay un importante número de mujeres que intentan salir del rígido corsé tradicional en el que se les ha obligado a vivir, en busca de una libertad y una autonomía que poco tiene que ver con el rol de esposa y de madre asignado por la sociedad fascista. Por otro lado, en sus relatos se puede constatar que la figura masculina no es en muchas ocasiones superior a la mujer, es más, sus obras están llenas, como señala Gochin (2009a: 347), de hombres débiles que no pueden o no saben ejercer en la familia la autoridad con la que le ha revestido la sociedad, sobre todo la fascista.

Asistimos a un claro contraste entre una Maria Messina que fuera de la literatura se declara a favor del papel tradicional de la mujer en la sociedad, mientras que en sus obras se va en dirección contraria.

En este sentido, Gochin (2009a: 347) propone dos posibles explicaciones ante esta aparente contradicción:

la inferioridad de la mujer. Para ella el feminismo era el mayor enemigo de la mujer, ya que altera seriamente su equilibrio al imponerle objetivos de emancipación que la alejan de su misión natural y de su realización personal. En sus obras, entre otras, se incita a las mujeres a volver al hogar, el lugar al que pertenecen, y dejar el trabajo fuera de casa. En 1917 Lombroso funda, junto a Amalia Rossselli y Olga Monsani, la *Associazione divulgatrice donne italiane* (ADDI) con el objetivo de inducir a la mujer italiana a tomar parte en el desarrollo científico, social, político y filosófico en Italia. El nombre de Maria Messina figura entre sus miembros (Gochin, 2009a: 347).

19 Entre ellas destacan *Il Pro e il Contro*. *Riflessioni sul voto alla donna*, *L'anima della donna* y *La donna nella vita*.

20 Cfr. Piero Meldini (1975).

o trata de congraciarse a una amiga [Gina Lombroso Ferrero] con una alta posición social y literaria y de cuya relación se beneficiaría, o trata de presentar su buena fe hacia el sistema político-cultural del fascismo que se está afianzando, tal vez para garantizar la continuidad de la publicación de sus obras y el favor de las autoridades y el público (Gochin, 2009a: 347).

Conviene recordar que Messina es una escritora profesional, que depende en gran parte de sus ingresos para poder vivir y que no se puede permitir, especialmente con la enfermedad avanzando, ulteriores obstáculos a su carrera: “Para una escritora como Messina no podría haber sido fácil separar los puntos de vista personales a favor de la emancipación de las mujeres y, al mismo tiempo, de la maternidad, de la política oficial impuesta desde el exterior” (Gochin, 1997: 15).

7. La producción narrativa de Maria Messina

Hemos dicho que Maria Messina empieza a publicar sus obras en 1909. Al principio se dedica a la escritura de relatos y de literatura para la infancia. Solamente a partir de los años veinte escribirá también novelas para adultos. Las características de estas novelas no difieren de las de sus relatos, salvo en su amplitud.

Por lo que respecta a la literatura infantil, Maria Messina publica numerosas obras: *I racconti di Cismè* (Sandron, Palermo, 1912), *Pirichitto* (Sandron, Palermo, 1914), *Cenerella* (Bemporad, Firenze, 1918), *I figli dell'uomo sapiente* (Sandron, Palermo, 1920; Mondadori, Milano, 1939), *Il galletto rosso e blu e altre storielle* (Sandron, Palermo, 1921), *Il giardino dei Grigoli* (Treves, Milano, 1922), *I racconti dell'Avemmaria* (Sandron, Palermo, 1922) y *Storia di buoni zoccoli e di cattive scarpe* (Bemporad, Firenze, 1926).

A partir de 1920 Maria Messina publica seis novelas: *Alla deriva* (Treves, Milano, 1920), *Primavera senza sole* (Giannini,

Napoli, 1920), *La casa nel vicolo* (Treves, Milano, 1921)²¹; *Un fiore che non fiori* (Treves, Milano, 1923), *Le pause della vita* (Treves, Milano, 1926)²² y *L'amore negato* (Ceschina, Milano, 1928).

Con respecto a los relatos, Maria Messina publica gran parte de ellos primero en revistas y luego en volúmenes colectivos: 8 relatos en *Pettini-fini e altre novelle* (Sandron, Palermo, 1909), 13 en *Piccoli gorgi* (Sandron, Palermo, 1911), 12 en *Le briciole del destino* (Treves, Milano, 1918), 14 en *Il guinzaglio* (Treves, Milano, 1921), 12 en *Personcine*²³ (A. Vallardi, Milano, 1921) y 9 en *Ragazze siciliane* (Le Monnier, Firenze, 1921).

La editorial Sellerio, con sede en Palermo, reedita a partir de los años ochenta casi todos los volúmenes tal y como los había publicado Messina: *Piccoli gorgi* (1988), *Il guinzaglio* (1996), *Le briciole del destino* (1996), *Pettini – fini* (1996), *Ragazze siciliane* (1997), *Personcine* (1998). Esta editorial también saca a la luz en volumen algunos relatos que Messina había publicado exclusivamente en revistas, *Dopo l'inverno* (1998) con 5 relatos y *Gente che passa* (1989) que comprende *Il guinzaglio* y *Ragazze siciliane*.

Leonardo Sciascia publica los relatos *La Mèrica* y *Nonna Lidda* en *Partono i bastimenti* (Milano, Mondadori, 1980) y *Casa paterna* en *Racconti italiani del Novecento* (Milano, Mondadori, 1983). Otros relatos se han publicado primero en antologías: *Le scarpette* en *Racconti d'amore del '900* (Milano, Mondadori, 1990), *Luciuzza* en *Il Novecento. Antologia di scrittrici italiane del primo ventennio* (Roma, Bulzoni, 1997), *Demetrio Càrmine* y *Casa paterna* en *Novelle d'autrice tra Otto e Novecento* (Roma, Bulzoni, 1998).

21 *La casa nel vicolo* había salido por entregas en *Nueva Antologia*, 1 enero - 1 febrero 1920.

22 *Le pause della vita* también había salido en 1926 por entregas en *Nueva Antologia*.

23 Realmente *Personcine*, como ya indica el título, se compone fundamentalmente de relatos protagonizados por niños y con una clara vocación didáctica. Sin embargo, incluye un relato, *Massaro Vanni*, que bien podría también incluirse en los volúmenes para adultos. Por ello, lo incluimos en este apartado.

Messina es una narradora; ha escrito novelas, sí, pero fundamentalmente es una escritora de relatos y es allí donde nos muestra su estilo esencial, privado de retórica, sin digresiones descriptivas; sus frases son breves, secas, pero llenas de emoción. Lo Iacono (2010) considera que su lenguaje está estructurado sobre el modelo de la conversación familiar: “Está lleno de imágenes tomadas del mundo de las experiencias más cercanas a la vida de todos, de similitudes de tono realista, inspiradas en la condición cultural y en el entorno de los personajes, a menudo de matriz verghiana”. Se trata, por tanto, de un lenguaje muy vivo, repleto de diálogos, con muchas interjecciones y proverbios y, ya que muchos personajes, sobre todo en las primeras colecciones de relatos, vienen de una clase baja, Messina utiliza expresiones dialectales, aunque siempre muy medidas, para darle el color local²⁴.

Otro aspecto interesante del estilo de Messina es la utilización reiterada en sus relatos de la técnica del discurso indirecto libre para reproducir el monólogo interior de sus personajes. Esta característica nos revela la empatía que la escritora siciliana tiene con sus personajes, sobre todo femeninos, su identificación con lo que estos piensan, sienten,... El discurso indirecto libre permite insertar en la voz del narrador, en tercera persona, enunciados propios del personaje al que se refiere; la narradora cede la palabra al personaje, pero sin advertir al lector mediante guiones o verbos de dicción.

Por otro lado, la estructura de los relatos, como ha estudiado Pausini (2001: 30), es casi siempre la misma:

una repentina emanación epifánica sacude la conciencia
dormida en el flujo opaco de la existencia y a la que sigue una

24 En este sentido, Gochin (2009: 345) afirma que “Messina no siguió los rígidos ideales puristas en sus escritos. El método que utilizó para incorporar el dialecto a sus obras era lo que Croce definió como ‘literatura del dialecto reflejado’. Esto significa que Messina introducía términos dialectales donde le convenía con el objetivo de dar al texto un color local”.

sensación de impotencia de los personajes, especialmente los femeninos; el final no ratifica el regreso sumiso de los protagonistas a la mediocridad cotidiana y hay pocas excepciones de una conclusión abierta a la esperanza de una metamorfosis.

Para un primer acceso a las temáticas recurrentes en los relatos de Maria Messina podemos trazar un rápido análisis a algunos de los títulos de sus volúmenes, que se revelan emblemáticos de la existencia de sus personajes.

Piccoli gorghi presenta uno de los *leitmotiv* de sus relatos. El “gorgo” es un remolino que se crea en un curso de agua, un término que nos parece muy apropiado para hacer evidente la sacudida que arrastra a muchos de sus personajes caracterizados por una vida repetitiva, monótona, limitada en todos los aspectos y todo menos vital. El remolino se convierte en “un símbolo [...] de su propia conciencia desesperada de lo real” (Muscariello, 2002b: 72), como se ve muy bien en uno de los relatos de este volumen, *La fatica del vivere*: “Pero luego todo había vuelto a ser como antes, peor que antes, como un agua pantanosa que, al agitarla, se enturbia y luego vuelve a recomponer su limo muy en el fondo” (Messina, 1997c: 224). Ese agua pantanosa que representa la vida de los personajes de Messina y que tan acertadamente definía Borgese (1928: 166): “Son pequeños remolinos en un agua pantanosa, donde las vidas desaparecen silenciosamente y pierden incluso la fuerza para gemir ...”.

Le briciole del destino se podría traducir como “las migas del destino”, del destino de estas mujeres que se ha visto reducido a la más pequeña expresión – las migas son una porción pequeña, normalmente referida al pan –, un destino en el que difícilmente te vas a poder realizar como persona. Pero ese título también lo podríamos traducir como “las migajas del destino” si queremos enfatizar todavía más la pequeñez de sus vidas o incluso subrayar que esas existencias no son más que los desperdicios o sobras de alguien, aprovechadas por otros.

Il guinzaglio se refiere precisamente a la correa, a algo que sirve para ceñir, atar o sujetar. El término nos lleva intuitivamente a la correa de los perros y nos ayuda a entender las vidas de estas mujeres de Messina que no tienen libertad alguna, no sólo de movimientos, sino tampoco de pensamiento, de sentimiento. Mujeres atadas, controladas, que sólo se mueven en el espacio delimitado por la longitud de la correa.

Muscariello (2002b: 72) hace referencia a una existencia repetitiva, que “se resuelve completamente en la repetición agotadora de gestos, comportamientos, hábitos”.

Esta vida monótona, hecha de pequeños actos cotidianos repetidos hasta la saciedad, se refleja muy bien en el tiempo que va marcando la autora con insistencia en la mayoría de los relatos: se suceden casi sin cambios las décadas, los años, las estaciones, los días de la semana; las fiestas sirven para recordar el paso del tiempo que no trae cambios, un tiempo “iterativo, estancado, sombrío”, como lo define Muscariello (2002b: 71).

8. La construcción de la identidad femenina

8.1. Representación de la condición femenina

En los relatos de Maria Messina nos encontramos con una atención ciertamente especial hacia las mujeres, con un número altísimo de protagonistas femeninas. Pero ¿quiénes son estas mujeres y a qué clase pertenecen? En la “Despedida” que cierra el volumen *Ragazze siciliane* la autora precisa cuáles son estas mujeres que pueblan estos relatos en concreto, aunque, en realidad, presentan muchos rasgos en común con el resto de sus obras, a excepción de los relatos de influencia claramente verista de los dos primeros volúmenes en los que las protagonistas suelen ser preferentemente mujeres campesinas que viven en pequeños pueblos²⁵:

25 Se trata fundamentalmente de los volúmenes escritos antes de la Primera Guerra Mundial – *Pettini fini*, 1909, *Piccoli gorghi*, 1911. En estos relatos domina un estilo

Chicas sicilianas [...] o más bien deberíamos decir “señoritas sicilianas”, que no hemos conocido en este libro muchachas del pueblo o jóvenes de la aristocracia, sino más bien hijas de empleados pobres o pequeños propietarios. [...] Señoritas de la casa, que cosen el ajuar y esperan el amor que quizás ya no va a regresar nunca, ahora que ya ha pasado, o que se presentará vestido de “buen partido” (Messina, 1997b: 135).

En estas líneas Messina nos deja claros varios elementos fundamentales que caracterizan a muchas de sus heroínas: en primer lugar, que se trata de mujeres jóvenes, por lo tanto, todavía con un futuro por delante, con un destino que no debería estar ya completamente cerrado a su edad, sino en proceso de formación; en segundo lugar, su lugar de origen, Sicilia²⁶, lo que ya determina en gran manera que a estas jóvenes mujeres se les ha cargado, quieran o no, con el papel tradicional que la mujer ocupa en esa sociedad, marcado fundamentalmente por el matrimonio – ese gran acontecimiento único y fundamental en la vida de toda mujer – ; en tercer lugar, que se trata de jóvenes de la pequeña burguesía, que viven en el mundo de los empleados y de los pequeños propietarios de tierras.

Estas jóvenes no viven en grandes ciudades, sino en pequeñas poblaciones lejos de toda civilización, donde las cosas parece que no han cambiado nunca, que se mantienen inmóviles, siempre las mismas, donde va a ser difícil, sino imposible, realizarse como

realista, según del modelo de Verga, por lo tanto, se enfatiza la lucha por la supervivencia más elemental y los aspectos económicos de la vida. En el centro de estos relatos se encuentra la pobreza, la miseria y la desgracia.

26 Messina precisa el lugar de ambientación de los relatos de este volumen, pero normalmente no hace explícito el lugar concreto en el que se desarrolla su obra. “Las historias contadas representan una provincia que puede pertenecer a más de un territorio; el carácter, la psicología de los personajes y su comportamiento son el indicio de un modelo de sociedad rastreable en cualquier lugar [...]. Su vocación no es contar la vida de un lugar, sino de manera más general ser testigo de una realidad más amplia de lo que es posible imaginar” (Bonfiglio, 2007).

mujeres, y no sólo como madres, esposas o hijas. El progreso no se vislumbra bien desde estos rincones del mundo:

Camila y Bobò, Catalina o Bettina, no viven en las grandes ciudades sicilianas donde las jóvenes se preparan para luchar – ni más ni menos que sus compañeras del continente.

No. Viven en aldeas pequeñas, cerradas y remotas, donde la costumbre marca un ritmo que es siempre igual, donde las novedades y el ruido llegan tarde, como voces amortiguadas por la distancia (Messina, 1997b: 135-136).

A pesar de todo, algo de ese mundo nuevo, de esa nueva mujer que las emancipacionistas llevan preparando desde hace años, les llega, algo les hace sentir un “deseo de libertad”, un sueño apenas esbozado, a pesar de que la vida les obliga a no salir de los esquemas establecidos, tan rígidos, tan poco humanos, que las convierten, en nombre del honor y de la tradición, casi en esclavas, en personas privadas de una identidad propia, condenadas a seguir caminando por unos senderos siempre en subida y llenos de guijarros: “Ellas también hablan del deseo de libertad; a pesar de que continúan caminando por las calles trazadas por la experiencia de los más ancianos, soñando con acunar niños, con una casa que llevar... Humildes sueños honestos que no se atreven a relatar” (Messina, 1997b: 136).

Son estos sueños humildes y honestos de las jóvenes de la pequeña burguesía los que pueblan los relatos de Maria Messina y donde se revela, de manera más eficaz, la insistente denuncia que lleva a cabo sobre la condición de la mujer en su tiempo. Ellas sueñan, no grandes vidas llenas de *glamour* y riqueza, sino vidas pequeñas, conformadas a su educación, hechas de pequeños gestos importantes, con la familia en el centro. Sueñan, pero saben, y son desgraciadamente muy conscientes de ello, que su deseo de una vida realizada no es una opción para ellas. Son otros los que han puesto las reglas del juego, son otros los que las han

dejado al margen de la historia, de la vida colectiva, del progreso. Es la sociedad la que las ha condenado a vivir dentro, pero a la vez, ausentes de todo lo que sucede, sin posibilidad de influir en lo que ocurre a su alrededor.

Sin embargo, a pesar del pesimismo que vena su producción, Messina no nos presenta exclusivamente aspectos negativos de su existencia: el rayo de sol que salva sus vidas sin realización personal es la solidaridad, el amor hacia el que lo necesita, el entregar su vida por los demás. Sólo eso dará un sentido a sus vidas vacías.

Incluso en ese destino siempre hay un hermoso rayo de sol; porque cada una de estas chicas [...] cree en algo y quiere ayudar a alguien. [...] Cada una sale del círculo de la vida, para entrar, sola y sin que nadie la vea, en su pequeño mundo espiritual que preserva, intacto, las fuerzas más frescas, las más nobles aspiraciones de su feminidad (Messina, 1997b: 136).

Para Bonfiglio (2007), “María Messina abre las puertas de un mundo mediocre, cerrado en su propio egoísmo y refractario a todo cambio, un mundo de pequeños burgueses cuya única preocupación es salvar la cara frente a la comunidad a la que pertenece”.

Messina recarga las tintas sobre varios aspectos que caracterizan a esta pequeña burguesía de provincias. Por un lado, la cuestión de la decencia, el honor, la obsesión por mantener un status en la sociedad, un buen nombre que permita seguir formando parte de una comunidad, aunque sus vidas estén rodeadas de la miseria más absoluta. Este aspecto lo subrayaba ya Borgese (1928: 167):

Miles de pequeños propietarios y profesionales mediocres tienen el alma corroída por la carcoma de un interés económico incesante, y no hay esplendor de sol suficiente para iluminar las innumerables casas donde falta de todo excepto el honor, sospechoso y acre, y donde la escasez sofoca todos los sentimientos excepto el sacrificio resignado y el temor de Dios, y la señorita se marchita al telar, esperando...

Miseria evidente que se intenta esconder por todos los medios y que se hace más evidente cuando se trata de una mujer cuya única posibilidad social es la de casarse, pero que luego se encuentra con que su matrimonio se puede ver claramente comprometido por motivos económicos a los que ellas no van a poder nunca hacer frente, privadas como están de la gestión de su patrimonio y obligadas a quedarse en casa y no salir a trabajar.

Maria Messina entra en lo más íntimo de la vida de muchas familias de la pequeña burguesía, esa que ella conoce tan bien, en la que ha nacido y en la que se ha movido durante toda su vida. Por eso, es capaz de describirnos con tanta fidelidad la miseria decente de esta clase social constituida por pequeños propietarios de tierras, por empleados, por profesionales pequeños que viven sin sueños, sin amor, sin motivaciones. Sólo les queda el decoro, su único patrimonio, aunque no les sirva para sobrevivir. Por eso, Catalina, la protagonista de *El telar de Catalina*, encerrada durante meses en su casa por el luto por su madre y su hermana, se permitirá, y sólo con mucha insistencia y por parte de una forastera, salir únicamente por la noche, completamente cubierta y hablando en voz baja para que no la reconozcan. Del mismo modo se comportarán los hermanos en *Demetrio Càrmine*: para que Chiaretta les pueda visitar tendrá que entrar por la puerta de atrás y ellos la acompañarán a casa de la forma más discreta posible.

El miedo visceral al qué dirán y a las consecuencias que pueda traer les obliga, con perseverancia, a ocultarse, a esconderse de la mirada y de la lengua del vecino. Un esconderse que les lleva al inmovilismo, a la falta de acción, a la incapacidad de poner en marcha estrategias para salir de la situación en la que se encuentran.

Muchas de las mujeres protagonistas de los relatos de Messina se encuentran irremediabilmente atrapadas en un “pequeño mundo de insignificantes ambiciones”, como constata Bettina en *Almendras*.

Uno de los elementos sobre los que insiste la escritora siciliana a la hora de describir a estas mujeres es su reclusión forzada dentro de las cuatro paredes de la casa familiar. El hogar, en el que deberían ser reinas, se convierte en una jaula, en una trampa, en un espacio

tan cerrado que les va a faltar el aire, pero al que están tristemente acostumbradas; es su lugar, en el que han aprendido a vivir y, pese a todo, casi su refugio²⁷.

Ese espacio cerrado en el que se mueven las protagonistas de sus relatos nos dice mucho de la situación psicológica en la que se encuentran estas jóvenes. Son casas donde entra poca luz, sin vistas al horizonte, en algunos casos casi vacías, privadas de lo más necesario, como la casa de Venera en *América de Il guinzaglio*, – “Mi casa, ya lo sabe... se puede recorrer en un santiamén. ¡Sólo hay miseria en cada rincón!” –; otras casas están llenas de cosas inútiles, viejas, o de arcones cerrados, como los secretos que guardan en el alma estas mujeres.

Son esas cuatro paredes y esos pocos objetos sus únicas referencias en la vida, como se ve en *La puerta cerrada*, en la que la protagonista, privada, por un grave problema cardíaco, del acceso al piso superior de la casa donde estaban sus dominios – la cocina y el comedor – se siente perdida y lo estará más aún cuando sea consciente que esas habitaciones – que la definían y daban un cierto sentido a su vida – ya no le pertenecen, ahora son propiedad de la criada y amante de su marido. El caso de Campanilla es todavía más extremo al ser muda: su casa, sus objetos, sus vecinas son su guía en la vida, cuando se case y se la aparte de ese entorno familiar y tan conocido en el que moverse, se sentirá perdida.

Todo lo que viene de fuera se considera, en principio, amenazador y, como señala Muscariello, se tiende a reaccionar con el “pánico, con la alarmada sensación de una pérdida irreversible de puntos de referencia, de una sustracción de lo conocido, de lo familiar, la ruptura de la propia identidad” (Muscariello, 2002b: 80).

Otro aspecto al que dedica atención Maria Messina es a la descripción de los trajes de las protagonistas que describe a menudo como desgastados, viejos, fuera de la moda, invadidos de nuevo por esa rutina que se repite año tras año. Messina nos

27 Es por este doble valor que Muscariello (2002b: 72) habla de claustrofobia y claustrofilia.

cuenta cómo va vestida Catalina, en *El telar de Catalina*, en el primer encuentro con el que podría ser su marido: “La falda le quedaba un poco grande, las mangas demasiado cortas, el corpiño, demasiado amplio, le hacía dos arrugas en los hombros.” Un traje que refleja también cómo se siente ella: completamente inadecuada ante la vida.

Las casas nos revelan la angustia que se ha apoderado de las que allí habitan, prisioneras de una monotonía que las paraliza para cualquier otra acción que la sociedad no haya ya determinado para ellas, de antemano y sin su opinión. De ahí la insistencia de Messina en la descripción de sus acciones cotidianas, privadas de trascendencia, como sus vidas. De ahí el ritmo lento, siempre igual, uniforme, sin sobresaltos, predecible siempre. En *El telar de Catalina* nos encontramos con la descripción asfixiante de la vida de las dos hermanas y de sus tías, tan rutinaria y tan parecida a la de las hermanas Fiorillo en *Las almendras*, a la de la protagonista de *La aventura* con una vida entre el trabajo y la casa o la de Bobò en *Rosas rojas*.

Esas cuatro paredes que, en tantos casos se han convertido en auténticas prisiones para sus inquilinas, es el único espacio propio que tienen, el único lugar donde sentirse seguras, al reparo de las inclemencias de un mundo exterior que desconocen y que casi siempre les abruma con una horrible sensación de impotencia, de imposibilidad de comprensión de la vida más allá de esos muros.

En el relato *Las almendras* se nos presenta la dificultad de las tres hermanas Fiorillo para entender los factores que influyen en el precio de la cosecha de almendras. Son los hombres los que saben sacar las consecuencias de los hechos que afectan a la colectividad, los que están preparados para interpretar lo que pasa y actuar en consecuencia. Ellas no pertenecen a ese mundo exterior. No comprenden y, por ello, no pueden tomar medidas.

Por otro lado, ese espacio cerrado al exterior configura el hogar, el centro de la vida familiar. Es el lugar donde sentirse también seguras y que hay que defender frente a todo porque, al fin y al cabo, es lo único que tienen.

De toda la casa hay un espacio al que Messina dedica especial atención, como ha revelado Muscariello (2002b: 74), el umbral:

El umbral está cargado con significados complejos. Espacio de frontera entre la casa y el exterior, la suspensión de la identidad de un personaje que, trágicamente, no puede reconocerse en el interior de la residencia conyugal que antes era tranquilizadora, pero que, a la vez, se siente aterrorizado por los peligros desestabilizadores del otro lado.

Personajes frágiles, como Catena en *Amèrica de Piccoli gorghi* que, tras la marcha del marido a las Américas, “pasaba los días enteros en cuclillas en la puerta, sin sentir el frío de la tramontana, con la barbilla entre las manos”. Campanilla tendrá que superar la barrera de la puerta para poder saber qué es lo que le está pasando a su marido. Y lo hará con miedo. Porque la puerta de casa marca la frontera entre el mundo conocido y el desconocido. Y eso da desasosiego a la pobre muda Campanilla, pero también a Gracia, porque representa la inseguridad y la imposibilidad de control para ellas.

Es el umbral el lugar por excelencia de la espera que tanto caracteriza a estas mujeres.

8.2. Cuerpo femenino y construcción de identidad

En esta sociedad pequeño burguesa de provincias, sobre todo del sur de Italia, en las que mayoritariamente se mueven las protagonistas femeninas de los relatos de Maria Messina nos encontramos, como bien señala Di Giovanna (1989: 53), que “el sistema ideológico patriarcal, especialmente en las sociedades del sur, pesa sobre la mujer la condena social por violaciones de la ética sexual, que para ella coincide casi por completo con el concepto de honor (joven soltera), honradez (casada), con la buena reputación”. Se trata de un sistema que reprime hasta límites extremos a la mujer, sofoca sus instintos y las encorseta en unos rituales fijos, donde los papeles están marcados de antemano y no permiten que se salten el guión.

Las leyes de cortejamiento, de noviazgo y del matrimonio, tan bien retratados en sus relatos²⁸, con tanto detalle y precisión, dejan poco espacio al sentimiento, a los instintos de estas mujeres; sus cuerpos son tan sólo una posesión más del marido, no un instrumento de identidad o incluso de placer para ellas, más bien, en muchas ocasiones, es el lugar del martirio, del dolor. Se trata de la aceptación de un modelo asexualizado de la mujer. De hecho, estas restricciones sexuales son complementarias a las sociales y se aplican a todos los estados de la vida de la mujer, desde su juventud hasta su madurez.

Desde la doncellez hasta la viudedad el modelo pasa necesariamente por su relegación a la autoridad varonil y por la pérdida de control sobre su cuerpo y sus deseos en función de las necesidades del dispositivo de las alianzas: virginidad absoluta fuera del matrimonio (tanto en la doncellez como en la viudedad) o supeditación terminante a la voluntad sexual del marido (débito conyugal) (Vázquez & Moreno, 1997: 375).

Las mujeres tienen que aceptar y resignarse a no tener un lugar en la sociedad – salvo en el hogar y con restricciones – y a una vida sexual totalmente pasiva, en la que ni su cuerpo ni su voluntad van a ser atendidos. Por todas partes se advierte a la mujer de los graves peligros – para ella, para la familia, para la sociedad en general – que provoca la disposición del propio cuerpo y la voluntaria satisfacción de sus deseos. A la mujer se la prohíbe terminantemente insertarse activamente en el mundo, no puede ver, pero tampoco ser vista, porque es un peligro. Por otro lado, se ve como algo muy negativo el deseo de la mujer de sentirse querida: sería un síntoma de su voluntad de inserción activa en el mundo (Vázquez & Moreno, 1997: 376).

De esta manera, la mujer sólo tiene dos posibilidades de comportamiento, aunque siempre como objeto percibido por el hombre: la mujer asexualizada – definida por criterios de castidad y

28 Los casos de *El telar de Catalina*, de *Camilla* o de *Campanilla* son emblemáticos.

ausencia de deseo sexual – y la mujer hipersexualizada – promiscua, deshonrada o ramera – que implica la transgresión de la moral y la salida de la institucionalización rígida del comportamiento femenino.

En el primer caso, el de la mujer asexualada, nos encontramos con mujeres privadas casi por completo de personalidad, vestidas a menudo de negro o de medio luto, con trajes viejos y fuera de moda, con su cuerpo prácticamente oculto y sin muchas posibilidades de dejarlo intuir bajo sus vestimentas²⁹. No son coquetas en su mayoría, y, sobre todo, no conocen bien ni su propio cuerpo ni, mucho menos, el del hombre. Nadie les ha hablado de sexo ni de placer sexual, sólo de sus obligaciones como esposas.

En las historias que nos relata Messina generalmente ni siquiera se habla de amor, o por lo menos, difícilmente correspondido. A pesar de todo ello, una sensualidad, quizás no explícita del todo, permea sus relatos y caracteriza a algunas de sus protagonistas que sueñan con el amor – ese amor del que han oído hablar de forma romántica – para proyectarlo en figuras masculinas cercanas, que muchas veces idealizan³⁰. Es difícil asimilar esa idea, utópica, libresca, con la realidad en la que viven, pero ellas lo hacen, por tanto vibran ante un beso, una caricia, una palabra. Normalmente no se llega a más, pero eso es suficiente para hacerlas sentir, abandonarse a un placer que desconocían.

Lo interesante en estos relatos es cómo Messina nos transmite esta sensualidad, recurriendo frecuentemente al juego de las similitudes, del que la escritora siciliana es una maestra, y en el que pone en relación el cuerpo de la mujer con la naturaleza.

29 Como Bobò en *Rosas rojas*: “tenía el pelo muy suave y largo, el pecho abundante, aunque lo sofocara (por pudor), en corpiños oscuros y rígidamente abotonados”.

30 En *La aventura* Rosalba, empleada de Correos, proyecta su idea de amor y felicidad leída en sus queridas novelas en la gris figura de un compañero de trabajo, mayor que ella y que se revelará poco después un sinvergüenza, casado y con hijos: “El futuro transcurría dulcemente, sin gran dificultad, como en las respetables novelas que tenía en el cajón de los sellos. Y Lavagna no tenía ya tantas arrugas, ya no era tan anciano. Era él el que había animado, sin cara y sin palabras, sus sueños de amor”.

En relato de *Campanilla* nos encontramos, en principio, con una pareja de enamorados y con la descripción, muy sumaria pero explícita del placer que la joven siente ante la presencia y el deseo de Graciano: “Bajo la mirada de Graciano parecía que le había dado el sol de julio” y temblaba de placer al pensar que “Graciano, guapo, fuerte y sano, era suyo y la quería. Este pensamiento le encendió la sangre de sensualidad y de ardor”. Messina nos relata el primer beso de la pareja y nos describe con precisión lo que sintió Campanilla:

Una vez Graciano había saltado el seto de verdad y, agarrándola del brazo, le había pegado los labios en las mejillas buscándole la boca. También entonces había huido, con las piernas que le temblaban, llevándose ese beso en la sangre como si el sol le hubiera quemado las venas. Y desde ese momento no había vuelto a coger moras al seto, y al ver a Graciano, había bajado los ojos. También ahora, en la noche fría, sentía en las mejillas el ardor de esos labios que sabían a sol.

Por otro lado, estas mujeres, humildes, sencillas, son muchas veces objeto de pasión de los hombres y aparecen descritos sus cuerpos. En *La aventura* el señor Lavagna “no se saciaba nunca de examinar su fino perfil [de Rosalba], la curva del cuello desnudo y rubio que desaparecía en el cuello del corpiño de terciopelo”.

Hay una clara voluntad en Messina, como observa acertadamente Bonfiglio, de restituir al cuerpo de la mujer la capacidad de comunicar, ellas que están abocadas al silencio, a la no expresión de sus sentimientos y opiniones. Sin embargo, su cuerpo no pueden controlarlo siempre, las traiciona, dejando una huella clara de lo que sienten, aunque sea de manera inconsciente. De ahí el uso insistente de los símiles:

Y la precisión de la naturaleza, la experiencia física y sensorial pueden permitirnos no malinterpretar, al ofrecer

el anclaje referencial concreto para expresar lo que todavía no ha encontrado la palabra para dar voz al cuerpo. De esta forma, Maria Messina redime del silencio a una parte de la mujer que no es carne separada de la mente (Bonfiglio, 2010).

El cuerpo es lo único que les queda para comunicarse y es lo que determina la percepción de sí mismas. Tanto en el placer como en el dolor o en la resignación no son las palabras de las protagonistas las que expresarán lo que sienten, ya que ellas no conocen otra forma de vivir, otra manera de ver y de hacer las cosas, de ser sí mismas; ellas están casi siempre mudas³¹, guardan silencio, no se revelan directa y explícitamente contra la sociedad que las está anulando en todos los sentidos. Será su cuerpo el que se revele, el que reaccione por su cuenta, instintivamente, el que escape de alguna manera al control de la razón.

Por lo que respecta a las mujeres que violan la normativa sexual estas no son una excepción en los relatos de Messina e incluso, en algunos, las pequeñas infracciones de las normas no se ven con malos ojos, sino con empatía y comprensión. Lo que hay que especificar desde un primer momento, y que De Giovanna (1989: 53) ya señala en su estudio, es que “casi nunca la infracción de la normativa sexual tiene el significado de la afirmación de sí misma ni de la decisión de seguir valores alternativos, sino que es el producto de la opresión económica sufrida por las clases subordinadas”.

Por lo general, se trata de mujeres de clase baja: es mucho más difícil la transgresión en la burguesía o en la aristocracia, con un código moral mucho más estricto y un sentido del honor más marcado y penalizado. De hecho, la infracción en estas mujeres de

31 El caso de Campanilla es muy ilustrativo. Las otras mujeres están en silencio, aunque podrían hablar, mientras que Campanilla se ha quedado sorda y muda, no puede ni oír ni hablar. Su enfermedad la condena, todavía más que a las otras mujeres, al silencio y a la marginalidad.

clase baja va unida al factor económico, por lo que se acepta tanto por la propia mujer, soltera casada o viuda, como por la sociedad sin demasiado sentido de culpa. Se trata fundamentalmente de mujeres que sí controlan su cuerpo y lo utilizan para seducir al hombre y sacarle partido, o bien económico o bien para ascender en la escala social. Messina nos presenta algunos relatos en el que, con palabras de Gochin (1993: 93) “la mujer pasa de la objetividad pasiva a la subjetividad y la individualidad determinante”, pasa de ser una presa a depredador.

En el primer volumen de relatos de Messina nos encontramos con varios relatos protagonizados por mujeres que van contra la moral y contra el papel que se les ha asignado. Un caso representativo es el de *Peines-finos*, en el que Venera, una mujer casada, mantiene durante mucho tiempo relaciones con el barón don Liborio, con el consentimiento implícito del marido, consciente de que ese adulterio beneficia económicamente a su familia y favorece su promoción social. La detallada descripción de la casa y de los vestidos de Venera es crucial para evidenciar el aspecto económico de la infracción, así como el cambio de trato en el barrio. Lo importante es mantener las formas: ella continuará atendiendo a su marido y él fingirá que no sabe nada:

¿Qué hacer... un escándalo? ¿Perder la paz para quedar bien delante de la gente? Se estaba tan bien en su casa... Siguió pensando en el buen fuego que le esperaba, en la buena mesa. ¿Por qué tenía que arruinarse la vida?

Un final muy poco al estilo Verga, sin cuchillos ni muerte, sin tragedia, en el que el honor ya no es lo primordial, sino el bienestar económico y social.

Sin embargo, aparece como algo muy negativo la relación entre la criada y el señor en *La puerta cerrada*, donde, a pesar de que el interés económico es fundamental – se ve muy claro en la descripción detallada de los muebles en la habitación de la criada –, el trato hacia la señora engañada, que, además, está enferma, no es digno.

En el relato *Gracia*, se presenta también a otro personaje, el de Elena, una mujer joven que tiene amantes, que cambia hombres a su voluntad y que, de esta manera, se gana la vida, sin ni siquiera esconderlo. En medio de toda la miseria en la que se vive, su comportamiento es tolerado, ya que tiene una función y su vida ha mejorado, al contrario que lo que le pasa a Gracia que convive con un hombre sin obtener beneficio alguno.

El caso de *América (Il guinzaglio)* tiene que ver con las viudas blancas; se trata de una mujer casada cuyo marido ha emigrado a las Américas y del que apenas sabe nada y del que apenas recibe dinero durante mucho tiempo. Para conseguir sobrevivir con lo más básico mantiene una relación adúltera con un vecino. No hay amor, sólo supervivencia y, por tanto, la moral no se aplica de manera tan rígida.

Por lo que se refiere a las mujeres burguesas, estas suelen reprimir sus impulsos, aunque, como hemos visto, el control sobre el cuerpo no es total y revela sus deseos más profundos. Muchas de estas mujeres están tan convencidas del funcionamiento correcto de esas leyes sociales que no las tienen en cuenta que llegan incluso a renunciar, casi voluntariamente, a su felicidad, a un amor correspondido que las hace dichosas y no se preguntan qué intereses hay detrás para que la familia se lo prohíban o qué podrían hacer ellas para continuar con su relación correspondida. En el caso de Bobò, la solterona protagonista de *Rosas Rojas* es evidente esta autorepresión, aunque sea potenciada por la autoridad de su hermano y su cuñada.

8.3. La mujer y la familia

¿Cómo es la familia que refleja Maria Messina en sus relatos y en cuyo seno transcurren las vidas de sus protagonistas? Se trata de una familia de tipo tradicional, fundada sobre la idea de la indisolubilidad del matrimonio, con una precisa e inamovible división de papeles entre los cónyuges ciertamente desequilibrada a favor del varón y centrada en los hijos. En esta familia tradicional,

claramente patriarcal, la mujer se comporta ante el padre, después ante el marido, como si fuera de su propiedad, como una subordinada en todos los sentidos. El hombre posee a la mujer como hija o como esposa y tiene derecho a decidir por ella en todos los momentos de su vida, sobre todo en el más importante, la boda. Ante la decisión del hombre, la mujer tradicional no puede hacer otra cosa que obedecer, aceptar el destino que se ha trazado para ella, resignarse y callarse. La institución familiar impone a la mujer unos determinados papeles de los que no las va a dejar salir.

Muscariello (2002b: 73) habla de la familia como de “institución encargada de preservar un orden social [que], con los ritmos y roles forzados que impone, obliga al sujeto a reducir y contraer continuamente la expansión de su ser en el mundo”.

La familia es importante para Messina y sus protagonistas, un lazo afectivo extremadamente potente para ellas que, en muchos casos, las lleva al martirio, a sacrificar su identidad, a renunciar a una vida propia por el bien colectivo de la familia³², es decir, del padre o de los hermanos, sofocando, e incluso sepultando, las ansias de una realización personal.

Frente a la familia tradicional ¿cómo se comportan estas jóvenes de provincia en los relatos de Maria Messina? No les quedará otro remedio que seguir los códigos culturales y sociales que conocen, que se les ha inculcado desde pequeñas, los únicos con los que han crecido, que creen normales, beneficiosos para ellas, ya que carecen de otros códigos, cargados de autoridad, que los desmientan. De ahí que las familias de estas chicas insistan en los matrimonios concertados, condicionados fundamentalmente por motivos económicos, de promoción social o simplemente para que no se queden solteras, lo que equivaldría a quedarse solas y sin posibilidades económicas en muchos casos.

32 Algunas de las protagonistas son muy conscientes del papel que tienen que desempeñar en su familia y, en algunos casos, como en *L'ora che passa* o también en *La avventura* de la necesidad que su familia tiene de su sueldo para sobrevivir.

Por eso, Messina se centra en todas las categorías femeninas, siempre las más débiles de la sociedad: las jóvenes en edad de casarse que se convierten en casi un objeto de intercambio, las viudas – e incluso las viudas blancas – que, sin un hombre, lo tienen muy complicado para sobrevivir, especialmente si tienen hijos, y las solteras, que prácticamente no son ni mujeres, porque no son ni madres ni esposas, casi deshechos de la sociedad que nadie quiere, salvo para sacarles dinero, si es que lo tienen.

8.3.1. Las jóvenes solteras

En todos relatos nos encontramos con un elemento común, sobre el que Messina reclama la atención con insistencia: el matrimonio, el momento más importante para una mujer, y obsesión para los padres, especialmente los que tienen varias hijas, como sucede con la madre de Camila, en el relato homónimo, que no piensa más que en casarla, en salvaguardar las apariencias, sin ver más allá, sin pensar verdaderamente en sus hijas, en lo que ellas desean, en sus posibles sentimientos hacia otros.

En *El telar de Catalina* la protagonista se siente como un animal que se va a vender al mercado, que se exhibe y se entrega al mejor postor. El posible marido es un “joven serio, que promete mucho”, un profesor que dará a Catalina estabilidad económica. Un buen partido. Sólo que ella no lo conoce y tampoco lo ha elegido:

En cuanto los ojos de ese hombre, que todavía no le había dirigido la palabra, volvían a posarse fríamente sobre su persona, se apoderaba de ella de nuevo la angustia y la vergüenza.

¿Por qué había venido a representar un papel en la comedia? Sintió un agudo disgusto por sí misma y por los que la rodeaban.

Aunque en este relato es evidente la buena intención de su familia en casarla, el ritual de matrimonio concertado es siempre humillante para la mujer y, en este caso concreto, al tratarse una

chica muy joven, traumatizada por un luto detrás de otro y encerrada en casa durante años, se revela casi como algo inhumano.

Los relatos de Messina también están llenos de jóvenes mujeres, a veces casi unas niñas, a las que se les aparta de un amor correspondido, pero que no es para ellas, por no poseer la dote adecuada o por ser ella de clase social superior a la del hombre. Como consecuencia, o se las embarca en un matrimonio sin amor pero con beneficios económicos, o se las condena a quedarse solteras de por vida.

A veces, son los propios familiares los que rompen con los lazos afectivos para hacerse con el patrimonio de la joven. En *Rosas rojas* Messina nos relata la triste historia de Liboria partiendo del momento actual, soltera de una cierta edad que se lo ha dejado todo a su sobrina que celebra su boda ese día, para llegar al pasado en el que estaba felizmente enamorada y correspondida. Un amor que se verá truncado, sin ella saber por qué, por su hermano y cuñada, con los que vivirá tras la muerte de la madre; son ellos los que la obligarán a quedarse soltera para hacerse con su dote. La han condenado a dejar pasar el tiempo sin vivirlo – “Los años... que habían echado a perder todo sin remedio, dejando fresco e intacto su corazón de virgen” – y ni siquiera ahora, ante ese hombre del pasado que la sigue queriendo, encuentra el valor para irse con él: ella que no sale de casa si nadie la lleva fuera, que no ha llevado las riendas de su vida nunca ¿cómo ahora iba a ser capaz de tomar la iniciativa? Ella que ha obedecido siempre, ella que tiene que agradecer a su hermano el que se haya ocupado de ella al quedarse huérfana. Aunque le hayan robado todo en la vida. ¿Cómo iba a tomar ella una decisión tan importante?

Pero ¿qué hacer? Diría: ¿Me quiero casar?

Una ráfaga de sangre le subía hasta la frente ante el pensamiento audaz e impúdico. ¿Cómo decírselo a su cuñada, a su hermano?

Sólo le queda la amarga reflexión final: “Apesadumbrada, veía, con precisión, su insignificante vida de vieja solterona todavía enamorada”.

8.3.2. Las solteras

El de las solteras, como la protagonista de *Rosas rojas*, es uno de los grupos más abundantes en los relatos de Messina. Mujeres que no se han casado por un motivo u otro y que, por lo tanto, se encuentran en un vacío total: tienen que buscar un hombre de quien depender – el padre, un hermano, un tío – tanto a nivel económico como también psicológico.

Por lo general, Messina nos dibuja figuras de mujeres frustradas, porque no se han realizado como la sociedad les pide ni como madres ni como esposas, por lo que, muy a menudo, aparecen en función sustitutoria de la madre, en el caso de ocuparse de sus hermanos, sobre todo hombres, o de sus sobrinos. De esta manera, tienen una familia y, de alguna manera, mantienen su función en la sociedad.

En la narrativa de Messina es muy habitual encontrarse con jóvenes precozmente envejecidas que se han quedado en casa a cuidar de su padre o su hermano. En *Demetrio Carmine* se nos presenta con detalle la vida de una mujer soltera, en este caso dedicada por completo al cuidado del joven hermano soltero:

Catalina se encargaba de todas las tareas de la casa y los días volaban. Atendía a su hermano con la alegría de una madre que cuida de su niño. Le calentaba la ropa interior cuando tenía que cambiarse; le tenía lista la toalla mientras se lavaba la cara; en la mesa le pelaba la fruta y le cortaba el pan; se devanaba los sesos todas las mañanas para prepararle para comer algún guiso de su gusto, y en la época de habas y guisantes no le faltaba nunca un plato de pasta con la *frittedda* como le gustaba a él. Si por un día se tenía que quedar en la cama, indispuesta, se afligía, no por ella, sino por Demetrio que se quedaba sin sus cuidados.

De esta manera, cuando el hermano decida casarse y abandonar Sicilia, ella se sentirá completamente abandonada a su

suerte, tirada a la basura como un trapo viejo. Está de más, él ya está casado, no necesita que su hermana sustituya a su madre, a su mujer. No vale para nada. Se queda sola en la casa familiar. La enfermedad en la que cae a partir de ese momento es el claro reflejo de su situación psíquica.

Solteras son también las tías que cuidan de las dos huérfanas de madre en *El telar de Catalina* y solteras también son las tres hermanas de *Las almendras*.

8.3.3. Las madres

Es interesante notar cómo son numerosos los relatos en los que aparecen familias sin madres: hombres solos que crían a sus hijos, hombres ayudados por hermanas solteras o por otras hijas que hacen de madre. De hecho, podríamos incluso decir que nos encontramos más a menudo con madres sustitutas que con biológicas. En *Gracia* Messina nos introduce el “baliático” como un sistema de adopción, un contrato de crianza por el que se entrega a los huérfanos a familias del lugar a cambio de una compensación económica: la protagonista Gracia se ocupa de una niña con la que se comporta como una madre y recibe un dinero que le ayuda a sobrevivir. La protagonista de *Campanilla* tampoco tiene madre, la han criado su padre y hermano con ayuda de la comadre. A las dos niñas de *El telar de Catalina* las han criado sus tías.

En *El recuerdo* nos encontramos con un núcleo familiar muy pequeño formado por Vastiana y su madre, pero, dado que la madre está enferma, es la hija la que se ocupa de todo en la casa. También Rosalba en *La aventura* es la que tira de la familia con unos padres ya ancianos.

En los relatos de Maria Messina notamos una ausencia marcada de la figura de la madre en las vidas de sus protagonistas que tendrán que adaptarse a madres sustitutas que no van a poder cubrir por completo con las necesidades afectivas y de orientación de las jóvenes. Y esto es crucial cuando se trata de una sociedad patriarcal que prácticamente borra todos sus deseos físicos y psíquicos.

Dentro de esta variedad de la figura de madre, nos encontramos con la madre biológica que, aunque joven, con una cierta holgura económica, no consigue cumplir con su función maternal. Por un lado, está Catena, protagonista de *América* del volumen *Piccoli gorghi*: una joven madre que irá perdiendo la cabeza al darse cuenta de que nunca va a poder reunirse con su marido que ha emigrado a las Américas. Ni el amor por su hijo pequeño será capaz de apaciguar su alma y de hacerla volver en sí.

Finalmente, nos encontramos con la figura de Leda en *Veraneantes*. En este relato se nos retrata a una madre que ya poco tiene que ver con las figuras tradicionales anteriores: se ha casado por amor y tiene posibilidades económicas, sin embargo, siente la maternidad como una cadena y reivindica una mayor libertad para la mujer en este ámbito. Una figura con conciencia feminista, podríamos pensar. Nada más lejano. Messina nos retrata a una esposa y madre que piensa más en su propio bienestar que en el de su hijo y su marido, que ha sustituido el sacrificio tradicional de la mujer por la imposición de sus caprichos y su liderazgo en la familia. Leda decide no seguir dándole el pecho a su hijo a pesar de que este es todavía pequeño, se lo deja al cuidado continuo de una familia que apenas conoce, no lo visita nunca mientras está con ellos y no se preocupa por su salud. Un tipo de madre que no puede no ser duramente castigado: su hijo morirá y su marido la engañará con la joven a la que había confiado a su hijo.

8.4. Mujeres incapaces de rebelión

Como hemos visto, muchas de las protagonistas de los relatos de Messina son mujeres incapaces de oponerse a las normas sociales, incapaces de ir contra la voluntad del hombre, aunque eso signifique renunciar por completo a una vida plena, feliz, o por lo menos, a intentarlo. En ellas prevalece un espíritu de resignación ante el *status quo* que se considera inamovible y con razón de ser. De ahí que Messina nos presente tantas veces a mujeres

tristes y completamente desilusionadas, a veces deprimidas, otras anestesiadas, incapaces ya casi de sentir, o incluso que se vuelven locas. No hay otro camino que el que le han puesto delante. Para ellas, “ser mujer significa sufrimiento, soledad, sacrificio, sumisión, silencio y muerte. Condición de inferioridad irreversible” (Bracciante, 1986: 76).

Se trata de mujeres reprimidas por los hombres en primer lugar, pero también por las propias mujeres que son despiadadas con las que no siguen el camino trazado. La crueldad con que las vecinas tratan a Gracia es un claro ejemplo: ella es pobre, no tiene a ningún hombre que la proteja, además, es fea y, en vez de buscarse un marido o un amante que la pueda mantener, es ella la que mantiene a un hombre que no la quiere, que la explota y la desprecia hasta el maltrato. Las vecinas se burlan de ella porque no sabe sacar provecho de las situaciones, porque no está casada, pero tampoco es una mantenida, porque se ha convertido en un deshecho humano y ha perdido toda dignidad. Gracia es ridícula y diana de desprecio para las otras mujeres. Campanilla también es objeto de la burla cruel de las nuevas vecinas al casarse: su marido no se lo ha pensado bien al casarse con una muda.

Además, muchas de estas mujeres ni siquiera necesitan que sean otros u otras las que sofoquen su identidad, ellas mismas se autoreprimen convencidas de que no hay elección y que ellas no tienen la fuerza ni la capacidad necesaria para afrontarlo diversamente. El caso de Bobò en *Rosas rojas* es claro.

Incapaz de rebelarse, acepta las reglas porque las considera condiciones necesarias y se somete a ellas con valor y con una dedicación total y silenciosa. Su aceptación es sacrificio, de sí misma, es silencio y muerte de su propia vitalidad interna, es una renuncia a existir, al estar habituada a una existencia enbrutecida (Bracciante, 1986: 82).

Por eso, algunas de estas mujeres simplemente o continúan con una muerte en vida como en *La puerta cerrada*³³, o pierden la cabeza como Catena en *Amèrica* o intentan cometer homicidio, como es el caso de la protagonista de *Campanilla*.

En estos tres relatos hay un primer momento de deseo de acción por parte de las mujeres – desobedecer al marido y subir al piso de arriba, intentar por todos los medios ser apta para emigrar a América o matar a la mujer que le ha quitado al marido –, un intento de recuperar su vida y su dignidad, pero terminan irremediabilmente en la afasia y en la imposibilidad de acción. Esta conciencia de fracaso presente y futuro las conduce a un estado de muerte en vida, pero que, en cualquier caso, va a ser preferible a saltar al vacío, a arriesgarse por completo a perder todavía algo más que la identidad personal y la dignidad humana.

Son mujeres ante un callejón sin salida, sin posibilidad de vislumbrar una vía de escape, una solución:

La mujer que surge de la escritura de Maria Messina es consciente del estado de sujeción al que está relegada, es incapaz de gestos decididos, está resignada a la obediencia y al “destino”, pero es consciente de que su papel no es ese, o al menos no es sólo ese. La conciencia de su posible redención, el consentimiento a una condición que sabe que no se merece y la visión de un cambio virtual la convierten en una criatura que no se reconoce a sí misma como una víctima. Su actitud hacia lo que le sucede, o mejor dicho, a lo que no le sucede a ella, es de serena aceptación y es lo que la distancia de la categoría de los “vencidos” (Bonfiglio, 2007).

33 La protagonista “sentía de manera confusa que cada tarde habría dicho: mañana. Y sus días futuros le parecían oscuros, sin esperanza, iluminados sólo por la lívida luz de su dolor inconfesable. Sabía que seguiría viviendo así, sin meta, como dentro de una frágil barquita perdida en medio del mar.

Por eso lloraba. Y llorando, su sufrimiento se exasperaba, porque doña Ienna pensaba que todas esas lágrimas eran inútiles...”

8.5. Mujeres nuevas. El comienzo de una conciencia

Muchas de las jóvenes de la baja burguesía de provincias que protagonizan los relatos de Maria Messina carecen prácticamente de una educación y no han sido criadas para desempeñar ningún tipo de trabajo fuera del hogar. De esta manera, la sociedad patriarcal garantiza su férreo control sobre la mujer, privándola de relaciones sociales propias, de un sustento autónomo, de la posibilidad de una promoción económica y social. Además, la mujer muchas veces está convencida de que no va a poder vivir por su cuenta y, que si lo hace, se la marginará de la sociedad. De ahí que muchas mujeres renuncien a los estudios o a un trabajo personal. Pero no todas, y Messina nos presenta no pocos ejemplos de mujeres con iniciativa que se entregan al estudio y al trabajo como único medio de salir adelante frente a las adversidades, especialmente en situaciones en las que se han quedado solas, sin un padre o un marido que las proteja y mantenga, en época de guerra o posguerra, con la fuerte emigración, la crisis económica, la pérdida del padre o su ruina económica.

8.5.1. La educación

Muchas de las protagonistas de los relatos y novelas de Maria Messina son mujeres que han recibido poca educación. Algunas, sobre todo en las primeras colecciones, son probablemente analfabetas, condenadas a trabajar para poder sobrevivir desde la niñez. Niñas de las que no se menciona si han ido a la escuela o no, como Vastianedda, en el relato *Gracia* de *Pettini-fini*, la huérfana de siete años, preocupada tan sólo de llevarse un mendrugo a la boca y que no le maten a palos a la que le hace de madre. Un caso muy parecido y del mismo volumen es el de Vastiana de *El recuerdo* o el de Catena en *América* de *Piccoli gorghi*: la lucha por la supervivencia no les permite instruirse y la falta de instrucción les cierra cualquier camino a una vida mejor, a un trabajo propio que les permita ganarse la vida. Además, al no haber recibido una

educación, estas mujeres se sienten completamente dependientes de los hombres para poder entender lo que pasa a su alrededor, especialmente cuando se sale de lo habitual, y para tomar decisiones que afectan a su vida.

En *Almendras* de las tres hermanas Fiorillo sólo una, la más pequeña, ha terminado sus estudios, las otras dos “apenas sabían garabatear su firma”. Su falta de educación, unida a una vida encerrada entre las cuatro paredes, sin posibilidad de relacionarse desde la niñez con el mundo que cambia, que se mueve, las convierte en no aptas para la vida pública y, por tanto, para el trabajo fuera de casa y la realización personal. La presión social que se ejerce sobre ellas para mantenerlas así se revela también como un factor imprescindible que hay que tener en cuenta y que Messina evidencia en algunos de sus relatos.

Bettina Fiorillo, la menor de las hermanas solteras de *Almendras*, había querido estudiar por vocación y lo había hecho sola “con la guía de una vieja maestra, amiga de casa”. Desde el primer momento, Messina, aunque con pocas palabras, deja muy claro cuál es la situación de estas jóvenes que quieren y están capacitadas para el estudio: la soledad y la burla. De Bettina se ríen continuamente, la llaman “sabionda” y consideran que la instrucción en la mujer ya no sólo no es positivo, sino incluso perjudicial. Las palabras de su padre vuelven a sus oídos:

—¿Qué te crees? ¿Que voy a dejar que seas una maestra de tres cuartos? — exclamaba el padre si la veía con un libro en la mano. Y nunca le dejó ir a la ciudad para hacer los exámenes para ser maestra.

Entonces la familia Fiorillo estaba bien, tenían una buena finca que les permitía una vida acomodada y nada hacía presagiar lo que iba a venir después: los padres habrían muerto, y llegaría la guerra y la miseria para tres mujeres solas que no sabían, ni podían, porque no tenían los instrumentos, enfrentarse con éxito a los problemas.

Estudiar no está bien visto. Las señoritas de buena familia tienen que aprender otras cosas, fundamentalmente a llevar bien la casa. Tanta lectura les confunde la cabeza y, luego ¿quién las casa? Una joven culta de buena familia es un problema.

Pero todavía es peor trabajar. Sólo trabajan las mujeres que no pueden por menos, las muertas de hambre, las que sus maridos o sus padres no consiguen alimentar. Pero no las chicas de buena familia.

Bettina, ante la presión familiar y social, renuncia a su vocación como maestra, de las pocas profesiones a las que se les permitía tener acceso. Pero las cosas han cambiado y Bettina se da cuenta que ella es la única de las tres hermanas que puede ganar algo de dinero. Enseñar es una profesión, es factible y puede dar de comer. Siempre que se esté dispuesta a renunciar al mundo de las apariencias en el que ha crecido.

“La maestrilla Fiorillo... la llamarían la maestrilla Fiorillo...” Esa palabra, “maestrilla”, tan despectiva, la condenaba, a ella y a sus hermanas, a una marginación social en el pueblo. Pero sería lo único le iba a permitir seguir a adelante.

En este caso concreto y como una de las pocas excepciones en sus relatos, Maria Messina nos presenta a su protagonista como una mujer fuerte, casi del futuro, que, a pesar de no comprender el significado de su gesto en todas sus dimensiones, es capaz de realizarlo, y de establecer unas prioridades más allá de la honra, del buen nombre, y de valorar el estudio.

Daniela Bombara en su artículo “Leggere per vivere: la lettura come paradigma interpretatio del reale nelle scrittrici siciliane del Otto-Novecento” comienza su análisis con una cita de Pitрэ sobre la vida cotidiana en Palermo hace más de cien años en la que se afirma con rotundidad la razón principal por la que se mantienen analfabetas o casi a las mujeres en estos años: “de lo contrario, podrían comunicarse con hombres” (citado en Bombara, 2017: 66).

Leer, y todavía más, escribir, prácticamente afecta a la esfera moral de la mujer, la corrompe. Sin embargo, es la única manera que

la mujer tiene para salir de la situación límite en la que se encuentra, de ese “destino” al que la ha condenado la sociedad patriarcal. Y son estos años a caballo entre el siglo XIX y XX en los que se empiezan a poner los cimientos para un cambio. Unos años de transición, de convivencia entre dos mentalidades tan bien reflejadas en la obra de Messina y de la que Bettina es un buen ejemplo.

Por otro lado, Rosalba, la protagonista de *La aventura*, es una joven instruida, a la que se presenta a menudo con un libro en las manos y que ha conseguido un trabajo fuera de casa, en Correos. Para ella, la lectura de novelas respetables – como la de Anton Giulio Barrili – es lo único que le ayuda a salir de una vida y un trabajo monótonos, mecánicos, sin apenas incentivos, salvo el económico. Novelas en las que proyectarse más allá de la supervivencia y sobre todo, para una joven, en el amor, en la búsqueda de un amor verdadero.

El relato incluido en *Ragazze siciliane, Il pozzo e il professore*, trata con más detalle del tema de la educación de las mujeres, nudo crucial para la emancipación de estas. Pidida, la joven prometida del profesor, es el claro ejemplo de la forma habitual de educar a las mujeres:

Estaba acostumbrada a que mi padre gritara si veía un pedazo de papel impreso, y a mi madre que me decía que una chica tenía que cortarse las manos antes que escribir sus pensamientos. Yo no tengo amigas. Y las pocas chicas que conozco son como yo. Creía que con usted también me tenía que comportar así (Messina, 1997b: 27).

El profesor se queja de la ignorancia de su prometida, pero, por otro lado, sueña con una mujer tradicional, ama de su casa: “Y se imaginó a sí mismo en el trabajo, aguardado por Giuseppina, que quería que disfrutara de un buen almuerzo, y quería contarle muchas cosas pequeñas, adorablemente inútiles” (Messina, 1997b: 29). La contradicción está servida. Incluso un hombre culto, aparentemente menos condicionado por prejuicios sin base racional, se encuentra

todavía influenciado por una mentalidad que ha perdurado durante demasiados siglos. Es verdad que, al final, decidirá instruir a su futura mujer, pero la autora ya nos deja muy claro cuál será la relación entre ellos dos: “Parecía un maestro pedante llamado para instruir a Pidda: mucha literatura, un poco de historia, un poco de francés” (Messina, 1997b: 28).

8.5.2. El trabajo

De cualquiera de las maneras, el tema del trabajo fuera de casa es innovador sólo en el caso de las mujeres burguesas o de la aristocracia; las de clases subalternas ya lo hacían desde siempre, trabajando sobre todo en el campo.

Para las jóvenes de la baja burguesía hay pocos trabajos a los que puedan acceder, pero se van ampliando con el paso de los años. Por eso, es interesante ver cómo también las protagonistas de Messina cada vez van trabajando más y en más campos. Lo importante en el caso del trabajo femenino es, como manifiesta Leotta, que estas mujeres no “se cierran en sí mismas en una actitud de vida egoísta o victimista, más bien adquieren, en el sentimiento de solidaridad con los que sufren más o tienen más necesidades, un valor moral superior al hombre” (Leotta, 1984: 198). Es decir, el trabajo sólo dignifica cuando la mujer no lo hace por sí misma, sino por los demás, por el bien de la familia.

En principio, se trata de trabajos que tienen que ver sobre todo con la enseñanza elemental. De esta manera, algunas jóvenes con estudios se ven abocadas a convertirse en maestras como una de las pocas posibilidades para subsistir y, fundamentalmente, con el objetivo principal de mantener a su familia. Este es el caso de *L'ora che passa*, de *Piccoli gorghi*, en la que la protagonista, Rosalía, es, en principio, una mujer autónoma: trabaja como maestra en una escuela, tiene un sueldo y la posibilidad de formar su propia familia con un compañero de trabajo. Sin embargo, es con su sueldo con el que su familia consigue sobrevivir y con el que se le está dando los estudios al hermano. Si se casa, su sueldo iría al marido, por lo que se

pone en discusión el derecho que ella tiene de velar por su felicidad, cuando se pone en riesgo la viabilidad de su familia de origen.

En *Almendras* nos encontramos también con la constatación del peso de una sociedad que no considera importante la educación de las mujeres ni digna su incorporación al trabajo. Las hermanas Fiorillo están solas y en la ruina con la guerra. Las dos mayores, sin ninguna educación y ya entradas en años y achaques, no pueden hacer nada para remediar la situación. A Bettina le gustaba estudiar y podría emplearse como maestra. Ante esa posibilidad la joven se enfrenta a los prejuicios sociales, empezando por su propia familia y siguiendo por la sociedad:

La maestrilla Fiorillo... la llamarían la maestrilla Fiorillo... También la *Facoltà*, hasta ahora respetuosa, la habría mirado con aire de indulgencia. Quizás la mujer del secretario la habría despreciado. Quizás la marquesita Mauri habría evitado sentarse a su lado en la iglesia.

Frente a ello, Bettina se nos muestra fuerte, decidida a la acción, a no dejarse arrastrar por la situación en la que se encuentra y tomar las riendas de ella. Encuentra en su interior “potentes y desconocidas fuerzas que la empujaban a la acción” y se siente capaz de luchar con ese “mundo de cartón, mundo de marionetas que, mañana, la guerra se habría llevado consigo”. Es consciente de las consecuencias que traerá su decisión de trabajar como maestra, pero conseguirá enfrentarlas poniéndose como único objetivo el servicio a los demás, el ser útil, en este caso, a sus hermanas y ayudar a salir de una situación que se ha revelado desesperada. Sólo así tendría sentido su vida.

Se trata de uno de los relatos más importantes en los que Maria Messina afirma la posibilidad de cambio para la mujer en la sociedad, de ir contra esos prejuicios tan enraizados y que no llevan a la resolución de problemas.

Messina defiende el papel de la mujer en el mundo del trabajo, pero lo hace siempre sin ir radicalmente en contra de la

sociedad patriarcal, es decir, vinculando el trabajo al papel que se le ha adjudicado a la mujer, la del cuidado de los demás y la centralidad de la familia. Si Bettina había renunciado a continuar con los estudios y a un trabajo como maestra debido a la presión familiar y social, ahora lo reclamará para ayudar a la familia, por lo tanto, con un fin que va más allá de sí misma.

En *El chal* nos encontramos con un tema muy parecido al tratado en la novela *El amor negado*: la modista Mariangelina ha conseguido con su trabajo forjarse un porvenir ella sola, convirtiéndose, en un principio, en modelo de mujer emprendedora, a pesar de ser la hija de una mujer con una pública relación extraconyugal, lo que la habría marcado para siempre en su vida.

El mundo de la costura es uno de los feudos tradicionales de la mujer trabajadora en el que introducirse sin graves problemas. Sin embargo, el aspecto que remarca Messina en este relato no es sólo el de la capacidad de trabajo y autogestión de la protagonista, sino, de nuevo, y por esto será gravemente penalizada, el afán de promoción social a través del trabajo. Su rivalidad con las hermanas Ragusa la lleva a salirse de las vías trazadas: emprender un viaje a Palermo para ponerse al día con la moda y, de ahí el título, poseer un chal, símbolo evidente de un estatus social que no le pertenece. La alta sociedad lo considerará una ofensa:

Mariangelina había empezado a perder la cabeza con sus ínfulas. Quisiera o no, era siempre la hija de la Negra; ¡no se lo podía olvidar! En cuanto a casarse con ella, con lo poco que tenía, no se habría casado nadie con ella. Y con toda esa ambición mezquina que anidaba la chica, esa, algo iba a liar. No. No. ¡Más bien quería terminar mal...!

Sin posibilidad de quedarse en el pueblo, sin dinero, sin clientes, sin una reputación, tendrá que marcharse a la ciudad, sola. Ángel, el joven que la acompañó por primera vez a Palermo, es consciente que Mariangelina no se merece ese destino: “Tenía los ojos llenos de lágrimas porque la quería y porque sabía que él,

justamente él, la llevaba a la boca del lobo...”; pero la suerte estaba echada y, ya que no se la podía salvar, al menos había que sacarle algo de provecho a la situación: “era una flor que alguno habría cogido, pronto o tarde, y él no quería que se la cogieran delante de sus ojos...”. Como señala Di Giovanna (1989: 25), “la fuga es peligrosa y determina una historia de perdición”.

En *La aventura* nos encontramos también con otro caso de mujer trabajadora: Rosalba entra a trabajar como empleada en Correos, un trabajo que da una comodidad a una familia en situación precaria. Sólo que un compañero no la trata como a una trabajadora más, la ve de otra manera; a pesar de ser mayor que ella, y estar casado y con hijos, decide cortejarla hasta casi obligarla a mantener una relación con él. En este relato Messina nos presenta la situación de desprotección total en la que se encuentra una mujer sola en el puesto de trabajo: para muchos la mujer sigue siendo un objeto sexual y no una compañera. No se consideran sus dotes en el trabajo, su dignidad personal, ellas pertenecen siempre a otra categoría y, entre todas las mujeres, las que salen de casa, aunque sea para trabajar, están fuera de su perímetro de seguridad, son mujeres más fáciles por tanto de “convencer” para tus propios propósitos.

Esta misma idea nos la presenta Messina en su relato *Demetrio Càrmine*. Ante rigidez moral de la sociedad en la que vive, Demetrio decide cortejar a las maestras que vienen a trabajar a su pueblo:

Había terminado con no querer ni mirarlas a la cara a las lugareñas que se tomaban las cosas tan a pecho y a las que les hubiera gustado verlo abatido por los remordimientos. Hacia las cuatro se plantaba detrás del pilar del portal del instituto para ver salir a las chicas y a las profesoras; las guapas profesoras jóvenes y sonrientes que saltaban sobre los cantos de las calles con sus zapatos siempre de tacón. [...] Se regocijaba si una se daba la vuelta, el corazón le daba un vuelco si otra le sonreía... Luego volvía a casa satisfecho, bendiciendo a las mujeres del continente que no se ponían anémicas si uno se divertía cortejándolas un poco.

De nuevo se trata de mujeres jóvenes, que se han alejado de su casa para poder emprender una carrera. Mujeres solas, consideradas más libres, menos sujetas a las severas normas sociales; mujeres que pertenecen a otra categoría, mujeres “más fáciles” y, por tanto, expuestas a los peligros, a los Don Juan meridionales que podrían acabar con su buena reputación.

En *América de Il guinzaglio* Messina nos cuenta la historia de otra mujer trabajadora, en este caso con éxito. Venera, una mujer que durante ocho largos años tendrá que sobrevivir con sus propios medios ante la partida del marido a las Américas, se convierte, al final del relato, en la dueña de una charcutería que funciona muy bien. Ella, que no tenía ni oficio ni beneficio, aprenderá a llevar la tienda y a sacarle dinero, primero, por poco tiempo, con el marido, luego ella sola y más tarde, como se apunta en el relato, con su amante:

Venera llevaba la tienda mejor que un hombre.

Ese continuo manejar dinero, ese manosear todo el día queso suizo y mortadela, le había dado la vida. Más gorda, vestida con lana fina, siempre contenta, daba consuelo verla.

Venera se ha revelado una mujer emprendedora y con iniciativa, capaz de acción. Ya al principio, al quedarse completamente sola y sin posibilidad de sustento, deja atrás la moral y se junta con el zapatero que mucho amor no le da, pero le ayuda a tener un bocado que llevarse a la boca. Cuando vuelve el marido, se adapta otra vez a la nueva situación y se entrega en cuerpo y alma para conseguir una mejora en su vida. Por tercera vez, Venera se volverá a adaptar, y lo hará sin traumas, cuando muera su marido gravemente enfermo. Es una mujer fuerte, trabajadora, muy capaz de mantener su hogar y traer dinero a casa, pero a pesar de todo, necesita de un hombre para tener un puesto en la sociedad. Ella lo sabe bien, como Brasi que “ya no trabajaba de zapatero y estaba en la puerta bostezando entre los botes de conservas y un barril de arenques. Estaba esperando a convertirse él en el dueño de la tienda y ponerse también él en el mostrador

con un bonito mandil de tela”. Pero Venera aprovecha la situación: “Tal y como estaba se sentía como una reina. Su marido, enfermo y necesitado de cuidados, la dejaba libre para hacer lo que quisiera, y Brasi, para que no lo plantara, la respetaba como a una señora”. El trabajo le ha dado dignidad y un medio para ser casi autosuficiente.

8.5.3. La búsqueda desesperada de amor

La educación y el trabajo son los pilares para la emancipación de la mujer, pero el amor será también uno de los objetivos por el que lucharán estas mujeres, aunque se encuentre ausente de la vida de la mayoría de ellas. Se trata de jóvenes que han crecido educadas al matrimonio como única posibilidad de desarrollo personal en la sociedad, pero que ven el amor de manera muy idealizada, tienen una concepción romántica de él y sueñan con ese ideal que alimentan los libros y las familias. Sin embargo, se ven abocadas a matrimonios de interés o a la ausencia de vínculos amorosos con el otro sexo.

Gracia es el nombre de una mujer todo menos agraciada, sin cualidades físicas y sin dignidad, una mujer ofendida y humillada por todos, especialmente por el hombre con el que vive y al que ella mantiene, a pesar de los continuos maltratos y engaños por su parte. Ella, entre todas las mujeres, está en la peor posición: enferma –probablemente de algún tipo de epilepsia –, privada de belleza y de dinero, con una hija a su cargo, sin nadie que la proteja, sola en el mundo. Sin amor alguno. Sin esperanzas en una vida mejor. El calor humano de este hombre es lo más parecido al amor de todo lo que ha conocido, por eso, no le echa de su lado, a pesar de las continuas humillaciones, de la miseria moral a la que la ha obligado, por eso siempre se reafirma en sus principios: “con tal de que la quisiera, aunque fuera sólo un poco, pero siempre” y será capaz de aceptarlo todo:

Por la desesperación gritaba que no volvería a abrir la puerta al Gemelo, que le escupiría en la cara; pero cuando él volvía,

Gracia volvía a ser humilde y temerosa, le daba el dinero que había ganado, le quitaba la camisa para lavarla y los zapatos para sacarles el brillo. Y cuando el Gemelo la pegaba y la amenazaba con dejarla, ella se abrazaba a sus piernas con los brazos flacos y se arrastraba por el suelo como un perro, suplicando, sin pensar en el bastón levantado.

Esa necesidad de ser querida está por encima de todo, del maltrato, del desprecio, de la burla, incluso de la ruina y el hambre. Pero Gracia no es el único personaje de los relatos de Messina que busca desesperadamente el amor. *El recuerdo* también habla de sentirse deseada por un hombre, aunque se trate, realmente, de un abuso sexual, además por parte de un terrateniente ante una campesina joven, no guapa, sin recursos y con una madre enferma a sus espaldas.

Tras una jornada de sol y trabajo espigando, lejos de sus compañeras, perdida en medio de un campo solitario, Vastiana sigue a don Pepe y se queda con él tres días. A su vuelta la sociedad va a ser implacable con ella: los pocos trabajos a los que tenía acceso desaparecen y, además, de mujer fácil, va a ser considerada tonta, ya que ha recibido del terrateniente un recuerdo muy pequeño. Abuso, humillación, cierre de todas las posibilidades de ganarse una vida, de casarse: ese es el presente y el futuro de Vastiana. Sin embargo, nos describe Messina, ella “parecía encantada”. No se aprecia odio hacia el señorito. Vastiana no puede considerar un mal lo que ha pasado, a pesar de las consecuencias, porque no ha vivido esos tres días según la ley del interés económico, aunque tampoco lo ha elegido libremente, es más, en principio lo rechaza abiertamente, y el señorito se comporta con prepotencia y superioridad en todo momento. Sin embargo, en Vastiana observamos el deseo, o incluso la necesidad, de experimentar algo de lo que se considera excluida, aunque sea fuera del espacio habitual, en la clandestinidad y más allá de los modelos morales impuestos. Mientras que todos hablan del mal que se ha hecho y que es irreversible, ella no lo considera tal:

¡El mal! Sentía que se le subía la sangre a la cabeza al pensar en esa palabra. Ella era tan fea, se había sentido tan desdichada que no había pensado que alguien podría quererla un poquito. Y esa tarde, cuando estaba cansada y la cabeza le daba vueltas por el sol, uno, un señor, le había dicho:

—¿Sabes que tú me gustas?

Y esas pocas palabras habían hecho que le girara la cabeza todavía más que el sol de Salamuni.

¿Qué querían? ¿Por qué insultaban a don Pepe? Ella lo quería, claro que sí, lo habría dado todo sólo para gustarle y un día u otro lo habría gritado con fuerza a quien lo hubiese querido oír. ¿Qué querían? Y disfrutaba con gran amargura con el recuerdo de su vergonzosa felicidad, torturándose de pena y de placer.

Para ella, el recuerdo no es el poco dinero que le dió, sino lo que ha vivido con él: la satisfacción de sentirse deseada por un hombre.

8.5.4. Mujeres contra la coacción familiar

En los relatos de Messina hemos visto que nos encontramos con figuras femeninas obligadas a cumplir con lo que el padre, la familia, ha pensado para ellas, a seguir las tradiciones, a mantenerse dentro de las apariencias que salvan su dignidad, su honor. Pero Messina va más allá para presentarnos mujeres con más decisión, que van en contra de lo que sus familias han pensado para ellas. Es verdad que en estos relatos no se sabe muy bien qué es lo que va a pasar después, ya que se cierran con el grito de “no” ante la imposición de un matrimonio de interés. De tal manera que, como lectores, con un final tan abierto, no podemos que intentar imaginar qué pasará después, si esas mujeres serán capaces de buscar su identidad fuera de esos parámetros sociales o si terminarán sucumbiendo ante las fuerzas coercitivas de la sociedad para reintegrarse en alguna de las figuras previstas para ellas: la de esposa y madre o la marginal de solterona.

Dos relatos son muy representativos: *El telar de Catalina y Camila*.

Catalina ha sufrido mucho y muy pronto: primero la muerte de la madre y el traslado a casa de sus dos tías solteras, luego la muerte de su hermana que lo era todo para ella. Arrastrada por un luto detrás de otro, Catalina se refugia en el recuerdo de su hermana materializado en sus trabajos de bordado que lleva a cabo entre las cuatro paredes de su casa y con la única compañía de sus tías y su padre. Su vida no es la de una joven, como constata una forastera: tiene que olvidar y el matrimonio la puede curar, de otra manera, no conseguirá salir adelante. Las intenciones de esta mujer y de su familia no son malas, pero Catalina no está preparada. Tiene del amor poca idea, tan sólo las miradas de un joven en uno de los raros paseos que había dado con su hermana. Un matrimonio concertado con un profesor del continente al que no conoce la sume en un estado de desazón total, se siente una mercancía en exposición, como ya hemos señalado más arriba. Catalina es una joven muy frágil y con pocas armas para defenderse, sin embargo, toma una decisión contraria al parecer familiar y eso la libera, le hace sentirse bien, romper con esa idea del matrimonio y encerrarse en su casa donde se siente tranquila y segura; elige de forma consciente mantenerse fuera del tiempo:

Pensaba que el tiempo pasa; pasa y parece siempre el mismo. Y también la gente se da prisa. Y alguno se para en el mejor momento; cae; otras personas llegan y se van, sin mirar para atrás. Y los muertos... ¡Oh! ¡Cómo se olvida a los muertos! Y, sin embargo, a cada uno le parece que la vida tiene que durar infinitamente. También Marietta había soñado y esperado. Y ella, Catalina, había jurado que no la iba a olvidar nunca.

Catalina toma su decisión: no se casará, no sustituirá su idea idílica de amor por un sentimiento vano y vacío. No llenará su vida con sentimientos y pensamientos que son inútiles. Mantendrá siempre vivo su profundo afecto por la hermana, sólo eso.

Camila se concluye con otro “no” enérgico ante un matrimonio de conveniencia. La protagonista es Camila, una joven a la que su novio, obedeciendo a intereses familiares, ha dejado tras varios años de noviazgo. Por él, porque le quería, ella se había plegado a su voluntad, obedeciendo a sus prohibiciones ridículas, como una esclava. Ahora, él la había dejado, y ella había quedado señalada por la sociedad, despreciada “como se desprecia el agua que se ha quedado en un vaso.” De ahí la obsesión de su madre por casarla. Cuando otro joven, que conoce su pasado, empieza a cortejarla, la trata como a una mercancía de segunda mano. Ella, todavía enamorada del primer novio, no podrá aceptar esta enésima humillación y, con alivio, le aleja de su lado. Con la decisión de “¡no me caso!” se aleja del destino habitual de toda mujer, el matrimonio. Sabe que va a ir en contra de la sociedad y de su tranquilidad, pero no se doblega:

Tuvo la sensación, cuando se quedó sola, de que respiraba por primera vez el aire sereno de la noche estiva.

Murmuró para sí misma, entre los labios, con los ojos mirando a las estrellas: —Sí, pienso en ti, solo en ti. Pero mi alma no te la he dado.

Y le pareció, al estar sola, que era libre, fresca y nueva, como las rosas que perfuman la noche estiva.

8.6. Mujeres en el “umbral de la conciencia”

A lo largo de la producción messiniana es fácil constatar la peculiar atención que presta a la representación de la condición femenina. Por regla general, la mujer para Messina se encuentra en una situación extrema de falta de alternativas, de impotencia total para poder desarrollarse de forma autónoma, de falta de fuerzas para rebelarse ante quien la ata. No importa si se trata de relatos escritos antes, durante o después de la Primera Guerra Mundial, en los años en los que el emancipacionismo de la mujer pisa con fuerza o en pleno Fascismo, Messina evidencia de forma clara el

estado de subordinación en el que se encuentra siempre la mujer, la completa ausencia de reconocimiento humano y social de esta fuera – pero, en muchos casos, también dentro – del matrimonio, la absoluta negación de su realización personal; por lo tanto, siempre “la conciencia amarga de la diversidad femenina” (Maugeri, 1984: 222).

A primera vista puede parecer que la imagen que Messina presenta de la mujer en sus relatos es tremendamente pesimista. Sin embargo, esto no es del todo cierto: en varios relatos hemos podido constatar que, además de esposa, madre y soltera – roles definidos con respecto al hombre y cuyo espacio es exclusivamente el privado, las cuatro paredes de la casa –, la mujer también puede acceder a la esfera pública a través del trabajo, aunque se trate tan sólo de un limitado grupo de profesiones, fundamentalmente la enseñanza o la costura. También es verdad que el ascenso del Fascismo supondrá muy pronto el truncarse de esta posibilidad de realización de la mujer fuera de la esfera doméstica, pero eso no significa que, durante un breve periodo de tiempo, fuera una posibilidad real para algunas mujeres que se verían reflejadas en distintos personajes de sus novelas (Haedrich, 1995: 11).

Las protagonistas de Messina se encuentran en un momento de transición entre la tradición y el progreso que tiran de ellas en direcciones opuestas. Los tiempos están cambiando y no es fácil encontrar un lugar en ellos, especialmente para la mujer, aunque se trate de una intelectual como Messina:

La escritora del nuevo siglo está a medio camino entre la rabia y los remordimientos: la rabia que impulsa a la emancipación, a la igualdad con los hombres; los remordimientos por lo femenino, huella arcaica y profunda diferencia que se sacrifica en la búsqueda de la emancipación imitando al hombre (Rasy, 1984: 76-77).

Está en juego la estructura social, los modelos culturales, la propia autoridad patriarcal. Por eso, no nos puede extrañar

la ambivalencia que hemos constatado en Messina y que es característica de gran parte de las escritoras de esta época que pondrán como protagonistas de sus obras a mujeres atadas al pasado y a las tradiciones, pero también a mujeres que buscan una mayor independencia y realización personal.

Con la llegada del fascismo, de nuevo se va hacia atrás, irremediabilmente.

Frente a la subordinación legal, cultural, religiosa y social de las mujeres a la autoridad masculina, se comprende fácilmente la renuencia de Messina a mostrar una mayor obstinación en sus personajes hacia su situación. No obstante, su objeción a su subordinación es clara y se desarrolla en forma lineal a través de sus novelas (Gochin, 2009b: 25).

Maria Messina se tiene que mover en esta sociedad y tendrá que servirse, en numerosas ocasiones, de la ambigüedad para seguir escribiendo y presentando la experiencia vital de más mujeres. No podemos olvidar que la escritora siciliana vive, en parte, de su profesión como escritora y que tiene, sobre todo cuando avanza su enfermedad y muere su padre, serios problemas económicos. Se ve obligada a mantener un cierto equilibrio, a no exponerse demasiado, a abrirse camino en esa selva de la escritura recién abierta, aunque con numerosas restricciones, a la mujer.

Di Giovanna (1990: 341) ha analizado detalladamente la contradicción que se constata en Messina y en otras escritoras de la época. Por un lado, estas presentan abusos, alienación, marginación y sufrimiento de tantas mujeres en su vida cotidiana. En sus relatos se hace clara la crítica a una realidad profundamente patriarcal, una denuncia “de la coacción a la que está sometida la mujer, que también es una polémica contra una sociedad hundida en la inmovilidad, que acepta pasivamente tales dramas” (Lo Iacono, 2010).

Pero se trata, en muchas ocasiones, de mujeres que han interiorizado de tal manera unos modelos culturales, comportamentales y sexuales de cuño patriarcal que sólo con gran

dificultad y con mucho tiempo van a ser capaces de dejar de lado para seguir otros modelos. Messina se concentra en presentar los aspectos más humillantes de un sistema patriarcal que condena a la mujer a no tener vida propia. Busca una identificación de las lectoras con estas protagonistas para que vayan adquiriendo conciencia de lo que también son sus propias vidas. Sin embargo, no se atreve a cuestionar explícitamente aspectos que están en la base de esa sumisión, como la división de los papeles sociales por sexo. En este sentido, Haedrich (1995) señala particularmente dos motivos. Por un lado, su sicilianidad³⁴; por otro, su pertenencia a una clase social, la burguesía, que hace que se neutralice la “alteridad cultural de la que podría ser portadora”.

Cuestionar explícitamente algunos aspectos de la condición de la mujer significaría, en cierto modo, incitación a la rebelión, cuando para

el sujeto mujer la rebelión es una decisión muy difícil. La acción de sujeción por parte de la estructura familiar, por la red engañosa de vínculos emocionales profundos, a menudo supera toda conciencia de la violencia sufrida, desencadena tentaciones regresivas; y el mundo exterior (estructurado no a la medida de una mujer) incita el miedo a las que no están educadas para la libertad y la autonomía: un hilo bien distinguible vincula a Messina con sus personajes (Di Giovanna, 1990: 342).

Los personajes de los relatos de Messina se encuentran en el umbral de la conciencia, como bien explica Sapegno (2012: 6-7):

34 Di Giovanna (1989: 40) también incide sobre este aspecto: “Si Sicilia es para Messina la referencia necesaria para la construcción de su identidad y especialmente si su vínculo con la sicilianidad tiene una base emocional, su capacidad para comparar con las características específicas de las tradiciones de la isla puede verse empañada, particularmente en el campo de papeles en la familia (familia como nido por excelencia)”.

Se trata principalmente de ese momento o proceso delicado en el que el sujeto nace a sí mismo a través de pequeños restos de conciencia, un pasaje marcado en la narrativa messiniana por el uso generalizado de la gran familia semántica de la conciencia: “darse cuenta, pensar, percatarse, recordar”, etc. ., conectado muy frecuentemente a las complejas modalidades del proceso: “difícil de decir, de formular”, etc.

9. Bibliografía

9. 1. Obras de Maria Messina

- Messina, Maria; (1912). *I racconti di Cismè*. Palermo: Sandron.
- Messina, Maria; (1914). *Pirichitto*. Palermo: Sandron.
- Messina, Maria; (1918). *Cenerella*. Firenze: Bemporad.
- Messina, Maria; (1920). *I figli dell'uomo sapiente*. Palermo: Sandron
- Messina, Maria; (1921). *Il galletto rosso e blu e altre storielle*. Palermo: Sandron.
- Messina, Maria; (1922). *Il giardino dei Grigoli*. Milano: Treves.
- Messina, Maria; (1922). *I racconti dell'Avemmaria*. Palermo: Sandron.
- Messina, Maria; (1923) *Un fiore che non fiorì*. Milano: Treves.
- Messina, Maria; (1926). *Storia di buoni zoccoli e di cattive scarpe*. Firenze: Bemporad.
- Messina, Maria; (1980). *La Mèrica e Nonna Lidda*. A cura di Leonardo Sciascia. En Crespi, Paolo & Guidobaldi, Luciano, *Partono i bastimenti*. Milano: Mondadori.
- Messina, Maria; (1981). *Casa paterna*. A cura di Leonardo Sciascia. Palermo: Sellerio. (Enzo Siciliano; (A cura di). (1983). *Racconti italiani del Novecento*. Milano: Mondadori. Nota di Leonardo Sciascia).
- Messina, Maria; (1982). *La casa nel vicolo*. Palermo: Sellerio. (Milano: Treves, 1921)

- Messina, Maria; (1989). *Gente che passa*. Palermo: Sellerio.
- Messina, Maria; (1990). *Le scarpette*. En Decina Lombardi, Paola (a cura di), *Racconti d'amore del '900*. Milano: Mondadori.
- Messina, Maria; (1993). *L'amore negato*. Palermo: Sellerio. (Milano: Ceschina, 1928).
- Messina, Maria; (1996a). *Le briciole del destino*. Palermo: Sellerio. (Milano: Treves, 1918).
- Messina, Maria; (1996b). *Il guinzaglio*. Palermo: Sellerio. (Milano: Treves, 1921).
- Messina, Maria; (1996c). *Pettini-fini*. Palermo: Sellerio. (Palermo: Sandron, 1909).
- Messina, Maria; (1997a). *Piccoli gorghi*. Palermo: Sellerio. (Palermo: Sandron, 1911).
- Messina, Maria; (1997b). *Ragazze siciliane*. Palermo: Sellerio. (Firenze: Le Monnier, 1921).
- Messina, Maria; (1997c). *Luciuzza*. En Santoro, Anna (a cura di), *Il Novecento. Antologia di scrittrici italiane del primo ventennio*. Roma: Bulzoni.
- Messina, Maria; (1999a). *Dopo l'inverno*. Palermo: Sellerio.
- Messina, Maria; (1999b). *Personcine*. Palermo: Sellerio. (Milano: A. Vallardi, 1921).
- Messina, Maria; (2015). *Un idillio letterario inedito verghiano*. Liber Liber. Extraído de Garra Agosta, Giovanni & Greco Lanza, Concetta; (1979). *Un idillio letterario inedito verghiano, lettere inedite di Maria Messina a Giovanni Verga*. Catania: Edizioni Greco.
- Messina, Maria; (2017a). *Ciancianedda e altre novelle amastratine*. Youcanprint.
- Messina, Maria; (2017b.) *Alla deriva*; prefazione di Elena Stancanelli. Roma: Edizioni Croce. (Milano: Treves, 1920).
- Messina, Maria; (2017c). *Primavera senza sole*. introduzione e cura di Salvatore Asaro. Roma: Edizioni Croce. (Napoli: Giannini, 1920).
- Messina, Maria; (2017d). *Le pause della vita*. Roma: Edizioni Croce. (Milano: Treves, 1926).

9.2. Traducciones

Traducciones en francés

La maison dans l'impasse. Trad. di Marguerite Pozzoli. Arles: Actes Sud, 1986.

La maison paternelle et autres nouvelles. Trad. di Marguerite Pozzoli. Arles: Actes Sud, 1987.

Petits remous. Trad. di Marguerite Pozzoli et Huguette Hatem. Arles: Actes Sud, 1990.

La robe couleur café [*Gente che passa*]; *Lettres des Maria Messina a Giovanni Verga.* trad. di Marguerite Pozzoli. Arles: Actes Sud, 1991.

Severa [*L'amore negato*]. Trad. di Marguerite Pozzoli. Arles: Actes Sud, 1993.

La cueilleuse d'olive. En *Nouvelles d'Italie: femmes écrivains (1860-1930)*, a cura di Emmanuelle Genevois e Danièle Valin. Trad. di Danièle Valin. Paris: Alfil, 1994.

Petites personnes ; Apres l'hiver. Trad. di Marguerite Pozzoli. Arles: Actes Sud, 2000.

Traducciones en alemán

Das Haus in der Gasse. Trad. di Ute Lipka. Zurich: Arche, 1990. (Hamburg: Die Arche, 1990). (Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch, 1996).

Der zerronnene Traum. Hamburg: Die Arche, 1992.

Jede Einsamkeit ist anders. Hamburg: Die Arche, 1994.

Traducciones en español

La casa del callejón. Trad. de Fernando Garcia Burillo. Guadarrama: Ediciones del Oriente y del Mediterraneo, 1996.

Casa paterna. Trad. de Fernando García Burillo. Guadarrama: Ediciones del Oriente y del Mediterraneo, 1993.

Traducciones en inglés

A House in the Shadows. Trad. di John Shepley. Marlboro, Vt.: The Marlboro Press, 1990.

A house in the shadows. Vermont: Marlboro Press, 1989.

Behind Closed Doors. Her Father's House and Other Stories of Sicily. Trad. de Elise Magistro. New York: Feminist Press at the City University of New York, 2007

9.3. Estudios sobre Maria Messina

Abbate, Giulia; (s.d.). Le “vinte”: donne raccontate da Maria Messina. Extracto de *Donne nel silenzio. Le novelle e i romanzi di Maria Messina* (pp.1-6). TFG. Recuperado de <https://uploads.euweb.it/ilpoteredelleparole.it/pdf/LE%20VINTE%20donne%20raccontate%20da%20Maria%20Messina%20di%20Giulia%20Abbate.pdf>. Consultado: 02-05-2017.

Barbarulli, Clotilde & Brandi, Luciana; (1996). *I colori del silenzio. Strategie narrative e linguistiche in Maria Messina* (pp.19-63). Ferrara: Tufani.

Barbarulli, Clotilde & Brandi, Luciana; (1999). Le voci del corpo e il gioco della similitudine nelle novelle di Maria Messina. En AA. VV., *Reinventare la natura. Ripensare il femminile* (pp.91-106). Trento: Dipartimento di Scienze Filologiche e Storiche.

Bartolotta, Lucio; (2006). *Maria Messina (1887-1944)*. Mistretta: Ed. di Il Centro storico. Recuperado de http://www.literary.it/dati/literary/bartolotta-/maria_messina_18871944.html. Consultado: 2-02-2017.

Bartolotta, Lucio; (2007). Maria Messina (1887-1944). *Literary*, nr. 4/2007

Recuperado de: http://www.literary.it/dati/literary/bartolotta-/maria_messina_18871944.html. Consultado: 1-02-2017.

Bennardo, Lorenza; (2008). Maria Messina. Behind Closed Doors. Her Father's House and Other Stories of Sicily. *Forum italicum*, XLII, 1.

- Bombara, Daniela; (2017). Leggere per vivere: la lettura come paradigma interpretativo del reale nelle scrittrici siciliane dell'Otto-Novecento. En Aldo Nemesio (Ed.), *Il lettore nel testo* (pp.66-91). Torino: Nuova Trauben.
- Bonfiglio, Anna Maria; (2000); Maria Messina. En AA. VV., *Figure femminili del Novecento a Palermo* (pp. 79-91). Palermo: Auser- Ulite.
- Bonfiglio, Anna Maria; (2007). *Una realtà da scontare: Le anguste vicende della piccola borghesia nelle pagine di Maria Messina (1887-1944)*. Recuperado de <http://www.italialibri.net/dossier/?MariaMessina-Narrativa&id=80>. Consultado: 8-02-2017.
- Bonfiglio, Anna Maria; (2010) Maria Messina, il silenzio della donna si fa parola. En Lo Iacono, Sebastiano; (A cura di). *Profilo biografico e bibliografico di AA.vv.*, mistrettanews2009-2010. Recuperado de <http://www.mistretta.eu/Maria%20Messina.html>. Consultado: 02-04-2017.
- Borgese. Giuseppe Antonio; (1928). Una scolaria di Verga. En *La vita e il libro* (pp.164-169). Bologna: Zanichelli.
- Bosco, Giuseppina; (2015). *Maria Messina: una scrittrice dimenticata e da poco riscoperta*. Recuperado de <http://cesim-marineo.blogspot-.com.es/2015/07/maria-messina-la-timida-correspondente.html>. Consultado: 01-03-2017.
- Bracciante, Maria Camilla; (1986). Maria Messina. En AA.VV., *Novecento siciliano* (pp.74-84). Catania: Editrice Tifeo.
- Caracoglia, Vincenza; (2015). *Una Mansfield siciliana. Maria Messina*. Roma: Aletti Editore.
- Cataldo, Salvatore; (1982). Una dimenticata scrittrice del primo Novecento: Maria Messina. *Archivio storico siciliano*, IVs., VIII, 1982, pp.9-16.
- Cataldo, Salvatore; (1990). Maria Messina una scrittrice dell'area sommersa. En *Postille Novecentesche* (pp.9-16). Chiaramonte Gulfi: Utopia Edizioni.
- Di Giovanna, Maria; (1989). *La fuga impossibile. Sulla narrativa di Maria Messina*. Napoli: Federico & Ardia, 1989.
- Di Giovanna, Maria; (1990). La testimone indignata e le trappole

- del sistema. Il percorso narrativo di Maria Messina. En AA. VV., *Donne e scrittura* (pp.337-345). Palermo: La Luna.
- Di Giovanna, Maria; (2000). Sciascia saggista sulle tracce dell'eredità verghiana: il recupero di Paolo Giudici e di Maria Messina. En *Le sirene e il navigante. Percorsi letterari dal Seicento al Novecento* (pp.255-281). Palermo: Palumbo.
- Ferlitta, Salvatore; (2006). *Maria Messina l'ultima verista*. Recuperado de http://ricerca.repubblica.it/repubblica/archivio/repubblica/2006/08/05/maria-messina-ultima-verista.html?refresh_ce. Consultado: 03-02-2017.
- Fiore, Teresa; (2008). Andata e ritorni. Storie di emigrazione nella letteratura tra Ottocento e Novecento (Capuana, Messina, Pirandello, Sciascia e Camilleri). *Neos, Rivista di storia dell'emigrazione siciliana*, anno II, n. 1, pp. 265-275.
- Garra Agosta, Giovanni; (1978). Una lettera inedita di Maria Messina a Giovanni Verga. *Rivista Storica Siciliana* 8 (agosto 1978), pp. 193-195.
- Giordano, Filippo; (2006). Maria Messina, 40 anni dopo. *Centonove*, nr. 40/2006. Recuperado de http://www.literary.it/dati/literary/g/giordano/maria_messina_40_anni_dopo.html. Consultado: 08-02-2017.
- Gochin Raffaeli, Lara; (1993). Woman in Maria Messina's Short Stories: Prey or Predator? En *Italian Literary Images of Woman. Images of Africa in Italian Literature* (pp. 92-101). Proceedings of the VIII International A.P.I Congress. Cape Town.
- Gochin, Lara Shantal; (1997). *Maria Messina her Works* (Tesis doctoral). University of Cape Town. Recuperado de <https://open.uct.ac.za/handle/11427/14600>. Consultado: 10-01-2017.
- Gochin Raffaeli, Lara; (2002). Shades of Ambiguity: Maria Messina's Writing during the Fascist Era. *Italian Studies in Southern Africa*, Vol. 15, pp. 59-69.
- Gochin Raffaeli, Lara; (2009a). Una storia approfondita: Le lettere di Maria Messina ad Alessio di Giovanni e ad Enrico Bemporad 1910-1940", *Italica. Journal of the American Association of Teachers of Italian*, Vol. 86, pp. 339-391.

- Gochin Raffaeli, Lara; (2009b). Tradition and progress, future and past in the novels of Maria Messina. *Italian Studies in Southern Africa*, Vol. 22, pp. 20-54.
- Gochin Raffaeli, Lara; (2011). Influences of the Exotic in Maria Messina: *I Racconti di Cismè and Alla Deriva*. *Italian Studies in Southern Africa/Studi d'Italianistica nell'Africa Australe*, Vol. 24, N. 4, Recuperado de <http://www.ajol.info/index.php/issa/article/view/72392>. Consultado: 27-03-2017.
- Greco Lanza, Concetta; (1979). Introduzione. En Garra Agosto, Giovanni (Ed.), *Un idillio letterario inedito verghiano*. Catania: Greco.
- Haedrich, Alexandra; (1995). *L'opera narrativa di Maria Messina: maschi e femmine alla deriva in un'epoca di transizione* (Tesis doctoral). McGill University, Montréal. Recuperado de http://digitool.library.mcgill.ca/webclient/StreamGate?folder_id=0&dvs=1519750607624~519. Consultado: 30-03-2017.
- Kroha, Lucienne; (1992). *The Woman Writer in Late Nineteenth-Century Gender and the Formation of Literary Identity*. Lewiston, Queenston, Lampeter: Edwin Mellen Press.
- Kroha, Lucienne & Haedrich, Alexandra; (2000). Modernity and Gender-Role Conflict in Maria Messina. En AA. VV., *With a Pen in her Hand. Women and Writing in Italy in the Nineteenth Century and Beyond* (pp. 63-75). Leeds: The Society for Italian Studies.
- Leotta, Vincenzo; (1984). Maria Messina. En AA. VV., *Gli eredi di Verga* (pp. 192-209). Catania: Comune di Randazzo.
- Lo Iacono, Sebastiano; (A cura di). (2010). *Perfil biográfico e bibliográfico di AA.vv.*, mistrettanews2009-2010. Recuperado de <http://www.mistretta.eu/Maria%20Messina.html>. Consultado: 02-04-2017.
- Lombardo, Maria Nina; (1994). Maria Messina. In Rinaldina Russell (Ed.), *Italian Women Writers: A Bio-bibliographical Sourcebook* (pp. 253-259). Westport, CT: Greenwood.
- Magistro, Elise; (1996). Narrative Voice and the Regional Experience: Redefining Female Images in the Works of

- Maria Messina. En AA. VV., *Italian Women Writers from the Renaissance to the Present: Revising the Canon* (pp. 111-128). University Park, PA.: Pennsylvania State University Press.
- Magistro, Elise; (2007). *Behind Closed Doors: Her Father's House and Other Stories of Sicily*. New York: Editrice "The Feminist Press" at the City University of New York.
- Marques, Francisco Cláudio Alves; (2010). As cartas de Maria Messina a Alessio di Giovanni, Giovanni Verga e Enrico Bemporad. En *Anais do X SEL – Seminario de Estudos Literários "Cultura e Representação"* , pp. 1-13. Recuperado de http://sgcd.assis.unesp.br/Home/PosGraduacao-/Letras/SEL/anais_2010/franciscoclaudio.pdf Consultado: 3-02-2017.
- Marques, Francisco Cláudio Alves; (2011). Vozes em unísono: o silêncio histórico das mulheres messinianas. En *Anais do XIV Seminário Nacional Mulher e Literatura / V Seminário Internacional Mulher e Literatura*. v.1. n.01. Recuperado de http://www.telunb.com.br/mulhereliteratura/anais/wpcontent/uploads/2012/01/francisco_claudio.pdf. Consultado: 08-05-2017.
- Martín Clavijo, Milagro; (2015). La infancia y Sicilia: la denuncia en la narrativa de Maria Messina. En *Scrittrici d'infanzia. Dai libri per bambini ai romanzi per giovinette* (pp.93-112). Bari: Progedit.
- Martín Clavijo, Milagro; (2017). La Grande Guerra contada a los niños: *Personcine* de Maria Messina. En M. Martín Clavijo & M. Bianchi (Coords.), *Desafiando al olvido: escritoras italianas inéditas* (pp. 223-236). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Maugeri Salerno, Mirella; (1984). Maria Messina. En AA. VV., *Letteratura siciliana al femminile: donne scrittrici e donne personaggio* (pp. 219-230). Caltanissetta – Roma: Sciascia.
- Mazza, Antonia; (1994). Maria Messina, tra Verga e Pirandello. *Lecture*, Marzo, pp. 195-208.
- Monti, Claudia; (2016). La narrativa femenil: una voce per Maria Messina, Biografie femenili. Recuperado de <http://www>.

- literary.it-/dati/literary/bartolotta/maria_messina_18871944.html Consultado: 11-02-2017.
- Muscariello, Mariella; (2002a). Una scrittura in transito. Maria Messina tra Verga e Pirandello. En AA. VV., *La civile letteratura* (pp.1-11). Napoli: Liguori. Recuperado de <http://udimonteverde.org-/lab/files1/Palermo.pdf>. Consultado: 07-04-2017.
- Muscariello, Mariella; (2002b). Vicoli, gorgi e case: reclusione e/o identità nella narrativa di Maria Messina. En *Anime sole, Donne e scrittura tra Otto e Novecento* (pp.69-90). Napoli: Libreria Dante & Descartes.
- Muscariello, Mariella; (2004). *Una straniera di passaggio*. Lettura della novella Casa paterna di Maria Messina. En *L'occhio e la memoria. Miscellanea di studi in onore di Natale Tedesco* (pp.1-7). Caltanissetta: Lussografica.
- Muscariello, Mariella; (2012). Sciascia e la memoria. En Caterina De Caprio & Carlo Vecce (a cura di), *L'eredità di Leonardo Sciascia* (pp.187-194). Napoli: Università degli studi di Napoli "L'Orientale".
- Palazzolo, Egle; (1982). Maria Messina: una riscoperta. *Palermo*, II n.s., 12.
- Pausini, Cristina; (2001). *Le «briciole» della letteratura: le novelle e i romanzi di Maria Messina*. Bologna: Clueb.
- Sapegno, Maria Serena; (2012). Sulla soglia: la narrativa di Maria Messina. *Altrelettere*, 2012, pp.1-22. Recuperado de http://www.altrelettere.uzh.ch/article/view/al_uzh-3. Consultado: 14-02-2017.
- Sciascia, Leonardo; (1980). ...per terre assai lontane. En P. Cresci & L. Guidobalid (Eds.). *Partono i bastimenti*. Prefazione di D. Porzio. Milano: Mondadori.
- Sciascia, Leonardo; (1981). Nota. En Maria Messina, *Casa paterna* (pp. 57-63). Palermo: Sellerio.
- Silva, Jéssica Cristina; (2016). Da La casa nel vicolo: um romance de Maria Messina à moda do "feuilleton" (TFM). Universidade Estadual Paulista, Sau Paulo.
- Schoell-Dombrowsky, Roswitha; (1998). *Das Bild der Frau im*

- Erzählwerk Maria Messinas*. Frankfurt: Lang.
- Speciale Maria Messina*. Recuperado de <http://www.mistretta.eu/Maria%20Messina.html>. Consultado: 21-01-2017.
- Toby, Jane; (1996). *Uscire dalla casa paterna: An inquiry into the life, literature and times of Maria Messina* (Tesis doctoral). University of Illinois, Urbana-Champaign.
- Trapassi, Leonarda; (2004). Modelos femeninos y cultura popular en la narrativa de Maria Messina. En Mercedes Arriaga et al., *En el espejo de la cultura: mujeres e iconos femeninos* (pp.172-178). Sevilla: Arcibel.
- Veneberg, Aleida; (2014). *Variazioni nel verismo. Sei personaggi femminili di Maria Messina e due di Giovanni Verga* (TFG). Universidad de Amsterdam, Amsterdam. Recuperado de http://www-.academia.edu/17092863/Variazioni_nel_verismo_sei_personaggi_femminili_di_Maria_Messina_e_due_di_Giovanni_Verga. Consultado: 15-02-2017.
- Veneberg A. J.; (2015). Alcuni aspetti delle opere di Maria Messina. Tempo e personaggio nei romanzi *La casa nel vicolo* e *L'amore negato* (TFM). Universidad de Antwerpen, Amberes. Recuperado de https://www.academia.edu/15101994/Alcuni_aspetti_delle_opere_di_Maria_Messina_tempo_e_personaggio_neiromanzi_La_casa_nel_vicolo_e_Lamore_negato. Consultado: 15-02-2017.
- Zambon, Patrizia; (A cura di). (2016). *Le Autrici della Letteratura Italiana. Bibliografia dell'Otto/Novecento*, Università di Padova, C.i.S. Maldura. Recuperado de <http://www.maldura.unipd.it/italianistica/ALI/principale.htm>. Consultado: 17-02-2017.
- Zambon, Patrizia.; (2017). Maria Messina. Piccoli gorghi. Ada Negri. La Cacciatore e altri raccolti. *Studi novecenteschi*, 17, pp. 199-203.

9.4. Estudios sobre el contexto de Maria Messina

- AA. VV.; (1983). *Parabola della donna nella letteratura italiana dell'Ottocento*. Bari: Adriatica.
- AA. VV.; (2013). *Scrittrici italiane dell'Otto e Novecento. Le interviste impossibili*. Pondera (Pisa): Bibliografia e Informazione.
- Afferbach, V.; (2000). *Cordelia e il suo mondo: vita, opere e traguardi di Virginia Treves, una scrittrice di fine Ottocento tra il romanzo rosa ed il femminismo*. Hamburg: Kovac.
- Arslan, A.; (1997). *Dame, droga e galline. Il romanzo popolare italiano fra Ottocento e Novecento*. Padova: Cleup.
- Arslan, A.; (1998). *Dame, galline e regine. La scrittura femminile italiana fra '800 e '900*. Milano: Guerini.
- Azzolini, P.; (2001). *Il cielo vuoto dell'eroina. Scrittura e identità femminile nel Novecento italiano*. Roma: Bulzoni.
- Balsamo, A.; (1992). *La novella come laboratorio, ossia la novella collaterale al romanzo nell'Ottocento e all'inizio del Novecento*. Bari: Ladisa.
- Bertacchini, R.; (1991). *Il romanzo italiano dell'Ottocento. Dagli scottiani a Verga*. Roma: Studium.
- Biondi, M. & Moretti, S.; (1997). *Capriccio e coscienza. Scrittrici fra due secoli*. Cesena: Società Editrice «Il Ponte Vecchio».
- Capuana, Luigi; (1907). Letteratura femminile. *Nuova Antologia di Scienze, Lettere ed Arti*, Roma, gennaio-febbraio, volume CXXVII, pp. 104-120.
- Cifarelli, M. R. & Villa, L.; (A cura di). (1995). *Donne e modernità 1870-1930: impegno intellettuale e itinerari creativi*. Genova: Tilgher.
- Ciopponi, N.; (2006). *Parola di donne. Otto secoli di letteratura italiana al femminile. Le signore della letteratura italiana dal Duecento al Novecento*. Massa: Edizioni Clandestine.
- Costa, Emilia Viotti; (2010). *Patriarcalismo e patronagem: mitos sobre a mulher no século XIX*. En *Da monarquia à República: momentos decisivos*. 9. São Paulo: Edunesp.

- Costa-Zalessow, N.; (1982). *Scrittrici italiane dal XIII al XX secolo. Testi e critica*. Ravenna: Longo.
- D'Agostino, Domenico; (2009). *Ida Baccini scrittrice per l'infanzia nell'Ottocento* (Tesis doctoral). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Debenedetti, Giacomo; (1983). *Il romanzo del Novecento: quaderni inediti*. Milano: Garzanti.
- De Blasi, J.; (1930). *Le scrittrici italiane dalle origini al 1800: storia-antologia*. Firenze: Nemi.
- De Nicola, F. & Zannoni, P. A.; (A cura di). (1995). *Scrittrici d'Italia*. Genova: Costa & Nolan.
- De Nicola, F. & Zannoni, P. A.; (A cura di). (2002). *La fama e il silenzio: scrittrici dimenticate del primo Novecento*. Venezia: Marsilio.
- Della Fazia Amoia, Alba; (1992). Regional Writers and Problems of the South. En *Women on the Italian Literary Scene: A Panorama* (pp. 30-32). Troy: Whitston Publishing Company.
- Dolfi, A.; (1992). *Del romanzesco e del romanzo. Modelli di narrativa italiana tra Ottocento e Novecento*. Roma: Bulzoni.
- Folli, A.; (2000). *Penne leggère. Neera, Ada Negri, Sibilla Aleramo. Scritture femminili italiane fra Otto e Novecento*. Milano: Guerini.
- Forlani, Alma & Savini, Marta; (1991). *Scrittrici d'Italia: le voci femminili più rappresentative della nostra letteratura raccolte in una straordinaria antologia di prose e di versi: dalle eroine e dalle sante dei primi secoli fino alle donne dei nostri giorni*. Roma: Newton Compton.
- Inchiesta sul femminismo; (1911). *Nuova Antologia*, vol. CLIV, luglio-agosto de 1911,
- Kroha, L.; (1992). *The woman writer in late-nineteenth-century Italy: gender and the formation of literary identity*. Lewiston: The Edwin Mellen Press.
- Marola, Barbara, Munini, Maria Teresa, Regio, Rosa & Ricci, Barbara; (2003). *Fuori norma: scrittrici italiane del primo novecento: Vittoria Aganoor, Paola Drigo, Rosa Rosà, Lina Pietravalle*. Ferrara: L. Tufani.

- Meldini, Piero; (1975). *Sposa e madre esemplare: ideologia e politica della donna e della famiglia durante il fascismo*. Rimini-Firenze: Guaraldi.
- Mineo, Letizia Maria; (1998). *Narratrici siciliane del '900*. Palermo: ILA Palma.
- Morandini, G.; (1997). *La voce che è in lei. Antologia della narrativa femminile italiana tra '800 e '900*. Milano: Bompiani.
- Nozzoli, A. (1978). *Tabù e coscienza: la condizione femminile nella letteratura italiana del Novecento*. Firenze: La Nuova Italia.
- Pickering-Iazzi, Robin; (1994). The Politics of Gender and Genre in Italian Women's Autobiography of the Interwar Years. *Italica*, Vol. 71, No. 2 (Summer), pp. 176-197.
- Rasy, Elisabetta; (1984). *Le donne e la letteratura*. Roma: Editori Riuniti.
- Reim, R.; (1991). *Controcanto. Novelle femminili dell'Ottocento italiano*. Roma: Sovera.
- Rocci Lassandro, G.; (1995). *Donne e cultura tra Otto e Novecento*. Napoli: Edizioni Scientifiche Italiane.
- Santoro, Anna; (1987). *Narratrici italiane dell'Ottocento*. Napoli: Federico & Ardia.
- Santoro, A.; (1997). *Il Novecento. Antologia di scrittrici italiane del primo ventennio*. Roma: Bulzoni.
- Sanvitale, F.; (A cura di). (1995). *Le scrittrici dell'Ottocento. Da Eleonora de Fonseca Pimentel a Matilde Serao*. Roma: Istituto Poligrafico di Stato.
- Tiboni-Craft, Silvia; (2015). *Fantasy in the Domestic Space*. (Tesis doctoral). The State University of New Jersey, New Brunswick, New Jersey.
- Vázquez García Francisco & Moreno Mengíbar, Andrés; (1997). *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España (Siglos XVI-XX)*. Madrid: Akal.
- Verdirame, R.; (1990). *Finzione, rassegnazione e rivolta: l'immagine femminile nella letteratura dell'Ottocento*. Enna: Papiro.
- Vittorini, Domenico; (1924). Tendenze principali nella letteratura italiana contemporanea. *The Modern Language Journal*, Vol. 8,

- No. 8 (May), pp. 497-503.
- Zambon, Patrizia; (A cura di). (1987). *Novelle d'autrice tra Ottocento e Novecento*. Padova: Nuova Vita
- Zambon, Patrizia; (1989). Leggere per scrivere. La formazione autodidattica delle scrittrici tra Otto e Novecento: Neera, Ada Negri, Grazia Deledda, Sibilla Aleramo. *Studi novecenteschi*, vol. 16, N. 38, pp.287-324.
- Zambon, Patrizia; (1993). *Letteratura e stampa nel secondo Ottocento*. Alessandria: Edizioni dell'Orso.
- Zambon, Patrizia; (1994). Novelle d'autrice tra Otto e novecento: appunti per un sistema. En *Les femmes-écrivains en Italie (1870-1920): ordres et libertés* (pp.271-292). Parigi: Chroniques Italiennes- Université de la Sorbonne Nouvelle. Recuperado de <http://chroniquesitaliennes.univ-paris3.fr/PDF/39-40/Zambon.pdf>. Consultado: 27-03-2017.
- Zambon, Patrizia; (1997). La narrativa realista nei romanzi d'autrice di fine Ottocento. *Problemi*, XXIX, 108, pp. 166-177.
- Zambon, Patrizia; (1998). *Novelle d'autrice tra Ottocento e Novecento*. Roma: Bulzoni.
- Zambon, Patrizia; (2004). *Il filo del racconto. Studi di letteratura in prosa dell'Otto/Novecento*. Alessandria, Edizioni dell'Orso.
- Zambon, Patrizia; (2009). Linea d'autrice/linea d'autore nelle figurazioni del racconto italiano tra verismo e decadentismo. En *Scrittrici e figure femminili (Letteratura italiana e italo-spagnola)* (pp.371-396). Sevilla: Arcibel.
- Zambon, Patrizia; (2012). La provincia nel romanzo realista di fine Ottocento: Torriani, Zuccari, Serao. En AA.VV., *Letteratura e oltre. Studi in onore di Giorgio Baroni* (pp. 220-224). Pisa-Roma: Fabrizio Serra.
- Zambon, Patrizia; (2012). Sulle scrittrici della nuova Italia (dal Risorgimento alla modernità): questioni di intellettualità. In AA.VV., *Verso una storia di genere della letteratura italiana* (pp.211-234). Bologna: Il Mulino.
- Zambon, Patrizia; (2014). Le scrittrici della tradizione letteraria italiana: appunti su una questione. En AA.VV., *Ricerche in*

corso. Scritti in ricordo di Alessanro Zijno (pp.177-186). Padova: Cleup.
Zancan, Marina; (1998). *Il doppio itinerario della scrittura: la donna nella tradizione letteraria italiana.* Torino: Einaudi.

II. NOTA DEL TRADUCTOR

Messina ha escrito más de setenta relatos a lo largo de su vida, publicados por separado en revistas o en obras colectivas o en grupo. Ante la imposibilidad de traducirlos todos, se ha partido de un hilo conductor que, por un lado, nos permitiera reducir su número, pero que a la vez fueran representativos de las distintas fases de sus producción: la construcción de la identidad femenina.

De la primera colección, *Pettini-fini* (1909), hemos seleccionado *Pettini-fini* y *Grazia*; de *Piccoli gorgi* (1911), *Il ricordo* e *La Mèrica*; de *Le briciole del destino* (1918) se ha elegido *Lo scialle*, *La porta chiusa*, *Ciancianedda* e *Demetrio Càrmine*. Del volumen de 1921 *Ragazze siciliane* hemos traducido *Rose rosse*, *Camilla*, *Il telaio di Caterina* y *Mandorle*; de *Il guinzaglio* (1921) *L'avventura* y *La Mèrica*. De *Dopo l'inverno* (1999), *Villeggianti*. Hemos optado por no traducir ningún relato de *Personcine* (1922) porque se trata casi en totalidad de relatos con protagonistas infantiles.

Por otro lado, hemos decidido no incluir en esta selección los pocos relatos que, aunque emblemáticos de la condición de la mujer, están ya traducidos al español: *Casa paterna*, *Gli ospiti* y *L'ora che passa*.

Por lo que respecta a la traducción, Maria Messina no utiliza en exceso palabras o expresiones en siciliano. Cuando así lo hace, hemos optado por dejarlas tal cual y en cursiva en la traducción en español y explicarlas en nota a pie de página, especialmente cuando se trataba de canciones, comidas o proverbios.

También hemos españolizado algunos nombres de personajes que cuentan con correspondientes intuitivos en español, especialmente cuando es sólo un acento o una letra los que les separa. En el caso de diminutivos de difícil pronunciación en español hemos optado por poner el nombre completo, así como cuando se trataba de nombres con un significado en español que podría llevar a la risa o al equívoco. Las decisiones tomadas a lo largo de toda la traducción han tenido siempre como base facilitar la comprensión del lector

hispanohablante, aunque eso significara una pérdida de color en el relato.

Queremos dar las gracias a Caterina Turibio, Giovanni Ruffino y Maria Di Giovanna por su inestimable ayuda para traducir del siciliano canciones, proverbios, frases hechas, comidas, prendas de vestir tradicionales y costumbres de la Sicilia que presenta Maria Messina en los relatos elegidos.

Los relatos de Maria Messina

I

Peines-finos (*Pettini-fini*)

Lo llamaban Peines-finos porque había empezado a trabajar como mercero llevando un cajón colgado al cuello con unas correas: unos pocos lazos, cordones de zapatos, horquillas, peines de madera y esos espejitos de dos duros que compran los niños y las chicas; y porque siempre iba gritando: —¡Peines finos! ¡Espejos finos! — Duró poco, así; luego, de repente, el cajón se llenó de objetos buenos, bufandas, lazos y pañuelos de seda. Ya no tenía peines y para no tener que gritar llevaba un pequeño cuerno que iba sonando por las calles donde no le conocían tanto; en el barrio de Santa Catalina había conseguido tener clientas fijas que bajaban a la puerta para comprarle cosas cuando lo veían u oían que pasaba. De cualquier manera, se quedó con el apodo Peines-finos: no lo conocían con otro nombre. Su mujer, que hasta ese momento había trabajado de criada, se quedó en casa — ¡tenían hasta su propia casa! —, engordó, se echó unas caderas que parecía una abadesa, y no respondía cuando la llamaban señora Mara. Una vez la llamó una vecina, más pobre que Job, y le prometió harina para hacer dos panes si la empezaba a llamar doña Marietta y consiguiera que los demás la llamaran así.

— No, mi querida señora Mara — le respondió la vecina, — no me conviene, que mi harina se va y a usted le queda el *doña*...

Es probable que le diera algo más, ya que con el tiempo, poco a poco, todos en el vecindario la llamaron doña Marietta.

¿Como se habían enriquecido? ¿Habían ganado un premio? ¿Habían heredado? Eso lo sabían doña Marietta y el barón De Vita que por un trozo de pan había dado a Peines-finos la casa frente a la suya. Peines-finos hablaba maravillas del barón, lo consideraba su benefactor y decía que esa casa le había traído suerte. Estaba

todo el día fuera, con su cajón y con su cuerno; iba a menudo a los pueblos cercanos y se quedaba allí dos o tres días. Cuando volvía, la mujer le tenía preparada una buena mesa y él se sentaba, comía, y, saciado, se iba a descansar.

—Tutu-tu... —iba avisando por las calles. Entonces, los vecinos aguardaban: doña Marietta ante la puerta le hacía pequeños gestos al barón que, desde la habitación, por la ventana abierta, le respondía.

Peines-finos volvía de Reitano. Las campanas sonaban el Ave María y los pastores se retiraban a los corrales, empujando los largos rebaños con gritos peculiares y rápidos y los perros guardianes recorrían la calle oscura, olfateando. Peines-finos caminaba con paso lento y descoyuntado, ya que estaba muy cansado, y disfrutaba por adelantado del buen fuego que le esperaba y de la buena mesa. Al entrar en el callejón, miró hacia las últimas casas, hacia su casa: distinguió a la puerta una sombra negra al lado de la figura gruesa de doña Marietta... Echó un vistazo... ¿El barón De Vita...? Entonces, ¿es que no esperaban que llegara esa noche?

¿Qué hacer... un escándalo? ¿Perder la paz para quedar bien delante de la gente? Se estaba tan bien en su casa... Siguió pensando en el buen fuego que le esperaba, en la buena mesa. ¿Por qué tenía que arruinarse la vida? Cogió el cuerno y sonó:

—Tutu-tu...

La sombra desapareció, escapó en el otro callejón; su mujer volvió a entrar, él se dirigió muy lentamente, inclinado sobre el costado bajo el peso del cajón. Una vecina salió a la calle y compró dos madejas de algodón.

—¡Eh, Raimundo...! —exclamó su mujer cerrando la casa.

—Buenas tardes, Marietta —. Entró, apoyó el cajón. La mesa era más opípara de lo habitual; en el hornillo una sartén resonaba y mandaba una fragancia que resucitaba a los muertos. Peines-finos se sentó a la mesa, puso los pies al lado del brasero. Luego se pasó la mano huesuda por el pelo ralo, y dijo, mirando la pierna de cordero con guarnición de patatas que doña Marietta había puesto en la mesa:

—Pero, ¿cómo lo sabías que iba a volver hoy?
—Me lo decía el corazón... —respondió doña Marietta. —Come,
Raimundo, come...

II

Gracia

(*Pettini-fini*)

Las mujeres disfrutaban del sol. La señora Basila, que tejía con lana roja y turquesa, y Elena la Mottese con las manos entrelazadas detrás de la nuca, se habían sentado, con los pañuelos sobre los ojos para protegerse, sobre un viejo tronco desgastado por el agua y seco al sol que se encontraba pegado a la pared desde quién sabe hace cuántos años. Gracia, con la cara descubierta, sentada más allá, en el escalón de la puerta, zurcía con cuidado una camisa raída. Tenía miedo de que se burlaran de ella las vecinas si se hubiera puesto también un pañuelo en la cabeza: le había dado tanto el sol mientras lavaba en Buscardo... A estas alturas la cara y el cuello, delgados y morenos por naturaleza, ya estaban como el viejo tronco desgastado por el agua y seco al sol.

— ¡Con este calor te entra un sueño y unas ganas de dormir...! — dijo la señora Basila rascándose la cabeza con la aguja de punto.

—No hace tiempo para trabajar... — dijo Elena bostezando. Recogió del suelo el trozo de espejo que había traído junto al peine, levantó el pañuelo de la cabeza y empezó a deshacerse lentamente sus trenzas grandes y bonitas de color castaño mientras se miraba en el espejo que sujetaba recto entre las rodillas. Deshizo las trenzas y empezó a peinar su precioso pelo lentamente, dividiéndolo en dos bandas, inclinando la cabeza hacia un lado cada vez que se pasaba el peine; y el pelo tan liso y bien arreglado resplandecía al sol como si fuera de oro. Gracia zurcía la camisa sin hablar, mirando a Elena de pasada cuando metía la aguja.

—¿Y te encuentras bien...? En relación con las bellezas que has visto... —dijo la señora Basila.

—¡Eh! Claro que me encuentro bien —respondió la Mottese

apretando los dientes del peine entre el pulgar y el índice para quitar la caspa y el pelo que se había quedado pegado —¿Por qué no me iba a encontrar bien? Él es bueno; no hay nada más que decir. No es tan rico como don Calogero, ni un señor como don Antonino, eso sí,... pero con él no me va a faltar de nada.

Cogió en la mano las puntas del pelo y las movió ligeramente, como si tuvieran polvo; y volvió a empezar a peinarse poco a poco, inclinando la cabeza hacia un lado:

—Eh... yo se bien cómo se comportan los señores. *Servi signuri e servi pr'amuri*¹.

—¿Y estás orgullosa? —exclamó haciendo muecas la señora Basila.

—¿Y por qué no? ¿Es que me tengo que ruborizar? Hay que hacer algo... ¿no es verdad, Gracia?

Gracia tosió y llamó a Vastianedda.

—Hay que hacer algo —repitió Elena. —El caso es sacar provecho de cualquier situación. A ti te ha tocado encontrar marido, y te lo tienes que quedar tal y como es; a mí... —se rió de corazón con los dientes muy blancos entre los labios rojos de fuego —a mí... quien me quiere es mi marido, y quien me trata mal... *firruzzi firruzzi, ogneduno a i so' casuzzi*².

La señora Basila habría querido poner una cara de sorpresa, pero tuvo miedo de que, si irritaba a Elena Mottese, que vivía en Mistretta desde hacía tres años y conocía la vida y milagros de todos, fuera a tener algún disgusto. Por eso, se limitó a mascullar:

—Entonces, a este paso... ¡bienvenidos todos los que vengan!

Pero Elena Mottese, que sabía la vida y milagros de todos, la miró mal:

1 *Sirve a tu señor y sírvelo por amor.* Este dicho siciliano subraya el hecho de que quien trabaja al servicio de señores no va a estar nunca bien pagado, por tanto, cumplirá con sus obligaciones sólo si lo hace por afecto a su señor, no por reconocimiento de sus servicios ni por recompensas monetarias.

2 *Cerrada la puerta, cada uno en su casa.* Este proverbio siciliano se usa para decir que quien me quiere es bienvenido, pero quien me trata mal es mejor que se quede en su casa y que no venga a buscarme.

—Hay quien les cuenta y quien no les cuenta...

Vastianedda llegó a la carrera, jadeante; le habló al oído a Gracia que en seguida dobló la camisa y se levantó mientras preguntaba a las dos mujeres:

—¿Vosotras os quedáis aquí todavía un rato?

—Y ¿por qué no?

—Entonces, poneos un poco más allá.

—¿Qué? ¿Es que tenemos visita? —preguntó riéndose doña Basila.

—Espera al Gemelo, —explicó Elena mientras se hacía una trenza con su largo pelo — tiene miedo de que se lo robemos. Pero yo tengo que terminar de peinarme y, además, la calle no es tuya.

—Este trecho delante de la puerta es mío.

—Entonces, pon los límites.

Las mujeres se rieron. Gracia entró empujando hacia delante a Vastianedda con un puño. Era inútil seguir insistiendo, no habría sacado nada. Para que ella se peleara con alguien, tendrían que sacarle los ojos; y venían a sacárselos siempre hasta dentro de su casa. La insultaban sin razón; cuando en el barrio se perdía una gallina, la culpa era siempre suya. Especialmente esto no lo aguantaba. ¡Y luego decían que era pendenciera y bocazas por naturaleza! Gritaba, sí, gritaba y chillaba y se tiraba del pelo como si tuviera el *mal della luna*³, pero sólo cuando la ponían contra la pared. Y todos se divertían: porque la veían tan andrajosa, tan pobre y tan fea. También fea. El Señor no habría podido hacerla peor.

Y luego, las otras, todas tenían alguna persona que las defendía. Cuando la señora Basila se encontró con la puerta llena de estiércol y cal, ella se encerró dentro y fue el marido el que se la tomó con todo el vecindario y armó un buen escándalo. Y cuando la señora Felipa ofendió a Elena por un asunto sin importancia, don Brasi se fue hasta su casa, ella se tuvo que comer todos sus insultos, y,

3 *Mal della luna* o *u malaluna* en siciliano es una expresión usada para designar a una persona afectada de licantrópía. Alude seguramente al hecho de que Gracia sufría crisis epilécticas.

además, la amenazó también con ponerle una denuncia. Sólo Gracia no tenía nunca a nadie que la protegiera o que le hiciera justicia. Cuando le contaba al Gemelo que la habían acusado de robar las gallinas, o que había sufrido algún abuso, él respondía:

—¿Y tú por qué te dejas maltratar? O tienen razón ellas o tú eres una tontaina.

Y si Gracia se disculpaba y lloraba, él gritaba que no quería que se le molestara, que iba a verla para descansar y que, si tenía que oír y ver esas escenas o hacerse enemigos, entonces no habría vuelto. Esta amenaza hacía que se calmara más que una buena paliza. Trabajaba de día y de noche; iba a Buscardo a lavar; por un trozo de pan o dos duros barría los establos y transportaba sillares al campo. Se deslomaba y algunos días se arrastraba como un viejo burro cansado, ya que hacía poco que había vuelto del hospital, viva de milagro. Mantenía al Gemelo y también a sus cuatro enormes perros de caza que no había pan que los saciara: muchas veces ella y Vastianedda se quedaban sin comer para alimentar a las bestias. Todo lo que ganaba, todo al Gemelo. Temblaba cuando lo veía que venía cansado, enfadado, con el morral vacío y tenía miedo de las palizas, especialmente cuando no tenía dinero o una sopa preparada. Pero si volvía de caza con el morral lleno, el Gemelo buscaba a Vastianedda sólo para confiarle a los perros cansados y no se encontraba ni en la plaza. Entonces Gracia lloraba y gritaba, y se desahogaba con Vastianedda, especialmente ahora que la huérfana se acercaba a los siete años y se terminaban las siete liras al mes de *baliatico*⁴. Por la desesperación gritaba que no volvería a abrir la puerta al Gemelo, que le escupiría en la cara; pero cuando él volvía, Gracia volvía a ser humilde y temerosa, le daba el dinero que había ganado, le quitaba la camisa para lavarla y los zapatos para sacarles brillo. Y cuando el Gemelo la pegaba y la amenazaba con dejarla, ella se abrazaba a sus piernas con los brazos flacos y se

4 Contrato de crianza por el que, en vez de tenerlos en los hospicios, se entrega a los huérfanos a familias del lugar dispuestas a alimentarlos y a cuidarlos durante los primeros años de su vida por una compensación económica modesta.

arrastraba por el suelo como un perro, suplicando, sin pensar en el bastón levantado, mientras Vastinedda arrancándose el pelo corto y enmarañado chillaba:

—¡Mamá! ¡Me están matando a mi madre!

No había dinero que le bastase al Gemelo. Lo poco que tenía lo había vendido poco a poco por un trozo de pan: las camisas, las mantas, las *bùccole*⁵, hasta los corpiños y las faldas de fiesta, ya que el trabajo no era suficiente. No bastaba y cuando en casa no había ni un céntimo y la lumbre estaba apagada y el Gemelo llegaba con la cara torva, era para morir. Pan solo el Gemelo no comía:

—¿Me has tomado por un pordiosero que necesita un poco de pan?

La señora Basila algunas cosas no las entendía. Con siete liras de *baliatico* al mes y con el trabajo de cada día podía vivir como una señora, ir limpia y comer caliente todos los días; pero no, señor, estaba perdida por un vagabundo que encima se avergonzaba de ella. Gracia decía, con los ojos rojos muy abiertos frente a la cara de señora Basila para convecerse de que también ella se lo creía:

—No es verdad. Cuando no está enfadado me quiere. Se ve. Y luego... son hombres...

Con tal de que la quisiera, aunque fuera sólo un poco, pero siempre. Cuando la querían provocar, iban a decirle que el Gemelo estaba concertando su boda con Rosa del señor Nele que tenía treinta onzas de dote: porque el Gemelo era joven y no podía unirse para toda la vida con una fea mona como Gracia. Lo creía. Se reía con una risa fea y ruidosa, con la boca torcida como cuando le venía el mal: y luego quería que el Gemelo le dijese si era verdad y le aullaba durante días enteros que en ninguna casa le habrían tratado mejor, hasta que el hombre crispado la molía a palos.

Desde que Elena Mottese había venido a vivir allí cerca, Gracia no había vuelto a tener paz. Y entonces mandaba más a menudo a Vastianedda a pisarle los talones al Gemelo para que

5 Son pequeños pendientes con forma de anillo. Suelen ser los primeros pendientes que se ponen las niñas en cuanto les hacen los agujeros en las orejas.

lo espiara, con mucho cuidado de que no la vieran; y cuando la huérfana no sabía contar bien o no podía probarlo, o — muerta de hambre como estaba siempre — se iba a mendigar pan en vez de obedecer, la agarraba del pelo y la pegaba salvajemente con su furia de histérica.

Ella, con su vestido rojo, raído, descolorido, de verdad que tenía que parecer una fea mona y miraba a Elena con envidia: guardaba los corsés de colores, con los ribetes de oro, las bonitas faldas, los zapatos siempre nuevos y las medias rojas y azul celeste. ¿Qué era ella en comparación con Elena? Ella, joven; ella, con el pelo suave como la seda, las mejillas blancas y rojas, un bonito cuerpo fino de señora; los corsés ceñidos, ajustados delineaban el joven seno robusto y, cuando se lavaba la cara delante de la puerta, rociando el agua fuera de la palangana, toda rosácea, fresca y feliz, se podía ver un poco de su cuello y los brazos blancos como la cera. Entonces Gracia se avergonzaba cuando la veían lavar la ropa interior con sus brazos fofos y secos y buscaba cualquier pretexto para pegar a Vastianedda. Se daba cuenta de que al Gemelo le gustaba bromear con Elena que se reía por nada; y se reconcomía.

También ese día Elena había ido a peinarse al sol, ¡cerca de su casa! En cuanto el Gemelo llegó silbando y canturreando, Gracia se mordió los labios y empezó a regañar a Vastianedda, mirando con sus ojos de histérica, medio locos, el hermoso pelo castaño de Elena que brillaba al sol. Ese pelo deslumbraba y llenaba toda la calle.

Pero no era con Elena Motttese, no, con la que el Gemelo la engañaba ¿Quién lo iba a decir que era con la señora Basila, la que se hacía pasar por una buena esposa? Ella, ella que le ponía la cara compungida cuando Gracia se quejaba y levantaba los ojos al cielo escandalizada porque alguien pudiera querer a ese desecho de la sociedad, era ella la que le llenaba los bolsillos de dinero. Por eso, el Gemelo llevaba semanas y semanas que no iba de caza...

Cuando una tarde Vastianedda vino a decirle que había visto entrar al Gemelo en la casa de la señora Basila, Gracia se puso detrás de la puerta de esa casa y esperó, sin sentir el frío punzante,

a que saliera el Gemelo. A mitad de la noche los vecinos oyeron los chillidos de la niña que gritaba:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Por la mañana temprano la mujer se fue a Buscardo a lavar, con un ojo morado y el paso cansado. Vastianedda la seguía con un hatillo a la cabeza, mirando de abajo a arriba a su *mammedda*⁶ para que no la viera mordisquear un mendrugo de pan. Pero Gracia ni la veía...

En Buscardo se quedó todo el día, lavando maquinalmente, arrodillada a la orilla del arroyo helado. A veces pensaba y otras se sentía inerte y somnolienta como cuando se va con los ojos medio cerrados en un carro que da tumbos siempre de la misma manera sobre los cantos de la calle mayor. Se quedaba parada un rato, con las manos entumecidas en el agua turbia por la espuma del jabón. Y, poco a poco, el agua se aclaraba y las burbujas de espuma se desvanecían lentamente, arrastradas hacia abajo por la corriente siempre igual, siempre igual. Avergonzar a la señora Basila... El Gemelo la habría vuelto a apalear, más fuerte todavía; y el mismo don Liborio, el marido contento de esa mala mujer, le habría dado el resto. ¿Quién la iba a ayudar, sola como estaba en el mundo, sola, pobre y fea?

Se miró los brazos descarnados, el vestido rojo; se vió como nunca se había sentido, pequeña y encorvada en el campo tan grande, en la orilla del arrollo que fluía siempre igual. Y ¿si el Gemelo no hubiera vuelto a nunca más, si la hubiera dejado para siempre?

6 Mamaíta en siciliano.

III

El recuerdo

(*Piccoli gorghi*)

La madre, pobrecita, se las apañaba trenzando serones y capazos, pero el poco dinero que conseguía no era suficiente ni siquiera para el carbón. La que mantenía la casa era Vastiana que, desde el amanecer hasta la una de madrugada, estaba siempre trabajando y le parecía bien todo lo que ganaba. Por una empanada amasaba el pan a las vecinas, entretenía a los niños de doña Mena y lavaba unos cestos de ropa que no terminaban nunca, contentándose con un poco de harina, con una fanega de habas, con vestidos que las demás ya no se ponían.

“Gallina que camina, vuelve con el buche lleno”; era raro que volviera con las manos vacías si salía de casa. Todo el tiempo que le quedaba libre hacía punto, con una rapidez endemoniada, como si tuviese la máquina entre las manos, de tal manera que al final de la semana tenía siempre unos pares de plantillas⁷ para vender. Por lo menos no se morían de hambre.

Y Vastiana, como no se esperaba que se pudiera vivir mejor, no se quejaba nunca, y trabajaba de esta manera tan de buena gana que las vecinas la querían mucho. Alguna vez, de domingo, al peinarse su larga melena, se miraba en el trozo de espejo que tenía guardado como si fuera una reliquia y, al verse la cara larga y sin color, y los grandes ojos claros, suspiraba un poco pensando que realmente era triste ser tan fea y que los chiquillos tenían razón al llamarla “*lampiuni*”⁸ y, por

7 Se refiere a la parte inferior del calcetín que se solía hacer de punto y más resistente para que pudiera aguantar al mayor desgaste de la planta.

8 Los chicos comparan a Vastiana con una farola: ella es fea, desgarbada, enjuta, privada de formas femeninas. Es una chica “allampanata”, tan delgada como el tronco de una farola.

tanto, los pastores, que los días de fiesta pasaban por el callejón con sus trajes de terciopelo buscando “zita”⁹ no la miraban nunca.

Pero estaba triste poco tiempo; en cuanto ponía en su sitio el espejo y el peine y cuidaba a la vieja madre – que la esperaba para que la vistiera y la pusiera delante de la puerta – se llamaba tontaina y presumida. ¡Pero si hasta quería ser guapa! ¡Como si no tuviera bastante con no morir de hambre!

Cuando llegaba el tiempo de la siega Vastiana confiaba la madre a Crocifissa – que era una anciana de la que se podía fiar – y se iba a espigar con algunas de sus vecinas más pobres. Espigar era una fiesta – aunque volviera a casa con la espalda dolorida – porque traía una talega de espigas que luego trillaba ella misma, con una pequeña parte hacía farro y el resto la llevaba a moler para hacer harina; pero, sobre todo, porque le daba un poco el aire y el sol, ella que siempre estaba en el callejón.

Un verano tenían que ir a Salamuni y, como estaba lejos y había que quedarse allí dos días y dormir en el cobertizo, su madre no quería hablar de que se fuera. Pero Vastiana insistió tanto que por la mañana pronto, cuando las vecinas, al pasar delante de su puerta, le gritaron:

—Eh, Vastiana, ¿vienes? — ella, que ya estaba lista, bajó a la carrera con su talega y se marchó con ellas.

Le parecía una fiesta, en el paseo blanco y fresco; y, en cuanto llegó, empezó a recolectar y recolectar, encorvada con la talega en los hombros, loca de alegría al sentirla cada vez más pesada: no descansó ni siquiera a mediodía cuando el sol ardía; picó un pedazo de pan mientras seguía recolectando. Borracha de sol, no se sentía bien, no veía la mancha amarilla de los rastros encendidos y, si se ponía recta un momento, miraba en seguida en la boca del saco, como si fuera un tesoro y sentía que el corazón se le hinchaba al pensar que ese trigo se convertiría en un buen pan moreno y perfumado con el que llenar la artesa.

9 Novia.

Pero, cuando el cielo se puso violeta y los grillos empezaron a cantar, se encontró de repente sola, lejos de sus compañeras, en el enorme campo segado que no terminaba nunca; miró hacia delante cegada, se dio la vuelta para mirar a su alrededor; sólo tras sus hombros había una tapia de piedra, arrayán y brusco. Había ido hasta el límite de Salamuni. Consternada, gritó:

—Maruzza... ¡Eh..., Maru...zza!

Le respondió el eco. Volvió a mirar por todos los lados. Escuchó con atención, pero sólo se oían los grillos. Había más allá de la tapia uno parado a caballo y eso todavía le dio más miedo y se puso a correr; pero, al ver que se acercaba, las piernas empezaron a temblarle y se quedó parada, gritando con voz de llanto:

—¡Eh..., Maru...zza!

—¿Qué estás haciendo aquí?

— *Voscenza benedica*¹⁰ – balbuceó Vastiana reconociendo a Pepe Guastella —estoy esperando a mis compañeras.

—¿Qué compañeras?

— Hemos venido a espigar, señor.

Y dio algún paso para dirigirse hacia alguna parte.

—¿Tú eres Vastiana de Turi?

—Sí, señor.

—¿El que fue mi arriero?

— Sí, que descanse en paz.

—Pero ¿dónde vas? ¿Te quieres perder? ¿Te parece que Salamuni se puede atravesar por la noche? Espera, no te vayas como una loca. ¿Hacia dónde vas? ¡Dime...!

Y don Pepe se rio muy fuerte mirándola de arriba abajo, mientras tanto, Vastiana se pasaba con fuerza la mano por la frente sudada, se quejaba y dando diente con diente como si tuviese la terciana:

10 “*Voscenza benedica*” significa literalmente “Vuestra excelencia me bendiga”. Se trata de una expresión siciliana usada como saludo que un campesino, o en general una persona de baja condición social, dirigía a su señor o a quien está más arriba en la escala social.

—Madre mía, ¡si te hubiera escuchado! ¿Lo hice por el pan!
¡Por el pan!

—Espera — dijo don Pepe saltando de la yegua— ven por aquí.

—No, señor.

—¡Mira que eres bestia! Por mi campo vas a atajar.

—Señor, por favor, déjeme ...

—Te dejo. ¡Por la noche, como una loca! Para que un guarda¹¹ te desnude como a un pollito.

—¡Ay, mamá!— gemía Vastiana humillada.

—No grites y hazme caso. Te enseño el camino. Las demás están en el cobertizo.

Era verdad. En el cobertizo. Y a esa hora ya habrían hecho la sopa y no había nadie que pensase en ir a buscarla.

—¡Salta! — le ordenó. Don Pepe tenía una voz de orden que no se le podía contrariar. Sin embargo, Vastiana, con el valor que le daba el miedo desesperado, murmuró:

—Pero ¿qué tiene que ver su campo con el de Salamuni?

—¡Mira que eres bestia! Te enseñaré el camino.

—Me lo enseñe desde aquí. Dígame por dónde tengo que ir y yo caminaré hasta que los encuentre.

—¡Pero mira que eres ignorante! ¿Cómo te atreves a tratar así al amo de tu padre? ¿Qué crees, que te voy a comer?

Y Vastiana, recogiendo las faldas, se subió al seto, despellejándose las manos, y saltó finalmente al campo de Guastella. Pero una vez allí empezó a temblar y a sudar frío como si hubiera cometido una mala acción. Don Pepe, sin hacerle caso, llevando las riendas de la yegua, le hizo gesto de caminar. Y Vastiana caminó al paso del amo que iba lentamente y con la cabeza baja. Atravesaron el campo segado; los guardas saludaban a don Pepe, pero él casi no respondía; a uno que quería acompañarle, le dijo despidiéndole con un gesto:

11 En Sicilia, el “campiere” es un campesino encargado de la vigilancia de los campos.

—Voy a enseñarle el camino a esta.

Y caminaban. Vastiana, aunque seguía mirando a la derecha y a la izquierda para distinguir el límite, se sentía un poco más tranquila. Pero caminaban en medio del campo. Distinguió, de lejos, la casita de Guastella y miró de reojo al amo.

—Hemos llegado —dijo don Pepe — desde la casita, por una vereda se está a dos pasos del camino. Y un guarda te llevará al cobertizo.

—Que Dios se lo pague, señor.

—Pero antes — dijo don Pepe poniéndole una mano en los hombros, mientras Vastiana se apartaba estremeciéndose — quiero dejarte un recuerdo. ¡Por mucho que tú espigues...! — y se rio alegremente — ¡Tu madre no vive a lo grande!

—Aquí no tengo nada — añadió tocándose los bolsillos del chaquetón de terciopelo. —Sólo tendrás que subir a la casita. Es sólo un momento.

—No, señor —exclamó Vastiana — a la casita no puede ser.

—Pero ¿estás loca o qué? ¡Estos pueblerinos! Pero ¿qué te he hecho? ¿No te basta con que te quiera ayudar? Te hago un bien, así, a cambio de nada. Porque me gustas. ¿No ves que si hubiera querido tú ya estabas en mis manos?

Y Vastiana siguió al amo, sin saber lo que hacía, borracha de sol y de cansancio.

En la casita se quedó tres días; hasta una mañana en la que don Pepe, poniéndole en las manos el recuerdo prometido, la echó y le pidió a un guarda que la acompañara al pueblo. Vastiana no miró el regalo; parecía como encantada y se fue con el guarda como una sonámbula. Se sobresaltó cuando oyó que le decían:

—Ahora te puedes ir.

¿Irme? Miró con ojos de tonta al guarda que ya se daba la vuelta sobre la yegua, miró el camino que tenía delante, las primeras casas pequeñas y ahumadas colgadas de las faldas del Castillo, y empezaba a temblar otra vez porque comenzaba finalmente a entender. ¡Dios mío! ¿Qué me ha sucedido? ¿Cómo ha pasado? ¿Con qué valor volvía al pueblo? ¿Qué le iba a decir a su madre? ¿A su madre que

tenía que estar muerta de miedo y de dolor? ¡Dios mío! Y le latían las sienas y se sentía débil casi como si le hubieran sacado toda la sangre; sin embargo, seguía caminando; eran las piernas las que la llevaban... Como el burro de su padre, que en paz descansa, esa noche de la Candelora, había encontrado el camino solo, mientras el amo había muerto en Guastella.

Se acordó de repente, sin saber cómo; entonces su madre había gritado comprendiendo la desgracia y gritaría también ahora porque ahora había sucedido algo peor que la muerte.

Pasó las primeras casas, la fuente que susurraba en la calma, la calle del Rosario y, finalmente, embocó su callejón con los ojos hacia el suelo, estrechándose a su esclavina negra. No había nadie. Sólo Crocifissa, que lavaba delante de su casa, se levantó exclamando: —¿Eres tú, Vastiana?

Pero Vastiana no la oyó. Entró. Su madre estaba todavía en la cama; a esa hora nadie se había acordado de ella.

Cerró la puerta, se arrodilló junto al jergón y con la cara entre las manos empezó a llorar muy despacito, después con tanta fuerza que parecía que el pecho se le fuera a romper. La vieja en la cama, con los ojos asustados, repetía, porque entendía, porque sabía:

—¡Vastiana, Vastiana, Vastiana!

Y Vastiana lloraba con unos lamentos largos y oscuros como los de un perro apaleado.

En cuanto supieron que Vastiana había vuelto, las vecinas no podían dormir por la curiosidad de saber qué había pasado y qué se decían madre e hija; todas se morían de ganas por saber qué le había regalado don Pepe. Don Pepe, rico señor, e insensato, que si la cabeza se lo decía era capaz de regalar una *quota*¹², pero si no, ni siquiera un limón podrido. Murmuraban que Vastiana tenía oro y dinero.

—Ciento onzas le ha dado.

—Y el vitalicio a la madre ¿no lo contáis?

12 La “quota” se refiere a la parte o fracción que espera por derecho a los herederos de unos bienes. Es un término que no especifica la naturaleza del bien que se hereda, pueden ser tierras, dinero, joyas,... Aquí se refiere probablemente a unas tierras.

—¿Quién lo habría dicho, ese “*lampiuni*”?

—Sí, pero de cualquiera de las maneras, es siempre una vergüenza.

—Vergüenza o no, se morían de hambre y ahora serán unas señoras. De cualquiera de las maneras, nunca se habrían casado con ella.

—Mientras que ahora ¿quién sabe? El dinero ciega.

Mientras tanto, Vastiana no se dejaba ver ni siquiera a la puerta, porque doña Mena la había despedido y ninguna vecina la llamaba para que amasase el pan o lavara la ropa. Y las vecinas empezaron a entrar en casa, a buscar noticias, teniendo cuidado de que no las vieran las otras.

La vieja no decía nada del pequeño regalo – diez onzas que en seguida se había cosido al vestido – y se quejaba imprecando contra los señores. No la creían y espían la casa para descubrir la verdad; y, en cuanto se convencieron de que realmente no había ganado nada, empezaron a alejarse y algunas a sugerir:

—Pero, ¡cómo le iba dar el vitalicio! ¡Estas son cosas que se pagan caras, y vosotras lo sabéis, bobaliconas ¡Mariannina, con don Ciccio, se ha hecho las paredes de oro!

—¿Pero no lo veis - lloriqueaba la paralítica – que yo estoy aquí como un tronco? Entonces, ¿por qué se ha aprovechado? ¡Si hubiera estado aquí alguien para romperle los huesos!

—Vuestra hija tiene que seguir el juego. Si yo estuviera en su lugar, ¡iría a decirle lo que se merece! Total...

Vastiana, con los labios muy apretados, hacía punto y se ponía de mil colores. Y, cuando las vecinas se marchaban, suspiraba al quitarse un peso del estómago. Pero entonces tenía que oír a la madre que no dejaba el tema ni siquiera por la noche.

—¡Si pudiera ir a sacarle el corazón! ¡Que, por lo menos, nos diera algo más! ¿Por qué no vas? Qué más te da, no tienes nada que perder. Se ha deshecho de ti como de un limón exprimido. ¡Maldito él y sus hijos! ¡Maldita la raza de los señores!

Pero su hija oía esa voz que le silbaba en los oídos como un moscardón; volvía atrás recordando esos tres días que se habían ido

como un acontecimiento malo que has soñado y que te deja la boca amarga y la cabeza vacía. Pensando en la casita de Guastella se olvidaba de las vecinas, de su chabola y de las quejas de su madre; y veía de nuevo a don Pepe y sentía en los oídos su gran risa de hombre contento. ¿Qué querían todas estas? ¿Qué quería su madre? ¿Se puede reparar al mal ya hecho?

Había terminado su paz. Antes, cuando por la tarde, después de haber trabajado como una mula, se santiguaba, se dormía en seguida, y ahora no conseguía dormirse con tantos pensamientos y tantas imágenes que le bailaban delante y se avergonzaba al nombrar a la Virgen. Antes iba a misa con las compañeras y una la llamaba por aquí, otra por allá, y ahora ninguna vecina la habría invitado a su casa, y los pequeñines de doña Mena, que tanto la querían, ya no los habría vuelto a coger en brazos. El mal estaba hecho. ¡El mal! Sentía que se le subía la sangre a la cabeza al pensar en esa palabra. Ella era tan fea, se había sentido tan desdichada que no había pensado que alguien podría quererla un poquito. Y esa tarde, cuando estaba cansada y la cabeza le daba vueltas por el sol, uno, un señor, le había dicho:

—¿Sabes que tú me gustas?

Y esas pocas palabras habían hecho que le girara la cabeza todavía más que el sol de Salamuni.

¿Qué querían? ¿Por qué insultaban a don Pepe? Ella lo quería, claro que sí, lo habría dado todo sólo para gustarle y un día u otro lo habría gritado con fuerza a quien lo hubiese querido oír. ¿Qué querían? Y disfrutaba con gran amargura con el recuerdo de su vergonzosa felicidad, torturándose de pena y de placer. Por eso se callaba. Y, cuando las vecinas se alejaban de su casa y su madre refunfuñaba, entonces ella se quedaba todavía más callada y recordaba, haciendo punto rápidamente porque tenía que darse prisa con este trabajo que era el único que le había quedado, si no quería morir de hambre.

Hubo quien empezó a llamarla tonta, otros, descarada, atrevida, y más ahora que se le había quedado una expresión de trastornada; mientras tanto, Nino del Castillo le había hecho una canción y los

chicos por la noche se la cantaban al claro de luna, acompañados por las grandes risas del borracho:

*Vastiana lampiuni
Si 'nni ju mmilleggiatura,
Fici un jornu la signura
E turnau cchiù lampiuni!*¹³

Pero Vastiana no les prestaba atención.

¹³ ¡Vastiana, fea y desgarbada como una farola / se ha ido de veraneo / ha pasado algunos días haciendo de “señora” / y ha vuelto más fea y desgraciada que antes!

IV
América
(Piccoli gorghì)

*Di poi, passaru l'autri cchiu di trenta:
li picciotti sciamaru comu l'api;
Mi parsi ca lu scuru ad uno ad uno
si l'avissi agghiuttutu, e ca lu ventu,
'ntra dda negghia tirrana 'mpiccicusa
l'avissi straminatu pri lu munnu.
Lu scuru li tirava, una centona,
un ciarmulizzu, e nomi, e vuci, e chianti:
unu cantava cu tuttu lu ciatu
ma c'era tanta rabbia 'tra dda vuci
la dispirazioni e lu duluri
paria mmalidicissi e celu e terra
(Vito Mercadante, *Focu di Mungibeddu*¹⁴).*

14 *Más tarde, otros pasaron, había más de treinta:
los jóvenes se movían en grupo como las abejas;
Me pareció que la oscuridad, uno a uno,
se los había tragado, y que el viento,
en la niebla baja y pegajosa
los había esparcido por todo el mundo.
La oscuridad los atraía, una confusión de voces,
un charloteo, y nombres, y gritos, y llantos:
uno de ellos cantaba con todo el aliento que tenía
pero había tanta ira en esa voz
la desesperación y el dolor
parecían maldecir al cielo y a la tierra.*

Maria Messina ha introducido como incipit de este relato una parte de la poesía, los versos 37-48, de *Il focu di Mungibeddu* de Vito Mercadante, 1910.

Mariano lo dijo el día de San Michele, por la tarde, al volver de Baronia con su viejo padre. Catena, que estaba dando de mamar al niño, se puso tan pálida como una muerta y le respondió:

—¡Lo han conseguido esos granujas y te lo han clavado en la cabeza! Pero, si de verdad te quieres ir, ¡piensa que yo no me he casado para quedarme ni viuda ni soltera después de un año de matrimonio!

Mariano tiró con rabia la laya en un rincón, blasfemando; Catena, con los labios pálidos, movía la cabeza repitiendo:

—Yo también voy contigo. O voy contigo o me tiro del Castillo.

Mamá Vita, al volver del establo, se los encontró discutiendo. Cuando se peleaban ella no hablaba nunca, por prudencia; pero, cuando los vio excitados y oyó hablar de América, le pareció que se le encogía el corazón y murmuró:

—Hijo, ¿qué estás diciendo?

Estaba inclinada en la puerta, negra y pequeña, con un puñado de heno en el mandil levantado y Mariano, al sentir que le miraban esos ojos claros y abatidos, se calmó y dijo:

—Hago lo que hacen todos en Amarelli. Y esta me está martirizando con su lamento. Mira tú a ver si es posible que una como Catena tenga que irse.

Mamá Vita estaba inmóvil como si no entendiera; luego se inclinó sobre el arcón y se cubrió la cara con las manos. Catena, con el niño dormido en las rodillas, miraba, sin ver, delante de sí con grandes ojos negros apasionados y doloridos. Luego subió también el viejo; él sabía de la triste decisión de su hijo y se puso en la escalera sin hablar.

Todos se iban del barrio de Amarelli; no había una sola casa que no llorara. Parecía la guerra; y, como cuando se está en guerra, las mujeres se quedaban sin marido y las madres sin hijos.

La señora María, esa vieja con la cabeza blanca y despeinada como una husada gritaba ante la puerta su pena sin preocuparse de que la oyeran, gritaba los nombres de sus dos hijos mientras maldecía a las Américas con todo el alma, con las manos en alto.

Varvarissa se había quedado muy jovencita sin marido y con una criatura en el pecho; y luego se iba también el hijo único del maestro Antonino y Ciccio Spiga y el marido de Maruzza la rubia... ¿Quién podía ya contarles? Se iban todos y en las casas en luto las mujeres se quedaban a llorar. Sin embargo, todos poseían un trozo de tierra, una *quota*¹⁵, la casa, pero igualmente todos se iban.

Y los mejores jóvenes del pueblo se iban a trabajar a esa tierra encantada que les atraía como una mala mujer. Ahora también Mariano. Y Mariano tenía una finquita que daba pan y aceite, una finquita labrada y trabajada como un jardín y una mujer joven, guapa, dulce como la miel. Lo que habían hecho para que no se fuera, para quitarle la idea de América de la cabeza, ya ni se acordaba.

Había querido un mulo y el señor Antonio se lo había comprado; mamá Vita le había cosido otro traje de terciopelo y Catena no había sabido qué más decirle para que se quedara con ella.

Pero América, decía la señora María, es una carcoma que roe, una enfermedad que se contagia; cuando llega la hora de tenerse que comprar la maleta, no hay nada que les sujete.

En esa tarde gris de San Miguel los viejos pensaron que había llegado el momento también para Mariano.

Pero Catena, con los ojos fijos delante de sí, no conseguía convencerse de quedarse sola; con la pequeña cara aceitunada, oscurecida por la pasión y el miedo, pensaba ir con su marido. Pensaba: y parecía que su pensamiento era una herida, era una fiebre, tanto le dolían las sienas y el corazón.

Tras esa horrible velada, los demás días continuó diciendo, implorando con los ojos y amenazando con la voz:

—Yo voy contigo. Si te vas, me voy yo también. O me tiro del Castillo.

Mamá Vita no pudo no darle la razón:

—Es justo, es justo... —repetía con voz resignada.

15 La “quota” se refiere a la parte o fracción que espera por derecho a los herederos de unos bienes.

—¡Y el niño! —gritaba Mariano irritándose al verse contrariado también por su madre.

¡El niño! Era verdad. ¿Se podía matar al pequeño con un viaje tan largo?

—¡Pero bueno! —imploraba Catena. —¿Es que acaso yo no soy madre?

Lo tendré siempre dentro de mi chal, en mi pecho como a un pajarito en el nido. No os preocupéis.

¡Días tristes! Marido y mujer no hicieron otra cosa que pelearse. Pero, al final, ganó Catena y, cuando Mariano compró la maleta con fuelle y empezó a preparar sus cosas, Catena, temblorosa pero decidida, organizó las suyas y las del niño.

Había en su cara una palidez de niña asustada. Lo miraba todo y a todos, continuamente recelando, por si en el último momento algo imprevisto, un engaño de Mariano, la obligara a quedarse. En la maleta confundía furiosamente su ropa interior con la de su marido para así dejar claro que ella también se iba. Sólo por la noche, cuando las maletas estaban listas y Mariano le enseñó los dos billetes, se tranquilizó y los ojos volvieron a ser dulces y risueños como siempre.

Sólo entonces empezó a sentir pena por irse y le pareció que habían pasado mil años hasta que llegó la hora de salir de la casa donde había sido feliz un año – tras el maltrato sufrido en casa por el padrastro y la hermanastra –, para alejarse de las lágrimas de la señora Vita, que le había hecho de madre, y del dolor mudo y profundo de papá Antonio.

Cuando partieron el señor Antonio volvió a la finca: la tierra no se puede abandonar.

Mamá Vita le ayudó – como siempre – a encabestrar al asno y le dio un pan.

—Yo no voy —añadió. —Es como si me hubieran dado una paliza.

Volvió encorvada a casa y cerró la puerta y la ventana como cuando se está de luto.

—Y a partir de ahora ¿qué voy a hacer? —pensaba mientras miraba a su alrededor.

¿Para que servía trabajar la tierra? A partir de ahora ¿qué sentido tenía hilar el lino y tejer la tela? Se imaginó tristemente al viejo Antonio que, solo y afligido, sembraba buen trigo de oro allí arriba en Baronia, en su bella tierra soleada que su hijo no había apreciado bien. Y volvió a ver la escena del día anterior; se habían ido a media noche; no había luna y con dificultad se podían distinguir los dos carros listos, en la calle mayor, ya ocupados por otros emigrantes; y los carros llenos que se habían alejado en la noche oscura, con el canto de los jóvenes y el tintineo de las quimeras.

—¡Pobres hijos míos! — suspiró con fuerza con el corazón encogido. El señor Antonio, por la noche, desencabestrando al asno, repitió:

—Vita, la tierra necesita brazos y yo, que ya estoy viejo, no basto.

—Sí —respondió la señora Vita —pero yo quiero esperar a que venga la carta. ¿Cómo me puedo poner a pensar en la finca, mientras ni siquiera sé si esas criaturas han empezado el viaje?

El corazón se lo decía; de hecho, la carta desde Palermo le trajo una extraña noticia inesperada.

La leyó el cartero; y ella se la quedó mucho tiempo entre las manos – entre las pobres manos ignorantes, morenas y llenas de arrugas por el trabajo y la vejez – mientras guardaba las pocas líneas negras y torcidas como si hubiera podido entender su significado.

—Vamos de mal en peor—dijo tristemente a su marido por la noche. —¡Nuestro querido hijo se va y su mujer vuelve!

¡Adiós siembra, adiós finca! Con las manos y los pies atados, no podía ni siquiera seguir al viejo, a Baronia, que necesitaba más brazos. ¿Qué iban a hacer con una joven y un niño?

Catena volvió por la tarde, en la diligencia; amarilla, despeinada, con los labios pálidos y los ojos brillantes, parecía enferma, parecía que tenía fiebre.

Dejó al niño sobre la cama y se dejó caer sobre el arcón con los brazos sobre las rodillas desconsoladamente.

Mamá Vita cogió al niño en brazos para tranquilizarle, ya que estaba llorando; y, al sentirlo de nuevo en el pecho, sintió una gran

dulzura como si con esa pequeña criatura hubiera vuelto algo de Mariano.

—Pero ¿qué ha pasado, Catena? —le preguntó.

La nuera estaba callada.

—Y ¿los demás, Catena?

La nuera estaba callada. El niño lloró con más fuerza por el hambre.

—Dámelo — dijo bruscamente la joven.

—No. Tienes la leche mala en este momento. ¿Es que piensas que yo no te voy a entender?

La voz baja y temblorosa de la vieja le llegó al corazón y Catena empezó a llorar y a contar confusamente, calmándose poco a poco con el desahogo benéfico.

Había sido un día de infierno. Eran veinticinco, incluida a la demonio de su hermanastra. Y todos por las calles, por las calles grandes de la ciudad; aturdidos por el bullicio, cegados por el polvo y cansados, especialmente cansados, para tirarse a dormir por el suelo y todos unidos y desconcertados como almas del Purgatorio, como si no tuviesen también ellos, en el pueblo, una casa propia; evitando carrozas con caballos y carrozas sin caballos que se llevan por delante a un cristiano como si nada, rechazados por el barco porque el médico tenía que hacerles antes el reconocimiento. Finalmente, los habían examinado, uno a uno. Ella había sido la última y había ido tan segura, ¡los habían aceptado a todos!

—Y luego... ¿Entiendes? —gritó — ¡Además de la vergüenza de que te vea ese médico forastero, que te digan que tienes los ojos enfermos! ¡Yo, que mis ojos han sido la envidia de todos...!

Hablaba a veces, sin terminar las palabras rotas por los sollozos que le torturaban el pecho.

—No he llorado allí. No. Te he escrito. Yo no tengo a nadie. Ni madre, ni hermanos, a nadie. Los he visto subirse al barco, a todos, uno a uno. También a esa, ¡ya me entiendes! ¡que se reía de mí a la cara mientras se despedía!

Y ¿Mariano? ¡Ni siquiera una buena palabra, una sola palabra de ánimo! Había pensado en sacarle el billete de vuelta, ¡eso sí! De tal

manera que, en cuanto se fue el barco, uno de la estación la había acompañado hasta el tren.

—Y ¿sus pertenencias?

¡Sus pertenencias! ¡Cómo se veía que mamá Vita no tenía ni idea de lo que era una ciudad! ¿Quién podía abrir la maleta y buscar sus pertenencias en ese infierno?

Le enseñó a su suegra una receta. Se la había dado el médico. Tenía que ponerse, cada mañana, unas pocas gotas del remedio que le mandaba, en los ojos; podía medicarlos un farmacéutico, una persona cualquiera.

—Me ha asegurado que después de un mes de cura estaré bien.

—¿Has visto? —exclamó la vieja columpiando al niño para que estuviera tranquilo — al final, no ha sido el fin del mundo...

Catena bajó la cabeza. ¿Y el tiempo que habría pasado entre la cura y el viaje? ¿Y los de allí? ¿Y esa demonio de Rosa que había atraído a Mariano con un hilo de seda, que le había metido en la mente la idea de América? Ante sus ojos se le apareció la figura cimbreña de su hermanastra, su bonito cuerpo con la cintura fina y el pecho provocante, la cara aceitunada con los labios rojos y la risa descarada.

Para la cura no quiso perder tiempo. Y al día siguiente, en cuanto papà Antonio se dirigió a Baronía, la señora Vita se puso la esclavina en la cabeza y el niño en brazos para acompañar a la nuera a la farmacia de don Graciano. Insistieron en que empezase a tomar la medicación en seguida, esa misma mañana. El viejo se ajustó las gafas, la joven se sentó, le sujetó la frente con una mano y con la otra le echó en los ojos una medicina que había preparado.

—Pocas gotas, ha dicho — murmuró Catena mordiéndose los labios mientras la medicina le inundaba las sienes y las orejas.

—Don Graciano —repitió mamá Vita más fuerte, ya que el viejo estaba medio sordo — pocas, pocas gotas.

—Calléese, usted — respondió resentido el farmacéutico — si no confía en mí, búsquese a otro médico.

—Usted nos perdone —le pidió la joven —es que había leído la prescripción.

Y siguió a su suegra sujetándose el pañuelo en los ojos porque le quemaban mucho.

Todas las mañanas las dos mujeres iban a la farmacia de don Graciano. Tras una semana de tortura la suegra le preguntó:

—Pero ¿te hace bien este medicamento? A mí me parece que te hace más mal que bien.

—Eso mismo quería decirle yo —suspiró la nuera. —Nunca me habían dolido los ojos y ahora me siento como si me pincharan cien alfileres.

¿Qué se puede hacer? Quizás sería mejor dejar de tomar el medicamento y pedirle consejo a un médico. Con todo, mamá Vita se fue sola para darle las gracias al farmacéutico y le llevó un par de pollos rojos, elegidos entre los mejores del gallinero, y luego se fue con su nuera a ver a don Pidduzzu Saitta, que era el médico más anciano del pueblo.

Él observó a Catena, que le miraba apesadumbrada, luego le subió un poco, delicadamente, los párpados doloridos.

—¿Quién se los ha curado? —les dijo.

—Don Graciano.

—¿El farmacéutico?

—Sí, señor.

—¡Benditos aldeanos! —murmuró el médico. —¿Y usted quiere irse a América?

—Sí, señor.

—Esperemos que sí. Vuelva mañana por la mañana a las nueve. Intentaremos cauterizarlo.

Catena siguió a su suegra con la muerte en el corazón; y, en cuanto llegó a casa, tiró la esclavina sobre la cama, escondió la cara entre los colchones sacudidos y empezó a llorar con angustia como la noche en que volvió de Palermo.

Mamá Vita, de pie, con el niño dormido en los brazos, no sabía qué decirle para calmarle el llanto.

—Oye —luego dijo con resolución, — Saitta es un cuervo de mal augurio. Ve las cosas peor de como están. Yo no voy a volver a verle. También está Panebianco, ¿lo sabes? ¡Es el médico de los pobres!

Catena levantó la cara húmeda de lágrimas y miró a su suegra con un poco de esperanza.

—Después de comer vamos a verle —afirmó la viejecita, — ánimo, hija, ¿qué te crees, que no te entiendo?

Y la miró con tanta tristeza en los pequeños ojos claros, porque ella la quería mucho, tanto como a una hija.

—¡Mira qué capullo de rosa— dijo inclinando la cabeza sobre el niño dormido —y como se le parece! ¿Por qué lloras, tú? — la consoló suspirando — tú tienes a tu pequeño y volverás a ver a tu marido. Yo soy vieja, ves, y me he separado viva de un hijo que no volveré a ver. Y yo que pensaba que iba a tenerlo siempre conmigo, y preparaba la dote¹⁶ para su familia. Ahora todo ha terminado. ¿No ves como se ha vuelto el señor Antonio? ¿Y la bonita tierra de Baronia cómo está desolada?

Por la tarde fueron a ver a Panebianco para una última prueba. Panebianco, gordísimo, se rió como cuando le llevaban un regalo y luego observó durante mucho tiempo los ojos de Catena, palpándole las mejillas con los dedos macizos y ligeros.

—¿Dañados? —iba repitiendo con su manera de hacer de hombre para el que todo es fácil. —¿Dañados? ¡Ya lo veremos nosotros! Al final de mes se marchará.

Todas las mañanas, con el niño en brazos, se fueron a ver a Panebianco; y siempre mamá Vita llevaba bajo la esclavina una cesta de huevos o de fruta, un saco de trigo, un pollo, un par de palomas, porque Panebianco, el médico de los pobres, aceptaba de todo.

Pero las cosas iban de mal en peor; y Catena, al levantarse, se sujetaba un trozo del pañuelo para acostumbrarlos a la luz. Ya no podía más; empezó a no fiarse tampoco de Pianebianco y quiso cambiar de médico.

Hacia finales del mes llegó la carta de Mariano. Empezaba a ganar dinero; eran treinta y cinco, todos de Mistretta, y estaban

16 Se refiere a la dote que se preparaba para los hijos mientras se esperaba que se casaran. Esta dote para los hombres consistía en ropa interior, sábanas, pañuelos, toallas, a menudo bordados.

juntos; también las mujeres se habían puesto a trabajar. Todas esas noticias le parecieron bofetones. Leyó y releyó la carta varias veces, llena de rabia. Él parecía contento y la señora Vita se acordó de las amargas palabras de la señora Maria cuando dijo, un día, que los hijos, una vez que estaban allí, se olvidaban hasta de la madre que le había traído al mundo.

Catena perdió la esperanza en irse y no creyó más en los médicos; todos granujas, todos tímadores, buenos sólo para ordeñar la sangre a los pobres. Solamente Panebianco había ganado seis pollos y no se sabe cuánta fruta y cuántos huevos.

En la pequeña casa del señor Antonio los días pasaban llenos de melancolía. No había fiesta ni procesión para las dos mujeres; siempre casa y casa, el domingo a misa a rezar ante el altar de Santa Lucía. El señor Antonio como la mujer ya no podía seguirle, se había buscado un mediero, un compañero que le ayudaba a trabajar la tierra. Él hablaba cada vez menos, con el pensamiento fijo en su hijo guapo y fuerte como una encina, que trabajaba para otros.

El pequeño crecía mal, a duras penas, un poco porque no había tenido buena leche, otro poco porque, en vez de jugar con otros niños, pasaba de los brazos de la abuela a los de la madre: él era lo único que les había quedado de Mariano.

Catena, que se había vuelto salvaje, rehuía incluso a las vecinas. En la pequeña cara aceitunada, descarnada como si hubiera dentro un fuego que la consumase, los ojos parecían más grandes, todavía más negros por las profundas ojeras que los rodeaban.

Ya no le gustaba trabajar, a pesar de que ella había sido la más laboriosa de Amarelli. Pasaba los días en cuclillas en el escalón delante de la puerta, mientras mamá Vita hilaba o zurzía, escuchando al niño que había aprendido a decir papá; y las dos, sin decírselo nunca, miraban siempre a la esquina por donde normalmente aparecía el cartero, estremeciéndose si veían que se acercaba a su casa.

Pero las cartas llegaban cada vez más raramente. Y Catena no se desahogaba ya ni siquiera con su suegra; en la cabeza se agitaban tantos pensamientos que sus sienas le latían como si tuviera fiebre; pensaba en América, en las casas altas y en las

calles oscuras, pensaba en Mariano joven y fuerte, en la buena tierra de Baronia, y volvía a ver a su hermanastra, siempre tan guapa y descarada.

Las vecinas no conseguían nunca que saliera a charlar un poco. Pero algunas veces oían su voz, que se había vuelto muy extraña y aguda; la oían hablar con su hijo como si le pudiera entender, con un murmullo de nombres extravagantes, con acento alterado, voluble y frenético.

— *Stella, tesoro, Cavaleri finu, San Giorgiu biunnu. Apuzza nica. Tu mi ristasti. Chiamalu, papà, chiamalu ca è luntanu...*¹⁷

Al principio el pequeño, suspendido en los brazos nerviosos de su madre, se reía, pero, sofocado por las caricias impetuosas, terminaba llorando.

Una mañana, al ver pasar a la señora María, le preguntó si tenía dos serones para poner uva e higos chumbos y llevárselo a Mariano.

—Los higos chumbos le gustan tanto, y allí no hay... Sí, me voy con mi hijo —dijo abriendo en la cara los grandes ojos negros y asustados.

—¡Yo lo se, ahora, cómo se viaja!

Y, como la señora María desaprobaba con la cabeza, ella le volvió la espalda, irritada, y se sentó de nuevo ante la puerta.

Cartas no llegaban y los ojos no se curaban. Aunque habían rezado tres novenas y habían ofrecido dos cirios a Santa Lucía, la santa no había querido concederles la gracia.

Ya no había ninguna esperanza de curarse. Y Catena estaba siempre tan irritada que la pobre mamá Vita sólo por la gran piedad y el afecto que la tenía no le llevaba nunca la contraria.

Una mañana, era precisamente de nuevo el día de San Miguel, la señora Vita cerró la puerta porque hacía frío.

La nuera que, no se sabe por qué, había bajado al establo, le dijo al volver:

17 *Estrella, tesoro, Caballero fino, San Jorge rubio. Pequeña abeja. (Sólo) tú me quedas. Llama a papá, llámale que está lejos.*

—Mamá, vete a buscar los serones que me ha prometido la señora María para ponerles tomate e higos chumbos.

—Pero ¿qué dices, Catena? ¡No estamos en época de tomates!

Catena abrió la puerta con violencia sujetando al niño de la mano.

—¿Qué haces? Ya no es verano, ¡entra frío! ¡Como te has vuelto desagradable, hija! ¡Ya no tienes corazón en el pecho!

Catena le miró. En la cara aceitunada no se veía más que los ojos con los párpados hinchados y amoratados como dos manchas.

Se sentó a la puerta, se puso al niño en las rodillas y haciéndole bailar empezó a decirle, primero despacio, luego más fuerte, después con su voz extraña y aguda que hacía daño a los oídos:

— *Stella, tesoro, apuzza nica, spica d'oro! Chiamalu, papà! chiamalu ca è luntanu! Stella! Cavaleri finu...*¹⁸

Lo apretaba con fuerza entre sus pequeñas manos nerviosas, levantándolo en el aire y el niño forcejeaba y lloraba.

La señora Vita, asustada, se acercó para quitárselo, pero, como Catena lo apretaba con fuerza, la pobre vieja no pudo hacer nada.

Llegaron corriendo también dos vecinas curiosas por los gritos de las mujeres y por el llanto del niño; pidiéndoselo por favor, amenazándola, se lo quitaron de las manos, con el riesgo de hacerle daño, mientras Catena repetía, riéndose, con grandes ojos en blanco:

— *Tesoro! Stella! chiamalo, chiamalo...*¹⁹

Creían que se iba a morir por las convulsiones, como se había muerto su madre. Pero luego se calmó. Y ya no se repitieron los furores de esa mañana.

No reconocía a su hijo, no reconocía a su suegra, pero ya no molestaba a nadie. Pasaba los días enteros en cuclillas en la puerta,

18 *¡Estrella, tesoro, pequeña abeja, espiga de oro! ¡Llama a papá! ¡Llámale que está lejos! ¡Estrella! Caballero fino...*

19 *¡Tesoro! ¡Estrella! ¡Llámale, llámale...!*

sin sentir el frío de la tramontana, con la barbilla entre las manos; y si una vecina se le acercaba, ella le explicaba – con una sonrisa extraña en su pequeña cara oscura – como si estuviera esperando al barco.

—¿Ve? — indicaba — allí en el mar grande el barco que saca humo y que silba...

Los serones con la uva y los higos chumbos estaban preparados.

—Me voy mañana. Estoy curada —añadía tocándose los ojos con las palmas abiertas. —Estoy curada. ¿Lo ve? Me voy mañana...

V
El chal
(*Le briciole del destino*)

Mariangelina no se podía decir que fuera guapa, pero era joven, tenía el pelo muy negro y los ojos celestes que parecían dos flores, dos pervincas que se acaban de abrir. Toda su persona menuda y gordita tenía una expresión de frescor y de vivacidad que hacía pensar en los gorriones cuando se meten en los canalones y giran la cabecita por aquí y por allí, sin quedarse quietos ni un momento.

Quien pasaba por el callejón de la “Méndola”, a cualquier hora, sentía la voz de Mariangelina, la modista, que cantaba a pleno pulmón y canturreaba. Era un corazón alegre. Los días volaban porque cantaba y porque, si se callaba, los pensamientos que le pasaban por la cabeza no eran feos y no se quedaban, como un enjambre de mariposas claras en las primeras floraciones de la primavera.

Eso sí, otra, en su lugar, ¡habría estado llorando todo el día y toda la noche! Su padre había muerto. En casa tenía a una hermana tonta que, pobrecita, no molestaba, pero que se te encogía el corazón cuando la veías entretenerse con los retazos de tela, en un rincón, peor que una niña de tres años. La madre... la madre era suficiente con nombrarla: la Negra, que en el pueblo la conocían todos y sabían cuánto valía por la cadena que había arrastrado con el maestro Giuanni, desde que estaba vivo su pobre marido.

Pero Mariangelina no conocía esa fea historia porque realmente la Negra había tenido siempre un gran respeto por su hija y al maestro Giuanni, en su casa, no le había dejado poner un pie. Ya que sabían que era una joven honrada, no sólo le *burgisi*²⁰, sino también

20 En Sicilia se llamaba *burgisi* a las mujeres de ricos campesinos.

muchas señoras mandaban a buscar a Mariangelina cuando querían hacerse un traje. Pero querían que viniera sola. La Negra, que no hacía falta que se lo dijeran, acompañaba a su hija hasta el portal y luego venía a buscarla, sin subir.

—Yo por las casas de los ricos me avergüenzo... —explicaba a su hija que le preguntaba por qué no se dejaba ver nunca.

¡Sólo le faltaba que por su culpa perdieran el pan después de haberle manchado el nombre, pobre criatura!

Por lo menos, así, sobre todo, tenía trabajo. Se había hecho con una buena clientela. No como las Ragusa —¡eso no se podía pretender! —, pero personas de confianza, como, por ejemplo, doña Mimì Síngani y la sobrina de la baronesa, las tenía también ella. Cuando iba a cortar un vestido, Mariangelina no podía cantar, se entiende. Pero hablaba. Parecía un moscardón. La señora clienta que estaba delante como un guardia civil vigilando —para que no se desperdiciara nada— de vez en cuando la tenía que reprender:

—Mariagenlina... ¿Tienes intención de tenerme aquí hasta esta noche?

—Ya está... Ya está.. —decía la chica confundida.

Por un momento se sentía sólo el chirrío de las grandes tijeras. Luego levantaba la cabeza y decía muy seria:

—Pero, ¿usted que me diría si me pusiera un chal?

Llevaba casi dos años preguntando lo mismo. Hacía una especie de cálculo. De un lado ponía todos los “no”, las que le contestaban que no estaba bien ciertos lujos de joven; del otro, todos los “sí”, las que le decían que, ya que era modista, el chal se lo podía poner sin avergonzarse.

—¡¿No es verdad?! —decía contenta Mariangelina. —Ya el chal lo llevan todas... ¡Cuando le digo que se lo quiere poner la señora Bifara...!

Y miraba a la clienta a los ojos para ver si se lo decía a posta ese “sí” para luego burlarse de ella...

Todos los pensamientos de Mariangelina eran para el chal. Incluso se ponía roja de la emoción cuando hablaba de ello. Pero lo quería más para honrar a su arte que por ambición mezquina.

En cuanto se ponía a trabajar, bajo la ventanita que olía a menta y cedrón, ya no volvía a pensar en ello. Si tenía algo para coser, entonces lo tenía todo. Los ribetes dorados, la seda jaspeada, el terciopelo, el paño fino como el raso, eran su pasión; miraba las bonitas telas con ojos completamente abiertos, las acariciaba por el placer de sentir las bajo sus dedos. Cuando iba a cortar los vestidos miraba directamente a la mesa preparada. Si veía algo que le gustaba, perdía una hora de su tiempo alabándolo:

—Pero ¡qué bonita! Pero ¡qué fina! Le haré un traje, señora doña Mimi, para que se vuelva loco el que lo vea...

—¡Charlatana! — le respondían. —Ponte a cortar el traje.

Las telas de mala calidad le daban casi pena; pero, si le gustaba el color, entonces trabajaba igualmente de buena gana. Al probar un traje hilbanado era feliz si conseguía que estuviera contenta tanto ella como la cliente. A veces proponía algún cambio. Si no le hacían caso, no insistía, porque era prudente; pero si la complacían, se ponía roja hasta las orejas y luego encontraba la manera de meter en el discurso que incluso en una ciudad ella estaría a la altura, ¡con la fantasía que tenía!

Le gustaba su oficio. Mientras trabajaba se olvidaba casi del chal. Pero bastaba que se tuviera que poner o quitar una esclavina delante de una señora para acordarse. En seguida decía:

—Es inútil... Uno de estos días usted me verá con el chal. Y entonces ¿qué dirá usted?

No quería quedarse siempre por detrás de las Ragusa que no eran tan buenas como ella, pero que servían a lo mejor de las señoras del pueblo. Tenía un gran miedo de que, con el tiempo, también sus clientas, incluso las de consideración, tuvieran ganas de servirse de esas dos hermanas que quedaban tan bien, incluso tan viejas y feas como eran, sólo porque llevaban chal. Por eso, una buena mañana entregó una parte de sus ahorrillos al sobrino de doña Lisa que se iba a Palermo para que le comprara un chal.

—¡Qué lujos! —dijo el joven. —Al menos, con el chal, ¿empezará a salir con algún chico?

—Sí —respondió Mariangelina con alegría. —Empezaré con usted...¿Está contento?

El sobrino de doña Lisa decía eso porque Mariangelina reía y se burlaba de todos. Que si hubiera querido, paseaban tantos jóvenes por ese callejón, ¡con la excusa de pasear por el paseo de San Antonio! Con Ángel, el sobrino de doña Lisa, hacían el telégrafo, él desde la terraza de piedra, bajo la pérgola, ella desde la ventanita. Lo hacían para reírse. A otra la habrían considerado una coqueta. A Mariangelina la conocían; sabían que era un corazón alegre, una muchachota que conservaba la inocencia de una niña. Bastaba con mirarla a los ojos, esos ojos que reían y brillaban, del color del cielo cuando está sereno. ¡Nadie habría dicho que era la hija de la Negra!

Con el chal Mariangelina parecía casi guapa. Ángel le dijo que estaría bien hasta en Palermo, con esa cara que pedía que la besaran. Por primera vez, Mariangelina no supo qué replicar al halago. Un poco pálida, miraba estática al chal nuevo doblado sobre sus brazos.

Le pareció que habían pasado mil años hasta que la vieron sus clientas. Se pavoneó durante un poco de tiempo hasta que se acostumbró.

Pero las clientas, poco a poco, de una en una, empezaron a dejarla.

Mariangelina había empezado a perder la cabeza con sus ínfulas. Quisiera o no, era siempre la hija de la Negra; ¡no se lo podía olvidar! En cuanto a casarse con ella, con lo poco que tenía, no se habría casado nadie con ella. Y con toda esa ambición mezquina que anidaba la chica, esa, algo iba a liar. No. No. ¡Más bien quería terminar mal...!

Le habían quedado fieles doña Mimì, la mujer del secretario, y cuatro o cinco *burgisi*. Mariangelina estaba mortificada y sorprendida.

Ángel le dijo:

—Las Ragusas vienen a Palermo de vez en cuando. ¡Qué quiere! A la clientela hay que engatusarla...

En otra ocasión le dijo:

—¿Lo sabe que tiene que venir una modista de Palermo?

A Mariangelina se le metió en la cabeza que ella también tenía que ir a Palermo. Primero lo habló con su madre. Luego empezó a decírselo a las pocas señoras que le habían sido fieles, mirándolas a los ojos para ver qué pensaban, igual que cuando se quería poner el chal. Era en invierno. Para no ir demasiado tarde, establecieron salir el uno de febrero. Y durante dos meses no se habló de otra cosa en casa de Mariangelina.

Cuando también la maleta estuvo preparada, Ángel pensó que a dos mujeres solas, tan solas, en Palermo, las habría engañado el primer cochero de la estación. Para no llamar la atención él se fue el día antes.

¡Qué alboroto el de Mariangelina! ¡Qué fiesta! Se fue a despedirse de todas las clientas, también de las que la habían dejado hace tiempo. Las vecinas le pidieron que les hiciera recados, prometió regalitos a unas y a otras. No se hablaba de nada más en el callejón de la “Mèndola”, como si la Negra y su hija se fueran a ir a América.

En Palermo se quedaron una semana. Ángel las guiaba como si fuera de la familia, las acompañó por aquí y por allá para enseñarles lo más bonito.

A los amigos les decía que Mariangelina era su enamorada; pero no tenían ni siquiera el valor de bromear como se hacía en el pueblo porque sentía casi piedad al verla tan aturdida, tan taciturna, con esos ojos grandes que lo miraban llenos de confianza. La Negra correteaba detrás de los dos jóvenes, tanto que le dolían los pies. No se tenía en pie; por la mañana le parecía que faltaban mil años para que se hiciera de noche y poder irse a descansar a su cama.

Por el contrario, Mariangelina no se habría querido parar nunca. Parecía borracha con el aire de Palermo. No pensaba en el pueblo, no pensaba que había venido sólo para ver la “Moda” y que tenía que volver. Se le había incluso olvidado que había prometido tantas cosas a las vecinas. Del brazo de Ángel, que la llevaba por todas partes, le parecía vivir en un mundo de hadas. Ya no estaba la tontita, ni un trabajo que entregar, ni un mendrugo engullido de pie, o en una esquina de la mesa atiborrada de cosas y de retales... Caminaba y

caminaba sin otro fin que el de ver cosas nuevas; comía servida por un camarero con jubón; aturdida, cansada, feliz, volvía por la noche a una habitación que alguien había arreglado. ¡Como le gustaba vivir en la ciudad! Los edificios, las carrozas, los escaparates llenos de cosas tan bonitas y resplandecientes, las mujeres que caminaban rápidas con tacones altos y finos, dejando al pasar un gran perfume, todo se le confundía en la mente y el sueño se le animaba con las cosas que había visto por el día, tanto que, al despertarse y al salir, le parecía que seguía soñando.

Casi no hablaba. Hacía todo lo que Ángel le decía que hiciera. Se encontró en el tren que la tenía que llevar de nuevo a su pueblecito, acurrucado a los pies del Castillo, sin saber cómo, mientras Ángel en el trasiego de la estación le seguía dando consejos a la Negra mientras se agarraba a la ventanilla abierta.

Tenía los oídos y los ojos llenos de ruido, de colores, de un gran resplandor. El pequeño callejón estaba oscuro; las vecinas daban pena, vestidas de oscuro. Mientras la Negra giraba la llave en la cerradura, saludando a alguien, Mariangelina sentía muchas ganas de llorar.

El viaje le trajo mala suerte. Las vecinas la miraron con sospecha, quizás con envidia. Encontró poco trabajo. Fue entonces que las modistas Ragusa—dos víboras—encontraron la manera de que le dijeran a Mariangelina que se había equivocado, pero bien, al querer imitarlas, que cuando se lleva un nombre sin honor, hay que saber moverse entre dos aguas, ir a tus intereses ¡si no se quiere que la gente hable!

Mariangelina no se lo quiso creer. No supo ni siquiera responder a las palabras de quien le hizo el discurso. Fue como si se le hubiera abierto un abismo ante sus ojos. Se quedó asustada, trastornada. Vivió días negros; lloraba sin razón; algunas veces miraba fijamente a su madre con los ojos muy grandes que parecían oscuros. También la Negra miraba a su hija con la cara afligida. Tenían que decirse algo; una a la otra. Lo sabían; sobre todo algunas veladas, eternas, oprimentes, en las que la tontita se adormecía encima del banco y todo estaba velado de silencio y ellas dos estaban solas, cara a cara,

trabajando en silencio, atormentadas por un mismo pensamiento. No se dijeron nada. No tuvieron el valor ni tampoco el tiempo. Sí, el tiempo, porque no había pasado un mes —el almendro detrás de las viejas paredes de casa Ruda estaba en flor— que la Negra se acostó para no levantarse nunca más. En pocos días, sin que se supiera de qué, se fue al otro mundo, llevándose en el pecho, con las manos en cruz, su triste verdad.

Mariangelina se quedó sola, a la tontita no se la podía considerar una compañía. Dejaba el lamparita encendida toda la noche. Si se despertaba, tenía miedo de la hermana que dormía con la boca abierta, y que se reía incluso en sueños, tenía miedo de las sombras que se alargaban y se empequeñecían, y esa poca luz roja la quería en esas noches que no terminaban nunca.

Se morían de hambre las dos hermanas. Mientras la tontita se entretenía en un rincón, como siempre, Mariangelina se quedaba horas y horas con la barbilla entre las manos. Nadie venía a llamar a su puerta. Estaban solas, abandonadas. Y no había nada más melancólico que oír el callejón lleno de los ruidos de siempre, de las voces de siempre...

De la puerta entreabierta llegaba por oleadas el aire que estaba más templado; se sentía en algún momento un chillido agudo y lejano —las golondrinas estaban volviendo—, un piar ensordecedor y alegre —los gorriones que hacían sus nidos en el viejo jardín y en los canalones del antiguo palacio de los Ruda. Mariangelina se sentía deshacer completamente en una gran languidez, le temblaban las piernas, tenía siempre el llanto en la garganta; era quizás la debilidad, quizás la primavera. Pensaba en la ciudad grande, vista como en un sueño, donde las mujeres van con los vestidos preciosos y escotados, con bonitos zapatos, y todas son ricas y todas llevan la luz de la felicidad en los ojos ardientes.

Buscó trabajo. Que para ella el trabajo era la vida. Pero las cosas habían cambiado de verdad. Incluso doña Mimì mandó a la criada a que le dijera que no necesitaba hacerse trajes nuevos ese año.

¡Peor para ella que había desperdiciado todo para darse a la buena vida con el sobrino de doña Lisa! ¡Quién sabe qué hazañas

había llevado a cabo en Palermo! ¡No por nada el Señor la había castigado!

Mariangelina, en las tardes demasiado calurosas, volvió a abrir la ventanita. Ángel fue el primero que la volvió a ver en su sitio de siempre. Volvieron a charlar, él desde la terraza de piedra bajo la pérgola, ella medio escondida por el cedrón oloroso, en voz baja, para que las vecinas, malas lenguas, no la oyeran. Mariangelina sentía una gran ternura. Estaba agradecida con don Ángel porque le volvía a hablar, sin despreciarla, y le recordaba los buenos momentos que habían pasado para siempre.

Los días no le parecieron tan desolados. Esperaba a que atardeciera para abrir la ventanita y ver en la penumbra a don Ángel que la esperaba bajo la pérgola y le decía muy despacito para que le oyera ella sola:

—¡Buenas tardes, Mariangelina!

Una tarde, había sonado ya la hora de noche, don Ángel bajó por la calle y se acercó a la puerta de la modista.

—Tiene que entender que así no puede durar mucho más... — repitió con bondad, retomando el discurso. —Dígame la verdad: que ha decidido venir a Palermo cuando pongamos a esa desgraciada en el hospicio...

—¡Si se lo he dicho que yo ya estaría allí desde hace tiempo! ¿Qué hago aquí? Pero,... me entiende... tantos meses sin trabajo... No es como la otra vez que al menos el dinero para el viaje lo tenía ahorrado...

—Me ocupo yo. Está decidido... Pero nos pondremos mejor de acuerdo mañana. ¡Buenas tardes, Mariangelina!

Y se iba a ir. Pero se quedó un momento sin hablar y sin moverse, indeciso. Luego, ya que estaba oscuro, le cogió la cabeza entre las manos y apartando el pañuelo negro, la besó en la frente, delicadamente, como si fuera su hermana. Tenía los ojos llenos de lágrimas porque la quería y porque sabía que él, justamente él, la llevaba a la boca del lobo... pero también sabía que esa criatura tenía la mala suerte ya marcada: era una flor que alguno habría cogido, pronto o tarde, y él no quería que se la cogieran delante de sus ojos...

Por todos esos pensamientos Ángel se sentía triste e inquieto.

Pero Mariangelina había apoyado la cabeza sobre su hombro y era feliz con ese primer beso tan respetuoso y suave, de nuevo embriagada, aturdida, como cuando agarrada del brazo de Ángel, confiadamente, caminaba y caminaba por las calles grandes de Palermo.

VI

La puerta cerrada

(Le briciole del destino)

Incluso la habitación de doña Genna olía a pan fresco porque a mediodía Salvatura había llevado a la señora dos hogazas que acababa de sacar del horno y, luego, para complacerla, las había dejado en la cesta, encima de una silla.

Don Menu se vestía para irse al casino. Como era su costumbre, iba de un lado a otro de la habitación mientras se ponía o se desabotonaba el chaleco y se paraba delante de la ventana haciendo pequeños esfuerzos para empujar el botón demasiado grande en el ojal del cuello nuevo, endurecido por el reciente planchado. Doña Genna hacía punto detrás de los cristales, en pie, lista para ayudar a su marido a ponerse el gabán y a pasarle el cepillo por el cuello.

Estas cosas las seguía haciendo ella. Incluso el sábado le colocaba la camisa limpia encima de la cama, tan perfecta, lista para ponérsela.

Pero ya no podía vigilar a las mujeres que le hacían la colada una vez al mes, en el patio, ni ocuparse de la plancha, en las habitaciones de arriba. Ya no podía estar presente cuando se hacía el pan — como ese día que toda la casa olía —, ya no preparaba manjares para don Menu. Salvatura, la anciana criada, se ocupaba de todo. ¡De demasiado se ocupaba! Y algunos días que parecía que era ella el ama, doña Genna se prometía que iba a echarla como a un perro, mientras don Menu estaba en el casino... Sin embargo, doña Genna no era vieja, no estaba, que Dios no lo quiera, paralítica.

Sufría, o mejor, había sufrido desde joven, de mal de corazón: un poco de palpitaciones cuando subía las escaleras, un poco de insomnio de noche, de vez en cuando. Pequeñas molestias a las cuales nunca había querido dar importancia. Pero, una vez que

por una bronquitis, el viejo doctor Saitta la había observado con detenimiento, dándole golpes en los hombros con los dedos, como se hace con las muñecas que no vuelven a abrir los ojos, poniendo su oído en el pecho desnudo, para escuchar, doña Genna había sabido que estaba gravemente enferma y desde hacía mucho tiempo.

¡Cuántos consejos le había dado el viejo Saitta! Que no se cansara de ninguna de las maneras: que no se agachase ni para recoger un dedal si se le caía; que, sobre todo, no subiese las escaleras por ninguna razón...

—Porque con usted, comadre —había explicado—, que es una mujer sensata, es inútil tener pelos en la lengua. Un pequeño esfuerzo, una pequeña emoción, le puede llevar ante el Señor, derechita... Pero si tiene cuidado va a vivir cien años, se lo aseguro yo...

¡Los médicos! Sólo ven enfermedades mortales y vidas en peligro. Quizás porque ven cómo se les cierra los ojos a tanta gente, a demasiada gente, así cuando menos se esperan la muerte, sin que quizás ellos mismos sepan por qué se muere... Ellos llevan el mal agüero a las casas donde entran.

Desde el día de la visita de Saitta había ocurrido una verdadera revolución en las costumbres de doña Genna que siempre había sido una buena ama de casa.

Don Menu, normalmente poco expansivo, pareció impresionado. Se sentaba cerca de su mujer y decía:

—Cuando Dios la manda —(él se refería a la muerte) que se haga la voluntad de Dios. Pero irla a buscar nosotros mismos, eso no. Tú tienes que pensar sólo en curarte, y despreocuparte de todo.

Y le había hecho caso doña Genna. Desde hacía seis meses —ni siquiera un solo día —había subido las escaleras que llevaban al segundo piso. En el segundo piso estaba la cocina, el comedor, la habitación de la criada, el aparador... En fin, la parte más importante. ¿Es posible que la dueña de la casa no se ocupe de nada, que sea como una extraña en su propia casa?

Pero don Menu vigilaba la puertecita de las escaleras, como un

mastín. Si salía, y la criada tenía que salir también ella, se llevaba la llave.

Tantas veces Salvatura volvía antes y se sentaba en la habitación de la señora a esperar.

—¡Ve lo que me toca hacer! —decía furiosa —Cuando hay tantas cosas por hacer. ¡Y esto porque usted se comporta como una niña! ¡¿No lo entiende que no puede subir las escaleras?!

Doña Genna no habría creído nunca que su marido se preocuparía tanto por su salud. ¡Le había parecido siempre tan granuja, tan desenamorado! Y, al principio, completamente consolada, había agradecido a la Virgen por el milagro.

Pero, luego, con el tiempo, se sentía humillada por tanta premura, por tanta recomendación.

Cuando don Menu paseaba arriba y abajo por la habitación, con las manos en la espalda y el ceño fruncido, normalmente doña Genna sentía una especie de pesadumbre como si su marido la tuviera encarcelada: entonces miraba por la ventana cerrada con los ojos llenos de lágrimas, con un gran deseo de salir a la calle y caminar y caminar sin tener que volver nunca más.

No. No se veía con fuerzas para vivir así, día tras día, día tras día, como una viejecita que espera la muerte.

—¡Y tú piensas que va a ser siempre así! —exclamaba tímidamente. —¡Crees que se puede curar de mi mal! Mejor morir de golpe antes que beber la vida gota a gota.

Pero don Menu se ponía a gritar, decía que, al final, el verdadero mártir era él que se gastaba el dinero sin miramientos y que comía mal y se sacrificaba en todas las maneras posibles mientras que ella llevaba una vida cómoda, tranquila en el sillón, atendida y alimentada como una princesa; repetía que él no hacía más que lo que era su obligación y que todas sus atenciones ni siquiera las apreciaba. Gritaba tan fuerte que doña Genna, asustada, le pedía perdón, le juraba que no habría salido de esa habitación más que muerta.

Se quedaba como abrumada, después del número que le montaba.

¿Qué quería de ella don Menu? ¿Esa era quizás la manera de seguir las órdenes del médico? A medida que pasaba el tiempo él empezaba a tratar a la mujer con una especie de rencor, casi como si la enfermedad hubiera ido ella a buscársela y ahora la tuviera que expiar como una culpa.

—¿Dónde vas? — gritaba si la veía levantarse. ¡Como si el remedio fuese ese: no moverse!

Y luego, unas sopas frías, insípidas, que Salvatura traía entre una tarea y otra, con aire de condescendencia, el mucho llamar para que la trajeran un vaso de agua, las tardes del domingo pasadas en soledad, el lecho deshecho hasta mediodía, todas estas negligencias se habían convertido en algo muy natural, tanto que doña Genna no tenía el valor de quejarse pensando en las duras palabras de su marido que “gastaba su dinero sin miramientos”.

¡A lo mejor no estaba equivocado don Menu!

Pero ella no se podía acostumbrar, ¡no!. Luego, cada vez que sentía el olor a pan caliente, tenía enormes ganas de volver, aunque fuera por poco tiempo, a su bonita cocina llena de luz, al comedor que había sido su palacio...

Don Menu había acabado de vestirse. Donna Genna seguía, ansiosa, cada uno de sus gestos. Siempre miraba de esta manera, con el alma suspendida por la esperanza de que se olvidara de cerrar con llave la puerta de la escalera.

Pasó Salvatura con el mandil de dibujos florales y la cara seca y dura, envuelta en la esclavina. Iba a escuchar el sermón, con el permiso del “Señorito”. Doña Genna suspiró con fuerza. Hasta Salvatura, una criada, tenía su hora de libertad y no tenía que darle cuentas a nadie; se ponía su esclavina y salía a la calle. Ella sola siempre se quedaba en su sitio, peor que una encarcelada, porque los prisioneros expían sus errores y, por lo menos, se pueden quejar. Hoy transcurre como ayer, mañana como hoy. Ahora doña Genna va a esperar a que llegue la noche, tras los cristales, con el rosario entrelazado entre los dedos, sin ni siquiera rezar. Dentro de nada pasa el “jorobado” con la escalera para encender la farola. En el cielo van a brillar las estrellas, una tras otra. En el silencio grande

se va a sentir a Gracia cantar la canción de cuna al pequeñín con su voz grave. Esta noche como ayer, mañana como hoy...

Don Menu se puso el sombrero y se palpó los bolsillos. Luego cogió el bastón. Se fue hacia la puerta y volvió para atrás. Se había olvidado de la llave; seguro que se había acordado. Estaba allí, que parecía de plata, tan blanqueada por el uso. Ahora la habría quitado de la cerradura, con su habitual gesto un poco brusco, haciendo que chirriara un poco; ese chirrido que hería sus oídos, que la hacía sufrir.

Doña Genna miraba y, esperándose el gesto insoportable, el chillido que no podía faltar, el corazón le latía tan fuerte que parecía que le iba a estallar. No... Había cogido la cajetilla de cerillas después de cortar el puro.

—Adiós — decía.

—Adiós — respondía doña Genna.

Se quedó inmóvil escuchando. Sintió que se cerraba la puerta, luego el postigo con un golpe seco. Miró hacia fuera. El marido se marchaba lentamente, con las manos en la espalda, haciendo que el bastón se columpiara un poco a cada paso.

¡Hacía tanto tiempo que doña Genna no estaba tan contenta...! Había que subir antes de que volviera la espía de Salvatura. Y empezó a subir, feliz de sentirse de nuevo dueña de su propia casa. A mitad de la escalera se estremeció. ¿Y si se fuera a morir de verdad, allí, en las escaleras, sola, como un perro?

Sin embargo, seguía teniendo miedo de algo. No sabía de qué. A medida que subía, todas las ganas que la habían entusiasmado parecía que se desvanecían. En la poca luz volvió a ver su comedor. La ventana estaba abierta al campo: los montes todavía luminosos en el sereno crepúsculo otoñal y una fila de cipreses ya más oscuros por la tristeza de la noche parecía que estaban muy cerca.

Doña Genna miraba a su alrededor, sorprendida: la alfombra turca llena de polvo, las sillas atiborradas de cosas inútiles y algunas garrafas vacías en un rincón daban una impresión de dejadez, de abandono, como si ese pobre comedor no estuviera habitado desde hacía mucho tiempo.

Entonces ¿dónde comía Menu? A lo mejor en la cocina. Así solo... ahora... Entró en la cocina. Su ojo de ama de casa, atenta y experta, observó que la limpieza estaba allí muy descuidada. Las cuernas estaban oscuras, llenas de polvo, la canela, las tachuelas de latón, ennegrecidas, sucias, el solado de ladrillo uno aquí y otro allá grasiento... ¡Que miseria, qué miseria! Es así cuando no está la dueña. Pero esa historia tenía que terminar. ¡No eran de nadie todas esas cosas! Cada día había que ir a echar una ojeada al segundo piso, despedir a Salvatura si era necesario... Vagó una vez más por la cocina. El aparador estaba abierto. Ella siempre lo había tenido cerrado, atrancado.... las llaves en el cinturón...

Es así cuando falta el ojo de la señora... ¡No eran de nadie todas esas cosas!

Pero ¿dónde comía Menu? No se veía nada preparado para la cena... Quién sabe como lo había descuidado esa bruja. Sí, era una bruja, Salvatura, con los ojos fríos y claros que parecían de cristal, los labios más sutiles que un hilo bramante, sellados.

Estaba muy descontenta doña Genna. Mejor no ver algunas cosas... Faltaba la habitación de la criada. Pero era inútil ir a ver también la madriguera de esa mujer que en la suciedad se sentía como una gallina en el estiércol. Sin embargo, por curiosidad, antes de bajar empujó la puerta de la habitación de Salvatura.

Se quedó parada en la puerta, como petrificada. Allí todo parecía limpio, ordenado, casi embellecido. Se encontraba el espejo grande que antes estaba en el comedor y que doña Genna ni siquiera se había dado cuenta que faltaba; en la cama la manta de lana amarilla que doña Genna sabía que estaba bien guardada en la *corriola*²¹ entre colillas de puro; en medio de la habitación, una pequeña mesa puesta con dos platos, dos vasos, dos cubiertos.

Doña Genna miraba y no se podía mover. En la mesa había dos graciosas cositas de masa, como las amasaba ella antes, cada vez que se hacía el pan. Representaban dos letras; y una, retorcida

21 *Carriola* o *carriuola* es un arcón donde se guarda la ropa. Normalmente se ponía debajo de la cama y tenía cuatro ruedas para que se pudiera mover con facilidad.

como una serpiente, parecía una “ese”.

Doña Genna estaba pálida como una muerta. Luego se sintió subir una llamarada de sangre desde el cuello hasta los ojos. Veía rojo; tuvo unas ganas enormes de tirarlo todo al suelo; de romper, devastar, aplastarlo todo con los pies. Y se retorció las manos bajo el chal, hasta hacerse daño, para no tocar nada. No, no. ¿De qué servía? ¿Habría roto alguna vez la cadena que unía a esos dos desgraciados?

Son cosas que cuando nacen no se pueden destruir, así, con una escena.

¿No había sucedido lo mismo a la pobre tía Lisa que había echado a la criada y había montado un espectáculo para luego saber que el marido mantenía a la antigua criada como a una señora, en una bonita casa?

Rehaciendo las escaleras, volvía a oír la voz del viejo Saitta que le aconsejaba evitar las emociones, el cansancio. ¡Oh, compadre Saitta, no se muere de pena! No se muere por una emoción incluso cuando se está enfermo del corazón. Si no suena la última hora, aunque ya no se pueda más, se camina, se camina siempre por la vía de la vida.

Pero ¿por qué iba a pensar en la muerte? ¿Morir para darle gusto a esos dos? ¡Qué estúpida...! Tenía que hacer algo, eso sí, ahora que sabía, ahora que cada ruido en las habitaciones de arriba habría tenido un significado distinto, el verdadero significado. Sentía mucho frío en los huesos y le faltaba el aliento. Se dejó caer en el sillón. Le parecía como si una mano de hierro le hubiera agarrado por el pecho.

¿Por qué se había puesto enferma de esa manera?

Fuera pasaba el “jorobado” silbando. En el cielo lucían las estrellas. Doña Genna mantenía las dos manos sobre el corazón. Pensaba sin medida en las cosas más distintas, como delirando. Tenía que echar a la criada, sin perder tiempo, en cuanto volviera. Pero un escalofrío le corría por la espalda al pensar en don Menu. Estaba demasiado enferma. No se sentía con fuerzas para afrontar la cólera del marido, justamente esa tarde.

—¡Señor, señor! ¿Es posible que una enfermedad pueda consumir de esta manera?

Le pasaban por delante la tía Lisa, el pobre tío José con su cara gordita y cordial; la miraban un momento y se marchaban. Quien la quería de verdad estaba entre los muertos. Salvatura aparecía en medio de la habitación, muy alta y huesuda, sus labios sutiles como el hilo bramante se increspaban un poco, en una sonrisa malvada. Estaba sola; sola entre gente enemiga.

Doña Genna se estremeció con el ruido del postigo, al abrirlo y luego cerrarlo con un golpe seco.

Se sintió desgraciada y más ruin que la esclava que, pensando en huir, oye el paso de su amo y vuelve para atrás.

—¿Cómo estás? — preguntaba don Menu, encendiendo la luz.

Doña Genna no respondió. No podía, no debía continuar por su camino como el viandante que retoma su carga.

Don Menu se quitaba los zapatos y metía los pies en las zapatillas de terciopelo bordadas, con un pequeño “¡oh! de placer.

Doña Genna le miraba con los ojos en blanco, sentía que se ahogaba pensando que tenía que decir algo, pero las palabras no salían de su boca, y se agarraba el corazón con sus dos manos, bajo el chal pesado.

Don Menu se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Se sentó cerca de su mujer y le dijo con bondad:

—¿Cómo te sientes? ¿Te has movido? ¿Has tenido frío? Así, sin fuego... Se ve que se le ha olvidado dejarte el fuego...

Doña Genna no respondía.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Se puede saber? —exclamó él, duramente, levantándose.

—Nada. No me he movido... —respondió su mujer con la voz rota.

Lo dejaba para más tarde, para mañana. No podía decir nada más porque se sentía mal. No podía responder con las palabras que le subían a la garganta porque diciendo: —¡yo lo se! —no tenía que seguir viviendo como ayer, como anteayer. Y se agarraba el

corazón con las dos manos, asustada, con miedo al sentir que latía cada vez con más violencia.

Don Menu, calmado, cogió la lámpara y empezó a subir por las escaleras lentamente.

Doña Genna seguía con los ojos en blanco el pequeño globo de luz rojiza que subía y se empequeñecía y luego desaparecía en el rellano. Se avergonzaba de sí misma que había respondido de una manera tan tonta, y después de tantas horas de incertidumbre y desesperación. Y lloraba. Mañana, había pensado que tenía que calmarse. Sentía de manera confusa que cada tarde habría dicho: mañana. Y sus días futuros le parecían oscuros, sin esperanza, iluminados sólo por la lívida luz de su dolor inconfesable. Sabía que seguiría viviendo así, sin meta, como dentro de una frágil barquita perdida en medio del mar.

Por eso lloraba. Y llorando, su sufrimiento se exasperaba, porque doña Genna pensaba que todas esas lágrimas eran inútiles...

VII
Campanilla²²
(Le briciole del destino)

El mediero Pepe, delante de la puerta, cortaba una caña muy lentamente para hacerse un flauta y apretaba los labios cada vez que empujaba la navaja que sujetaba bien con la mano lenta y maciza.

—¿Tiene ganas de tocar, señor Pepe? —preguntó Graciano que se le acercaba con un caminar desconyuntado.

—Siempre he tocado. ¿Que otra cosa podría hacer allí arriba, como una rama seca, mientras las cabras pastan? Toco y me olvido de mis penas.

—Señor, ¿me permite un par de palabras? —interrumpió Graciano mientras se paraba.

—Cuatro, hijo mío.

—Pero no aquí. Dentro, en su casa.

—Estás loco. En mi casa nunca ha puesto el pie nadie. ¿Se te olvida que tengo una hija?

—¡Señor Pepe! —dijo el joven echándose hacia atrás la gorra.

—Es justamente de Campanilla de quien tengo que hablarle.

Las manos del pastor temblaron levemente mientras comenzaba a limar la caña.

—Usted lo sabe, ya hace mucho tiempo que nos vemos. Ella es hermosa como una espiga madura y buena como el pan. Yo... Usted ya me conoce. No tengo vicios. Con la justicia nunca he tenido nada que ver. Ni soy uno que no tenga nada. Es verdad, es inútil. Usted me conoce como a un hijo.

22 La autora llama a la protagonista de este relato con un sobrenombre en siciliano, “Ciancianedda”, que significa campanilla.

El señor Pepe, muy duro, trabajaba la caña sin limarla porque estaba pensando. Luego dijo lentamente:

—A mi hija yo no la caso. Tú lo sabes.

—Lo se. Pero yo la quiero tanto y la entiendo como si pudiera hablar.

—Y yo te quería decir que la dejaras en paz, que no es una acción propia de un buen joven que ella pierda la cabeza. Hoy, tú me dices, no te preocupa su mal. Pero mañana, cuando la pasión se aplaque, entonces mañana sí que te preocupará y te resultará una carga. Es nuestra cruz. Hace ya cuatro años. Antes, parecía que se iba a morir..., luego,... No se si ha sido peor o mejor... Es una criatura que si uno no la respeta, se muere de pena, poco a poco, sin que nadie se de cuenta, como una flor que se seca en el tallo. Ahora, el respeto se lo tenemos su hermano y yo. Y antes se lo tenía su madre, que en paz descansa. Tú la puedes engañar de cualquier manera, a sus espaldas, y ella no te siente. La puedes insultar y ella no te oye...

El viejo parecía que estaba observando atentamente la flauta esbozada.

—Le juro por el alma de mi padre —respondió Graciano, — que preferiría que me cortaran las manos antes que tocarle un pelo.

Siguieron hablando. Y, finalmente, el señor Pepe empujó la puerta y cedió el paso a Graciano que se quedó en la puerta.

—Te la doy. Pero ¿quién se va a encargar de la casa de ahora en adelante?

Graciano miró las cuernas relucientes que se teñían de rojo en la pared ahumada; el suelo limpio, fregado recientemente; la chimenea barrida; y en la cómoda las tazas con el borde dorado dadas la vuelta, cuatro naranjas y las imágenes de los santos. El viejo quiso abrir también el arcón para enseñarle un rollo de tela blanqueada. Levantó un poquito la tapa y en seguida la dejó caer diciendo:

—Estas son cosas de mujeres. Tenía dieciséis años cuando se puso mala. ¿Te acuerdas? Y dieciséis y medio cuando se le murió su madre, que descansa en paz. Desde entonces, sola y tan joven, ha llevado la casa como un reloj. Ahora está hilando la lana, luego

preparará el telar. Incluso los *scappulari*²³ los cose ella. Para la casa es como una abeja. Y cómo cantaba antes, ¿te acuerdas? ¡Una auténtica campanilla parecía! Le ha quedado el apodo... Y, con todo, está siempre sonriendo, incluso cuando no querría... Vete ahora. Ha salido con su comadre Ursulina para la bendición. Aquí volverás a poner un pie el día del *inguaggio*²⁴.

Y el mediero Pepe volvió a salir de casa para hacer la flauta de caña nueva y se quedó fuera hasta que volvió Campanilla. En seguida entró también él, con el ceño fruncido y se sentó encima del arcón.

Luego llegó también Miguel, el varón, tan grande que tenía que agacharse para entrar por la puerta.

Entonces – mientras Campanilla arrodillada soplaba bajo el caldero que, al estar colgado, se balanceaba – el padre llamó a su hijo y le anunció sin mirarle:

—Hoy me ha dicho lo que tenía que decirme. Es inútil que le hables tú... La quiere de verdad —añadió señalando a la chica que, con el reflejo de la llama viva, parecía que tenía el pelo de cobre.

—Y ¿usted?

—Se quieren —dijo el viejo suspirando. — Tu hermana se está haciendo el ajuar y creo que en el fondo de su corazón piensa en casarse. Un día u otro puede hacer una locura, sin saberlo.

—Pero ¿¿se le olvida a ese desgraciado?!

—Se quieren de verdad, Miguel. Se entienden como si hablaran. El amor no se apaga como el fuego...

Después del *inguaggio*, el señor Pepe dejó que los novios se vieran todas las noches cuando Graciano volvía de San Martín.

Campanilla, en la puerta, hilaba grueso y fino como una loca, bajando los ojos tímidos y sonrientes cada vez que Graciano se inclinaba hacia ella con la cara animada por el placer y el deseo. Pasaban así horas y horas hasta que salía la luna.

23 El “scappularu” es parecido a la túnica que llevan los frailes capuchinos, pero sin mangas. Lo utilizan en el campo como abrigo.

24 Pedida oficial de mano.

Las vecinas se guiñaban el ojo y exclamaban con pesar:

—¡Qué pena! Parece un San Jorge... Como si no hubiera chicas...

Campanilla no se daba cuenta de nada; no veía las caras rencorosas; se olvidaba de su propia desgracia. Bajo la mirada de Graciano parecía que le había dado el sol de julio.

Pero, por la noche, cuando al silencio que la envolvía por completo se unía también la oscuridad, entonces sentía que le faltaba el aliento, pensando que nunca, nunca, habría podido dirigirse a Graciano con su voz. Ella recordaba los buenos tiempos, cuando se parecía a todas las demás. Conocía todo lo que se puede decir con la voz, todas las cosas que se pueden sentir en una sola palabra. Se acordaba de cuando iba a la *quota*²⁵ con su madre y corría a coger moras justo al seto que separaba Petranica de San Martín. Graciano venía a escardar en la ribera. En cuanto la veía, dejaba la azada y algunas veces decía:

—¡Eh, Campanilla! ¿Qué viene a hacer por aquí?

—¡Pues a coger moras!

—¡Ah! ¿sí? Entonces le ayudo yo a cogerlas —y se disponía a saltar el seto. Y ella huía chillando y se refugiaba en el pajar.

—¿Qué te pasa? —le preguntaban. —¿Por qué estás tan roja?

—¡Nada! He visto una culebra entre las espigas.

Y se reía. Y luego cantaba a voz en grito, y le parecía que el alma volaba con el canto, en el sol rojo, hacia el cielo sereno. ¡Qué tiempos aquellos!

Una vez Graciano había saltado el seto de verdad y, agarrándola del brazo, le había pegado los labios en las mejillas buscándole la boca. También entonces había huido, con las piernas que le temblaban, llevándose ese beso en la sangre como si el sol le hubiera quemado las venas. Y desde ese momento no había vuelto a coger

25 La “quota” se refiere generalmente a unas tierras heredadas y gestionadas directamente por un campesino o ganadero o una parte de una gran propiedad de un rico señor de la zona de la que se encarga un mediero. Este último caso es muy probablemente el del señor Pepe.

moras al seto, y al ver a Graciano, había bajado los ojos. También ahora, en la noche fría, sentía en las mejillas el ardor de esos labios que sabían a sol.

¿Qué había pasado luego? Se había puesto mala; eso era lo único cierto. Pero de la enfermedad no se acordaba para nada; de la convalecencia conservaba algún recuerdo impreciso y lejano. Se había sentido recuperar poco a poco, como quien se despierta de un sueño interrumpido por sueños espantosos que no sabía relatar. Se había encontrado envuelta en silencio. Un silencio de plomo que le pesaba tanto sobre el corazón y los oídos.

En la noche oscura tenía miedo de la boda cercana y se dormía llorando. Pero al llegar el día los pensamientos tristes se devanecían en la luz y se perdían entre los utensilios que iba tocando y que eran, desde hacía cuatro años, un poco como la comadre, un poco como el padre: cosas sin voz, pero cosas buenas.

Muy pronto llegó el tiempo de lavar el ajuar de quince prendas. Era agosto y se fue a extenderlo al campo. Luego lo planchó y lo esparció sobre las camas, sobre la cómoda, en las cestas alargadas, de manera que toda la casa olía a tela nueva y las conocidas dijeron, admiradas, que sólo el ajuar de una hija de *burgisi*²⁶ podía ser más rico que el de Campanilla. Graciano ya había comprado el oro, la esclavina y los vestidos – uno de color ceniza de lana buena y uno amarillo de seda brillante.

En la fiesta de la Virgen se casaron; y Campanilla, del brazo del padre, seguida por Miguel y por el novio y con todos los invitados, puso el pie en su casa nueva.

Mientras la comadre Ursulina se afanaba para que se sentaran los invitados y para pasar la bandeja con la *càlia*²⁷ y el vino viejo, Graciano enseñaba a la novia los bártulos y los utensilios. No faltaba nada, desde la cama de latón hasta la candil, tenía todo lo que podía

26 Con *burgisi* se refiere a los campesinos ricos.

27 La *càlia* un alimento típico consumido en toda Sicilia con ocasión de las fiestas patronales (como la de Santa Ágata en Catania o de Santa Rosalía en Palermo) u otros eventos de gran relevancia. Se prepara tostando garbanzos y salándolos.

necesitar. En la cómoda, delante de una fila de tazas de color rosa, había una cesta con uva moscatel, la primera del año. A la cabeza de la cama se reía un Niño Jesús con rizos y gordito.

Campanilla temblaba y sonreía mirando a su alrededor. Sus ojos eran tan hermosos como el mar alrededor de las islas Lipari cuando el cielo está sereno. Con las manos unidas parecía que estaba rezando. Ya estaba sola con su amor y con su gran felicidad.

Miguel y los invitados charlaban mientras comían la *càlia* con alegría; sólo el mediero Pepe, mirándose las botas, estaba callado como pensado en cosas difíciles y penosas.

La comadre Ursulina repartía puñados de *càlia* a los novios. Graciano llenó un vaso y se lo ofreció a Campanilla. Ella lo cogió, pero la mano le temblaba con tanta fuerza que todo el vino se le derramó sobre el vestido amarillo.

Miguel y los invitados se quedaron mudos. El mediero Pepe apretó con fuerza los labios mientras miraba a su hija. Campanilla, asustada, miraba fijamente la mancha roja como la sangre que se extendía sobre el vestido reluciente. Sintió el soplido del mal augurio que pasaba por la habitación entristeciendo la cara de todos...

La comadre Ursulina fue la primera que volvió en sí.

—¡Vino derramado indica abundancia! —exclamó. E intentó que la novia se levantara ya que se había arrodillado delante de la cama. Pero la novia lloraba sin consuelo. Estaba sola con su desgracia.

Campanilla esperaba a Graciano que había vuelto de San Martín. El ocio propio de la mujer recién casada la fatigaba suavemente. Se movía por la habitación tocando y acariciando los respaldos de la cama, la cómoda, las sillas de una en una; todo era suyo. Y Graciano, guapo, fuerte y sano, era suyo y la quería. Este pensamiento le encendió la sangre de sensualidad y de ardor.

Cada minuto le parecía eterno y hacia el Ave María no se atrevió a moverse ya que tenía miedo de la oscuridad como de un enemigo.

Cuando Graciano volvió tembló de placer casi como si lo hubiera vuelto a encontrar. Le ayudó a desencabestrar al burro y se cargó las alforjas ella sola, para que viera que era fuerte y útil. Le quitó los zapatos de piel de cabra, llenos de barro, le sirvió la sopa, le atendió

mirándole siempre con apasionada humildad. Lo miraba fijamente durante mucho tiempo, con ansia, con el miedo de no comprender en seguida, con esa mirada suya cargada de sensualidad y de dulzura como un racimo de uva madura.

Su felicidad estaba continuamente turbada por la inquietud. Lo habría dado todo por oír una sola palabra, aunque fuera una orden. Lo habría dado todo por conocer todos los placeres, todas las costumbres de su hombre amado. Y, no pudiendo preguntar nada, prometer nada, observaba siempre esa cara todavía nueva, consumiéndose para leer bien en ella.

No quería salir. Iba a buscar agua por la tarde o al alba para que la acompañaran, ya que tenía miedo de la gente extraña, de las caras desconocidas. Pero una tarde Graciano le hizo una señal de que, a partir de ahora, ya podía ir sola. Campanilla obedeció y atravesó la calle desierta siempre pegada a la pared. En la fuente se encontró con las vecinas habituales. Una vieja, que no faltaba nunca, dijo:

—¿Es la primera vez que viene sola? Usted era del barrio de San Antonio, me parece...

Campanilla, creyendo que la saludaban como habían hecho al verla con su marido, sonrió dulcemente.

La vieja la observó frunciendo la frente estrecha y dijo a una chica morena y escultural:

—Mira, Silvestra, la novia es la misma de la que nos habló Brassi. La hija del mediero Pepe. ¡Menuda adquisición!

Campanilla, al verlas hablar, miró a su alrededor con aire asustado. Observaba a la chica: la vio grande y provocadora y se sintió pequeña y desgraciada.

Silvestra la remiraba con curiosidad, contoneándose; luego empujó la jarra de la novia muda para poner la suya. Campanilla se puso pálida bajo la mirada de esos ojos socarrones y tan negros como si estuvieran hechos con la tinta del *orbace*²⁸.

28 El *orbace* es un tejido de lana, tradicionalmente hilado a mano, típico de Cerdeña. Normalmente se tiñe de negro, aunque también de rojo, y se usa en los trajes regionales.

La odió, así, de repente, con toda la fuerza del alma, sin saber por qué.

Desde esa primera vez fue a buscar agua por la mañana al alba, cuando todavía no había gente en la fuente.

Ahora Miguel y el padre habían cerrado la casa y estaban siempre en Petranica; uno trabajando la tierra, el otro cuidando de las cabras en la colina de Erva.

Cuando volvía, una vez al mes, el padre iba a ver a Campanilla. Se sentaba y le preguntaba con un gesto de la mano, escudriñándola:

—¿Qué haces? ¿Cómo estás?

Ella se explicaba, señalando a su alrededor. ¿No se veía que no le faltaba de nada?

Campanilla movía los hombros, riendo. No se preocupaba ella de la gente.

Pero el señor Pepe conocía a su hija. Y si la veía un poco afligida, esperaba al yerno para echarle un rapapolvo. Le decía:

—Ten cuidado. Si me entero de algo, aunque sea poco,... — y con el pulgar se apretaba el índice.

—¡Pero que está pensando usted! —decía Graciano alegremente. —Estamos hechos el uno para el otro.

Y después de la visita del suegro se sentaba un buen rato al lado de Campanilla y al día siguiente le traía alguna primicia de San Martín.

Alguna vez venía también la comadre a ver a Campanilla. Ajustándose el mandil, rígido y reluciente porque no lo había lavado nunca, también preguntaba: —¿Y la gente?

—No importa. Yo siempre estoy aquí —explicaba Campanilla señalando la puerta cerrada y el taburete colocado bajo la celosía.

La calle, hacia el crepúsculo, resonaba con el canto de Silvestra, que con la voz fina y enardecida, descargaba y desafiaba:

*Chista la dicu a tia sciuri 'i cannella,
la casa è bascia e la picciotta è bella*²⁹.

29 *Esta te lo digo a ti, flor de canela, / la casa es baja y la chica es guapa.*

A veces Graciano, mientras pasaba al volver de San Martín, le decía apartándose del burro:

—Eh, Silvestra. El pájaro enjaulado, o canta por amor o canta de rabia.

—Es más fácil que el pájaro cante por amor.

—Y el vuestro ¿cuál es, Silvestra?

—Quién es mi amor no se lo digo ni a usted ni a los demás.

Y con esos ojos asesinos con forma de almendra lo miraba de arriba a abajo.

*Quannu manca pi ttia, quannu pi mia,
passa lu tempu e nun n'amammu mai*³⁰.

Graciano volvía de mal humor y, mientras la mujer le daba de beber al burro, esperaba con las piernas alargadas para que le quitara los zapatos. Campanilla se ocupaba de él con humildad, atenta, con los nervios en tensión, por si necesitaba algo. Había aprendido a leer bien en esa bonita cara que desde hacía un tiempo veía irascible o molesta. Quería preguntarle qué tenía contra ella, si le guardaba rencor por alguna falta que había cometido sin saberlo. Pero era difícil hacer con gestos esa pregunta demasiado larga. Se atormentó intentando encontrar la manera de que la entendiera. Una noche le pareció que la había encontrado. Se puso de rodillas delante de él, con las manos juntas. Él levantó los hombros. Luego la rechazó sin mirarla y se fue a la puerta.

Campanilla, arrodillada e inmóvil, siguió mirando la figura de Graciano, negra contra la luz blanca de la luna.

Estaba apoyado en una jamba. Respiraba el buen aire de marzo, ávidamente, como un hombre que ha salido de la cárcel. Campanilla temblaba, con la sangre encendida de dolor y de pasión. ¿Qué tenía en contra de ella?

Se levantó y se le acercó de puntillas; le tocó un brazo tímidamente. Graciano no se dio la vuelta. Estaba escuchando.

30 *Cuando no es por ti, es por mí, / el tiempo pasa y no nos amamos nunca.*

Campanilla lloró con fuerza. Una voz estridente y fina cantaba:

*Li to ' canzuni tutti 'arrubai,
l'amuri to ' d'in tuttu l'ammagai,
tu ti nni mori di malancunia*³¹.

A lo mejor Graciano se había aburrido de verla llorar. Se miró largamente en el pequeño espejo guardado entre los peines, y se vio los ojos amoratados y las mejillas sin color. Le había gustado porque incluso sin una palabra tenía el aspecto sereno y le recordaba a la Campanilla de un tiempo, la Campanilla que cantaba a voz en grito como un pájaro en primavera.

Y todo el día no hizo otra cosa que esperarle y mostrarse distinta. Pero él vino después del Ave María, cuando ya todos los campesinos habían vuelto ya desde hace un buen rato de su *quota*. Tenía la cara oscura. Nada más terminar de comer, encendió la pipa y se sentó a la puerta.

Campanilla lo miraba. Lo veía encantado, escuchando. Y su cara parecía iluminada.

¿Qué voz se levantaba por la noche? ¿Qué voz le gustaba con tanta fuerza?

Sintió todavía más mordaz el dolor de ese silencio de muerte que le envolvía los oídos. Ningún bien era más grande en la tierra que el que había perdido a los dieciséis años. Ni la belleza, ni el dinero, nada encadena más a dos criaturas que la potencia de la palabra. La palabra que puede ser más dulce que los besos...

La comadre Ursulina, el día siguiente, se la encontró con los ojos rojos y repitió las mismas preguntas. Pero la ahijada sonrió. Ella era feliz. Graciano la tenía en la palma de la mano, como una joya de oro fino. ¿Por qué había llorado? Rarezas, fantasías...

La comadre negaba con la cabeza. Luego dijo: —Escucha. —Se tocó los ojos con el índice y el medio alargados y señaló fuera.

¿Fijarse?

31 *Todas las canciones te las he robado, / tu amor del todo lo tengo hechizado, / tu te mueres de melancolia.*

Campanilla, al quedarse sola, pensó y volvió a pensar con angustia. ¿Fijarse? Abrió la puerta y se sentó a hilar fuera. Era la primera vez. No se había atrevido nunca a unirse a la gente extraña en el barrio extraño...

Todos los vecinos estaban fuera, al solecito de marzo. Campanilla volvió a ver a la chica de ojos negros que parecía que estaban hechos con la tinta del *orbace*.

Una mujer que zurzía exclamó:

—Ha salido la novia.

—Ya no es tan altanera —añadió otra.

La vieja farfulló:

—Pero tiene cara de buena, pobrecilla.

Campanilla, al verlas hablar, sufría como si ciento alfileres la pincharan en la carne. Pero no pensaba en entrar.

Sin embargo, cuando Silvestra le pasó justamente por delante, contoneándose y mirándola, Campanilla se levantó y entró dando un portazo como si le hubieran dado una bofetada.

Mantuvo la puerta entornada y se volvió a poner en su sitio, bajo la celosía. Pero no hilaba. Escondida, miraba hacia fuera para verla pasar: y mirándola fijamente, con los ojos cargados de maldiciones, gemía como cuando se olvidaba de su mala suerte y creía que podía hablar. Intentaba rezar, pero lo dejaba enseguida ya que también la voluntad de rezar estaba intoxicada. El silencio, su socarrón enemigo, se llenaba de pensamientos malignos y espantosos.

Quiso confiarse con su padre. Pero, luego, cuando lo vió, tan decidido en cada gesto, se arrepintió de su propósito y tembló por Graciano. No. ¡No se puede poner la guerra entre dos hombres!

Y sonrió para que su padre entendiera que estaba contenta y que no le faltaba de nada.

Graciano volvía después de la una de la noche, cuando la sopa estaba fría en la lumbre medio apagada. Ella lo esperaba acurrucada en un rincón, en la oscuridad. Las palabras que no podía pronunciar le hacían un nudo en la garganta que le ardía.

¿Por qué vuelves con las alforjas medio vacías? ¿En San Martín no se hacen las primeras habas todo vaina y pelusa, en el

mes de abril? ¿El año pasado no me habías traído una cesta para el *inguaggio*?

Las palabras la sofocaban; y se quejaba con fuerza como un pequeño perro apaleado.

Una noche lo esperó fuera, escondida. Vino antes del Ave María y se paró delante de la otra casa. Descargó las alforjas ayudado por otra. Luego cerraron la puerta.

Campanilla entró en casa. Temblaba como si tuviera la terciana. A lo mejor era así desde que se casaron; quizás hasta antes...

Lo esperó en cuclillas en el escalón, con la barbilla en las rodillas. Ya no pensaba. Le parecía que la habían arrojado sobre el escalón, muchos años antes, como una cosa muerta.

Cuando él vino, levantó la cara deshecha, movió los labios y luego extendió las manos.

Quería rechazarle. Quería pararle. Había en los ojos dilatados una potente voluntad de hablar. Se le enroscó a las rodillas. Graciano tenía la cara roja y las venas hinchadas como si hubiera bebido; la rechazó, la volvió a echar en un rincón, y la pegó.

Nunca le había pegado su padre. Nunca.

Quiso huir. Pero se quedó en la puerta. La casa estaba cerrada. Los hombres estaban en Petranica.

Quedaba la comadre Ursulina que le habría extendido los brazos, que la habría calmado...

Hizo una señal desesperada hacia la calle oscura y desierta.

Graciano se rió, con una fea mueca en la cara encendida, indicando la puerta. ¿Quería irse? ¡Ahí está la puerta!

Irse... Ahora él la humillaba. Pero su casa estaba cerrada. Los hombres estaban en Petranica. Quedaba la comadre Ursulina. ¿Y después? ¿Cuando su padre, cuando Miguel supieran que a Campanilla la habían maltratado?

No. No se pone odio y rencor entre los hombres.

Graciano se había tirado sobre el *tramareddo*³², y había cerrado

32 El *tramareddo* o *tramarièddu* es una manta pesada de lana tejida en casa.

los ojos. Agotada se dejó caer sobre el arcón.

Al alba sin color se puso en pie. Quizás se había adormilado un poco. Temblaba de frío, tenía la cabeza pesada, la boca amarga.

Graciano dormía profundamente, respirando fuerte. La camisa abierta dejaba desnudo el pecho y el cuello que parecían de bronce vivo.

Campanilla le miró.

Una sola cosa había que hacer. Se lo dijo el alba sin color, se lo sugirió el silencio socarrón que tejía su tela negra.

Un pensamiento obstinado hacía que le dolieran las sienes como el ruido de un berbiquí que gira y gira sin tregua. Sus ojos tenían una luz fría de metal como cuando sopla el lebeche y el cielo se ennegrece sobre las islas Lipari.

A la comadre que le hizo las preguntas de siempre le respondió levantando los hombros. Estaba contenta. ¿No lo veía? Esperaba a que llegara Semana Santa. Semana Santa que trae la paz a todos, a los buenos y a los malos, a los amigos y a los enemigos. Y contaba con los dedos alegremente: hoy, mañana y luego ya llegaba el Domingo de Ramos.

La noche del sábado era fría. Un viento seco, helado, había emblanquecido la calle como si estuviera hecha de huesos de muerto. Todas las puertas estaban cerradas. Lejos, en el mar, se adensaban nubes oscuras con flecos rojos. Alguna ventana golpeteó y una mujer que pasaba dijo apretándose en la esclavina:

—El cielo está cerrado, habrá tormenta.

Una vieja, que llevaba un haz de leña menuda, se quejó:

—¡Tendremos una mala Semana Santa este año, para exculpar nuestros pecados!

Campanilla miró al cielo desde la celosía y se estremeció. Tenía fiebre.

Era temprano pero ya parecía de noche. Graciano habría vuelto muy tarde porque tenía que pasar por Petranica para que le dieran un cordero.

Campanilla sacó un *scappularu* viejo del baúl donde guardaba el vestido de novia con la mancha grande que parecía sangre.

Miró a la lumbre apagada y volvió a mirar al cielo que se oscurecía.

Silvestra tarareaba una canción. La niebla que bajaba rápidamente sobre el pueblo no dejaba que se distinguiera una casa de la otra.

Graciano tardaba. Tenía que pasar por la *quota* del mediero Pepe que le quería dar un cordero para la muda.

Sintió llamar a la puerta, suavemente. No esperaba a nadie a esa hora y Graciano no podía haber vuelto. Entornó la puerta, con cautela, y distinguió a un hombre, de baja estatura, con la *buffa*³³ sobre los ojos; estaba pegado a la pared, como un pobre o como uno que no se tiene en pie, y se sujetaba los bordes del *scappularu* demasiado ancho unidos sobre el pecho.

—¿Qué quiere? —le preguntó duramente. No obtuvo respuesta. Entonces, abrió un poco más.

—Pero bueno, ¿a quién está buscando? ¿Qué quiere? —repitió.

Bajo el *scappularu* la mano se movió; luego volvió a apretar los bordes sobre el pecho.

Dos ojos extraños, relucientes, llenos de terror, miraban fijamente a Silvestra. Silvestra cerró la puerta con prisa, desconcertada. Escuchó con atención. ¿Todavía no se había ido? Luego se puso a tararear una canción para quitarse la mala impresión.

Campanilla dio pocos pasos. Se tambaleaba: se desplomó al suelo tras la esquina oscura y desierta. Dejó que la pistola resbalara sobre sus rodillas, lentamente. No pensaba en otra cosa que Graciano tenía que volver, que alguien la pudiera ver.

¿Es que no había un lugar para ella? Ella estaba más sola que un mendigo que duerme bajo las estrellas, más perdida que el niño que no encuentra su puerta.

Tenía horror de sí misma, de su vida; y pedía a Dios que la perdonase por el acto que no se había atrevido a llevar a cabo.

Un viejo que pasaba se acercó con piedad; creía que había visto a un chico acurrucado en el suelo – a lo mejor se había desmayado –

33 La *buffa* es una capucha que llevan en algunas cofradías, cubre toda la cara y deja al descubierto sólo los ojos. Probablemente aquí se refiere a la capucha del *scappularu*.

en un *scappularu* demasiado grande. Le preguntó qué le pasaba, le cogió de un brazo para ayudarlo a levantarse; el *scappularu* resbaló sobre un corpiño con dibujos florales mientras una suave trenza de color castaño se deshacía como una madeja de seda.

El viejo dio un paso hacia atrás, pero se volvió a inclinar en seguida. Había visto la pistola. La cogió con cautela. Estaba cargada.

—Pero ¿qué querías hacer, desgraciada...? —repitió escondiendo el arma bajo el *robone*³⁴ y mirando a su alrededor alarmado.

Campanilla lo miraba fijamente con los ojos dulces, ardientes y llenos de angustia. Luego se dejó llevar por la estrecha calle todavía desierta, hacia la casa de su marido, toda cubierta de niebla.

34 El *robone* es una especie de chaquetón o abrigo.

VIII
Demetrio Càrmine
(*Le briciole del destino*)

Catalina estaba haciendo la pasta cuando un timbrazo resonó en toda la casa. A esa hora – casi las once de la mañana – no se esperaba a nadie: la viejecita que les hacía la compra no tenía que volver, hacía tiempo que no se esperaba a ningún cliente... A pesar de todo, Catalina, tiró el mandil sobre la mesa y fue a abrir la puerta sin prisa.

Era una forastera – las forasteras se reconocen en seguida – bajita, delgadita, con un gran sombrero con plumas que llenaba el descansillo y una bolsa amarilla como una calabaza colgada del brazo.

—¿El doctor Càrmine?

—Para servila, ¡sí señora! Pase usted. ¿Dolor de muelas? ¡Pobrecita! Le llamo en seguida. Pase usted.

Y Catalina, ruborizándose por el placer, se puso a un lado, abrió la puerta de la “consulta” y las ventanas de par en par. Fue corriendo a llamar a su hermano que ya lo había oído todo y se había puesto la bata.

—Es una señorita. Completamente sola. Forastera, seguro. No la haga esperar.

Estaba tan radiante, pobre Catalina. Acababa de empezar a extender la masa cuando oyó la voz de su hermano.

—¡Catalina! ¡Catalina!

Fue corriendo, con el mandil desde la cocina, mientras se secaba las manos embadurnadas. En la “consulta” la señorita, más abandonada que sentada en el sillón bajo, jadeaba; Demetrio, a distancia, la miraba con aire atontado, y continuaba a llamarla:

—¡Catalina...!

—¿Le has quitado un diente sano? —preguntó consternada Catalina con un gesto rápido.

—Ni siquiera he visto de qué se trata... —le explicó su hermano acercando los hombros a las orejas.

Catalina, un poco más calmada, se acercó a la paciente, le quitó el sombrero que tenía que molestarle tan grande como era.

—No se alarme... Es cosa de poco. ¡Demetrio tiene la mano tan ligera! ¿Quiere antes tomar algo? ¿Un poco de café, por ejemplo...? ¿Un dedito de moscatel...? — le preguntaba mirándola con una cierta inquietud desde los tirabuzones falsos — ella creía que eran naturales — hasta la punta de los zapatos.

—No, gracias... —murmuró finalmente la señorita recuperándose. —Había venido a buscar a un destista. No sabía... Me he equivocado de puerta... —explicó, echando una ojeada de reproche a Demetrio que se puso rojo como la cresta de un gallo. —Perdóneme, señora... —añadió con un profundo suspiro levantándose.

—Pero ¿por qué? ¡Pero si mi hermano es dentista! ¡Es el único médico que tiene una “consulta” en el pueblo...! —y la pobre Catalina miraba a su alrededor para ver si la caja del instrumental estaba a la vista, en la mesa de cristal, si la silla — esa silla tan bonita que todos habían venido para ver cómo bajaba y subía — no dejaba claro que se trataba de la “consulta” de un dentista. Y pensaba que tenían que tener de verdad mala suerte si un cliente, que venía después de tanto tiempo, se escapaba de aquella manera. —Es dentista. Cirujano dentista ¿No se fía? ¡Pero si tiene diploma! Mire. Está ahí arriba.

Finalmente la señorita se decidió. Demetrio se acercó para examinar la dentadura, mientras que Catalina, un poco apartada, seguía todos sus movimientos con los ojos, llena de aprensión. Tenía poca práctica, ¡pobrecito! Y esa mañana parecía medio enfurruñado.

Pero Demetrio, después de golpear suavemente en los dientes, uno a uno, con uno de sus instrumentos, levantó la cabeza — estaba todavía rojo — y dijo que la señorita tenía los dientes sanísimos.

—¡Pero si me duelen! —murmuró la paciente.

—Están sanos —repitió Demetrio. —A lo mejor... veamos... se trata de una neuralgia...

Mientras escribía la receta, la señorita empezó a buscar el monedero y lo sacó de la bolsa amarilla. Demetrio se confundió de nuevo, agitó las manos.

—Pero, ¡faltaría más! ¡La próxima vez...! ¡La próxima vez...!

La señorita le dio las gracias, se puso el sombrero con los ojos bajos; apretó con fuerza la mano de Catalina, hizo un pequeño gesto de saludo al doctor.

Cuando salió, Catalina respiró.

—Menos mal que ha ido todo bien... ¿Pero estaban sanos de verdad? —preguntó tímidamente.

—Sanísimos —respondió Demetrio.

—¿Por qué no has querido que pagara la consulta?

—Es una profesora de instituto—explicó Demetrio. —Hablará bien de mí a sus compañeras.

—Entonces has hecho bien —aprobó Catalina, volviendo a la cocina, mientras su hermano la seguía.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—¿Qué?

—Que es profesora.

—La he visto... Me lo han dicho... —respondió Demetrio un poco azorado.

—¿Y crees que es una persona honrada?

—¡Por lo menos eso, sí!

—Y, además,... se veía... —dijo Catalina trabajando la masa que se había resecado. —Con tanta vergüenza... Ni siquiera parecía forastera...

—Ya que te parece una persona honrada—añadió tras un largo silencio —¿qué me dirías si le hiciese una visita?

Demetrio aprobó. Era un buen medio también ese de que le conocieran...

—Entonces iré —concluyó Catalina que, por amor a su hermano, se habría encaramado a la cumbre del campanario de la iglesia mayor.

Los tallarines estaban casi listos y Demetrio, como hacía a menudo, ayudó a poner la mesa. Catalina, cuando veía a Demetrio dar vueltas alrededor de la mesa, colocando los vasos y los cubiertos, como cuando era un crío, sentía siempre una gran ternura.

Hermano y hermana llevaban una vida perfectamente solitaria. No tenían personal de servicio en casa. Una viejecita hacía la compra y recogía la cocina. Nada más. Catalina se encargaba de todas las tareas de la casa y los días volaban. Atendía a su hermano con la alegría de una madre que cuida de su niño. Le calentaba la ropa interior cuando tenía que cambiarse; le tenía lista la toalla mientras se lavaba la cara; en la mesa le pelaba la fruta y le cortaba el pan; se devanaba los sesos todas las mañanas para prepararle para comer algún guiso de su gusto, y en la época de habas y guisantes no le faltaba nunca un plato de pasta con la *frittedda*³⁵ como le gustaba a él. Si por un día se tenía que quedar en la cama, indispueta, se afligía no por ella, sino por Demetrio que se quedaba sin sus cuidados. Tenían muy pocas necesidades y ahorraban todo lo que podían.

— ¡Vamos a disfrutar de la vida! —solía decir Demetrio cuando cerraba las cuentas del año.

Pero no eran buenos ni para gastarse el dinero ni para darse un capricho; y Catalina no conocía otra cosa que su pueblo.

En la época de la cosecha y de la vendimia Demetrio se montaba en la yegua y se iba a Petralunga. Y esa distracción le bastaba para todo el año.

Demetrio Càrmine era una buenísima persona. Tenía pocas amistades; no jugaba; no fumaba. Y, con todo, en el pueblo no lo aguantaban porque había cortejado a todas las chicas y no se había enamorado nunca en serio. Para comenzar con el barrio de Santa Venera – donde la hija de don Mommo Sparagio se había puesto enferma de melancolía por él – hasta el callejón del Per – donde le habían visto pasear bajo las ventanas del padre don Calcedonio, que

35 La *frittedda* es un plato típico siciliano que se sirve como guarnición o entremés y está hecho con alcachofas, habas y guisantes.

tenía una sobrina tan guapa como un rayo de sol – las había mirado a todas. Las había mirado, sólo eso, que nunca se le había dado bien decir o escribir unas palabras para declararse.

Tenía casi cuarenta años y todavía se engominaba el pelo y el bigote – un par de bigotes largos, ralos y tiesos que parecían los de un gato. Cada día, él solo, con su sombrero de trapo, el bastoncito en el bolsillo y siempre distraído, caminaba durante un rato arriba y abajo por la calle mayor, haciendo de “don Juan”, como mascullaba don Mommo Sparagio.

Había terminado con no querer ni mirarlas a la cara a las lugareñas que se tomaban las cosas tan a pecho y a las que les hubiera gustado verlo abatido por los remordimientos. Hacia las cuatro se plantaba detrás del pilar del portal del instituto para ver salir a las chicas y a las profesoras; las guapas profesoras jóvenes y sonrientes que saltaban sobre los cantos de las calles con sus zapatos siempre de tacón. Le gustaban todas; hasta las más ancianas. Alguna vez elegía una y la cortejaba sólo a ella durante todo el año académico. A las cuatro estaba allí, como un centinela; balanceaba un pie, hacía girar el bastón, se retorció el bigote, hasta que veía salir a su preferida. Entonces caminaba detrás de ella, muy despacito, como quando era niño, en Petralunga, y se divertía caminando a gatas detrás de un gorrión, con la certeza de que no podría cogerlo.

Se regocizaba si una se daba la vuelta, el corazón le daba un vuelco si otra le sonreía... Luego volvía a casa satisfecho, bendiciendo a las mujeres del continente que no se ponían anémicas si uno se divertía cortejándolas un poco.

¡No había peligro de que él perdiera la cabeza! ¡Estaba bien surtido de buen sentido contra el amor y los sentimentalismos! Y, sobre todo, ¡era muy discreto!

Catalina no sabía nada. Ella no salía más que para ir a misa de cinco y tenía pocas amigas. Una vez le dijeron:

—Don Demetrio Càrmine tendría que ser más serio.

—¡¿Él?!! —exclamó Catalina riendo de corazón. —Pero si lleva una vida monacal... Se levanta con el sol y se va a acostar con las gallinas.

Era verdad. Pero se había ganado una mala reputación.

Sin embargo, a esa edad, no tenía la cadena de una relación y en la conciencia no le podía pesar el remordimiento de haber halagado a una chica decente... Su debilidad era inocente. Tenía que mirar a las mujeres... Sólo cuando podía y cuando sabía que no hacía daño a nadie, como le sucedía con Filomena, la vendedora de huevos, o con la mujer del capataz de Petralunga, no se limitaba a mirarlas solamente.

En verano las profesoras se iban. Las veía irse de una en una, de dos en dos. Lo conocían; se despedía de las más pícaras, sonreía a su preferida, allí, junto a la diligencia.

Luego esperaba a que llegasen las nuevas; raramente volvían las mismas. Cuando, en octubre, la diligencia traía una bata clara, un velo ondulante, una carita que curioseaba tras la ventanilla, Demetrio se decía: —¡Llegan las profesoras! —casi con la misma alegría que sentía en marzo cuando veía pasar a las primeras golondrinas.

Eran todas inquietas, coquetas, despreocupadas. Una sola, un año, pequeñina, delgadita, todo plumas y tacones, le pareció demasiado seria. Se la comía con los ojos, manteniéndose a distancia, prudentemente. Ella pasaba dando saltos, con los ojos bajos. Alguna vez se daba más prisa, mientras le miraba con malos ojos – tenía los ojos celestes y la nariz respingona – para mostrarle que le estaba molestando. A Demetrio le encantaba.

Pero cuando una mañana se la encontró en casa, descompuesta – seguro que por la emoción y la sorpresa –, Demetrio sintió que se le abría la tierra bajo los pies.

Le hacían pasar por un corazón de piedra, por un mujeriego, pero con las mujeres, de tú a tú, estaba incómodo. Había llamado a su hermana. Pero le tocaba a él... Y tener que acercarse a la forastera, sujetarle entre las manos la barbilla y la frente, justo debajo del pelo negro, ondulado, perfumado, había sido un lento e insoportable suplicio. Le habría sacado todos los dientes a uno de esos pueblerinos que venían para las ferias y le ensuciaban la alfombra de Esmirna, antes que acercar su instrumental a esa boca tan fresca. Y se había sentido aliviado cuando, al observar los dientes blancos, brillantes

e intactos, había podido decir que todo su instrumental, en el caso de la señorita, era perfectamente inútil.

Sin embargo, Catalina, mientras servía los tallarines, seguía con dudas de que Demetrio se hubiera equivocado. Y repitió:

—¿Pero estaban de verdad sanos?

Comieron en silencio. Catalina, mientras quitaba la mesa, exclamó de repente:

—Pero ¡es tan graciosa!

—¿Quién?

—La señorita.

—¡No está mal! —respondió Demetrio con el aire más indiferente que podía, dirigiéndose al patio con las migas para las gallinas.

Sin embargo, él la sentía toda entera delante de él, muy viva.

Algún día después, Catalina, un poco a su pesar, se decidió a vestirse para la “visita”.

Ella no salía nunca; en su vida no había visitado más que a los parientes. Se decidía por amor a su hermano que se quejaba siempre porque no tenía clientes. Esa bendita “consulta” como se estila en Palermo, la única en el pueblo, le había costado un ojo de la cara y ¡no venía ni un perro! Demetrio decía que él no quería ganar tesoros; pero, por lo menos, quería recuperar el dinero – todavía lo lloraba – que se había gastado diez años antes. Pero ¡qué dinero! Si venía alguien con dolor de muelas, no dejaba que le pagaran y ¡perdía incluso con el fenol!

La forastera estaba alojada en casa de las hermanas Papanìa, las modistas. Vivía en una habitación que daba al huerto. Catalina se sentía incómoda; se arrepentía de haber ido.

—Usted, cuando quiera, venga a vernos, nos honra con su visita... venga a vernos... —repetía, no sabiendo qué decir.

—No. Gracias —respondió finalmente la forastera con un suspiro. —Yo no puedo... Si estuviese sólo usted —explicó. —Pero usted se olvida que tiene un hermano en casa...

—¿Tiene miedo de Demetrio? ¡No se la va a comer! Y, además, ¡no es necesario que lo vea!

—Yo... no lo veré... Pero, y ¿la gente?...¿Qué dirá la gente...?

—Sí, la gente quiere hablar mal... Pero de nosotros del pueblo... De ellos...

—¡Ah! ¡Ah! ¡De ellos! ¡Nosotros somos de otra pasta, nosotros!
—exclamó la profesora levantando un poco la voz. —¿¡Es que acaso nosotros no tenemos decoro?!

—¡Pues claro que sí! ¡Por Dios, por Dios! ¡No he querido decir eso! Usted no ha entendido, pobre de mí... —farfulló Catalina.

Casi lloró intentando explicarle lo que pensaba a la forastera que estaba callada y resentida. Luego, queriendo cambiar de discurso, recurrió a su tema favorito. Habló de Demetrio que era un pobre chico desafortunado, bueno como el pan, pero sin suerte, que se había gastado miles de liras para convertirse en un dentista como se estila en Palermo, y que todavía no tenía clientela.

—¿Tienen todos los dientes sanos aquí?—preguntó irónicamente la forastera.

—No, señora. Van al barbero. A los señores se los quita el médico. Y se hace de rogar, ¿sabe usted? Ha sido un desliz querer hacer algo nuevo. Menos mal que nosotros no vivimos de su profesión...

—Sí, lo se, me lo han dicho, que ustedes...

— Bueno, nos las arreglamos. Tenemos aceite, pan, vino,.. Cuando uno tiene todas estas cosas, lo tiene todo.

—Pero ¿por qué, —exclamó la forastera que parecía muy interesada —por qué su hermano no abre su consulta en Palermo o en Messina? Vamos, en una ciudad.

—¡Madre mía! ¿Pero que está diciendo? Nosotros hemos nacido aquí, tenemos aquí a nuestros parientes, a nuestros pobres muertos, la casa, las costumbres... Con una galopada se llega a Petralunga, que es un paraíso... Nosotros nos moriríamos de pena si salieramos de nuestro caparazón...

La forastera habló de otra cosa. Hizo que Catalina se entusiasmara al enseñarle una máquina de coser, bordados empezados, calceta, un vestido hilvanado. Lo hacía todo ella sola en los ratos perdidos, los días de vacaciones. Su vida era esa: trabajo en casa, trabajo en la escuela.

Catalina la miraba como embelesada.

—Tengo esta costumbre—continuaba la forastera. —Somos seis hermanas. Nos llamaban las “novicias”. A mí me encanta la vida de familia. Tantas veces me entran ganas de llorar, así sola... en esta habitación... Tener que dar vueltas por aquí y por allá, siempre extraña a todos... siempre mal juzgada... Tener que tener encerrados en el corazón los sentimientos más bellos... ¡Y luego...! ¡Pero mejor hablemos de otra cosa!

—Oiga! —exclamó Catalina levantándose y cogiéndole las manos. —Venga a casa. La gente no la verá. Entre por la puerta del patio. Está tan sola, ¡pobre criatura! ¡Seremos amigas!

Se conmovieron, se abrazaron. La incomodidad de Catalina había desaparecido.

—¿Cuál es su nombre?

—Catalina. ¿Y usted?

—Claretta.

¡Claretta! Se habrían llamado por el nombre. Era tan largo decir “señorita”.

Catalina bajó las escaleras con los ojos ofuscados, por la calle se tropezó dos veces. Cuando abrió la puerta de casa tenía la cara roja, los ojos brillantes; el chal se le había resbalado sobre los hombros.

Demetrio llevaba esperando un rato.

—¡Oh, Demetrio! ¡Si también tú la pudieras conocer! No parece una forastera. Tiene las mismas costumbres que nosotros. Ella misma hace punto, borda, ¡se cose hasta los vestidos! Y yo que soy sólo una ignorante, pero que nunca encuentro tiempo... No te puedes hacer una idea, Demetrio...

Y, allí mismo, sin ni siquiera quitarse el chal, le contó precipitadamente todo lo que había visto, le refirió toda la conversación palabra a palabra, le dijo que la forastera se llamaba Claretta y que tenía cinco hermanas en Pisa y que había estado tres años enseñando en Piazza Armerina, y que sentía un gran amor por la casa... hasta que Demetrio la interrumpió recordándole que era la hora de la cena.

Claretta se convenció para ir a casa Càrmine, con el pacto de que no la viera el “señor doctor”. Y esto fue un suplicio para Catalina

que sufría sabiendo que Demetrio estaba solo en la otra habitación. Luego vino un día, por la puerta del patio, más tarde dejó que Demetrio se uniera a la conversación. Se sentaban los tres juntos y hablaban en sintonía. A menudo, en lo mejor de la conversación, Claretta se interrumpía, ruborizándose, si por casualidad su mirada se encontraba con la de Demetrio.

Entonces, Demetrio se retorció el bigote, un poco turbado y un poco satisfecho.

—¡Parece una niña en algunos momentos! —repetía Catalina tras acompañar a la amiga.

—Sí —decía su hermano.

Se habían acostumbrado a verla todos los días. Si a las cuatro y cuarto no llegaba, Catalina se ponía el chal y corría a casa de las Papania para ir a buscar. Más tarde, antes de que se encendieran las farolas, los dos hermanos la acompañaban a casa, pegados los tres a la pared y hablando en voz baja para que no les reconocieran los vecinos que podían hablar mal.

Claretta parecía que se había convertido en una pariente.

Un domingo se cerraron en la cocina para hacer un flan toscano; Claretta dosificó, machacó, fingió ayudar a Catalina ocupada en trabajar una masa dura como una piedra, mientras que Demetrio la atendía y reía como un chiquillo dándole vueltas alrededor. Malgastaron una bolsa de sémola de trigo duro Maiorca, diez huevos, un tarro de azúcar, la cocina se puso patas arriba; y, finalmente, Catalina sacó del horno un emplasto quemado y duro que sabía amargo. Sin embargo, tanto el hermano como la hermana se deshicieron en elogios.

Todo lo que hacía Claretta estaba siempre bien hecho.

Claretta siempre tenía nuevos consejos que dar, modificaciones que proponer. Peinó a la moda a Catalina quien, al mirarse al espejo, le faltó poco para ponerse a llorar de vergüenza. Propuso que se renovaran las cortinas del comedor. Hizo que llevaran al desván un portafolios de terciopelo bordado que tanto le gustaba a Demetrio desde hacía años. Quiso cambiar la disposición de los muebles en el salón.

Nunca se le podía decir que no.

En pocos meses tanto el hermano como la hermana habían alterado sus costumbres, sin darse cuenta. No sabían ya resolver nada y en todo momento decían:

—Esperemos a Claretta. Veamos qué dice Claretta.

También Demetrio, cuando Claretta no estaba presente, la llamaba por su nombre.

Él ya no iba a ver a las profesoras a la salida. No tenía ojos más que para ella sola, que pasaba las tardes en su casa y vagaba por las habitaciones, en el patio, en la terraza, del brazo de Catalina.

Al despedirse, las dos amigas se besaban como se hacía en el pueblo. Entonces, Demetrio miraba fijamente a Claretta con unos ojos que parecía que se le iban a salir, dominado por unas ganas locas de abrazarla y besuquearla él también, tan pequeña, tan blanca y perfumada...

Una tarde se encontró en la terraza solo con Claretta; Catalina había ido al patio a coger una sandía que había puesto a enfriar en el pozo para merendar los tres.

Claretta dijo, mientras cerraba el abanico:

— El verano se acerca... Y la escuela está terminando.

Demetrio sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. En eso él no había pensado. Balbuceó:

—Y usted... se irá...

—¿Quiere que me quede aquí? —respondió Claretta con una voz un poco irónica.

Luego se calló, con la barbilla en la mano.

El cedrón olía fuerte. El cielo estaba todo lleno de pinceladas rosas y naranjas en las montañas violáceas. Demetrio sentía una gran pena, una consternación, como le había sucedido alguna vez de joven, cuando los primeros deseos le habían crecido en la sangre. Se puso rojo y murmuró, sin saber él mismo lo que decía:

—¿Y qué haremos? ¿Qué haré yo cuando esté solo de nuevo?

—¡¿Usted?!

—Sí, yo. ¡Claretta! ¡Soy tan infeliz!

Claretta suspiró, mirando hacia lo lejos.

—No piensa que nosotros, que yo... nos estamos rejuveneciendo a su lado, que la casa nos parecerá vacía.

Claretta lo miró por primera vez a los ojos. Y su mirada estaba tan velada de dulzura y de amor que Demetrio tuvo la sensación de estar elevado en el aire y que ya no podía respirar.

Le agarró de las manos y, con voz rota, le dijo las dos palabras que la hija de don Mommo Sparagio había esperado en vano.

—¿Y bien? ¿Por qué no respondes? ¿No te gusta?... —preguntó Demetrio al ver que su hermana se ponía pálida.

—Lo que haces tú siempre está bien...—respondió finalmente Catalina que, por primera vez, había tardado en aceptar una decisión de su hermano. Estaba desconcertada. Nunca había pensado que Demetrio se habría querido casar un día u otro. Y, además, con una forastera...

De cualquiera de las maneras, en cuanto se repuso del primer desconcierto, buscó todo lo bueno que podía haber en tal extravagancia.

Poco a poco se resignó completamente.

Cuando vino Claretta, como siempre, Catalina le dijo:

—¡Estoy tan contenta! Me parece que he encontrado a una hermana...

Se necesitaba una palabra de consentimiento por su parte...

Claretta sonrió. Se quitó el sombrero y se puso a charlar con Demetrio, junto a la ventana.

Catalina se sentó aparte. Mientras estaba callada – mientras los enamorados hablaban y luego Demetrio escribía a su futura suegra una carta que Claretta le había dictado palabra por palabra – Catalina sentía muchas ganas de llorar.

Sentía, de manera confusa, que ya su presencia allí era perfectamente inútil como sus palabras de consentimiento.

Era inútil. Pero no se negó a ir ella a darle la noticia a los parientes, se tragó las malas palabras con que la acogían y defendió a Claretta de todas las maneras posibles.

—¡Vieja loca! ¡Tonta! —gritaba el tío Paolino. —¡Te lo he dicho yo que ese payaso tenía que terminar así! ¡Enredado en unas faldas!

—¡Pero tío! —protestaba Catalina. —¡No se va a casar con una criada! ¡Es una chica decente! ¡Virtuosa! ¡Honrada!

—¿Y tú qué sabes de su pasado?

—Pero tío, si se ve. No ha dejado que Demetrio le tocara ni la punta de los dedos.

—¡Comedias!

Y la tía gritaba:

—¡Tonta! ¡Y vienes a contárnoslo con esa cara sonriente! ¿No lo sabes que te va a deshacer de tí como de un trapo viejo?

—¡Usted todavía no conoce a Demetrio! ¡Todavía no conoce como es el corazón de Claretta! —repetía Catalina con un nudo en la garganta.

—¡Déjales que se casen! ¡Déjales que se casen! —mascullaba la tía Carmela suavizando la voz. —Y yo digo, pero ¿es que no había chicas de buena familia? ¡No! Tenía que ser una extranjera la que él quería! Una que, me lo apuesto, no tendrá ni siquiera un par de camisas en la maleta!

—...No es como esas que vienen de fuera...

—¿Y tú qué sabes? ¿Es que tú sabes por qué tierras ha pisado antes de venir a pegarse a tu casa como una sartén?

Catalina, de tanto escuchar la misma cantilena, empezó a dudar también ella. ¡El pasado!

¡Cómo saber cosas tan delicadas!

—¿Dónde había estado justo antes de venir aquí? —preguntaba la tía Carmela que era una de esas mujeres que deberían llevar los pantalones.

—En Piazza Armerina.

—¿Por aquí? Entonces, ¡conoce nuestras costumbres, tu tesoro! Hay que escribir al alcalde.

—¡Madre mía! ¡Me quiere perjudicar!

—Tú no tienes que ver con esto, pasmarote. Escribo yo.

Doña Carmela Càrmine escribió. Le contestaron que la señorita

Clara Girardi era una persona muy digna, pero que había dejado una desagradable impresión en Piazza Armerina porque, a pesar de estar comprometida con un “señor del lugar”, se citaba en un patio con el secretario del ayuntamiento.

Catalina, escandalizada, le enseñó la carta a Demetrio que se puso verde y paseó dos o tres horas por el comedor, como un loco, rumiando rupturas violentas.

Catalina intentó calmarle. Ahora sentía piedad por Claretta, por Claretta ausente, a oscuras... ¿Y si era una calumnia? ¿Si la tía Carmela hubiera cometido una bajeza? Había que escuchar la otra versión.

Ese mismo día – era la fiesta de San Antonio y la iban a celebrar comiendo las últimas cerezas de la temporada – Demetrio preguntó a Claretta sobre Piazza Armerina y sobre la vida que llevaba allí, sobre las personas que había conocido. Claretta le respondió con su tono seguro que no admitía réplica:

—¡...Qué quieres que hiciera, pobre de mí! Casa y escuela. Escuela y casa.

Catalina respiró. Con esos ojos, con esa voz, no se podía mentir. Le hizo una señal a su hermano de que era suficiente. Pero Demetrio quería llegar al fondo del asunto, como hombre de carácter que era. Y le enseñó la carta del alcalde.

Claretta se puso de pie.

—¡Calumnias! —gritó. —¡Bajas calumnias! ¡Y tú te las has creído? ¿Y tú te has atrevido a pedir informaciones, como se hace con una criada? ¡Es horrible!

—Él no tiene que ver —intervino Catalina, con voz triste. — Perdóname.

—¿Tú? ¡Muy bien! Te había juzgado... Oh, yo me voy. Yo no me puedo quedar aquí... ¡Pero antes quiero que lo sepáis todo!

Y, de pie, acongojada, repitiendo a cada palabra que Catalina le había roto el corazón, les contó una larga y enmarañada historia de enemistades y de persecuciones.

Demetrio le besó las manos. Le pidió perdón por su hermana que lloraba hipando.

Claretta quería irse. Pero se sentó, como extenuada y, entornando los ojos, dejó que Demetrio le acariciara el rostro dulcemente. Luego se calmó. Fue tan generosa que le dio la mano a Catalina.

—Por amor hacia ti —dijo mirando a Demetrio lánguidamente.
—Y porque es una tonta, una pobre chica...

Las vacaciones se hacían interminables para Demetrio que cada día se desahogaba escribiendo una carta de seis páginas. Había adelgazado por las ganas de volver a ver a su novia.

En el mes de agosto se atrevió a proponer un viaje a Pisa.

—Hace tantos años que hablamos de hacer un viaje...

Catalina no se decidía. La sola idea de dejar la casa, de cambiar costumbres – para irse además lejos, a la casa de Claretta que después de lo que había pasado con la carta se había comportado con una gran frialdad – la consternaba.

Esperaba que tampoco se fuera él. Pero Demetrio se fue.

Durante la ausencia de su hermano – quince días – Catalina mantuvo las ventanas cerradas, como cuando se está de luto, y ni siquiera se preparó un plato caliente. Nunca la había dejado sola, salvo cuando estudiaba en Palermo.

Cuando volvió, pareció que algo se había interpuesto entre los dos corazones. Catalina sentía que su hermano le iba a dar una mala noticia. Y esperaba. Y, cada vez que hablaba, temblaba sin saber por qué.

Una noche, a la hora de cenar, Demetrio le dijo finalmente, con voz baja:

—Claretta no quiere dejar su profesión. Puede conseguir, en algunos años, quedarse fija en un sitio. Pero los pueblos no le gustan... Es bonita Pisa... —añadió con un movimiento del cuello como si se estuviera tragando un hueso.

Catalina le miró, ansiosa.

—Querría.. Propone... poner la “consulta” allí. Dice que tendría éxito...

Catalina sintió que tenía un nudo en la garganta. Doblaba y volvía a doblar la servilleta sin responder.

Ninguno de los dos pudo continuar con la cena. No se dijeron nada. De todas maneras, las palabras eran inútiles. Cada uno sabía lo que pensaba el otro.

Catalina se habría dejado cortar las venas antes que contrariar a su hermano. Pero cuando oyó que le repetían que había que decidir en serio si había que poner la “consulta” en Pisa o en Florencia, se rebeló.

—Y bien —dijo Demetrio. —¿Es posible que a mi edad tenga que dar cuentas de mis acciones? Yo no me llevo un céntimo de lo que te pertenece. Yo dispongo de mis bienes.

Hablaba con el tono de voz de Claretta. Luego salió, cerrando la puerta con rabia.

Catalina se acurrucó en un rincón, retorciéndose las manos, sin llorar.

Era la primera vez que se peleaban.

¿Precisamente él, Demetrio, hablaba de esa manera? ¡Los bienes...!

No quería ir a su boda. Ya no eran hermanos. Ya no había nada entre ellos. Quería decirle: —Coge tus bienes y vete, ya que es una cuestión bienes...

Pero en seguida se afligió por lo que había pensado. No era posible estar así, él en una habitación, ella en otra, como dos enemigos. ¿Es que acaso eran ellos dueños del tiempo?

Se levantó y abrió la puerta. Demetrio estaba en el vestíbulo. Venía a hacer las paces.

—¡A veces tú te empeñas en no querer entender! —exclamó para justificarse. —Yo estoy seguro de que voy a tener éxito. Aquí se vegeta, no se vive. Claretta me contaba...

Al oír ese nombre, repetido siempre, plantado entre ellos dos, como un obstáculo, Catalina se puso otra vez a llorar. Sollozó desconsolada, con el mandil en la cara, mientras que una trenza gris se le deshacía poco a poco sobre el cuello.

—Pero ¿por qué lloras? —exclamó Demetrio con impaciencia. —¿Cómo es que siempre tienes las lágrimas listas?

Eran también estas palabras de la novia. Catalina se secó la cara. Sentía que le quemaba el corazón con un sordo rencor contra la extraña que le había robado, poco a poco, a ese hermano que antes era un buen chico contento.

¡Sí, por lo menos, le quisiera de verdad! ¡Sí, por lo menos, la tuviera en consideración! Entonces Catalina no se seguiría atormentando. Pero no. Claretta no quería ni saber de las costumbres de Demetrio.

—¡Oye! —le decía Catalina humildemente. —Demetrio está acostumbrado a llevar camisas de franela. Le he hecho doce.

—Se las pondrá si las necesita. No es un niño.

En otro momento le proponía:

—¿Quieres aprender a hacer la *frittedda* antes de irte? Le gusta tanto, Claretta. Así se la podrás preparar en verano.

Claretta se reía hasta llorar. Y Catalina, que no entendía por qué se reía, se mortificaba.

Otra vez le decía:

—A Demetrio le encanta tomar café después de comer. El té no le gusta.

—No es verdad —respondía Claretta con seriedad. —El té le gusta más que el café. Y, además, el matrimonio cambia al hombre ra-di-cal-men-te. Tú no lo reconocerás dentro de unos años.

Sí, esto Catalina lo sabía: no habría reconocido a su pequeño Demetrio.

Cuando se encontraba sola los lagrimones le caían por las mejillas marchitas aunque sabía que las lágrimas no daban suerte en las bodas. Cuando los novios charlaban en la terraza, los observaba con inquietud. Claretta no era tan guapa como le había parecido cuando se conocieron: tenía los colmillos un poco saltones y, cuando se enfadaba, el daban una expresión maligna al rostro; el pelo lo rizaba con las tenacillas y los tirabuzones en la nuca eran de mentira. Pero, sobre todo, le preocupaban las manos. Cuando se cosen trajes, se hace punto y cuando se prepara la comida no se puede tener el índice tan fino ni las uñas de punta, brillantes como el nácar.

La espera empezó a cansarla. Si los buenos tiempos (de cuando estaban solos los dos, en paz) no iban a volver nunca, entonces mejor que terminara todo de una vez...

Y ahí estaba, finalmente llegaba a su fin. Demetrio se marchaba. Catalina lo acompañaba sólo hasta el portal porque no se sentía con el valor de ver cómo entraba en la diligencia.

—Volverás a ver a Claretta en Petralunga. Pasaremos allí una semana —le decía por las escaleras.

Estaba pálido, excitado, vestido de domingo. Se había cortado el bigote y parecía más feo.

—También vendrán la suegra, las cuñadas... Te vas a distraer. No sé por qué no has querido venir a la boda...

—Vete contento. No pienses en mí, Demetrio. Escríbeme...

Se hacían estas recomendaciones como si fueran importantes.

Tenían casi prisa por dejarse, por terminar. Catalina abría los ojos y hacía una mueca que quería ser una sonrisa porque tenía miedo de ponerse a llorar y no quería dejar esa impresión a Demetrio que se iba a casar.

—Adiós. Buena suerte. ¡Que el Señor te bendiga! —repitió con la voz ronca. Lo vio girar a la esquina de la calle. Todavía se hicieron un gesto con la mano.

Se habían dejado. ¡Qué tonta! ¿Y si se habían dejado para siempre?

Subió por las escaleras, olvidándose de cerrar el portal. Entró en la casa vacía. Lloró, de golpe, como si los sollozos le subieran desde las raíces del alma.

A través de un velo de lágrimas miraba fija y obstinadamente un par de zapatos nuevos olvidados en un rincón: pensaba que le podían servir a Demetrio.

La viejecita de la compra, que se encontró con la puerta abierta y el ama tirada en la cama, todavía vestida, llamó a una vecina para que la ayudara un poco. Luego se fue a advertir a doña Carmela.

Al día siguiente llegó un telegrama de Pisa. Luego una bonita postal, con las firmas de Claretta y de Demetrio. Pero Catalina tenía fiebre y no se daba cuenta de nada.

La tía Carmela metió el telegrama y la postal en un cajón, sin preocuparse de darle las noticias de la enferma a “ese don Quijote”.

De todas formas, lo novios no se dieron cuenta de que Catalina no respondía.

IX
Rosas rojas
(*Ragazze siciliane*)

—¿Una fiesta grande, eh, doña Bobó?

—Como Dios manda, doña Mara.

—¿Han llegado ya todos los parientes del novio?

—Han llegado todos de Palermo, cargados de regalos. Su padre, su madre, su hermana...

—¡Cómo estará doña Ángela...!

Doña Bobò se quedó muda, como si doña Ángela en persona se hubiera presentado al decir su nombre. Estaba algo maravillada de que todavía su cuñada no hubiese interrumpido, como siempre, la conversación con la vecina. Volvió dentro y cerró la ventana muy despacito para no hacer ruido. Al darse la vuelta, la luz de plata del espejo grande la embistió por completo. Entonces se miró, tímidamente. Sintió una especie de piedad por sí misma, como si antes no se hubiera mirado nunca y pensó, sin amargura, que, a esas alturas, su cuñada realmente no tenía ningún motivo para vigilarla.

Se vio los hombros encorvados, la cara llena de arrugas como una pequeña manzana olvidada, el pecho más liso que una mesa, un poco hundido.

Se apartó del espejo casi con prisa y se puso de nuevo a pasar el polvo por los muebles del salón, pasando el trapo entre los complicados follajes de los respaldos, con disciplinada meticulosidad, maquinalmente. Las pequeñas manos oscuras se daban prisa, pero sus pensamientos iban por su cuenta. Veía, a lo lejos, confundido, un gran claror verde.

Siempre así se le presentaban en la mente los pocos y desligados recuerdos de los lugares que no había vuelto a ver: la pérgola de Licata, con la uva madura, su madre vestida de negro, ella que bordaba

ramos de rosas rojas, con los tallos rígidos como cirios, en una colcha amarillo pastel. La colcha interminable, era para su ajuar.

Concetto venía a ver a su madre. Se sentaba también él bajo la pérgola y aceptaba el café con los bizcochos de soletilla hechos en casa. Charlaba sin parar. Pero si, por casualidad, su madre se alejaba, un momentito, él ya no hablaba y ella se ponía roja como las rosas rojas y bajaba los ojos, un poco contenta, un poco asustada, al quedarse sola...

Y, luego, cuando murió su madre y se cerró la casa de Licata, se había ido a la casa de su hermano.

Un pueblo nuevo, gente nueva.

Cuando terminó el luto, tras un año de clausura, entre gente que no conocía, entre parientes a los que no quería, había vuelto a ver a Concetto. La primera vez fue por la mañana (tenía nítido el recuerdo) y estaba en misa. Lo había distinguido, al levantar los ojos del libro, apoyado a un pilar, con el sombrero en la mano, en un rayo de sol lleno de polvo de oro y plata.

Luego su cuñada no la volvió a llevar a misa de once. No la volvió a llevar de paseo por la calle de la Niviera, donde él la seguía lentamente, a distancia.

—Bobò, te ocuparás de las mujeres que lavan en el patio.

—Tiene que venir el campesino: que lo espere Bobò.

La siguieron llamando Bobò. El tiempo pasaba y seguía con el sobrenombre que le habían puesto en Licata, como una breve y tibia caricia. Michelina, la sobrina, la llamaba tía Bobò; pero cuando creció, la llamó solamente tía. Y Ángela, cuando la tenía que llamar, decía: “mi cuñada” o, si hablaba con una criada, decía “la señorita” o “tu hermana”, si hablaba con su marido.

Una vez Ángela dijo: —¡Es ridículo seguir llamándote Bobò!

Sin embargo, nadie podía llamarla Liboria. La costumbre. Con el tiempo ella se avergonzó de llamarse Bobò. Pero ya el sobrenombre se había pegado a su persona, como la fresca juventud que no quería morir. Sí, tenía el pelo muy suave y largo, el pecho abundante, aunque lo sofocara (por pudor), en corpiños oscuros y rigidamente abotonados.

Concetto había venido para quedarse en el pueblo en el que ella vivía. Era farmacéutico. Le pidió la mano a su hermano, pero este le dijo que no sin preguntarle.

Ella se enteró después. Se lo dijo una criada a la que habían despedido.

—Señorita, ¡abra los ojos! ¡Usted dormirá siempre sola y su dote la disfrutará doña Michelina!

Pero ¿qué hacer? Diría: ¿Me quiero casar?

Una ráfaga de sangre le subía hasta la frente ante el pensamiento audaz e impúdico. ¿Cómo decírselo a su cuñada, a su hermano?

Pero no dijo nada. Y Concetto pasó todas las noches por el callejón y Ángela cerró las ventanas del callejón; Concetto fue a misa de ocho y paseó por la calle de San Estéfano y Ángela fue a misa de cinco y no volvió a dejar que su cuñada saliera. Concetto le escribió tres veces y Ángela se apropió de las tres tarjetas, llenas de humildes y ardientes palabras y las destrozó. Se trató de una lucha sorda, encarnizada entre Ángela y Concetto.

Una noche el hermano, después de escuchar a la mujer que ya no podía seguir vigilándola, se puso furioso con Bobò: le dijo que las mujeres se parecen todas y que basta que vean a un hombre (¡un vicioso muerto de hambre cualquiera!) para perder el recato. Creyendo que le hacía bien, pronunció palabras brutales. Bobò escuchó sin decir nada, con un nudo en la garganta: tenía la sensación de que la habían desnudado delante de todos, delante del hermano que la despreciaba, ante Michelina que sonreía...

De esta manera la tarea de Ángela fue más fácil. Bobò no volvió atreverse a asomarse a la ventana, no se atrevió a volver a salir. Esperaba, esperaba siempre, un prodigio del amor, como sucede en las novelas y en los cuentos de hadas.

Le dijo al farmacéutico que Bobò no se quería casar, que Bobò quería ser *monaca di casa*³⁶. Y el tiempo pasó muy lentamente y

36 Se refiere a las monjas *extra claustro*, a mujeres que han tomado los votos pero que viven en su casa y no en el convento o abadía. En otras ocasiones el término se refería a mujeres que no podían dedicarse a la vida claustral, pero que vivían una experiencia de vida religiosa en su casa.

cambió el color de las cosas, como un velo de polvo deforma un juguete abandonado. El pelo se volvió opaco, el pecho se le cayó, los ojos perdieron el dulce esplendor. También Concetto se volvió gris y pesado. Pero no se casó. No pudo amar a otra mujer como había amado a Bobò.

Ahora Michelina se casaba. Su tía le había regalado el ajuar y la colcha amarillo pastel con las rosas rojas, todavía intensas y frescas como su corazón. También había firmado un papel en el que concedía sus posesiones de Licata a la sobrina. Se lo había dado todo, poco a poco, y ahora se apartaba de su camino para dejarla pasar.

—Por gratitud... —explicaba a la gente.

Por gratitud, claro que sí... Su hermano le había dado una familia; Ángela había sido su hermana mayor, un poco severa, pero con afecto...

Y Bobò se había puesto a un lado para dejar pasar a la novia en la vida.

—¿Qué haces en este bendito salón? Hoy no hay tiempo que perder. Date prisa.

—Aquí estoy —respondió humildemente Bobò despertándose.

Era tarde. Trabajó con empeño hasta la noche. Luego vistió a la novia, como si fuera una muñeca viva. Ángela, por un lado, ella por el otro, la novia de pie, un poco pálida y aturdida.

—Este lazo no me gusta —exclamó Bobò.

—Y eso ¿por qué?

—Tiene razón la tía —dijo Michelina. —Déjala a ella.

La pequeña tenía que estar guapa. El novio venía de Palermo y tenía los ojos llenos de mujeres elegantes. Bobò se entregaba por completo a esos preparativos, con ardor. Al vestir a la novia revelaba unas pretensiones de buen gusto, una especie de gracia coqueta que nunca había tenido.

Luego también ella se preparó. Se peinó el pelo con raya al medio, como siempre. Su pelo seguía siendo denso y largo, todavía poco dócil al peinarlo, pero parecía empolvado con muchos hilos blancos. Sacó del armario el traje nuevo. El traje era de color canela, con ribetes negros, encargado según el gusto de Ángela y tenía el

mismo olor de nuevo, un poco acre, que se respiraba en el almacén de telas. Por eso, para airear la tela, abrió de par en par la ventana. Pero se dio cuenta de los chicos que se habían agrupado fuera del portal y que esperaban a que llegara el novio y cerró.

—¡Date prisa! — decía Ángela. — ¡Hay que ir a coger las bandejas!

—¡Date prisa! Tienen que llevar la lámpara nueva al salón.

Darse prisa. Como siempre. Se vistió de prisa, sin mirarse al espejo y dejó de prisa la habitación. Le dijo a la criada que llevara la lámpara al salón; corrió al comedor para disponer los refrescos; allí las galletas y los dulces finos, las copitas en la bandeja más grande.

Pasó Ángela, vestida de raso, muy ajetreada.

—Cuando termines, ven tú también un momento. Es necesario.

Dijo: “es necesario”, con tono de rabia. No quería que se rumoreara que tenía a la cuñada en un rincón ahora que había obtenido la concesión completa de las tierras de Licata.

Bobò se estremeció. Se angustió. No estaba acostumbrada a ver gente, a estar en el salón... Pero Ángela le ordenaba que fuera, con un tono que no admitía réplicas. Por eso le había comprado un traje para el evento.

Había que obedecer. Como siempre.

Bajó al salón. Le temblaron las piernas como si hubiera sido ella la novia y la esperara el novio. Las luces, el parloteo, la aturdieron, la desconcertaron. Se paró un momento, indecisa, en la puerta, reparada por las cortinas pesadas con flores grandes; luego dio un paso adelante y se dirigió al sofá donde estaba sentada su cuñada, en medio de las invitadas, como una reina en su trono.

Su cuñada la presentó a las parientes del novio que se dignaron a hacerle un ademán con la cabeza.

La hermana del novio la observó curiosamente con el monóculo. Era torpe, insignificante, arrugada y Ángela la miraba con dureza.

Es verdad —pensó— una vieja solterona que tienen en casa.

Bobò se alejó, casi de puntillas. Puso en el centro la lámpara nueva que no quedaba lo suficientemente bien, miró si todo estaba

en su sitio, porque tenía la tenaz costumbre de no quedarse nunca mano sobre mano.

Cerca del piano cerrado, negro y brillante como un ataúd, estaba solo, al margen de todos, un invitado. La miraba.

Ella se estremeció por entero y él se acercó.

Veía, de manera confusa, una melena gris, una sonrisa cansada.

—¡Don Concetto!

—¡Doña Bobò!

Se callaron. No tenían nada que preguntarse.

—¡Cuánto tiempo...!

—¡Cuánto tiempo...!

Bobò tenía un nudo en la garganta. Las lámparas, el susurro, la gente, todo desaparecía, de lejos, bailando. Tenía la impresión de estar sola con don Concetto solo, en un punto inmenso y desierto y que tuvieran que darse la mano. Se miraron mucho tiempo, con una especie de ansiedad.

—¡Cuánto tiempo...!

—¡Cuánto tiempo...!

Una veía al otro envejecido y se dolía, casi, de que los años hubieran pasado sólo sobre su pobre persona, encorvándola, devastándola. Los años... que habían echado a perder todo sin remedio, dejando fresco e intacto su corazón de virgen.

No era la luz pomposa, ostentosa de las lámparas la que le llenaba los ojos, sino más bien la verde claridad de los recuerdos de Licata.

Pero el sereno claror desapareció en seguida, bruscamente, de sus ojos estáticos, a la voz bien conocida, más áspera y baja que de costumbre.

Mientras seguía a su cuñada al comedor, caminaba ligera y aturdida, como la novia.

—¡Eres ridícula! —exclamó la cuñada. —¡Vieja senil! ¿No te da vergüenza? Prepara el rosolí y que lo bajen.

No le dijo: “no vengas tú”. Pero Bobò no fue, como si Ángela se lo hubiera ordenado. Preparó las bandejas y llamó a las criadas para que las llevaran al salón.

—Antes las copitas, luego los dulces...

Se fue a su habitación y se quitó el traje color canela para no tener la tentación de volver. Sentía que no tenía que volver, porque ahora, bajo la mirada irónica de Ángela, ni él ni ella habrían podido volver a revivir los dulces momentos pasados.

Se escondió la cara entre las manos, pero no lloró.

Apesadumbrada, veía, con precisión, su insignificante vida de vieja solterona todavía enamorada.

X
Camila
(*Ragazze siciliane*)

—¡Pero, bueno! — exclamó Assumpta, irritada. —¿Tenemos que repetir la misma comedia todas las mañanas?

Entonces Camila, suspirando, empezó a vestirse. Era alta, muy alta y con la bata blanca parecía más alta.

—Ya voy... Ya voy... — repitió.

Claro, no tenía que hacer el “papel de la víctima”, como le decía Assumpta, no tenía que darle satisfacción a Luigino Lanna, que se ponía a la ventana para verlas pasar.

¿Creía que pensaba en él? Para nada. Se empolvó la cara, para que desaparecieran las dos líneas rojas en la nariz, ya que por la mañana, antes de ir al baño, lloraba un ratito.

—¿Estás lista, Camilla? — la llamó Ninetta.

—Sí.

Cogió el hatillo y la cesta y se fue detrás de sus hermanas. Eran seis y llenaban la escalera.

—¡No pongas esa cara! —murmuró la madre. — Ahora se asoma.

Camila suspiró.

Se puso a reír, haciendo como que hablaba animadamente con sus hermanas al pasar por debajo de las ventanas de los Lanna; y pareció más fea, por esa sonrisa forzada que le dejaba los ojos velados de melancolía.

Empezaba el tormento de mostrarse sonriente y despreocupada, mientras que un nudo de llanto la sofocaba.

Y aquí está ya el paseo lleno de sol, y las casetas de baño llenas de gente, donde las chicas, todas las mañanas, no encontraban en seguida el valor para entrar, tan acaloradas y llenas de polvo...

Se mostraba impaciente por bañarse; y, una vez en el vestuario, se entretenía al desnudarse, al ponerse el bañador, para quedarse la última; para quedarse un momento sola. Entonces la cara larga y llena de pecas, los ojos un poco saltones, tenían de nuevo la expresión acostumbrada resignada y melancólica.

Mientras escuchaba el chapoteo del mar, los gritos de las bañantes, los chillidos de los niños que no se querían tirar al agua, pensaba en Luigino Lanna que la había dejado después de tres años de amor y esclavitud. De esclavitud, seguro.

Durante tres años no se había asomado al balcón, no había salido más que por la tarde, alguna vez, al paseo solitario; había perdido la costumbre de caminar por las calles de la ciudad.

—No te pongas el vestido rosa... No te peines así... No hables con fulanita...

Y ella obedecía si replicar, para complacerle.

Todos en casa hablaban con respeto de Luigino Lanna, que era un óptimo partido, convencidos de que Camila se aseguraba el porvenir con poquísimos sacrificios.

Camila no pensaba ni en el porvenir ni en el “partido”.

Quería sinceramente a Luigino Lanna. Nada más.

Y una mañana él le había escrito que no habría vuelto a verla porque la familia no quería.

Camila se olvidaba de que estaba en los vestuarios y las lágrimas le corrían por las mejillas empolvadas.

La sacudía una de sus hermanas que venía a llamarla al pie de la escalera.

—¿No bajas?

Se secaba la cara con la toalla y bajaba sin prisa.

A la toldilla llevaban diez sillas; estaban también las chicas, las cestas, los hatillos. ¡Un colegio! La gente las miraba con compasión. La madre se acurrucaba en la silla y fingía mirar al mar; sin embargo, observaba, inquieta a ver si alguien se interesaba por alguna de sus hijas.

—Camila, dame el abanico... Camila, ¿te gustaría dar un paseo en barca...? Si yo no me mareara...

Quería llamar la atención sobre Camila, la mayor, que se le echaba a perder en casa. Las otras eran más jóvenes y no se habían enamorado nunca en serio.

Teresina, la más pequeña, encontró en seguida a quien se ocupara de ella, pero a la madre no le agradó. Se trataba de dos chicos maleducados que nadaban y salpicaban agua sobre la mesa.

Un día estaban todas asomadas.

—¿Nos llevas, mamá?

—Si no me mareara en la barca...

Una señora conocida bajaba con un joven y un niño.

—¿Quieren venir conmigo?

—¡Encantadas! Pero ¡somos muchas!

—Botticelli, ¿cuántos caben?

—Cinco.

—Muy bien. Tres y dos cinco. Pueden venir dos.

—Vete tú, Camila. Y tú, Assumpta.

Bajaron. También ellas exclamaron: —¡Oh, Dios mío! — sonriendo, como habían oído que exclamaban las otras.

La barca se balanceaba dulcemente, sobre el mar, alejándose de las casetas de baño.

Camila metió una mano en el agua y entornó los ojos. Estaba afligida pero contenta.

—¿Está así bien, señorita?

—¡Como quiera! —exclamó estremeciéndose.

Assumpta la fulminó con una mirada en vez de repetirle:

—¡No te hagas la sentimental ahora, y mira bien quién te está hablando...!

Botticelli estaba sentado junto a ella.

—Nos conocemos. ¿Se acuerda de la velada en casa Valentini?

—Sí, me acuerdo.

—También estaba Luigino Lanna.

Camila se ruborizó. La ráfaga de rubor y la emoción provocada por ese nombre la hicieron atractiva.

Botticelli sonrió. En voz baja siguió hablándole del delicado argumento.

— Con Lanna ya no hay nada—afirmó Camila. —Se ha acabado de verdad. Mi padre no quería esa boda —mintió rápidamente.

La barca volvía a la orilla, muy lentamente.

Botticelli se dio prisa en darle la mano a Camila para que saltase a la escalera. Luego, acompañó a las dos hermanas hasta la toldilla.

La madre interrogó con la mirada a Assumpta que respondió que sí con la mirada.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

Y ahora Botticelli empezaba a venir, con una excusa o con otra: un cuaderno de música... Un libro... Y la madre lo acoge como a un pariente: le ofrece café, pizza dulce, rosolí de cedro hecho en casa. Hay que animarle. Lo difícil está ahí: hacer que se declare.

Y empezaron a esperar, un día tras otro.

Hoy se explicará. Hoy dirá: —Señora, si me permite, le confesaré que...

¡Día bendito! Lo pensaban todos; no pensaban en otra cosa. También Botticelli era un buen partido: estudiaba Derecho... Iba a ser abogado...

Camila se dejaba ilusionar; afligida pero contenta, como el día que la barca la llevaba hacia alta mar.

Cuando se acercaba la hora decían: —Vístete, Camila, que viene el otro.

Querían decir: —El otro novio.

¿Novio? Todavía no.

Camila no sabía qué hacer con Botticelli ya que cada vez se comportaba con más familiaridad.

Y, a veces, decidía que no se iba a presentar cuando viniera; pero luego no se atrevía a manifestar su propósito, al encontrarse con las miradas de Assumpta.

Y obedecía sin replicar. La responsabilidad era sólo suya.

—¡No se rechaza la suerte por un capricho! — sentenciaba Ninetta.

Su madre y sus hermanas se alejaban, esperando.

Camila se quedaba sola a charlar con Botticelli en el balcón.

Una tarde la abrazó. Camila se estremeció. Se quiso apartar.

—¡Oye! —dijo él riendo. —¡No te comportes así! ¡Después de haber tenido novio tres años! ¡No eres una niña!

No dijo nada más. Pero la miró a los ojos intentando abrazarla de nuevo, con una expresión tan maliciosa que hacía más daño que un bofetón.

—Esto no — murmuró Camila, abatida. Con pena, pensó que Botticelli la despreciaba como se desprecia el agua que se ha quedado en un vaso.

Con un esfuerzo se alejó, diciéndole al otro, sin mirarle: —No vengas más por mí.

Y diciendo eso sintió un alivio, como si se hubiera liberado de un peso.

Se refugió en la habitación sin cenar.

Assumpta, que vino a buscarla casi en seguida, la encontró asomada.

—¿Se ha declarado? —preguntó tranquilamente.

Camila no respondió.

—¿Entonces? — dijo su hermana. —¿Duermes?

—Déjame en paz —exclamó Camila.

Su madre, siempre impaciente, entró en la habitación, con la excusa de darle las buenas noches a Camila. Pero Camila no se dio la vuelta.

—¡Esta noche se hace la sentimental! —exclamó Assumpta.

—Botticelli me parecía... — comenzó su madre.

—¡Oíd! —dijo Camila bruscamente, dándose la vuelta.

—No quiero volver a oír hablar más de ese Botticelli.

—Pero... mira...

—No — repitió Camila con una voz que no parecía la suya, tan firme y clara. —No quiero volver a oír hablar de él. Cuando venga, no me llaméis.

—Pero no entiendes que tú... que tú... ¡no te casas!

—Y, entonces, no me caso.

—¿Estás pensando en él? ¡Mira que eres tonta!

—No estoy pensando en él. Déjame en paz. Dejádme respirar.

Estaba otra vez abrumada.

Escuchó el paso de su madre que se alejaba con Assumpta y tuvo la sensación, cuando se quedó sola, de que respiraba por primera vez el aire sereno de la noche estiva.

Murmuró para sí misma, entre los labios, con los ojos mirando a las estrellas: —Sí, pienso en ti, solo en ti. Pero mi alma no te la he dado.

Y le pareció, al estar sola, que era libre, fresca y nueva, como las rosas que perfuman la noche estiva.

XI

Almendras

(*Ragazze siciliane*)

Las buenas noticias que había traído Miguel habían consolado a las señoritas Fiorillo que ponían todas sus esperanzas en la cosecha de almendras (ahora que las primeras cosechas podían considerarse un fracaso).

Mariana había decidido ir a Catania a que la viera un oculista: en parte por la edad, en parte por el cansancio, ya casi no veía y las gafas que había comprado en el pueblo, que no estaban hechas a medida, hacía que le dolieran los ojos. La habría acompañado Bettina, la más joven de las tres hermanas. Ángela, como siempre, se había resignado a quedarse en casa, ya que ella, por culpa de las piernas, eternamente hinchadas, tenía miedo de ser más un estorbo que una ayuda.

Ir a la ciudad era, para los demás, un acontecimiento casi natural. Incluso la maestra Facciolà, a la que no se la podía considerar rica, ¡ya había ido dos veces! Y la mujer del secretario no faltaba nunca en primavera para que le hicieran vestidos nuevos. Pero las señoritas Fiorillo examinaban siempre con cierto miedo los gastos de viaje. Cuando no se puede, no se debe. Si ellas tres nunca habían hecho un mal papel, si todos las estimaban, si las recibían en las mejores casas, como cuando vivía su padre, se lo debían sólo a la prudencia y al ahorro de Mariana.

Mientras dos mujeres pelaban las almendras, Mariana y Bettina, en combinación y zapatillas, las ayudaban para que lo hicieran más deprisa y no tuvieran que pagar demasiados jornales. En cuanto las almendras estuvieron amontonadas en pilas en el almacén, comenzó un ir y venir de corredores, de compradores. Parecía como si se hubiera corrido la voz: miraban, luego ofrecían un precio irrisorio

al que no merecía la pena ni contestar.

— Volverán — aseguraba Bettina, convencida, mientras Miguel y la criada cerraban la puerta del almacén.

No volvía ninguno. Ya no se volvió a presentar gente nueva. Las Fiorillo corrían el peligro de tenerse que quedar con las almendras en el almacén, como un inútil tesoro. Se presentó Juan, el viejo corredor.

— Ya os lo he dicho — les aconsejó. Sacad lo que podáis: ¡será poco, pero seguro!

— ¿Sacar lo que podamos? — exclamó Mariana — ¿Sacar lo que podamos? ¡Cómo si se tratara de almendras robadas!

— ¡Conformaos! — replicó Juan. Y esta vez miró a Mariana con una expresión que parecía preguntar — ¿Qué esperáis? ¿No veis que esto se ha acabado?

— ¡Pero bueno! — dijo Ángela — Me parece que somos nosotras las dueñas de nuestros bienes.

— Y muy dueñas — repitió Juan dirigiéndose hacia la puerta. — Pero ¿es que no leéis el periódico? ¿No sabéis que estamos en guerra?

Los periódicos, sí, los leían. La guerra, sí, habían leído que, en otros países, lejos, había estallado la guerra, el uno de agosto. Pero qué tenían que ver con eso las almendras, de verdad...

— No nos confundamos — contestó Mariana sabiamente. ¿La guerra la tenemos aquí? Y se fueron a visitar a la mujer del secretario para que las iluminara un poco sobre el tema.

— ¡Vended! — les aconsejó el secretario. — Vended y dadle las gracias a quien compre. ¡Si fuera trigo!

Y, como las Fiorillo le miraban entre sorprendidas e indignadas, anunció solemnemente que Italia estaba a punto de “moverse”. Desovilló lo poco que sabía, lo mucho que había leído en los periódicos, repitiendo continuamente palabras graves, palabras difíciles: “comercio paralizado”, “coalición” “conflagración”...

Se fueron aturdidadas, muy abatidas. De toda esa elocuencia (entrado en el argumento, el secretario ya no había sabido cómo salir, como una mosca atrapada en la tela de araña), de todas esas

frases, sólo habían entendido una cosa, las almendras, ese año, no valían nada.

Ángela murmuró, apoyando el sombrero:

— Como se le habrá ocurrido al Kaiser...

Pero se interrumpió, aturdida por sus mismas palabras. Ahora hablaba ella también del emperador como si fuera un conocido...

Tras discutirlo mucho entre las tres, las Fiorillo decidieron desembarazarse de las almendras. Las vendieron.

— Nos han robado — observó Mariana con amargura. — Y este año tenemos que comprar aceite.

— Y pagar el *focatico*³⁷ — añadió Ángela.

Empezó a llover: llovizna muy fina y continua, de las que te llevan a cerrar las ventanas y te llenan de melancolía la casa.

En los largos silencios (trabajaban las tres en el saloncito, el gato dormía con un ojo abierto y el colorín en la jaula cantaba muy despacito como si se quejara), las Fiorillo pensaban que había empezado el invierno y que la miseria habría llamado a la puerta. ¡Nada que ver con irse a Catania!

Siempre a la misma hora, Bettina leía en voz alta el periódico, de arriba abajo, sin saltarse una columna. Y, después de haber oído el periódico, no se atrevían a lamentarse por las estrecheces domésticas.

— ¡Pero así no vamos a durar nada! — murmuraba Mariana, por la tarde, mientras la oscuridad empezaba a descender como un velo gris.

Bettina comenzó a sentir que sobre ella pesaba una oscura responsabilidad. Quizás era a ella a la que le tocaba ser útil a sus hermanas.

A la criada la habían despedido; ya no se hacían trajes para el invierno; a la mesa se comía sólo sopa... No era suficiente.

37 El "focatico" durante la Edad Media era un impuesto que se aplicaba sobre cada vivienda de un grupo familiar. En el Reino de Nápoles se instituyó ya en 1263 y continuó en vigor, con épocas de no aplicación, durante siglos. En el siglo XIX se asociaba al impuesto sobre el ganado.

Una mañana, mientras ordenaba unos cajones, se encontró con un paquete de deberes, atado en cruz. Hojeó casi mecánicamente las páginas algo estropeadas; y fue como si alguien le hubiese hablado con tono sumiso. Y a Bettina, maravillada, le pareció que escuchaba la voz de los recuerdos. Recuerdos de un tiempo no lejano, de cuando estudiaba ella sola, con la guía de una vieja maestra, amiga de casa, mientras todos se burlaban de ella llamándola “sabionda”.

Entonces estaban bien: los padres vivos, Boscogrande todavía no lo habían vendido, tres libretas en la Caja de Ahorros y ningún miedo a la guerra, a las epidemias, a la miseria.

—¿Qué te crees? ¿Que voy a dejar que seas una maestra de tres cuartos? — exclamaba el padre si la veía con un libro en la mano. Y nunca la dejó ir a la ciudad para hacer los exámenes para ser maestra.

Ella quería estudiar por vocación, para no parecerse a las hermanas que apenas sabían garabatear su firma...

¡Ay, papá, si tú hubieras sabido!

Se estremeció. El pelo era todavía negro, ella era todavía joven y fuerte; pensó en Ángela que tenía el pelo gris, en Mariana que tenía el pelo blanco, que no veía y que le temblaban las manos.

Le tocaba a ella.

Que por lo menos su juventud no se secase del todo, inútilmente, como una planta estéril. Habría enseñado a leer y a escribir a los niños; habría enseñado a hacer bonitas costuras a las niñas. A las señoras del pueblo les gustaba mandar a sus hijos a que aprendieran a la casa de personas decentes.

Pero se esfumaron sus propósitos, sus hechos – así – de repente, al volver a abrir un paquete de cuadernos olvidados...

La maestrilla Fiorillo... la llamarían la maestrilla Fiorillo... También la *Facoltà*³⁸, hasta ahora respetuosa, la habría mirado

38 Es posible que en este contexto por “Facoltà” se refiera a la gente más importante e influyente del pueblo, la que tiene mayor “facultad de elección” y, por tanto, la posibilidad de influir sobre un núcleo social, ya que dispone de recursos económicos y ocupa cargos públicos que confieren un cierto poder social.

con aire de indulgencia. Quizás la mujer del secretario la habría despreciado. Quizás la marquesita Mauri habría evitado sentarse a su lado en la iglesia.

Lloró: como si con sus proyectos estuviera a punto de destruir el pequeño mundo de insignificantes ambiciones en el que había vivido. Lloró. Todavía no podía ver la nueva luz que estaba a punto de purificar todo trabajo honrado.

No, ella no sabía que su juventud habría sido hermosa, mañana, sólo porque se la habría ofrecido a alguien. Falso orgullo, pequeñas relaciones sociales entre gente mezquina y vanidosa, mundo de cartón, mundo de marionetas que, mañana, la guerra se habría llevado consigo... Pero Bettina no lo sabía: sólo sentía, dentro de sí, en torno a sí misma, potentes y desconocidas fuerzas que la empujaban a la acción.

Y se secó las mejillas. Paseó un poco por la habitación para recuperar un aspecto más sereno. Sintió el murmullo sumiso de Mariana, en la habitación de al lado; rezaba siempre a esa hora. Mariana no lo habría aprobado en seguida. Pero Bettina le echó coraje y, decidida, entró en la habitación.

—Oye —empezó a decir, con la voz un poquito ronca, — he reflexionado sobre una cosa muy justa..

XII

El telar de Catalina (*Ragazze siciliane*)

Las dos hermanas, que se habían quedado huérfanas, bruscamente se sintieron solas como niñas que se dan la mano en una habitación a oscuras.

Las tías, en parte por amor al hermano y más por un sentido de piedad hacia las sobrinas, quisieron que se quedaran con ellas.

La tía Vanna fue la primera en hablar:

—¿Cómo voy a dejar a Marietta?

—Y yo — suspiró tía Fifi, —¿cómo voy a abandonar a Catalina en estos momentos?

Y las dos, en todo el tiempo que habían pasado curando en vano a la cuñada, se habían dejado llevar por una especial ternura...

Catalina y Marietta se unieron con más fuerza la una a la otra. Una no salía de la habitación si la otra no se sentía bien, una dejaba de hablar si la otra fruncía la frente, aferrada a dolorosos recuerdos.

Dormían juntas, en dos camitas blancas y tenían la costumbre de llamarse, nada más acostarse.

— ¡Catalina!

— ¡Marietta!

No se habrían dormido, si no se hubieran saludado de esta manera. Incluso se parecían. Pero Catalina parecía más fuerte; Marietta más grácil. Por eso, la tía Vanna se ocupaba mucho de su predilecta. En casa se había llegado a un acuerdo y, de esta manera, nadie se ponía celoso si por la mañana Mariettina sorbía un par de huevos mientras que la otra se contentaba con fruta o un trozo de queso fresco; o sí, al salir al patio, la tía Vanna seguía a Marietta con un chal en las manos.

Tenía un poco de tos y no se le iba.

Una tarde, al subir por primera vez después de dos años de luto a la “Crocetta”, las siguió un joven forastero, quizás palermitano.

La tía Vanna exclamó satisfecha:

—Ese maleducado mira a Mariettina...

La tía Fifi afirmó sonriendo:

—No. Es por Catalina.

Las chicas, en casa, se hicieron tenues confidencias:

—Sabes... he visto que te observaba.

—Pero a mí me ha parecido que te miraba a a ti..

— Se ha parado bajo el arco...

—Por ti...

Se alegraron. Y mientras ayudaban a la criada a hacer las camas, y cosían detrás de la ventana todavía entornada, sonreían, atolondradas, cada una pensando en el rostro del desconocido que las había mirado. Al salir se lo encontraron de nuevo: seguro que le tenía que gustar Marietta, porque sólo la miraba a ella con ojos iluminados por la simpatía. No había duda...

Catalina se quedó un poco desilusionada; pero le pareció natural que la prefiriera a ella, al igual que las atenciones particulares de las tías y del padre se dirigían a la hermana más grácil.

Un día Marietta tosía más a menudo y la tía Vanna no la dejó salir.

La chica se quejó:

—¿Crees que estoy enferma? ¡Hace ya mucho tiempo que tengo esta tos tan pesada!

La tía Vanna fue inexorable. Entonces Marietta le propuso a su hermana:

— Sal tú por lo menos...

Había en su voz un ligero tono de rabia. Catalina respondió con alegría:

— ¿Para qué? Prefiero hacerte compañía.

Ni la una ni la otra creyó que iba a volver a empezar para ellas la clausura. Marietta se metió en la cama de la habitación de la tía Vanna, más ventilada; llamaron al doctor Saitta, que había curado a su madre; y tuvieron en la penumbra la nueva habitación de la

pequeña, con todo ese olor a trementina, tal y como habían tenido – durante tantos meses – la habitación de la madre.

Catalina – a la que dejaron entrar pocas veces – se quedaba desconcertada en el pasillo, pendiente de cualquier ruido, aferrándose a cada palabra, suplicando que la dejaran quedar al lado de la camita de la enferma.

Se repitieron los tristes días lejanos, fue una eterna pesadilla suspendida en el aire que terminó poco a poco. Una tarde el aroma de trementina se veló de un acre olor de flores frescas y de velas encendidas y desde las ventanas completamente abiertas llegó un lento y angustioso doblar de campanas a muerto... Así, poco a poco, se fue Marietta.

Para Catalina significó un golpe al corazón todavía más grande que cuando murió su madre. No lloró. En los días del *cònsolo*³⁹, en los que estuvo también ella, se mostró retraída y muerta de frío en su enorme chal negro, entre las tías que sollozaban, pero no lloró y no estuvo callada. Habló febrilmente, dilatando sus grandes ojos desconcertados; habló como si su hermana estuviera allí, en la otra habitación.

Las mujeres que fueron a visitarles se maravillaron, creyendo que su dolor era demasiado pequeño. Pero su padre, desde su rincón, la miraba fijamente con inquietud; y las tías, en cuanto podían, le susurraban cogiéndole la mano:

—Ánimo... Desahógate... Lloro... Será mejor.

Tras los tres días del *consòlo* la casa se vistió de nuevo de luto: las ventanas cerradas, entreabiertas sólo las que daban al patio. Aunque era septiembre, la criada preparó los braseros, ya que las habitaciones se quedaron frías.

Catalina lloró finalmente la primera vez que volvió a poner el pie en la habitación donde trabajaban. Lloró, finalmente, al verse

39 Uso funerario del sur de Italia por el que parientes y amigos de la familia de un muerto ofrecen comida en la casa del difunto durante los primeros primeros días del luto en los que la lumbre tiene que estar apagada. Pasados los tres días la familia se queda sola y viven el luto dentro de la casa, apartada del mundo, especialmente si se trata de mujeres.

sentada delante del lugar que se habría quedado para siempre vacío. Sollozó al encontrar en la cesta la labor de Marietta.

Luego se calmó. Fue por la casa recogiendo todo lo que había pertenecido a Marietta: todas las labores abandonadas que ya nadie más habría continuado; cada uno de los objetos: hasta la bolsa, el libro de misa, el dedal. Por todas partes se asomaba algo: por aquí había colgado un mandil; por allí había un peine de tortuga. En la cama había llevado el pelo peinado sobre la frente y parecía de nuevo una niña...

Cada objeto un recuerdo; cada recuerdo un estremecimiento. “Su” habitación se convirtió en un relicario: los retratos de la hermana, que sonreía dulcemente, desde distintos marcos, los adornó con crisantemos y siemprevivas.

No quiso que se cambiara la disposición de los muebles. ¿La cama? Tenía que quedarse en su sitio. Las tías tenían que seguir durmiendo allí, en la habitación de al lado, como “antes”.

La tía Fifi se aventuró con timidez con la tía Vanna:

—Podría tener miedo al despertarse. Esa cama vacía...

Ella lo oyó. Lo oía todo con su oído tan fino.

—¿Miedo? ¡Miedo de Marietta! ¡Mi querida y adorada hermana! ¡Si pudiera volver a verla! ¡Aunque fuera sólo una vez!

Y acostándose suspiró:

—Mariettina... alma del alma mía...

El corazón le dolía de llamar a quien no habría respondido; y se dormía sollozando bajo las mantas para que no la oyera la tía Fifi.

Pensaba que todo fluye... y parece que siempre se tenga que esperar un acontecimiento bonito y que la vida tenga que ser infinita; y cada uno se siente necesario para los otros y luego, de repente, todo termina; se rompen el cariño, los sueños, las esperanzas que parecían grandes y la vida de los que se quedan retoma su curso inmutable...

También en su casa volvían, como criadas humildes y silenciosas, las viejas costumbres tan poco modificadas. Venía, muy de vez en cuando, alguna vecina o pariente que se unía para hablar de la muerta, reavivando con cantilenas pequeños recuerdos.

Con el tiempo empezó de nuevo a venir el tío Raimundo, por la tarde, como antes, a jugar a la escoba con el hermano, emprendiendo interminables partidas, durante las cuales no se oía más que el monótono “para ti, para ti” que susurraba el que repartía las cartas.

El tío Raimundo era el oráculo de la casa: no tomaban una resolución ni arreglaban una cuestión de familia sin haber oído antes su opinión; el mismo don Tano se había vuelto a poner a la voluntad de su hermano. Sólo que él, que tenía conciencia de su superioridad, no abría nunca la boca para decir cosas inútiles. No se parecía a don Tano que, tantas veces, para entretener a las mujeres, contaba alguna cosa insignificante que había ocurrido en el pueblo.

—El caballero Dara se ha traído un piano, de fuera...

Nadie respondía a su voz un poco tímida. Catalina, absorta en el trabajo, absorta en el vago fluctuar de varios pensamientos, no deseaba romper el letárgico silencio que le rodeaba el alma. Bordaba, incluso por la tarde, cuadros para su hermana. Sobre el fondo de raso de color pizarra trazaba una corona ágil para contener uno de los retratos de Marietta.

Al alba se ponía a trabajar y, nada más almorzar, se iba a ver el efecto que hacía un capullo o una hoja esbozada por la mañana. Perfeccionándose en bordar extrañas flores con todos los matices del gris y del color ceniza, vivía para sus tristes y pacientes labores, amadas como cosas vivas.

La tía Fifi observaba a la sobrina encorvada sobre el telar:

—¡Se nos va como la otra! —decía a la tía Vanna. — Y nosotros nos quedaremos sólo con los ojos para llorar... Ese pobre Tano, ...

—Si pudiéramos entretenerla un poco... Si pudiéramos conseguir que respirara un poco de aire...

—Yo incluso la llevaría al campo.

—¿De vacaciones? Pero ¿no piensas en los cotilleos de la gente? Si no hace seis meses desde que la difunta...

—Ni siquiera seis meses... —repetía la tía Fifi. — Pero Catalina así no va a durar.

—¡Raimundo debería traer a su hija!

Y tío Raimundo una tarde llevó a Nenè que acababa de volver del colegio Maria Adelaide. Pero Nenè se aburría: charló, chismeó, al principio con alegría, luego con tono punzante, mientras que Catalina seguía absorta con las manos unidas sobre las rodillas.

A lo mejor ni siquiera estaba escuchando.

¡No, Nenè no podía compadecer a su pobre prima!

Sin embargo, volvió al día siguiente, junto a la señora Elisabetta Picci, una forastera vestida con una larga chaqueta de terciopelo negro que hacía que se pareciera a un hombre.

—Es la mujer del profesor de italiano — explicó a la tía Fifi, mientras que la tía Vanna, muy confundida, atendía con premura la visita. —Es un poco extravagante, pero tiene un gran corazón, grande como el mar.

Catalina miraba con curiosidad y desconfianza a la recién llegada. Tenía dos mechones grises sobre la frente y manos muy delgadas siempre en movimiento; charlaba vivazmente, sin tomar aliento, replicándose a sus mismos argumentos: hablaba de gente conocida en Milán, que había encontrado en Florencia, y describía con una frase, con adjetivos que llenaban de color lugares y personas. Se interrumpía para exclamar:

— Pero ¿ustedes no salen nunca...? Bien, bien... lo sé.

O bien:

—¡Deberían moverse!

Pero no esperaba respuesta y continuaba con sus charlas. La tía Fifi se daba cuenta de que la curiosidad de Catalina era casi alegre y se lo agradeció a la desconocida. Quiso acompañarla ella y, mientras la tía Vanna iluminaba el descansillo y Nenè iba delante, siguió a la forastera, le sujetó las dos manos, mientras le pedía:

—Oiga... venga alguna vez... ¡Estamos tan solas!

—Vendré... Volveré...

Y la señora salió rápidamente, mientras la tía Fifi volvía a subir las escaleras agarrándose a la barandilla y parándose en cada escalón por la congoja que le mordía el corazón.

La tía Fifi tenía miedo de no volver a ver a la forastera.

¡Una señora como esa, que viene del continente, que ha leído y ha viajado, se aburre — exclamaba cada poco — entre nosotros que no sabemos hablar de nada!

Pero la señora Elisabetta volvió sin la compañía de Nenè.

La tía Fifi, que fue a abrir, la recibió con alegría.

—¡Catalina...! ¡Vanna...! — las llamó.

En el pequeño cuarto de trabajo se sintió un alegre movimiento de las sillas, un vivaz parloteo:

—Qué suerte, qué suerte...

Estaba también don Tano; y el hermano y las hermanas miraban a la señora Elisabetta con ansiosa admiración, como si le trajera alegría a su Catalina. Tenían pocas ganas de conversar, pero intentaron de todas las maneras mostrarse agradecidas: le ofrecieron café, conservas de fruta; luego Catalina le enseñó el telar.

La señora Elisabetta se quedó perpleja.

—Bien, bien... —exclamó agitando las manos. — Yo no he trabajado nunca al telar... Pero sé de qué hablo...

La llevó al salón que estaba completamente cerrado en la oscuridad, donde se respiraba un pesado olor a moho y a flores marchitas.

A la poca luz de una persiana abierta se mostró un retrato, grande y claro, que ocupaba toda una pared.

—¿Lo ve? Es el más bonito. También le voy a hacer una corona de crisantemos. Pero será un trabajo más largo.

La señora Elisabetta escuchaba, enmudecida. Luego exclamó, evitando mirar a la figura del retrato que parecía desprenderse, tan claro, de la oscuridad:

—Bien, bien... Pero ¿este no es el salón? ¿La habitación de los amigos?

—Sí. Y ¿qué? Está en todas las habitaciones.

La llevó a la habitación para que viera otros dos retratos cubiertos con un velo. Levantó el velo para mostrar las coronas sin color, pacientemente bordadas.

—Bien, bien... —exclamó la señora Elisabetta volviendo al cuarto de la costura. —Usted se va a poner mala. ¡No puede vivir así!

¡Vamos que si se necesita otra cosa! ¡Debe ser muy joven! ¡¿No?! —continuó con la cabeza con aire descontento e impaciente. — Yo también he perdido a mi madre, a mis hermanas... a un tío muy querido..., a tantas amigas... ¡Tengo un cementerio en el fondo del corazón! ¡Pero no sobre el corazón!

En el corazón he sembrado la vida. ¡Hay que tener valor! Luego he pensado en casarme... ¡He ido de aquí para allá! ¡La juventud tenía sus propios derechos! ¡El moho no se pega a lo nuevo, sino a lo viejo!

A Catalina le dolieron esas expresiones que ofendían la memoria de su hermana, que le herían los oídos como si se tratara de notas demasiado agudas. Se arrepintió de haberle enseñado sus labores y, agotada, se propuso no volver a ver nunca más a la intrusa.

Sin embargo, la señora Elisabetta volvió al día siguiente, vino cada día a la misma hora y fue venciendo, poco a poco, la desconfianza de la chica y, la más sorda, de la tía Vanna.

Conocía a medio pueblo y venía siempre con recados y encargos: tenía que llevarle un libro a la baronesita; la esperaba doña Menicuccia que tenía a un niño malo; tenía que echar una carta de don César que no podía salir...

—¡Cuando puedo serle útil a alguien soy feliz! — repetía con entusiasmo. —¡De esta manera pienso menos en mis problemas!

Insistía para que dejaran salir a Catalina:

—¡Una buena caminata al sol!

—Pero ¡bromea! ¡Todavía no ha pasado un año! —decía la tía Vanna juntando las manos.

—¡Entonces nada de sol! ¡Al claro de luna! La gente no la va a ver. Que me den también a mí un chal. ¡Quién va a pensar que la señora Elisabetta vaya arrebujaada en un chal!

Las viejas sonreían ante la alocada propuesta. ¡No habrían dejado salir nunca a la sobrina, ni nunca la habrían dejado salir sola con una forastera!

Sin embargo, una tarde se convencieron: se rieron de corazón y fueron a llamar a don Tano para que viera a la señora Elisabetta con el chal.

—¡Vayan por el Sinibbio, por favor!

—Y tú, Catalina, ¡no abras la boca hasta que estéis en el pueblo!
¡Alguien podría reconocerte la voz!

La chica se agarró al brazo de su acompañante. Se asustaba cuando se encontraba con caras de conocidas y se echaba el chal sobre los ojos al pasar bajo una farola hasta que salió al paseo.

Había una luna llena que se asomaba por los chopos; las ranas croaban en el pantano; lejos ladraba un perro. La primavera estaba en el aire. Catalina respiró con avidez.

—¡Te vas a poner mala! —repetía la señora Elisabetta. —¿No entiendes que necesitas vivir?

Catalina parecía que se iba despertando.

—¡Lo que aquí se necesita es un guapo mozalbete!

—¡Oh! — exclamaba Catalina, retirando el brazo, casi ofendida.

Permanecía callada. Pero la hora y el lugar le infundían una vehemente necesidad de abrir su corazón.

—Ve — murmuraba — me parece, algunas veces, que mi alma es de color gris ceniza, que todo, a mi alrededor, es gris ceniza. Y ¿usted se maravilla porque conozco todos los matices del gris? No me gustan los demás colores. Si veo personas vestidas de claro, mis ojos se tienen que acostumbrar, como ante una luz demasiado fuerte. No pienso dejar el luto. Lo tengo dentro del alma. ¿No ve nuestra casa? ¿No le parece oscura? Todos escapan. Ni siquiera Nenè ha vuelto a venir...

—Nenè tiene razón — proseguía. —Se aburre de estar conmigo, porque no tengo nada que decir, porque vivo en una casa de viejos, recordando a la pequeña adorada...

—Bien, bien — interrumpía la señora Elisabetta. —Melancolías de muchachas...

La impaciente exclamación rompía el triste encanto. Catalina enmudecía de nuevo, suspirando, arrepentida de haber hablado de sí misma.

Pero la vieja señora — que se había propuesto entretener a Catalina, hacerle bien, costase lo que costase — iba directa a su

objetivo, sin preocuparse por los dulces desahogos y los imprevistos y obstinados silencios.

Cada tarde se quitaba el sombrero para envolverse en el chal y hacía trotar a su protegida hacia el Sinibbio.

—¡Pero no se por qué tenemos que huir de la gente de esta manera! — refunfuñaba con la tía Fifi. — ¡Como si no bastase con el chal que me quita el aliento!

Luego añadía:

—¡Un tesoro, su sobrina! Pero está enferma. ¡Si yo fuera un hombre me casaría con ella en el acto y la llevaría a viajar por Italia!

La tía Fifi sonreía.

—¡Gracias! ¡Gracias! Empieza a estar mejor. ¡El paseo de la tarde hace que cene con apetito! ¡Y trabaja algo menos a ese bendito telar!

Un día la señora Elisabetta se presentó con aire misterioso e hizo una señal de que les tenía que decir algo con mucho secretismo.

En cuanto mandaron a Catalina a preparar el café, las dos hermanas se arrimaron a la señora Elisabetta quien, mientras atormentaba la cadenita de oro de las gafas y llevaba hacia atrás los dos mechones grises, les hizo una confidencia.

Las viejas se quedaron atónitas.

—No habrá ocasión mejor. Un joven serio, que promete mucho. Tiene familia en Verona. Que les informe la familia Pavonetti, de Verona.

—Nosotras tenemos un sobrino militar por allí —se acordó la tía Fifi. —Le podemos escribir.

—¡Un empleado como marido...! —interrumpió la tía Vanna. —Un forastero...! ¡Irá de aquí para allá!

—¡Oh! ¡Verá Italia! ¿O es que tiene que vegetar siempre en esta casucha, peor que una seta? Y, además, él podrá establecerse en Palermo, en Messina, donde quieran...Progresará. Mi marido le quiere como a un hijo. Que la quiere conocer, le repito. ¡Fíjese!

Las viejas se miraron con perplejidad.

—¡Conocerla! Decirle, sin rodeos, que un jovencito la quiere...

¿Meterle en la cabeza algunas ideas? Y ¿si luego no se llegara a nada?

—Se llegará. El joven es serio. Pero ¿qué se creen? ¿Les hablaría yo así si no lo apreciara?

Se lo dijeron a don Tano que se mostró confundido:

—Por su amor... ¡claro que sí!... Pero que nos aconseje don Raimundo.

Don Raimundo había conocido al profesor Pavonetti en el Casino. ¡Vamos que si era un buen partido! Pero había que tomar precauciones, informarse.

Y don Raimundo escribió y reescribió. Pronto pudieron saber que Pavonetti, de una familia que en Verona gozaba de la estima de todos, era un joven inteligente y honrado.

—Y ¿Catalina?

Con Catalina habló la tía Vanna.

—Sabes... Un jovencito honrado... Una verdadera suerte...

Incluso lo dice el tío Raimundo.

—Pero ¿si nunca me ha visto? ¿Si yo no lo he visto nunca?

—¡Os conoceréis...!

—¿Dónde?

¿¡Dónde?! ¡Eso no lo había pensado nadie! En casa no se podía proponer, ni en broma: si luego no se prometieran, ¿cómo iban a justificar la visita de un forastero?

—Podrían venir por la tarde... tarde... — propuso la tía Fifi tímidamente.

—¿De contrabando? ¿En nuestra casa? ¿Has perdido la cabeza?

—Necesitamos una casa neutral — dijo el tío Raimundo interpelado.

—¡Exactamente! —repitió don Tano. — Una casa neutral.

—Pero... —interrumpió la tía Vanna.

— ¡Con tranquilidad! Vayamos por orden —comenzó don Raimundo extendiendo las manos como para evitar un invisible obstáculo. —Ya está. En mi casa no llamaría la atención porque muchas otras veces algún amigo forastero viene a ver mi colección de sellos.

Yo le invito con esa excusa. Tú, —añadió dirigiéndose a su hermano — tú estarás ya en el salón con tu hija. Estará también Nenè, mi mujer... Tendréis tiempo para conoceros. Naturalmente cada uno de nosotros hará como si no supiera nada... Un encuentro fortuito... Luego, cuando él manifieste sus impresiones al marido de la señora Picci, entonces decidiremos.

—¿Habéis visto? — suspiró la tía Vanna. ¡La cuestión más intrincada, con el ojo de Raimundo parece una adivinanza para niños!

Pero Catalina se desalentó. No había salido nunca —más que unas pocas veces, por la tarde, por el campo, con la señora Elisabetta; no veía gente nueva desde hacía tanto tiempo... Y ahora tenía que ir a casa de su tío para conocer a un hombre... Y conocerlo, encima, para... ¡No! ¡No!

La tía Fifi, al ver el futuro de su predilecta en una luz de felicidad, insistía.

La señora Elisabetta, informada de todo, se entusiasmó, como cuando había que hacer un bien.

—¿Dices que no? ¡Pero tonta! ¡Lo sabes tú que vas a conocer a Pavonetti! Y como si los demás no lo supieran. ¿Entiendes? ¿Qué cosa más natural que una visita a tus tíos? Y ¿él? Él pensará que tú no lo sabes... ¿El salón? Pero ¿por qué? ¿no es posible encontrarse en un salón? ¡Qué tonterías! Venga, ¡como una buena chica! ¡Mejor piensa en ponerte guapa mañana por la tarde!

Pero Catalina, en vez de ponerse guapa, se arrodilló para pedir que iluminaran su mente. Luego quiso rezarle también a su hermana muerta. Los recuerdos surgían, pobres y confusos, como voces lejanas sin eco, como perfume de rosas marchitas. Pensaba que el tiempo pasa; pasa y parece siempre igual. Y también la gente se da prisa. Y alguno se para en el mejor momento; cae; otras personas llegan y se van, sin mirar para atrás. Y los muertos... ¡Oh! ¡Cómo se olvida a los muertos! Y, sin embargo, a cada uno le parece que la vida tiene que durar infinitamente. También Marietta había soñado y esperado. Y ella, Catalina, había jurado que no la iba a olvidar nunca; y, sin embargo, desde hace algún mes, por la frívola

compañía de una intrusa, ¡casi se había alejado de la memoria de la pobrecita!

A pesar de todo, ella le sonreía, dulcemente, sin rencor. La volvió a ver, a través de un velo de lágrimas. Murmuró:

—¿Me perdonas de verdad?

Recordó el rostro del desconocido que había mirado a su hermana, deteniéndose bajo el arco.

Pero si ella hubiera vivido...

Ahora le decía, con la sonrisa triste:

—Vive tú que estás aquí. Quizás el amor...

Catalina se levantó de rezar, sin haber rezado.

Hasta esta noche, pensaba. Y se ruborizaba ante sus pensamientos desnudos. ¡Qué ganas de sol y de aire libre! ¡Esta tarde! ¿Guapo o feo? ¿Rubio o moreno?

Era alguien. Alguien que la quería, que había mirado también a Marietta esa tarde lejana. Era el amor, misterioso y potente que la habría llamado.

La tía Fifi la peinó. Luego cogió un vestido bueno, el mismo que le habían hecho para el luto de su madre.

La falda le quedaba un poco grande, las mangas demasiado cortas, el corpiño, demasiado amplio, le hacía dos arrugas en los hombros.

—No está mal —concluyó la tía Vanna.

¿El sombrero? ¿Iba a salir por primera vez con sombrero?

Se arrebujo en el chal y esperó a que fueran las ocho. El padre, con el gabán nuevo, paseaba lentamente por el pasillo. Las tías hablaban en voz baja. Esperaban, como el que espera partir hacia un lugar desconocido y lejano.

Catalina sintió un escalofrío. En la hora melancólica se arrepintió de haber dicho que sí. Oyó la voz de su padre: —Vamos.

También las tías se levantaron, pesadamente, para acompañarles hasta la puerta.

—¡Adelante! ¡Pase usted!

— El profesor Pavonetti... mi mujer, mi hija. Mi hermano Gaetano Fàvara, ni sobrina Catalina Fàvara.

Se sentaron todos en círculo, un poco cohibidos. Don Tano miró a su hermano como para decirle: —¡Empieza tú! Y don Raimundo, sabio y complaciente, encaminó la conversación. Buscó una postura cómoda, se dio un golpecito en las rodillas para que saltara un pelo y luego preguntó mirando la caja de sellos preparada sobre una mesita:

—Entonces, ¿lleva aquí poco tiempo?

—Tres meses.

—Se encontrará mal, ¡acostumbrado como está a los grandes centros!

—Hasta ahora, sí, ¡la verdad! Pero ¡espero encontrarme bien en el futuro! — respondió el profesor mirando a Catalina.

—Y luego, ¿se irá lejos? — continuó don Raimundo.

—Depende. Si paso al instituto podré incluso establecerme en Palermo.

Y se puso a hablar de los exámenes, las oposiciones, los títulos, las publicaciones, anunciando que estaba preparando un estudio sobre la “reforma de la educación”.

Catalina no escuchaba. Sentía sobre sí los ojos del desconocido que la examinaba fríamente, sin simpatía y sin indulgencia.

Pensaba al objetivo del encuentro y se ruborizaba. Se vio los brazos largos en las mangas demasiado cortas; le pareció que tenía un pecho enorme, un cuerpo enorme. Sintió una especie de vergüenza al sentirse allí, en ese salón, expuesta a la mirada de un desconocido que la observaba para luego referirle sus consideraciones al marido de la señora Elisabetta. Nenè hablaba animadamente.

—¿Palermo? Sí, he estado allí seis años. Pero en un internado, ¡imagínese! ¿En el foro Itálico...? ¡Oh! ¿Volver allí otra vez? ¡Ójala! ¡No sueño con otra cosa!

Catalina sufría menos ya que la prima reclamaba la atención del profesor. Pero en cuanto los ojos de ese hombre, que todavía no le había dirigido la palabra, volvían a posarse fríamente sobre su persona, se apoderaba de ella de nuevo la angustia y la vergüenza.

¿Por qué había venido a representar un papel en la comedia? Sintió un agudo disgusto por sí misma y por los que la rodeaban.

¿Habría tenido que ser ese su prometido? ¿Por qué? Un hombre cualquiera...

No el que había soñado por la calle del Sinibbio, en el voluptuoso tepor de primavera.

No. No.

Pero, entonces, ¿para qué quedarse ahí?

Le preguntaban algo.

—No, gracias — respondió distraída, sin dirigirse a nadie.

—El profesor te pregunta si te gusta viajar.

—¿Viajar? — repitió, confusa y azorada. —Creo que me gustaría. No he viajado nunca. Tenía que estar muy torpe en ese rincón del sofá. ¿Le podría alguna vez interesar a ese hombre? No, no le habría interesado nunca. No habría interesado nunca a nadie. La cabeza le martilleaba; era como el que va en un carro, por la noche, y con dificultad puede ver lo que tiene delante, y de vez en cuando, se encuentra sacudido, por un brutal salto por los cantos desiguales.

¿Desde hace cuánto tiempo sufría de esta manera?

Miró a su padre para decirle: —¡Vámonos! —con un gesto. Pero el padre estaba completamente absorto, con su habitual expresión de cordialidad, mientras estudiaba a su futuro yerno. De repente, le impresionó el rojo del mandil y el negro del pelo de Nenè. Rojo y negro, negro y rojo llenaban la habitación, hacía que le lloraran los ojos. Tuvo miedo de echarse a llorar delante de todos.

Por fin, el padre se daba la vuelta. Le hizo un gesto liberador.

—¿Os vais?

—Es tarde. ¡Mis hermanas nos esperan! —murmuró don Tano mirando de reojo y con inquietud a su hija.

No les entretuvieron.

El aire frío, que le azotaba en la cara, detuvo las lágrimas de Catalina que caminó maquinalmente, con las rodillas tembolorosas. Padre e hija no se dijeron nada. Don Tano sentía que no tenía que decir nada. En casa Catalina se irritó porque la tía Fifi le hacía preguntas.

Se encerró en la habitación: se desvistió con prisa como si

tuviera miedo de que no le diera tiempo; se metió en la cama fría con un largo escalofrío y, cuando se quedó inmóvil, con la cara en la almohada, lloró desconsoladamente.

Rojo y negro, negro y rojo, la risa de Nenè, que sabía vivir, la tenía delante, en la oscuridad, a través de los párpados cerrados.

La tía Vanna, en la cocina, preguntaba a su hermano:

—Pero, ¿cómo ha ido? ¿cómo es él?

—Él es simpático. Ha ido bien, hasta un cierto punto. Luego se ha puesto a hablar con Nenè. Catalina le ha debido gustar. Hablaba con Nenè para salvar las apariencias. Ella estaba muy callada... Creo que le ha dado algo de celos. Pero veremos mañana. Yo diría...

—Yo diría — interrumpió con insolencia la tía Fifi, —que si no se llega a un acuerdo, nos la llevamos al campo. ¡Tiene los nervios rotos! Un luto tras otro... No se ha elegido bien el momento adecuado... Y, además, no se ha preparado bien. Como si la hubiéramos mandado a la feria...

¡Bien decía yo!, ¿queréis volvérmela loca?

Pero al día siguiente por la mañana no volvieron a hablar del campo. Catalina se levantó serena, tranquila; triste, sí, como siempre (como era por naturaleza); un poco pálida, sí (pero ¡era tan grácil!)

La tía Fifi comenzó, animada:

—Tu padre ha dicho que ese profesor...

—Oye, tía, —dijo Catalina muy calmada —el favor más grande que me podéis hacer es no hablar más de eso. No me gusta.

—Pero, ¿por qué? Tu padre...

—Es feo... Tiene unas orejas, además... — añadió, como para justificarse. —Yo no tengo el valor de decírselo a la señora Elisabetta. Habla tú por mí. Dile lo que quieras.

La señora Elisabetta, por la impaciencia, llegó de repente, antes de lo habitual:

—Y ¿Catalina?

—En su habitación. Ahora viene.

—Ayer por la tarde no ha ido muy bien. Pero a lo mejor...

La tía Vanna, que no estaba preparada, se ruborizó. La tía Fifi explicó tímidamente:

—No le ha gustado.

—¿No le ha gustado?

—No... Es feo... Tiene unas orejas grandes ...

—¿Rechaza un partido como ese porque tiene las orejas grandes?
¡Es pueril! ¡En vez de agarrarse a la suerte...!

Miró alrededor, indignada, irritada, y después de un minuto se despidió.

Espació sus visitas y, con el tiempo, poco a poco, no se la volvió a ver, al haber perdido el aprecio por una chica a la que le importan las orejas del prometido...

¡Vete a ayudar a algunas personas!

Catalina volvió a su telar; empezó a bordar, sin muchas ganas, el cuadro para el retrato grande de Marietta.

No se maravilló cuando le dijeron que Nenè se había comprometido con el profesor Pavonetti. No se quejó de que sus días volvieran a ser como antes; y lo vio natural que la señora Elisabetta hubiera terminado por aburrirse de ella.

Como ya había pasado un año de luto y las tardes de otoño eran hermosas, para accontentar a la tía Fifi empezó a salir con su padre después de cena. Caminaban hacia el Sinobbio, lo suficiente para tomar una bocanada de aire. Junto a su padre, que iba callado empujando las piedrecitas con el bastón, Catalina caminaba por el paseo solitario, sin aburrirse demasiado y sin disfrutar, siguiendo sus serenos pensamientos, añorando su dulce sueño muerto como su madre, muerto como Marietta, mientras el tiempo pasa y la gente que sabe vivir se da prisa y no mira atrás.

XIII

La aventura

(Il guinzaglio)

A última hora había poca gente porque, de las cuatro ventanillas, quedaba abierta sólo la que le habían encargado a Rosalba Mannelli. Tras el trasiego de la mañana, tras la extenuante fatiga, Rosalba cogía un libro que tenía escondido en el cajón de los sellos y, al abrirlo, en seguida tenía la impresión de que respiraba con más libertad. De esta manera, seguía los acontecimientos de los personajes novelescos tan ensimismada que muchas veces la gente tenía que llamar al cristal para que volviera en sí. Aunque la interrumpieran bruscamente, Rosalba no se mostraba nunca enfadada. La serenidad de su espíritu era inagotable, casi comunicativa, e incluso los más toscos no podían por menos de despedirse o darle las gracias cuando Rosalba les entregaba el recibo o “recepción de la correspondencia” con su bonita sonrisa que resplandecía en los dientes grandes y blancos, en los ojos azules cargados de dulzura.

Gigi Lavagna, que estaba sentado al lado, en la ventanilla de los giros postales, le decía:

—Tiene usted tanta paciencia porque es la primera vez que está en esta oficina. Con el tiempo se volverá usted también más desagradable.

Y la miraba con una especie de insolencia, con un puro en la boca.

—¿Lleva usted mucho tiempo en este trabajo? —decía Rosalba, para desviar esa mirada tan fija que le provocaba un cierto malestar.

—¿Yo? —respondía Lavagna. —¡Algún día le contaré mi historia!

Rosalba le miraba de reojo a su vez mientras observaba, con

una mezcla de curiosidad y de piedad, las arrugas sutiles, quizás precoces, de su compañero de trabajo.

—Y usted, ¿cómo ha caído en esta cárcel? —preguntaba Lavagna.

—¡Oh! —exclamaba Rosalba, y su sonrisa se convertía en una expresión de orgullo, pensando en su padre tan mayor, en sus hermanos tan pequeños, a los que, finalmente, les podía ayudar con su sueldo.

Gigi Lavagna, cuando las tres ventanillas se cerraban y se abandonaban las dos sillas, se quedaba a trabajar: que él nunca estaba listo para entregar las cuentas de la caja.

—¡Ya estoy aquí! —se excusaba. —Es increíble cuánto trabajo se acumula por la mañana.

Y, mientras el jefe de la oficina volvía a la salita, él contaba el dinero, abría registros, hojeaba documentación, siempre muy atareado. Pero, enseguida, reducía su actividad y se quedaba, inmóvil como un gato, observando a Rosalba que leía absorta. No se saciaba nunca de examinar su fino perfil, la curva del cuello desnudo y rubio que desaparecía en el cuello del corpiño de terciopelo.

—¿Tiene una pluma nueva, por favor?

—No, pero puede utilizar la mía.

—¿Qué está leyendo?

Rosalba le mostraba el libro: una respetable novela de Anton Giulio Barrili.

—¡Se está dejando los ojos al leer con esta luz!

—¡Me gusta tanto!

—A mí también me gustaba. ¡yo tenía madera de un poeta...! Le contaré mi historia. ¡Nada que ver con esos libros!

Y suspiraba, por el gusto de ver cómo se abrían de sorpresa los ingenuos ojos azules cargados de piedad y de dulzura.

Rosalba venía sola a la oficina, con la luz del día (las ventanas parecían iluminadas por un rayo de sol, cuando ella llegaba); pero, por la tarde, si le tocaba el turno hasta las ocho, venía a buscarla su madre, una viejecita vestida de negro que llevaba los mitones de hilo, incluso en invierno, y una capota con lazos. Una tarde, como

no llegaba, Lavagna le propuso:

—¿Le acompaño yo?

—Gracias, pero mejor la espero.

—Como quiera. Pero la oficina está cerrando.

—Esperaré fuera.

—¿Tiene miedo de mí? Soy un caballero.

—Pero ¿qué dice?

La oficina se cerró y en la acera, con la gente que miraba al pasar, el tiempo se le hizo eterno.

—¿No ve que no viene? —insistía Lavagna. —¡Una señorita inteligente como usted no debería sentirse esclava de esos prejuicios!

—¡Aquí está! —exclamó Rosalba triunfante. Y sin despedirse del compañero, corrió hacia la figura encorvada de su madre.

Al día siguiente él se mostró ofendido.

—Le estaba haciendo compañía y usted me ha plantado sin despedirse, ¡ni que fuera un sinvergüenza!

La queja mortificó a Rosalba que, desde ese momento, fue más afable con él para que la perdonara.

Una de las compañeras empezó a picarla:

—¿Se ha enamorado de ti esa cara bonita?

—¡No digas tonterías!

—¿Y tú te has enamorado de él? De un sinvergüenza.

—¡Ya basta!

La piedad por las arruguitas de Lavagna se convirtió casi en ternura. Escribiendo “Envíe esto de fulanito a menganito...” veía obstinadamente, sin mirarle, al que tenía al lado. Imaginaba que un día le habría dicho: “¿Nos casamos, Rosalba?”.

Le habría respondido: “¡... Venga a casa...!”

Y luego, ¡adiós “correo certificado”, adiós a la distribución de correspondencia! Rosalba es una esposa feliz que tiene niños sanos y guapos...

El futuro transcurría dulcemente, sin gran dificultad, como en las respetables novelas que tenía en el cajón de los sellos. Y Lavagna no tenía ya tantas arrugas, ya no era tan anciano. Era él el que había

animado, sin cara y sin palabras, sus sueños de amor.

—¿Tiene un trozo de papel secante?

—Aquí tiene. Siempre le falta algo, ¿verdad?

—¡Lo ha adivinado!

Le hablaba con un tono de voz particular, un poco arrastrado, y Rosalba se ruborizaba, confundida, con la extraña impresión de que le fuera a decir, de un momento a otro, en presencia de todos: “¿Nos casamos?”.

Rosalba se convirtió en el pasatiempo de la oficina. Las compañeras se hacían guiños, incluso los botones se reían entre ellos, cuando Lavagna se dirigía a la señorita Mannella. La envidia y el cotilleo se escurrieron como culebras entre los registros y los resguardos, llegaron hasta la salita donde trabajaba el jefe de la oficina, que un día llamó a la señorita Mannella para hablar con ella a solas.

—Por su bien —le dijo el jefe de la oficina, un poco avergonzado. —Lavagna le hace la corte... La oficina... También por respeto a la oficina... Y por usted, que es una joven irreprochable. Sobre todo porque Lavagna tiene mujer e hijos...

Se había dejado engañar, estúpidamente.

—¿Me da una pluma?

Le pasaba la pluma sin hablar, sin levantar la cabeza, y en los momentos de ocio, fingía estar leyendo, con la cara entre las manos, los ojos fijos en la misma línea.

Pensaba: —La verdad es que él no ha hecho nunca nada para que yo me ilusionara, pobre hombre. La culpa la tiene mi imaginación.

Pero le faltaba oír la verdad de su boca. Y le dijo:

—Es Navidad. ¿Ha pensado en el aguinaldo para los niños?

—¿Qué niños?

—Los suyos, ¡esta sí que es buena! y los de su mujer.

Lavagna se puso triste y no respondió de inmediato. Rosalba esperó ansiosamente.

—¿Quién le ha dicho que estoy casado?

—No es difícil saberlo... —murmuró Rosalba, mirando de reojo al empleado que hojeaba nerviosamente un paquete de recibos.

No había duda.

Bueno, pues un capricho menos.

Dándose cuenta de que había dejado que volara demasiado su fantasía y que había hecho reír, y tanto, a sus compañeras, se mostró menos azorada: se entretuvo a charlar y a bromear con Lavagna, pero ya sin confundirse.

Ahora que sabía que estaba casado, ya no lo veía dentro de la aureola de sus sueños. Era un hombre como los demás.

Además, como él había dejado de ser amable y le hablaba muy serio, todos se convencieron de que ya no la estaba cortejando. Y Rosalba se quedó tranquila.

Una tarde que llovía a cántaros y que la madre tardaba, Lavagna observó:

—No tiene paraguas. ¿Le acompaño yo?

—Como quiera —aceptó Rosalba.

Se dirigieron del brazo, mal cubiertos solo por un paraguas. Rosalba estaba aturdida porque llovía a cántaros, pero sobre todo porque iba caminando sola con un hombre.

—En tranvía no —dijo. —Me daría vergüenza si me viera alguien.

—¿... Conmigo? ¿Porque puedo ser su abuelo?

—¡Tanto como mi abuelo!

Rosalba se rio. La novedad le gustaba muchísimo: ¿había llegado finalmente el momento de una pequeña aventura que interrumpiera sus sosas y agotadoras jornadas en la oficina?

Pero ¡en el tranvía, no, ahí no!

—Hasta aquí va bien —exclamó después de un ratito. —Estos pocos pasos los doy yo sola.

—¿Sin paraguas? Ahora ya —bromeó Lavagna, apretándose al brazo de Rosalba, — no se puede escapar.

La calle, negra y reluciente, bajo las lámparas teñidas de color celeste, estaba casi desierta.

—Llueve poco —dijo Lavagna. —Es mejor que continuemos. ¿Quiere tomar un ponche?

—Pero ¡¿qué idea?!!

—¡Un ponche que la reconforte completamente!

—No, en casa están preocupados.

—¿Por unos pocos minutos de retraso?

—Y, además... no está bien.

—Una señorita inteligente como usted no es esclava de ciertos prejuicios.

Mientras le decía estas cosas, Lavagna metía a Rosalba en un callejón.

—¿Dónde quiere usted ir?

—Aquí hay un café que yo conozco.

—Yo no voy a ir.

—Pero, si no nos ve nadie...

Bajaron por el callejón estrecho, oscuro y desierto. Lavagna repetía como si hubiera tenido que convencer a un niño:

—Ya estamos ahí. Ya estamos muy cerca... Ya estamos ahí...

Y, mientras tanto, intentaba alargar el brazo en torno a su cintura.

De repente, Rosalba tuvo miedo.

—¡Qué maneras!... —exclamó, parándose: la luz lívida de una farola, en el callejón, destacó con violencia la cara arrugada de él, transformada – sus ojos que no habían brillado nunca con tanta maldad, allí, en la oficina...

El miedo se convirtió en temblor.

—Volvamos —murmuró, intentando apartarse. Pero él, que había conseguido agarrarla por la cintura, la apretó con más fuerza, sujetando siempre el paraguas con una mano, tranquilamente. —Aquí está, ¿lo ve? Nos quedaremos solos. Nosotros y nuestro corazón. Este corazoncito...

Pero Rosalba, que parecía enloquecida de miedo, no oía más que el ruido del agua de los canalones, en el silencio; no veía más que los ojos brillantes de él; no sentía más que ese calor nuevo, impuro, que desde el costado serpenteaba por todos sus miembros. Se paró, decidida, y se vio arrastrada un poco por el brazo del hombre que la sujetaba sin esfuerzo.

—¡Déjeme, déjeme!

—¡No grite! ¡Qué estupenda que es usted!

Se arrodilló en el barro para aumentar la resistencia: le dio un mordisco mientras gemía.

Él la soltó sofocando una blasfemia.

—¡... Váyase sola! ¡Vaya a urdir una novela ahora! Pero qué se creía...

Pero Rosalba ya estaba saliendo del callejón a toda prisa, sin escucharle; el callejón interminable del que no habría salido nunca. Tenía la sensación de que la oscuridad y la altura desmesurada de las paredes sucias y lúgubres la habrían engullido.

La subida y el pesado barro en la falda entorpecieron su carrera.

Volvió a escuchar el ruido de la calle ancha y bien conocida, volvió a ver la pálida luz celeste.

Ahí estaba, a poca distancia, el comedor, templado e iluminado.

Es verdad que alguien había salido para buscarla...

Tuvo la impresión de que la paz de ese comedor, en casa, ya no tenía que ver con ella; y al agua, que le estaba mojando el pelo, el cuello, las manos, se mezcló alguna lágrima.

Sin darse cuenta, llevaba las manos en cruz sobre el corpiño empapado.

No. No había sucedido nada. Pero la vergüenza y el dolor la quemaban el alma - y sentía que había perdido, de repente, la alegre y serena visión del amor esperado en vano.

Entreabrió los ojos al acercarse al portal para no mirar a la gente que se había refugiado en el atrio hasta que escampara; para no volver a ver la expresión de Gigi Lavagna que le parecía distinguir - para siempre - en la cara de los hombres.

XIV
América
(Il guinzaglio)

Que Petru pudiera volver, Venera ya no lo pensaba desde hacía tiempo. En San Miguel hacía justamente ocho años, y ocho años son muchos. Cuando pasa el verano y pasa el invierno, pasan las Navidades y vuelven otras, uno se olvida hasta de los muertos.

Antes... ¡eh! antes creía que se iba a morir.

Había llorado, había gritado, se había quedado en ayudas durante días enteros, como si en casa estuvieran en los días del *consòlo*⁴⁰.

Pobre y desamparada no había esperado otra cosa que enfermedades y muerte. La primavera la recibió con fiebre y el sol la invitó a sentarse ante la puerta.

¡Una vida de sufrimientos! Petru escribía una vez al mes y le enviaba algunas liras. Él se había ido con la intención de hacerse rico y, sin hablar nunca de la vuelta, cerraba cada una de las cartas con las mismas palabras: “Yo estoy bien y espero que tú también. Trabajo como un animal, pensado en mi casa y a veces me gustaría tener alas para volver”.

—¡Alas! — repetía Venera irritada. —¿Necesita alas? ¿Se ha olvidado de que su mujer está desperdiciando lo mejor de la juventud esperándole? ¿O no lo sabe que una mujer con veinticinco liras al mes no puede mantenerse?

Cada carta daba rienda suelta a que se desahogara con Brasi, el zapatero, que vivía en la casa de al lado. Ella hilaba, él trabajaba

40 Uso funerario del sur de Italia. por el que parientes y amigos de la familia de un muerto ofrecen comida en la casa del difunto durante los primeros tres primeros días del luto en los que la lumbre tiene que estar apagada. Se llama “consòlo” porque se “consuela” a la familia en luto con la comida.

el cuero; ella suspiraba, él la consolaba. Pero le hacía bien saber que una persona en el mundo conocía sus aflicciones. Incluso por la noche, cuando la calle estaba solitaria y el farol proyectaba su luz amarilla sobre los cantos grandes y en las casas oscuras, Brasi venía y se sentaba junto a Venera, en el escalón. Traía su cena: un trozo de pan y un poco de queso o un ajo.

—¡Tome! —le decía partiendo el pan.

—Se lo agradezco, señor Brasi, pero ya he cenado.

—¡Pero qué me está diciendo! ¡Si tiene los labios blancos!

—¡Pero yo no se lo puedo devolver! ¡Pobre señor Brasi! —decía Venera hincando los dientes con avidez. —Mi casa, ya lo sabe... se puede recorrer en un santiamén. ¡Sólo hay miseria en cada rincón!

Y cenaban juntos, casi contentos, aunque se sintieran los más pobres y más abandonados de la calle, mientras todas las puertas estaban cerradas y todas las familias reunidas en torno a un caldero humeante. La luz ahora se deslizaba por los cantos grandes, luego se quedaba como recogida y empequeñecida en la farola. Sólo las estrellas podían verles desde allí arriba, desde el cielo oscuro.

Venera iba a confesarse muy a menudo; mientras intentaba convencer al confesor para que le diera la absolución, gemía tras la celosía:

—¡Oh, padre! Soy como una caña movida por el viento, como un ermitaño entre las tentaciones...

Y padre Olivaro, que era viejo y santo, la reñía con fuerza y luego, al verla arrepentida, le daba la absolución. Y Venera se marchaba con el alma más ligera.

Pero, poco a poco, se alejó del confesionario y, cuando se encontraba con el padre Olivaro, se envolvía en su esclavina para no saludarle. Incluso ya no se enfadaba cuando recibía las cartas. Se resignaba. El tiempo pasaba y pasaba; a veces casi se olvidaba de que tenía un marido en América. Si las vecinas le decían:

—¡Eh, Venera! ¿Y su marido?

—Volverá cuando Dios quiera... —respondía ella. Pero lo decía con la boca chica.

Con Brasi parecían marido y mujer. Brasi le daba el poco dinero

que tenía y le decía:

—Hazme un poco de sopa. El pan seco no me apetece esta noche.

Y, cuando las vecinas cerraban la puerta, entraba en la casa de Venera.

Ella le tenía mucho respeto. Lo servía como si fuera su amo y no se compraba ni una madeja de hilo sin pedirle permiso.

Alguna vez Brasi la pegaba. Ella no se rebelaba; no añoraba a su marido ni siquiera en esos momentos tan malos. Brasi o Petru, era lo mismo. Petru, que estaba siempre de un humor lúgubre y violento, en los dos años de matrimonio la había pegado como a un burro. Sin embargo, Brasi, un poco más enfermizo y lunático, tenía sus días buenos y, si cobraba, compraba vino y pasta y decía:

—Vamos a correr una juerga, a despecho de tu marido.

¡Su marido! ¡Ocho años son ocho años! Ya ni pensaba en que tendría que volver.

Por eso, cuando en la carta de finales de mes puso: “A la vez que sale esta carta, me pongo de camino...”, Venera creyó que se le abría la tierra bajo los pies.

—¡Sinvergüenza! Podría llegar incluso mañana, incluso esta noche. Así de repente... como si la casa fuera una posada, siempre abierta...

¿Creía que le iban a hacer una fiesta en casa? No se deja a una mujer durante años y años, sola, sin sustento.

Pero se fue calmando poco a poco. El marido es el jefe de la casa. Ella era su criatura y la podía echar de una patada...

¿Su marido? Lo recordó: fuerte, robusto, violento... Tuvo miedo de él, como si lo hubiera visto levantarse vivo de una tumba abierta; un vivo lívido y amenazador.

¿Y si se hubiera hecho rico?

Se fue a confesar. Tenía la necesidad de que la calmaran y la perdonaran. Y padre Olivaro, levantando la mano temblorosa detrás de la celosía, le dio la absolución:

—Es Dios el que te perdona. Dios que te ve, pobre criatura hecha de barro...

Y Venera se marchó con el alma más ligera.

Sacó fuera todos los bártulos y barrió la casa como si fuera Semana Santa.

Empezaba una nueva vida. Le recomendó a Brasi muy asustada:

—Por amor de Dios, Brasi... ¡Como si no nos hubiéramos conocido nunca! Un hombre como ese...

Y se estremeció. Pero, remangándose para limpiar la chimenea, se sintió de nuevo más tranquila y ligera porque siempre había cumplido con sus deberes y retomaba su vida de casada como si no hubiera hecho otra cosa que esperar a su marido. Incluso pensaba:

—Puede volver rico. Rico, sí... Y yo ya no tendré nada que envidiar a la mujer del capataz Nitto...

Petru, que llegó por la noche con tres maletas grandes, llevaba un abrigo de paño y el sombrero de fieltro como un señor. Era el mismo, sólo que mucho más pálido, casi lívido, como un vivo que sale de la sepultura; pero, por lo demás, no había cambiado. Era él con sus grandes hombros cuadrados, uno un poco más bajo que el otro, con su manera de caminar lenta.

Al entrar, abrazó a su mujer y luego tiró el sombrero sobre la cama con el mismo movimiento con el que antes tiraba la gorra.

—¿Es así, Venera? —exclamó mirándose alrededor.

La mujer, sobrecogida, no podía desatar la lengua. Le parecía estar en un sueño. Le parecía como si los ocho años hubieran sido ocho días, como si su marido no se hubiera movido de casa. Él recorría la habitación con su mirada somnolienta, como si buscara algo, como si no se sintiera en su casa.

—¿Quieres comer? —dijo Venera finalmente.

—Sí, tengo hambre.

Venera se arrodilló en la chimenea limpia; encendió el fuego, sopló con fuerza poniéndose roja hasta los ojos por el calor y la emoción. A ratos le parecía que su marido había estado allí siempre, a esa hora, esperando la cena, otras veces se maravillaba de que hubiera vuelto y que a partir de ahora tendría que vivir siempre con él.

Petru probó un poco la sopa y luego apartó el plato.

—¿No te gusta? Claro... ahora que eres un señor...

—No soy un señor. Estoy enfermo— respondió Petru.

Venera le miró. En el pelo denso tenía un mechón gris.

—Por lo menos... ¿has tenido éxito? — replicó.

—¡Éxito!

—¡Has estado fuera tanto tiempo! Habría sido mejor que hubieras vuelto antes.

—Esto sí. Mejor que ahora, viejo, pobre y enfermo.

Venera escuchó sólo una palabra y repitió consternada:

—¡¿Pobre?!

—Pobre, sí. Como el último de los mendigos.

Él seguía un razonamiento íntimo que Venera no podía comprender. La miró fríamente y dijo:

—No pongas esa cara. Nos las arreglaremos.

No se dijeron nada más porque no tenían nada que decirse. Lo que había pasado los años anteriores y que cada uno llevaba en su pecho como un peso, no, eso no se lo podían confesar nunca; y todavía no habían empezado a tener algo en común que sirviera de unión a sus vidas.

Venera recogió la cocina. Mientras su marido se acostaba, puso las sillas contra la pared. Luego vagó un poco por la habitación, indecisa, y finalmente empezó a desnudarse sin prisa.

Petru le había parecido el mismo nada más llegar; pero era otro. Seguía siendo un hombre guapo, tan alto y robusto, pero el hombro más alto se había encorvado y las mejillas estaban hundidas; y una arruga horadada en medio de la frente le daba a los ojos una expresión de crueldad y de dolor que antes no tenían. Se quedaba callado mucho tiempo, como dominado por un pensamiento fijo; observaba todo y a todos, con sospecha, y a veces se quedaba a mirar a su alrededor con aire distraído como quien se propone buscar una cosa y luego se olvida de ella.

Pocas semanas después de volver se tumbó en las tablillas de la cama y anunció a su mujer:

—He alquilado el almacén de don Fernando.

—¿Para qué?

—Quiero poner una charcutería.

Venera se alegró mucho y desde ese momento rodeó a su marido de atenciones y premuras. Pero él negaba con la cabeza al recordar la primera noche, cuando su mujer había repetido:

—¡¿Pobre?! —con la cara afligida.

Muy pronto abrió la charcutería con productos del continente. Y, para no tener que pagar a gente extraña, enseñó a su mujer a llevar las cuentas, a pesar, a cortar en lonchas. La gente se agolpaba en el mostrador y marido y mujer se metían en el bolsillo montones de dinero porque en su charcutería todo era fresco y bueno, no como lo que se vendía en la tienda de don Calòjro.

Sin embargo, Petru no estaba contento. Un día dijo:

—Venera, la fortuna ha llegado, pero la salud se ha ido.

Era verdad. Comía poco y tenía continuos dolores de estómago.

—Cuando estás allí el cuerpo no se da cuenta, pero en la paz del pueblo se sufre —continuó. En América nos arruinan. No resiste nadie. Es la gota que consume la piedra.

Se preguntaba para qué había trabajado. Por quién había vuelto. Él estaba solo, tanto en su pueblo como en la inmensa ciudad de América. Sufría de una sed fulminante, que no se extinguía.

—Me noto el estómago desgarrado — se quejaba. —Yo no he hecho otra cosa que trabajar con la plancha seis horas al día, afianzando las costuras. Una plancha tan pesada que me ha cortado el estómago en dos partes.

Llamó al médico que se quedó asombrado:

—¡Es una enfermedad nueva! —repitió mientras lo observaba.

Le recetó bebidas refrescantes y, para no equivocarse, le puso a dieta de caldo y leche.

Él siguió las prescripciones fielmente. Luego ya no pudo ir a la tienda porque el olor de los quesos frescos le daba debilidad, unas ganas de comer violentas e irresistibles que le habrían hecho llorar como a un niño. Y él se quería curar. Sin embargo, empeoraba.

Pasaba los días enteros sentado en la cama, con el sombrero detrás de la frente y la mirada inquieta clavada en la puerta.

Si venían los amigos para hacerle compañía, él oía sus discursos sin escucharles. Cuando cambiaba de postura, suspiraba o se mordía los labios por el dolor. Estaba callado. Si hablaba, repetía, siempre con las mismas palabras, el relato de su viaje a América.

—He estado allí —concluía —para abrir una charcutería.

Y no añadía una sola palabra que explicara su pensamiento. Quería decir que había desperdiciado su vida inútilmente. Con los ojos en la puerta parecía esperar, inquieto, a alguien que no llegaba nunca.

Él sabía que la muerte habría llegado hoy o mañana. Y tenía miedo de la muerte.

Venera ponía el cazo del caldo en el fuego y salía. A mediodía, una vez cerrada la tienda, se ocupaba del marido durante unas horas.

—¿Quieres caldo? ¿Leche? ¿Quieres que te sacuda el colchón? ¿Te quieres poner una camiseta de lana? Él no quería nada. Sorbía el caldo y bebía los refrescos venciendo el disgusto con la dolorosa esperanza de poderse curar. Respondía con un gesto a las preguntas de su mujer, pero empezaba a agradecer esos cuidados y a sus amigos les decía:

—Un hombre sin mujer no es un hombre. Sólo la mujer nos atiende y nos asiste como una mujer cualquiera no lo hace.

Venera llevaba la tienda mejor que un hombre.

Ese continuo manejar dinero, ese manosear todo el día queso suizo y mortadela, le había dado la vida. Más gorda, vestida con lana fina, siempre contenta, daba consuelo verla.

Brasi - desde que Petru había dejado la tienda - ya no trabajaba de zapatero y estaba en la puerta bostezando entre los botes de conservas y un barril de arenques. Estaba esperando a convertirse él en el dueño de la tienda y ponerse también él en el mostrador con un bonito mandil de tela.

Venera no tenía prisa. Tal y como estaba se sentía como una reina. Su marido, enfermo y necesitado de cuidados, la dejaba libre para hacer lo que quisiera, y Brasi, para que no lo plantara, la respetaba como a una señora.

Si algún pariente pobre se paraba delante de la puerta para preguntar:

—¿Cómo está Petru?

Venera respondía con insolencia:

—¡Mejor! ¡Está mejor!

Y luego añadía, dirigiéndose a los clientes, con el cuchillo de carnicero levantado sobre el jamón:

—¡Cuervos! ¡Son cuervos! ¡Como si ese desgraciado el dinero no se lo hubiera trabajado!

Los parientes pobres era la única preocupación que tenía. Petru tenía hermanos y sobrinos que se morían de hambre y en un momento de debilidad podía también escribir alguna estupidez en el testamento...

Pero ¿habría dejado un testamento Petru? A ese hombre no lo podía entender nadie. ¿En qué pensaba? ¿Qué quería hacer?

—Voy a perder la cabeza —decía Venera. —Parece como si viviera en otro mundo.

¿Le atormentaban los remordimientos? ¿Esperaba ponerse bien o se había resignado?

Huraño, taciturno, consumado por el sufrimiento, en sus ojos siempre un pensamiento fijo y doloroso. Y pronunciaba palabras simples, a veces tontas, con un suspiro que le levantaba el amplio pecho. A menudo repetía:

—He vuelto para abrir una charcutería...

Pero no se lo decía a su mujer, ni a sus amigos; sino a alguien, invisible que sólo él veía, con terror, allí en la puerta cerrada...

XV
Veraneantes
(Dopo l'inverno)

Es verdad, a Duilio le hubiera gustado oír a su mujer darle las gracias por haberla contentado. ¿No estaba veraneando también ella, finalmente, y no se había regodeado al enviar a las amigas una postal del pueblo, con la plaza y el café?

Pero incluso el solo hecho de poner la dirección en las postales le causaba malhumor a Leda: la señora Bianchi en Rimini, la señora Ughetti en Forte dei Marmi, la señora Sacchi en Saltino...

—¡Eso sí que es veranear! — se desahogaba, mientras Duilio se vestía rápidamente para no perder el tranvía que lo llevaba a la ciudad, a su trabajo sin vacaciones. —¡Ellas sí que se divierten! ¡Menos mal que no van a venir a verme aquí! Un pueblecito lleno de polvo y de moscas, sin cine, sin un buen sitio para salir a pasear...

Duilio terminaba de vestirse y escapaba, amargado, para no tener que seguir escuchándola. Los primeros días había replicado, pero sus réplicas habían provocado un diluvio de invectivas.

¡Pero bueno! ¿Creía que se había casado para seguir sufriendo?

¡Se había casado para cambiar de vida! No había tenido suerte, como tantas otras, pero ¡no tenía intención de sacrificarse ni por él ni por Chicchi!

¡Qué risa le daba cuando Duilio le hacía observaciones basándose en el niño! ¡Qué risa! ¡No faltaba ni siquiera la poesía para concluir!

—Pero, querido Duilio, ¿sabes quién hace poesía? Las madres que tienen una niñera que te baña al pequeño, te lo viste, le da de comer, lo lleva de paseo... ¡Querría verla yo a una de estas madres, luchando con las necesidades, como yo, que me quedo sola en el combate!

Exactamente así: se quedaba sola. Duilio salía; la mujer – una cierta Santina que había alquilado la habitación – venía a buscar la lista de la compra; Chicchi se despertaba... ¡Todo en el mismo momento! ¡Como para no perder la cabeza!

—Un poco de agua, por favor, para bañar al niño.

—La fuente no saca agua —advirtió Santina. —Esperemos que más tarde sí.

—¡Incluso el agua! —exclamó Leda sentándose. —¡No puedo más!

Vencida por las adversidades, no se preocupaba de Chicchi que estaba llorando, de hacer la compra ni de la habitación desordenada.

Fue Santina la que cogió en brazos al niño que, al sacarle de la cuna, reía.

—¡Cómo está de sucio, mi niño! —le iba diciendo.

Leda repitió:

—¡Cómo está de sucio! ¡Y no hay agua! No puedo más.

—¡Tiene hambre, el pequeñín!

—No puede ser: ha mamado a las cinco.

Llamaban a la puerta. Santina fue y volvió:

—Ha venido la hija del zapatero de aquí al lado. Trae setas. ¿Le digo que ustedes no comen setas?

Por el tono de la pregunta estaba claro que Santina no quería dejarla entrar. Pero Leda, que necesitaba que se fastidiara alguien en ese preciso momento, respondió:

—¿Por qué? ¡A nosotros nos gustan las setas!

—¡En la tienda hay tantas! —murmuró Santina; y se fue a abrir con un gran esfuerzo.

Leda vio a una guapa muchacha con dos mechones muy rubios sobre las orejas, grandes dientes, grandes ojos violeta, labios finos y sonrientes, muy rojos.

—Mi padre acaba de llegar ahora del bosque —decía, parándose en la puerta. —He ido a buscarle. Son buenas y seguras.

—¡Pase, pase! —dijo Leda. —Esto está todavía en desorden —se excusó—. Cuando hay niños es así.

El olor a bosque y el aspecto alegre y lozano de la hija del zapatero calmaron a Leda mientras buscaba dinero en el fondo de la maleta.

Santina puso a Chicchi en la cama y salió bruscamente.

Chicchi se puso otra vez a llorar.

—¡Pobrecito! —exclamó la chica, cogiéndole en brazos.

El niño se calmó enseguida, distraído: todo ese rubio llenaba la habitación como un rayo de sol.

—¿Cómo se llama? —preguntó Leda.

—Annetta.

—Aquí está el dinero, Annetta ¡Ven Chicchi, ven con mamá!

—¿Lo ve? —exclamó Annetta. —Quiere estar conmigo. Si me lo permite, lo cojo yo mientras usted está ocupada.

—Gracias, pero ¿no va a perder tiempo? Bien, coloco estas cosas y lo cojo enseguida.

Annetta no perdía tiempo porque, como rumiaba Santina, no era de esas chicas decentes que intentan ganarse un trozo de pan trabajando.

Duilio, al volver hacia el atardecer, un poco cansado y extenuado, se la encontró en casa. Allí rápidamente sintió una grande antipatía por ella; pero, ya que se encontró con la cena lista y la mujer de buen humor, no abrió la boca.

—¡No te puedes figurar que chica tan buena es Annetta! —le contó Leda. ¡Si vieras cómo se queda de bien Chicchi con ella!

Duilio la observaba con una mezcla de irritación y de piedad. Pequeña, delgada, irritable, no era culpa suya si las tareas de madre le resultaban tan pesadas.

Al día siguiente al amanecer, Annetta llamó a la puerta.

—¿Dónde quieres que me vista ahora? —se quejó Duilio que estaba en pijama.

Annetta le oyó y dijo:

—No se confunda. Me voy a casa con el niño.

Y reía, abriéndole en la cara los dos grandes ojos color violeta.

Parecía que se reía de él mientras se abotonaba el pijama todo enfadado.

—¿A tu casa? —le preguntó Duilio.

—Váyase, váyase —exclamó Leda con buenas maneras. —
Váyase con el niño. La llamaré más tarde.

Al quedarse solos, riñó al marido:

—¡Eres ridículo, Duilio! ¡Ridículo y mal educado!

—Mi niño —replicó Duilio muy seco, — quiero que esté
conmigo.

—¿Contigo? ¿Eres tú el que te llevas todos los disgustos? ¿Tú
que lo ves saciado y limpio al volver de la oficina?

Duilio no respondió. Miró de reojo, como el día antes, a su
mujer, pequeña, grácil e irritable; y la irritación era más fuerte que
la piedad.

Veía a su hijo en los brazos de esa chica con el pelo oxigenado y
un sentido de profundo y ardiente dolor le cerraba la garganta.

—Tú no entiendes, tú no sabes —dijo despacio, como si estuviese
buscando las palabras.

Se quedó mudo; conocía de memoria la sarta de protestas con
que Leda le habría arremetido.

Es verdad, tenía razón ella. Todo lo que había dicho, mil veces
estaba bien y era verdad. Innegablemente, estaba bien y era
verdad.

Pero su Chicchi, su pequeño Chicchi...

—He decidido —dijo Leda una noche —quitarle el pecho al
niño.

—¿A ocho meses? —exclamó Duilio.

—No había ocasión mejor —continuó Leda. —Los niños no
tienen que ver a su madre para que se acostumbren. En la ciudad
estoy sola...

—No digo que no —interrumpió Duilio. —Pero Chicchi tiene
sólo ocho meses.

—¡Ah! —dijo Leda con voz de llanto. —¿No te das cuenta de que
me consumo dando de mamar? ¿No ves que me estoy consumiendo?
¡Todos me preguntan por mi salud! Pero ya está bien! ¡Es inútil!
¡Tú no tienes ojos para mí!

Duilio iba a responder con una enorme grosería, pero se contuvo. Dijo:

—El jueves hará un mes que estás de veraneo. Me parece que es el momento de volver. Este ir de aquí para allá me cansa.

—¿Por qué no? —preguntó Leda secándose los ojos. —Estoy lista para irme incluso mañana.

—Pero ¡si estás diciendo que vas a quitarle el pecho a Chicchi!

—¿Pero no has entendido, Duilio, que lo voy a dejar con Annetta?

—Ah, ¡vaya! —gritó Duilio golpeando el puño cerrado contra la mesa —¡Esto no va a suceder nunca!

Estaba tan furioso que Leda pensó, prudentemente, dejar la discusión para otro momento.

De hecho, tras el arrebato de su marido, Leda volvió a tener razón.

¡Una niñería no querer dejar a Chicchi con una chica sensata y amable como Annetta! No había que hacerle caso a Santina que no dejaba de hablar mal de la hija del zapatero ¡quién sabe por qué rencores! ¡Una chica que tenía la culpa de ser demasiado elegante y llamativa en un pueblucho como ese!

Duilio se convenció. Fue a casa del zapatero para ver dónde habría dormido su pequeñín. Lo dejó en manos de toda la familia, apoyando en la mesa una caja de harina láctea que había comprado en la ciudad.

Annetta lo calmó en nombre de todos, sonriendo:

—¡Venga a ver a su Chicchi dentro de unos días!

Era verdaderamente amable; pero parecía que se reía de él.

Duilio se fue corriendo, descontento.

¿Descontento de qué? El niño dejaba que lo cogieran en brazos, sin llorar. La casa estaba limpia. Incluso el zapatero parecía alegre, como las mujeres.

—¡Sí, sí! ¡Has hecho muy bien! —murmuró sentándose en el tranvía con Leda que se secaba los ojos y decía que estaba casi arrepentida.

No podía hacer otra cosa que consolarla, mientras la autorizaba, pero estaba descontento.

Se fue a la Barrera un día sí y otro no.

—¡Tendría que haber sido usted la madre! —decía Annetta.

Él la excusaba.

—¡Es tan frágil! Está un poco enferma de los nervios. Necesitaba descansar.

—Se ve. ¡Un pajarito todo voz y plumas!—decía Annetta. —
¡Usted tiene que tener mucha paciencia!

Parecía que se reía de él.

Él ponía a su pequeño hijo en las rodillas; le enseñaba el reloj, pero el niño no lo miraba. Sevilla

—¡Oye! Tic, tic, tic... 2017

El niño lo miraba fijamente muy serio, con dos ojitos profundos que parecían velados de reproche en la carita demacrada.

—¿Come la papilla de harina? ¿Por qué está pachucho?

—¡Vaya que si come! —replicaba la mujer del zapatero. —Es así mientras se le quita el pecho. ¡Se hará grande y fuerte!

La voz de la mujer lo volvía a animar. Abría la cartera diciendo:

—Para los gastos.

—¡No se confunda! —exclamaba el zapatero frotándose las manos alegremente.

—Para los gastos —repetía Diulio. —No le tiene que faltar de nada. Mi mujer le hará un regalo a la señorita.

En casa le tocaba siempre esperar a su mujer porque había salido.

Salía a menudo desde que estaba más libre.

—¿Llevas fuera mucho tiempo?

—No, no. Sólo unas horas.

—¿Dónde has estado?

—Con la señora Bianchi.

—Tienes la casa muy descuidada.

—¡Déjame respirar, Duilio! Estoy un poco más libre y no me parece verdad.

Duilio negaba con la cabeza.

—¡Eres malo, Duilio! ¿Has ido a ver a Chicchi? ¿Cómo está?

—No me gusta. Está demacrado. Pero tú no me has dicho dónde has estado.

—En tantos lugares, con la señora Bianchi que iba de compras. ¿Cómo voy a poder contarte cada cosa que he hecho?

El pequeño interrogatorio terminaba siempre en una riña.

Leda se iba a quitar la ropa refunfuñando que ella no se había casado para tener que sufrir más que una esclava.

A Chicchi no le gustaba la harina láctea. Intentaron darle otras papillas: pan cocido, caldo de alubias, sopa picada muy fina.

¡Con tal de que comiera!

Incluso las vecinas, que no habían tratado con familiaridad a la familia del zapatero, se interesaban por el niño forastero al que le habían tenido que quitarle el pecho tan pronto. Unas sugerían una cosa, otras otra.

Chicchi empezó a estar mal: la poca comida que le obligaban a tragar le daba un poco de fiebre.

—Será mejor advertir a la señora... —dijo la mujer del zapatero.

—¡Pero qué dices! —respondió Annetta. —Él estará aquí esta noche o mañana.

Cuando Duilio encontró a Chicchi, quejumbroso y amarillo, en la cama, se alarmó.

—¡Por qué no nos habéis advertido! —repetía. —¿Qué le habéis dado?

—Nada. La papilla que nos ha indicado usted. Nada más.

—¡Chicchi! ¡Mi pequeñín!—dijo Duilio inclinándose sobre la cama.

El niño dejó de quejarse y volvió los ojos profundos hacia él muy serio.

Duilio se volvió a levantar, decidido.

Envolvió al niño en un chal, lo cogió en brazos, preocupado porque estuviera cómodo, con la cabecita sobre sus hombros.

—¿Qué hace ahora? —exclamó el zapatero, viendo que se esfumaba el regalo prometido.

—¡Déjalo en paz! —dijo Annetta profundamente conmovida. — Pero no le quepa la menor duda—añadió agarrándole de una mano. —¡No le quepa la menor duda, nosotros hemos hecho lo posible por su niño.

—Gracias —respondió Duilio.

Y desapareció en la escalera, con su hijo en brazos, sin darse cuenta de que las vecinas estaban mirando.

Unas semanas más tarde, Annetta quiso ir a ver a los veraneantes del mes de agosto.

Se vistió de domingo, se empolvó la cara, se pintó los labios y se subió al tranvía. Antes le había dado unas flores la cajera de Villa delle Rose, un ramo de capullos fragantes.

Pensaba en Duilio sonriendo. Le habría dicho:

—Nos mande al niño. Voy a pedir permiso para llevarlo de paseo a la Villa delle Rose. ¡Si supiera que aire! Desde allí se ve la Certosa.

El niño era el hilo que habría vuelto a enganchar a Duilio con el pueblo.

Atravesó las calles llenas de gente; entró en una tranquila y fría callejuela.

Subió un poco titubeante. ¿Y si el niño estuviera gravemente enfermo? ¿Y si no la acogieran bien? Habría perdido incluso el dinero del tranvía.

Leyó en una inscripción, en el último piso: Duilio Rampa.

La puerta estaba entreabierta y había un gran silencio.

¡Oh! Había crecido el pequeño Chicchi.

Sobre una otomana. Habían esparcido flores alrededor del faldón blanco, hasta la cara demacrada y seria.

Pocas, dispuestas con amor.

La señora Leda, abatida, no la veía y no lloraba.

Él estaba de pie, junto a la otomana y le hizo una señal para que se acercara sin hacer ruido.

Annetta aflojó los dedos y los capullos se cayeron suavemente. Se arrodilló escondiéndose la cara porque se avergonzaba de tener los labios pintados.

Cuando se volvió a levantar, la señora Leda seguía siempre inmóvil; y él estaba junto a la ventana. Annetta se acercó a él y dijo tímidamente:

—¡Que no le quepa la menor duda que no ha sido culpa nuestra! Nosotros hemos hecho todo lo posible.

—No es culpa de nadie —respondió Duilio.

¿De nadie? Leda no pensaba lo mismo. Tampoco el marido lo pensaba.

Por eso, cada uno intentaba estar lejos del otro. A la mesa él leía el periódico. Y después de la cena salía de casa.

Leda salía raramente. Aunque estaba libre.

Le pedía a Dios que mandara un niño a esa casa que parecía tan grande y vacía.

—Seré una madre mejor... —se prometía a sí misma.

Pero no había esperanza de que otro niño ocupara el puesto de Chicchi, en la cuna vacía, en la trona vacía que tenía todavía pegada la marioneta favorita de goma gris.

¿Durante cuánto tiempo Chicchi habría permanecido entre ella y Duilio, mirando ahora a uno, ahora a la otra, con los ojitos profundos, velados de reproche, como en los últimos días de su frágil vida?

El otoño proseguía, con sus tardes largas y tan tediosas para quien no tiene nada que hacer.

Sin haberlo pensado antes, Duilio empezó a coger el tranvía que llevaba al pueblo donde había estado veraneando: el pueblo donde estaba Annetta, ella no se merecía que se la juzgara tan severamente, ya que había querido a su pobre niño.

Sevilla
2017